LETICIA SIERRA
MALDAD
UN THRILLER QUE TE ACERCA
AL ABISMO DEL ALMA HUMANA

En esta descarnada novela, la autora nos plantea si la infancia es un juego tan inocente como pensamos y nos empuja hacia una pregunta incómoda:

¿a qué edad nace en nosotros la maldad?

«*Elsa se lo ha buscado. Ahora, tirada en el suelo, ya no provoca. Ya no sonríe*».

Una chica de trece años aparece muerta en un descampado de Oviedo con la cara brutalmente desfigurada y el cuerpo destrozado. Elsa, la joven víctima, era alumna de en un instituto de la zona y los asignados a la investigación, en el diario regional y en la policía, son la periodista Olivia Marassa y el inspector Agustín Castro.

«*Nota un ronroneo en el vientre, un cosquilleo que sabe que se convertirá en algo más cuando acabe con ella*».

En el momento que la noticia sale a la luz, ambos llevan varios días fuera y Olivia parece llegar tarde a las exclusivas. Pero ya ha demostrado que no se rinde fácilmente y que tiene un olfato especial para las mentiras y los casos más truculentos. Pronto empieza a investigar por su cuenta y descubre que la víctima tenía muchos secretos y enemigos. Alumnos menores y mayores que ella, así como

profesores, la temían por su conducta abusiva y violenta...

Tras su alabado debut con Animal, Leticia Sierra nos acerca de nuevo al abismo del alma humana y nos obliga a mirar aquello que nadie quiere ver.

Maldad

Leticia Sierra

A Sofía, por ti daría mi vida entera

A Marichu e Ignacio, espíritus libres

Advertencia

Los lugares y personajes que aparecen en este libro, así como los hechos que acontecen, no están basados en hechos reales. Aunque hay algún personaje y algún lugar que están inspirados, con ciertas licencias por parte de la autora, en lugares y personas reales, el relato, en su totalidad, es fruto de la invención de la novelista sin que se puedan atribuir a ninguna persona existente o que haya existido conductas, comportamientos y opiniones reflejados en estas páginas.
Dicho esto, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No hay mayor ciego que el que no quiere ver.

El mundo no está amenazado por malas personas, sino por aquellos que permiten la maldad.

ALBERT EINSTEIN

Todo lo verdaderamente malvado empieza por algo inocente.

ERNEST HEMINGWAY

1

Hace tres días,
viernes 2 de marzo de 2018

Elsa se lo ha buscado. Ya no sonríe. Se agacha y le abre la boca con brusquedad. Se fija en que, de cerca, sus dientes no son tan blancos. Nota que aún respira. Con dificultad, apenas un hálito. Se permite unos segundos para mirarla antes de quitarle la vida. Solo siente necesidad. Necesidad por verla morir. Nota un ronroneo en el vientre, justo debajo del ombligo, un cosquilleo que sabe que se convertirá en algo más cuando acabe con ella. Le ocurrió con la primera. El cosquilleo se convirtió en una descarga que le recorrió el cuerpo por dentro hasta el pecho, calentándole la sangre y provocando que se le erizara la piel. Ronronea, como un gato, de pura satisfacción. Levanta la piedra con la que la ha dejado inconsciente y la golpea con rabia una, dos, tres veces, aplastándole la cara hasta convertirla en una amalgama de tejido, esquirlas óseas y un líquido gelatinoso que se escapa por las cuencas oculares. Ahora sí está hermosa, sin rostro, sin ese gesto de suficiencia en sus labios. Tan guapa por fuera como por dentro.

Se aparta del cuerpo y busca entre los matorrales un palo. Ha de darse prisa. La zona está poco alejada del supermercado, frente a las

vías del tren. Lo suficiente para que no haya moros en la costa, pero no tanto como para no volver caminando a casa sin levantar sospechas.

Encuentra uno largo, con la corteza seca y rugosa. Le servirá. Se acerca al cuerpo sin vida de Elsa y, con rapidez y sin titubeos, le desabrocha el pantalón y se lo baja hasta los tobillos. Hace lo mismo con las bragas. Son de algodón, de color verde caqui, con un Piolín que guiña un ojo sonriente justo en la zona del pubis. Le separa las piernas y emboca el palo en el orificio de la vagina. Lo empuja despacio y nota resistencia. La madera se niega a entrar. Coge aire y apoya todo su cuerpo en la rama para hacer fuerza. Jadea por el esfuerzo. El palo entra con dificultad, rompiendo la carne. Tira de él hacia afuera —está manchado de sangre y de algo más viscoso, algo parecido a la gelatina, probablemente parte de su aniñado y tierno sexo— y con un impulso fuerte vuelve a desgarrar las entrañas de Elsa. Esta vez el palo desaparece dentro del cuerpo. Nota la piel de gallina. El sonido de la carne al rasgarse le produce placer. Se mira las manos. Tiene un corte en la palma producido por la corteza de la rama al empujarla dentro.

Mira alrededor. No hay nadie. Oye a lo lejos el tren que se acerca. Saca un paquete de pañuelos de papel y se limpia con ímpetu la cara y las manos. Se guarda los pañuelos sucios en el bolsillo del chaquetón. Es oscuro, y las salpicaduras de sangre no se notan. Después, busca en la mochila de Elsa su teléfono móvil. Lo manipula con rapidez, lo tira al suelo y lo pisa, haciendo que el cristal estalle. Piensa un segundo y decide que el móvil ha de desaparecer, por si acaso. Lo coge, lo limpia y lo lanza por encima de la valla que separa el descampado de las vías del tren. Hace lo mismo con la piedra.

Da media vuelta y camina hacia casa pensando en la mierda de fin de semana que tiene por delante.

2

Presente,
lunes 5 de marzo de 2018

—Hace tres días apareció el cuerpo sin vida de Elsa Canteli, de trece años, en La Florida. —Santiago Pascual, inspector jefe de la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta), estaba de pie delante de la pizarra blanca que, en ese momento, mostraba las imágenes del cuerpo de una niña en un terraplén, con la hierba muy alta rodeando su cuerpo. La imagen era impactante, pues le habían aplastado el rostro hasta convertirlo en una masa sanguinolenta en la que no se podía distinguir, ni con mucha imaginación, dónde habían estado los ojos, la nariz o la boca. Pascual cambió sus ciento veinte kilos de un pie al otro y continuó con la exposición del caso—. Como podéis ver, le desfiguraron el rostro y le introdujeron un palo por la cavidad vaginal que penetró hasta los intestinos, perforándolos y causando graves desgarros en el útero y la vagina. En la carpeta tenéis una copia del informe forense.

—¡Por Dios, menuda carnicería! —exclamó el inspector Agustín Castro, que acababa de incorporarse al trabajo después de tres días de descanso.

—La empalaron, literalmente —atizó Pascual acercándose al portátil conectado al proyector. Dio paso a otra instantánea, esta vez

un primer plano del cuerpo semidesnudo de la chica.

El subinspector Jorge Gutiérrez carraspeó incómodo ante la pálida desnudez de la niña, y el comisario Valentín Rioseco hizo una señal con la mano para indicar a Pascual que continuara con la exposición de los hechos.

El inspector jefe pasó a otra imagen en la que se veía un teléfono enmarcado por una carpa identificadora y una tira métrica.

—Cerca del lugar se encontró un móvil que, creemos, era de la víctima. Los chicos de Delitos Tecnológicos ya están con él. —Siguiente imagen. —En la misma zona, también apareció una piedra de unos quince centímetros con restos orgánicos y sangre.

—¿Quién encontró el cuerpo? —quiso saber Castro.

—Un grupo de chavales que había quedado en la zona para hacer botellón —respondió Pascual tomando asiento—. Se les tomaron las huellas y muestras de ADN para cotejarlas.

—Tú y Gutiérrez os encargaréis de las diligencias de este caso —ordenó Rioseco—. Necesito rapidez, eficiencia y mucha discreción —puntualizó mirando a Castro—. Y cuando digo discreción me refiero a que no quiero ni una sola filtración a la prensa. Se trata de una menor, y los medios de comunicación están como buitres desde el viernes.

El inspector Castro carraspeó, sintiéndose aludido por su relación con la periodista de *El Diario*, Olivia Marassa, pero se abstuvo de decir nada.

—Si ya éramos pocos, parió la abuela —ironizó Gutiérrez frotándose la cara nervioso.

—Exacto. Si ya estábamos de mierda hasta el cuello con los pocos resultados del caso Colomina, ahora tenemos encima de la mesa a una menor con la cara aplastada y violada con un palo —gruñó el comisario, pasándose la mano por el pelo con gesto preocupado.

Rosa Colomina era una universitaria que había aparecido muerta de un golpe en la cabeza hacía tres meses, pero, por desgracia, no había habido muchos avances en la investigación. Ni avances, ni sospechosos, ni detenciones. Eso, unido a la presión mediática, había puesto a Rioseco en la delicada posición de justificar los escasos resultados sin echar al equipo de inspectores que dirigían la investigación a los leones. Un malabarismo de precario equilibrio.

—Castro, tienes una copia de todo lo que tenemos hasta ahora en

la carpeta: informe forense, reportaje fotográfico de la Científica, listado de las evidencias halladas *in situ* y en los alrededores, una lista pormenorizada del entorno de la víctima y las declaraciones de los chavales que encontraron el cuerpo —intervino Pascual—. Gutiérrez te pondrá al día de las gestiones hechas durante el fin de semana.

—Quiero estar al tanto de todos los detalles. —Rioseco se levantó y apoyó los brazos en la mesa, adelantando su cuerpo rechoncho con la intención de dar más énfasis a la orden—. Así que, desde este momento y hasta que resolvamos este crimen, haremos un *briefing* diario a última hora de la tarde. ¿Alguna cosa más?

—No, señor. Creo que lo tenemos claro —contestó Santiago Pascual apagando el portátil y el proyector.

—Pues a trabajar —indicó Rioseco saliendo de la sala de reuniones.

Cuando el comisario hubo salido, el inspector jefe de la UDEV tomó asiento junto a Castro.

—Buandín le está tocando los cojones —explicó Pascual, tratando de justificar el mal humor del comisario. Alfonso Buandín era el jefe de la Unidad de Coordinación Operativa Territorial (UCOT), frente al que tenían que responder en reunión de control, cada día, los inspectores de las brigadas que conformaban la UDEV, además de Rioseco en calidad de comisario de la Jefatura Superior de Asturias. Tenía fama de sieso, de arrogante y de no avenirse a razones cuando creía estar en posesión de la verdad, que era casi siempre, por aquello de ser el jefe.

—¿Cuándo no los toca? —dijo Gutiérrez con sarcasmo.

—Está siendo un caso muy mediático —continuó Pascual—. El asesinato de Elsa Canteli ha abierto los informativos de todas las cadenas nacionales en los últimos tres días.

—Lo de siempre: quieren detenciones de forma urgente, pero no nos ponen medios con la misma urgencia —sentenció Castro, que empezaba a necesitar otro café bien cargado. Y solo eran las nueve de la mañana.

—Sí... y ya sabes cómo es Buandín: no quiere quedar mal. Este caso tiene prioridad. Y las órdenes vienen de Madrid —aclaró el inspector jefe incorporando su enorme cuerpo de la silla.

Era un armario con piernas, un cuerpo cuadrado y musculoso de

casi dos metros de altura, pero todo lo que tenía de grande lo tenía también de razonable y coherente. Era un buen jefe, y exigía que la confianza que depositaba en sus agentes fuera recíproca, motivo por el cual todo el mundo hablaba bien de él en la Jefatura Superior de Asturias.

—Id a tomar un café y, después, poneos manos a la obra. Tenemos una semana muy complicada por delante.

3

Jorge Gutiérrez miraba abstraído cómo el café caía dentro del vaso de plástico. Estaba inusualmente callado, y los pliegues debajo de sus ojos delataban poco descanso durante los últimos días.

—¿Qué ocurre, Jorge?

—Es este caso —reconoció él—. Piensas que ya lo has visto todo, que ya no hay nada que te pueda sorprender. ¡Qué clase de animal le hace eso a una niña, por el amor de Dios!

El inspector Castro se apoyó contra la pared con el café en la mano. Miró a su compañero y lo entendió porque, a lo largo de su carrera, él se había sentido así en otras ocasiones. Gutiérrez se entretuvo removiendo el café ensimismado.

—Nuestro trabajo consiste en lidiar con lo peor de las personas —dijo Castro—. Seríamos un trozo de madera o un peligro como policías si no nos afectara. Cada día nos asomamos al infierno, Jorge. Una cosa es que regresemos de él y otra muy distinta que lo hagamos sin hacernos daño. Pero no puedes dejar que esa herida, que ese dolor, te afecte más que la necesidad de enmendar el error cometido por otros.

—Haces que parezca fácil —contestó Gutiérrez apoyándose con desánimo en la pared.

—No lo es —corroboró Castro soplando sobre el vaso—. Pero no puedes dejar que te domine la rabia, la ira o la aflicción, que es todo lo que sientes ahora mismo, porque abandonarte a esos sentimientos

te convertiría en un mal policía. Y tú no eres un mal policía, ¿no?

Gutiérrez dejó asomar una sonrisa.

—A veces me pregunto cómo lo haces.

—Dejándome la piel en cada caso. —Castro suspiró. Entendía la pesadumbre y la desolación de Gutiérrez. Había leído en una ocasión que someter a una persona al horror durante mucho tiempo podía provocar que normalizara la situación hasta el punto que dejara de afectarle. Él nunca se acostumbraría al lado oscuro del comportamiento humano, a las barbaridades que el hombre podía llegar a hacer por los motivos más nimios e incomprensibles. Tampoco se dejaba vencer por el desánimo y el pesar. Encontrar un equilibrio era difícil pero necesario para evitar la locura o para que dejaran de importarle los informes forenses que llegaban a su mesa—. Con esa piel, se va lo que sobra, lo que puede distraerme de lo importante. Y lo importante en todos los casos... —miró a su compañero a los ojos—, en este caso, es pillar al que le hizo eso a esta niña.

—Pues vamos a ello, compañero —sentenció Gutiérrez dejando traslucir un poco del humor que le caracterizaba.

Se encaminaron hacia la sala donde, poco antes, habían tenido lugar el briefing con Pascual y el comisario Rioseco.

—¿Qué tal por Madrid? —preguntó de repente el subinspector.

—Bien. El fin de semana ha sido interesante y muy agradable —respondió Castro sin entrar en detalles de su escapada a la capital con Olivia Marassa. Le costaba compartir su vida privada, ni siquiera lo hacía con Jorge, que, con el tiempo, se había convertido en un buen amigo—. Disfrutamos mucho —concluyó de forma escueta.

—¿Vais en serio?

Castro tardó unos segundos en responder. Había conocido a Olivia Marassa hacía nueve meses, cuando investigaban el crimen de un vecino de Pola de Siero. Ella hacía lo mismo para el periódico en el que trabajaba. Dos meses después habían empezado a verse y a intimar. Ella era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo y, aunque le había costado aceptar que no podía poner puertas al campo cuando se trataba de sentimientos, dejarse llevar por el ímpetu y la espontaneidad de la periodista era la mejor decisión que había tomado.

—Muy en serio —respondió al fin con una sonrisa de oreja a

oreja.

—¡Quién te lo iba a decir, con el cariño que les tienes a los *periolistillos*! —exclamó Gutiérrez con una sonora carcajada.

—Menos guasa, Jorge, menos guasa —avisó—. Venga, al lío.

Entraron en la sala de reuniones y se sentaron. Abrieron las carpetas que les había dejado Pascual.

—Cuéntame la cronología de los hechos —pidió Castro dejando aparte los pensamientos sobre Olivia y centrándose en el caso.

—El viernes, a las diez de la noche, se recibió una llamada informando del hallazgo de un cuerpo en La Florida, que atendió una patrulla de Seguridad Ciudadana. Fueron ellos quienes activaron el protocolo. Al lugar acudieron la comitiva judicial, la Policía Científica, la Judicial y la UFAM.

—Exactamente, ¿dónde se encontró el cuerpo?

—Debajo de una pasarela que cruza las vías del tren, colindante con la calle Alfonso el Católico. Al otro lado hay un apeadero.

—¿Es una zona apartada? —Castro cogió su teléfono móvil y entró en Google Maps para tratar de orientarse.

—Relativamente. Es un paraje bastante abandonado con hierba muy alta y matorrales, pero rodeado de edificios. Hay un supermercado a quinientos metros.

—¿Testigos?

—De momento, ninguno.

—Sigue, por favor.

—Como hemos dicho antes, la víctima se llamaba Elsa Canteli, de trece años, alumna del instituto público Manuel Machado. Hija única.

—¿El instituto queda cerca del lugar donde se encontró el cuerpo?

—A la misma distancia que el supermercado. De hecho, el patio del centro escolar colinda con el centro comercial.

Castro se entretuvo mirando las fotografías del escenario donde había aparecido el cuerpo.

—El forense ha fijado la hora de la muerte entre las dos y las tres de la tarde, horas antes de aparecer el cuerpo —continuó Gutiérrez—. Las heridas infligidas en el rostro fueron *perimortem*. La violación, *post mortem*. Y no han hallado restos de ADN en el cuerpo.

—¿No había restos biológicos?

—No. Ni semen, ni saliva. Nada. La violaron solo con el palo. Y,

como te he dicho, el empalamiento se produjo una vez muerta.

—¿Y nadie oyó ni vio nada? —preguntó con escepticismo el inspector.

—No hemos encontrado testigos. La víctima tenía un traumatismo en la cabeza. Probablemente la dejaron inconsciente antes de torturarla.

—¿Señales de lucha?

—No. Ninguna.

—Así que cabe suponer que conocía a su asesino o que la pilló desprevenida —aventuró.— ¿La víctima vivía cerca del lugar donde la atacaron?

—No. No estaba ni en su ruta de vuelta a casa.

—¿Y qué hacía allí?

Gutiérrez se encogió de hombros y meneó la cabeza en señal de que no tenía la menor idea.

Castro sacó de la carpeta la declaración de los padres y se entretuvo unos minutos en su lectura. Era bastante escueta debido a, imaginó, la conmoción. Habría que volver a hablar con ellos.

—Los padres están citados hoy en jefatura —señaló Gutiérrez anticipándose al comentario de Castro—. El viernes apenas podían hablar. La madre sufrió un ataque da ansiedad y hubo que llevarla al hospital.

—Perfecto. Hay que saber qué hacía la niña en ese paraje y por qué no denunciaron su desaparición.

Gutiérrez asintió con la cabeza y le pasó al inspector dos hojas. Una de ellas era un listado pormenorizado de las evidencias encontradas tanto en el cuerpo como en las inmediaciones. En la otra, Gutiérrez había anotado los nombres de las personas del entorno más cercano de la niña.

Castro leyó el listado y resopló.

—Tenemos mucho trabajo por delante, Jorge. Lo primero que tenemos que hacer es ir al instituto.

—Me he tomado la libertad de concertar una cita para esta mañana con la directora. Ya estaba enterada de lo ocurrido, imagino que por los medios de comunicación —Gutiérrez resopló—. El hallazgo del cuerpo ha sido el tema estrella durante todo el fin de semana.

—Este caso nos va a obligar a interrogar a menores. Hay que llevarlo con mucho tacto. ¿Están avisados los de UFAM de Menores?

— Sí. Han designado el caso a los inspectores Teresa Villa y Raúl Argüelles. Estarán presentes en la toma de declaraciones.

—De acuerdo. Veo que Montoro ya ha vuelto de vacaciones —indicó Castro al ver el nombre del inspector de la Policía Científica en las diligencias.

—Sí. Miranda sigue con el caso Colomina. Al menos este ya no copa titulares y eso les está dando un respiro, pero creo que los de arriba siguen presionando por la falta de resultados —apuntó Gutiérrez de forma distraída.

Gabriel Miranda y Alejandro Montoro eran los inspectores de la Policía Científica de la Jefatura Superior de Asturias. Eran tan diferentes como el agua y el aceite: el primero, alto y enjuto, introvertido pero de mecha corta y carácter agrio. El segundo, bajo y rollizo, de temperamento tranquilo y talante afable. Ambos formaban un buen tándem y se complementaban de manera tan milimétrica como dos piezas de un mismo puzle.

—En la escena no se hallaron signos de arrastre —leyó Castro elevando la voz— y, por la cantidad de sangre encontrada y las livideces del cuerpo, el forense cree que la mataron en el mismo lugar en el que apareció y que no movieron el cuerpo.

Castro enumeró en voz alta las evidencias encontradas: un móvil roto y una piedra con restos orgánicos y de sangre hallados en las vías del tren; junto al cuerpo, la mochila de la menor, en cuyo interior había un par de libros, una carpeta de anillas, unas llaves, una cartera con su DNI y cincuenta euros, una tablet nueva y unos iPod; y un palo, de unos cincuenta centímetros de largo por tres de diámetro, insertado en su totalidad en la vagina de la niña. En él no había huellas, pero sí epiteliales y mucha sangre y tejido de la víctima. Se detuvo en una fotografía en la que se veía la rama una vez extraída del cadáver, enmarcada con los testigos métricos.

—También se encontraron colillas, envoltorios, varias latas de cerveza vacías, botellas de plástico y media docena de preservativos —añadió Gutiérrez—. Aunque, por el estado de las latas y de los preservativos, probablemente no guarden relación con el crimen. Aun así, Montoro se lo ha llevado todo para procesar.

Castro volvió a leer el informe forense. Agradeció que fuera Flores el médico encargado de la autopsia. Lo conocía. Había trabajado con él en unos cuantos casos y le caía bien. Mucho mejor que el nuevo, Igor Manzano, con el que había tenido que tratar en una sola ocasión. Manzano no le gustaba. Le resultaba pretencioso y vacuo, carente de la sensibilidad que un médico ha de tener ante la muerte.

—Lo primero que haremos será ir al instituto —propuso—. Necesitamos un listado de los amigos y compañeros de Elsa Canteli. Hay mucho ensañamiento en su muerte, Jorge. ¿Cuándo dices que has citado a los padres?

—A última hora de la mañana.

—Pues pongámonos en marcha. Tenemos mucho que hacer.

4

Olivia Marassa abrió los ojos al notar el peso de Pancho sobre su estómago. Parpadeó y miró a su gato, que la observaba con gesto de suficiencia.

—¿Sigues enfadado porque te dejé solo el fin de semana? ¿No te gustó tener a Mario por aquí?

Como respuesta, el animal saltó de la cama y salió de la habitación con la cabeza alta y un porte felino más arisco que nunca.

Olivia resopló y consultó la hora. Aún podía remolonear unos minutos. Hundió la cabeza en la almohada y aspiró fuerte. Todavía conservaba el olor de Castro. Sonrió y rememoró los paseos, cogidos de la mano, por Chueca y La Latina, la ruta de vinos por las Cavas, el estar rodeados de una gran muchedumbre en Sol y, a pesar de ello, sentirse los únicos moradores de aquella ciudad que parecía no dormir nunca. Había sido un fin de semana de ensueño en el que Castro parecía haber roto su coraza ante ella. Suspiró satisfecha. Había leído que la felicidad despeina, y ella se sentía totalmente despeinada.

Se levantó pensando en la reunión que tenía en una hora con Matías Adaro, el director de *El Diario*, el periódico del que era reportera. Adaro la había telefoneado en repetidas ocasiones durante el fin de semana y ella había hecho oídos sordos a los requerimientos de quien le pagaba el sueldo. Aquel hombre, con su carácter despótico y sus juegos de hiena vieja, tenía la capacidad de sacar la peor versión

de la periodista siempre que cruzaban dos palabras —que eran más veces de las deseadas—. Eso y la facilidad con la que ella daba rienda suelta a su lengua —rica en sinónimos, a cuál más ingenioso e hiriente — no ayudaban a que su relación con el director del periódico fuera buena. De manera que Olivia silenció el teléfono e ignoró a Adaro durante el viaje. Incluso desactivó las notificaciones y evitó leer las noticias durante esos dos días. No estaba dispuesta a que nada ni nadie estropeara su fin de semana con Castro. Solo se dignó a devolver la llamada el domingo, ya de regreso a casa, y la conversación no pudo ser más breve. El hombre, contrariado por el caso omiso que le había hecho Olivia, solo dijo, con tono más desabrido del habitual: «Te quiero mañana a las nueve en mi despacho».

Olivia no tenía ganas de enfrentarse a él.

Se levantó, se vistió y tomó un café rápido. En el momento que salía por la puerta, le sonó el móvil. Era Mario, y una sonrisa iluminó su rostro. Mario Sarriá, fotógrafo de *El Diario*, excelente profesional y mejor persona, era su compañero de fatigas en el periódico y más que un amigo, casi un hermano, desde que empezaran a trabajar juntos hacía quince años.

—Hola, pichón. —El fotógrafo sonaba contento—. ¿Qué tal el fin de semana con el inspector?

—¡Fantástico! Para no haber vuelto —contestó Olivia mientras bajaba las escaleras de dos en dos.

—No me harías eso, ¿no? —bromeó el fotógrafo.

—Nunca te haría eso, coleguita.

—¿A qué hora ves a Adaro?

—En media hora.

—Amarra esa lengua —aconsejó él—. Te necesito trabajando conmigo desde hoy mismo.

—Mi lengua tiene vida propia, Mario. Y aborrezco que traten de llevarme por donde no quiero ir.

—Te recuerdo que la última vez que la usaste te mandaron a dique seco. Y eso te gusta menos, ¿verdad?

No era la primera vez que Olivia era enviada a dique seco o, lo que es lo mismo, de vacaciones impuestas, como alternativa al despido. La docilidad no era uno de sus atributos.

—Me exaspera el cinismo y la falta de moralidad de ese tipejo —

protestó.

—Al menos inténtalo. ¿Me lo prometes?

—Lo haré —rezongó ella, entrando en su Golf—. Pero no esperes garantías, ¿eh?

—Con eso me basta. Llámame cuando salgas de la reunión y te cuento lo que tengo entre manos.

—¿Das por hecho que voy a incorporarme hoy? —preguntó ella entre risas—. Tengo al jefe muy cabreado.

—¿Acaso lo dudas? Ya se te ocurrirá cómo suavizarlo —bromeó él cortando la llamada.

No, no lo dudaba. Y aunque reconocía que le había venido bien estar unos días alejada del periódico, tenía ganas de volver al ruedo.

Arrancó el coche y en ese momento volvió a sonar el móvil. Era su madre, doña Elena. Olivia puso los ojos en blanco. Había olvidado llamarla durante el fin de semana y se imaginó la cantidad de reproches que tendría que oír antes de encaminarse a Gijón, donde estaba la redacción de *El Diario*.

Cogió aire y lo soltó lentamente dos veces antes de contestar.

—Olivia, soy mamá —saludó doña Elena. A Olivia casi se le escapó la risa y se preguntó por qué su madre sentía le necesidad de identificarse.

—Lo sé, madre. Te tengo en mi agenda, ¿recuerdas?

—¿Te apetece que comamos juntas? —soltó de sopetón.

—¿Hoy? —preguntó Olivia sorprendida. Su madre y ella habían establecido una rutina inamovible de comer juntas los sábados. Era una tradición establecida de forma unilateral por su madre desde que falleciera su marido, hacía ya quince años—. Hoy es lunes. ¿Lo dejamos para el sábado, como siempre? —sugirió la periodista haciendo hincapié en el «como siempre».

—El sábado no puedo. Tengo planes —respondió su madre con lo que a Olivia le pareció cierta vacilación.

—Está bien. Estaré en casa a eso de las dos —aceptó Olivia con curiosidad.

—No, no, hija. En casa, no. Te invito a comer en un restaurante monísimo que he descubierto en la calle Jovellanos. Se llama La Marimorena.

Olivia no contestó. Ahora sí que estaba intrigada.

—Madre, ¿estás bien? —preguntó con cautela.

—Sí, muy bien —contestó escueta.

—Espero que esto no sea una encerrona tuya en confabulación con tus amigas de parchís —advirtió Olivia.

No sería la primera vez que las tres amigas de su madre —Moraima, Flora y Marichu—, en connivencia con doña Elena, la acorralaban para tratar de concertarle una cita con algún sobrino, nieto o amigo de un amigo de un primo de alguna de ellas.

—No, no. Nada de eso. Me apetece comer con mi hija fuera de casa. ¿Es eso tan raro?

Sí, era raro, pensó Olivia, muy pero que muy raro. Su madre era animal de costumbres, y rara vez, por no decir ninguna, creía necesario el dispendio de una comida que no saliera de sus fogones. En lugar de expresarlo en voz alta, accedió con el convencimiento de que en aquella invitación había gato encerrado.

Olivia puso rumbo a Gijón con su madre en la cabeza. «¿Qué estará tramando?», se dijo. Apartó la idea en cuanto cogió la autovía y empezó a pensar en la reunión con Adaro. No tenía ni idea de qué quería decirle el director del periódico, pero estaba convencida de que iba a ser un encuentro de todo menos tranquilo.

5

Miró a su mujer. En sus ojos había miedo. Miedo animal, cuando el animal está acorralado. Solo le dedicó una mirada. No quería venirse abajo. Ahora no.

Se aseguró de que la puerta estuviera bien atrancada y el candado cerrado. Luego se giró y se encaminó hacia la habitación que usaba como despacho. Su mujer lo siguió como un gatito asustado, implorando con la mirada, suplicando una solución, rogando una palabra, aunque fuera un desplante.

Entró en el despacho sin dedicarle ni un gesto y cerró la puerta dejándola en el umbral, sola, aterrorizada y más vulnerable que nunca.

6

—Lo he visto en la tele. Confirmado: era Elsa —informó Matilda a sus amigos.

—La muy cabrona se lo merecía. —Daniel apretó los libros contra el pecho, le temblaba la voz. Tenía el pelo largo y lo llevaba recogido en una coleta hecha sin ningún cuidado.

—No digas eso —afeó Nuria girándose hacia el chico—. Nadie se merece estar muerto.

—Ella sí —defendió Patricia, la más aniñada del grupo. Era pequeña en estatura y llevaba unas gafas de pasta que destacaban en su cara menuda.

—¿Dónde está Lili? —preguntó Matilda con gesto preocupado. Era pelirroja, y su cabello rizado emitió destellos naranjas a pesar de que aquella mañana no brillaba el sol. Arrugó la nariz plagada de pecas—. Ya debería haber llegado.

—Por allí viene —respondió Daniel señalando con el dedo a una figura que se acercaba a ellos corriendo.

Todos se giraron para ver llegar a una adolescente más alta que los demás, desgarbada y con acné en el rostro.

—¡Aún no me lo creo! —exclamó la recién llegada con la voz entrecortada por la carrera. En el grupo de WhatsApp que había creado no habían hablado de otra cosa durante todo el fin de semana, planteando hipótesis a cuál más descabellada—. Me hubiera gustado

estar allí para grabarlo —dijo con rabia en la voz.

—¡Vamos, chicos! No seamos crueles —protestó Nuria mirando el reloj de pulsera—. Se nos hace tarde.

—No estoy nerviosa —confesó de repente Matilda—. Por primera vez en mucho tiempo, no tengo nervios por ir al instituto.

—Yo tampoco —reconoció Lili.

—No cantéis victoria —advirtió Daniel con nerviosismo, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Aún tenemos que lidiar con su séquito. ¿U os creéis que sus perros van a dejar de morder?

—No creo que Martín, Sonia y Rodrigo se atrevan a molestar a nadie en una temporada. Tienen que estar acojonados. —Fue Patricia la que habló con determinación.

Todos la miraron sorprendidos.

—¿Por qué iban a estar acojonados? —preguntó el chico.

—Porque a lo mejor los siguientes en aparecer en un descampado son ellos —dijo la chica con un brillo en los ojos.

Los odiaba. Los odiaba con todas sus fuerzas. Eran como una manada de lobos. Actuaban como ellos, acechando y rodeando a sus víctimas hasta tenerlas a su merced.

—No digas bobadas, Patri —atajó Lili—. Y vamos, que llegamos tarde.

Caminaron en silencio hasta el instituto. Cuando vislumbraron el acceso al centro, se pararon en seco.

—¡Mierda! —susurró Daniel—. Nos están esperando.

Los cinco amigos se miraron con gesto preocupado.

En la entrada observaron a un grupo de tres adolescentes que, al verlos, les cortaron el paso.

—Dejadnos pasar —pidió Daniel con la cabeza baja.

—Y si no, ¿qué vas a hacer, marica? —provocó Martín, el más alto de los tres. Era rubio y guapo. Un chico de anuncio. El novio que toda madre querría para su hija, si no fuera por la crueldad de la que hacía gala.

Daniel se encogió, acobardado. Apretó fuerte los libros contra el pecho. Martín le dio un manotazo haciendo que se le cayeran al suelo, entre las risas de los dos adolescentes que lo acompañaban.

—Eso me parecía —dijo Martín con bravuconería—. Llorar como

una nenaza. Es lo único que sabes hacer.

—¡Dejadnos en paz! —gritó Lili agachándose para ayudar a Daniel a recoger los libros.

—¡Espagueti, qué *mieditis* nos das! —bromeó Sonia, la única chica del grupo. Tenía pinta de animadora: pelo pulcramente alisado y ropa de marca. Una muñequita, pero con mirada perversa.

—Pues deberías tenernos miedo. ¡Mirad lo que le ha pasado a vuestra amiga! —amenazó Nuria encarándose con ellos.

—¿Nos estás amenazando, so foca? —Fue Rodrigo quien habló, el tercero del grupo y el más violento de los tres. Se acercó con lentitud. Le sacaba media cabeza y se arrimó a ella hasta que notó el pelo de la chica bajo su barbilla, con intención de amedrentarla. Sonrió enseñando unos dientes blanquísimos que contrastaban con su tez morena—. ¿Se te ha movido la grasa al cerebro? ¿Es eso? —escupió.

Nuria tragó saliva. Temblaba de rabia.

—Que nos dejéis pasar —siseó Nuria notando cómo le subía la sangre al rostro. Le ardían las orejas y notaba un calor abrasador en los pómulos.

Rodrigo se apartó e hizo una señal a los demás, que lo imitaron.

Los cinco amigos entraron en el instituto apresuradamente.

—¡Pringaos! —gritó Martín. Los cinco se giraron—. Nos vemos en el recreo.

Caminaron deprisa hacia el aula mientras en sus oídos retumbaban las risas y las mofas de los tres agresores.

7

El ambiente en el despacho de la directora del IES Manuel Machado era tenso. Era la primera vez que el instituto se veía en una situación tan dramática. Una alumna asesinada. La directora, Victoria Pañeda, no tenía claro cómo lidiar con aquella circunstancia para que el centro se viera lo más mínimamente afectado. Sentada tras su mesa, se retorcía las manos con nerviosismo mientras pensaba en la repercusión mediática que estaba teniendo el caso. Miró a las dos personas que tenía enfrente, expectantes a las decisiones que ella tomara.

—Lo primero y más importante es mantener la calma —dijo—. Es primordial que el centro muestre normalidad. Por el bien de los alumnos y de la propia institución.

—¡Han asesinado a una de nuestras alumnas, Victoria! —protestó Teo Aparicio, jefe de estudios del instituto, gesticulando con las manos —. Mantener la normalidad será imposible. Y lo sabes.

—No estoy diciendo que vaya a ser fácil —reconoció con un suspiro—, pero no podemos permitirnos ningún fallo. La buena reputación del instituto está en juego.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó con sorna Marisa Linera, la orientadora del centro—. ¿Que escondamos la cabeza como los avestruces, tal y como hemos hecho hasta ahora?

—Tu sarcasmo no ayuda, Marisa —reprendió Pañeda.

—Os dije que algún día ocurriría una desgracia. ¡Y ha ocurrido! —exclamó la orientadora—. ¿Y ahora queréis aparentar normalidad? —se jactó con una risa amarga.

—Lo que ha pasado no tiene nada que ver con el instituto. A la niña la mataron fuera de estas instalaciones —replicó la directora señalando las paredes de su despacho.

—¿Estás segura? —insistió Marisa Linera cruzando las piernas.

—Es lo que ha dicho la televisión. Su cuerpo apareció cerca del apeadero.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —protestó Teo sin entender a dónde quería llegar su compañera.

—Esa chica se lo estaba buscando —sentenció la orientadora.

—Basta, Marisa —atajó la directora con severidad—. Sabes de sobra que no ha habido denuncias.

—Y tú también sabes que las víctimas están tan asustadas que no denunciarán nunca —argumentó Marisa irguiendo el cuerpo e inclinándose hacia adelante. Golpeó con el dedo índice sobre la superficie gastada de la mesa para dar más énfasis a sus palabras—. Pero eso no nos exime de la responsabilidad que tenemos. Nosotros sabíamos... sabemos lo que ocurre. ¿Nos hemos olvidado ya de Jimena Feito?

—Jimena Feito no tiene nada que ver con lo que le ha ocurrido a Elsa Canteli —sentenció la directora con impaciencia.

El jefe de estudios miraba a una y a otra alternativamente, sin decidirse a meter baza.

—Esto es justo lo que tenemos que evitar —continuó Victoria Pañeda tratando de tranquilizarse y de calmar el ambiente—. No nos beneficia en nada sacar asuntos del pasado.

Marisa Linera cruzó los brazos e hizo amago de rebatir a la directora, pero esta, con un gesto de la mano, la enmudeció. No estaba dispuesta a continuar discutiendo, y así lo debió de entender la orientadora, que resopló en señal de desacuerdo.

—Teo, ¿has dado orden de que lleven a los alumnos al salón de actos? —quiso saber Victoria Pañeda.

—Tal y como me pediste —respondió solícito.

—Les explicaremos de forma sucinta lo que ha pasado y transmitiremos tranquilidad tanto a los alumnos como al profesorado.

Marisa, tendrás que estar abierta a atender a cuantos alumnos requieran apoyo psicológico.

La orientadora asintió con la cabeza.

—¿Y qué hacemos con la Asociación de Madres y Padres de Alumnos? —preguntó Teo.

—De momento, nada —respondió Victoria con contundencia—. Si requieren información, les trasladaremos la mínima. De forma escueta. No quiero a los padres mareando más de lo necesario.

La directora hizo un mohín de disgusto con la boca. Solo pensar en la AMPA ya le daba dolor de cabeza. Miró su reloj de pulsera y se levantó de la silla. Se alisó la falda con cuidado.

—En media hora tengo que recibir al inspector que está al cargo de la investigación —continuó dirigiéndose a la puerta seguida por la orientadora y el jefe de estudios. Se giró hacia ellos—. Quieren información sobre Elsa. Teo, prepara su expediente. Sería conveniente que ambos estuvierais presentes en la reunión con la policía.

Ambos asintieron en silencio.

—Bien, y ahora que está todo claro —clavó la mirada en Marisa —, hablemos con los alumnos.

8

Hacía más de treinta minutos que rondaba por el exterior del IES Manuel Machado. Los alumnos ya habían entrado; sin sus risas y murmullos, el edificio, de fachada gris y sin más atractivo que el pórtico bajo el que se reunían los chavales antes de entrar al centro, parecía desolado. Se apoyó en el escaparate de un comercio frente al instituto y se mordió con ansia la uña del dedo pulgar hasta hacerlo sangrar. Se rascó la entrepierna con nerviosismo. El hormigueo de placer que le acompañaba cuando observaba a los estudiantes estaba empezando a tornarse en inquietud y, conforme avanzara la mañana, esa sensación pasaría de la frustración al asco por sí mismo. No podía pararlo. El impulso era más fuerte que él.

Metió las manos en los bolsillos del anorak y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno y notó que le temblaban las manos. Lo fumó deprisa mientras observaba a dos hombres que acababan de bajarse de un vehículo aparcado delante del centro escolar. Reculó para que no le vieran y se puso tenso. Aunque iban vestidos de paisano, olían a pasma a kilómetros. El mayor llevaba la voz cantante y el joven le seguía de cerca. Cuando desaparecieron dentro del edificio central, tiró la colilla al suelo y emprendió el camino hacia la pasarela que cruzaba las vías. Allí habían encontrado a la niña.

Caminó rápido. Había estado vigilando el sitio durante todo el fin de semana sin poder acercarse a menos de veinte metros debido al

cordón policial. Tenía que darse prisa. Rezaba para que la zona ya estuviera libre de policías y para que no hubieran encontrado las colillas. Eran demasiadas, todas con su ADN. Se palmeó la cabeza enfadado. Había cometido un gran error que podía costarle caro. «Tengo que darme prisa», se repitió. Aceleró el paso.

No podía volver a la cárcel.

No iba a volver a la cárcel.

9

En el salón de actos no entraba una persona más. Hacía un calor sofocante. En la primera fila de asientos, una docena de profesores asistían a la disertación de la directora del centro que, desde el escenario, trataba de que sus palabras sonaran tranquilizadoras. Se oía un leve murmullo en todo el anfiteatro, sollozos ahogados y susurros.

El inspector Castro y el subinspector Gutiérrez se situaron al fondo del salón, cerca de la puerta de acceso; desde las sombras, podían observar las reacciones sin llamar la atención.

Veinte minutos después de llegar al instituto, los policías estaban sentados en una sala de reuniones frente a una inquieta Victoria Pañeda.

—He creído conveniente que me acompañen la orientadora del centro, Marisa Linera, y el jefe de estudios, Teo Aparicio —anunció presentando a una mujer de mediana edad sentada a su izquierda y a un hombre situado a su derecha.

La mujer era delgada y de ojos vivaces, de los que miran sin miedo. El hombre, entrado en carnes, en cambio, tenía una mirada huidiza y su actitud corporal delataba la incomodidad que le provocaba aquella reunión.

—No tenemos inconveniente, señora Pañeda. Intentaremos que nuestra presencia aquí sea lo más discreta posible. No queremos alterar el ritmo del instituto.

La directora pareció relajarse con las palabras del inspector.

—¿Qué necesitan saber? —preguntó.

—Todo lo que nos puedan contar sobre Elsa Canteli: rendimiento académico, qué tipo de persona era, amigos, posibles enemigos, si había tenido algún problema y con quién...

El jefe de estudios tendió a la directora una carpeta que ella abrió con lentitud.

—Elsa Canteli era alumna de este centro desde primero de la ESO —comenzó a explicar—. Tenía problemas con unas cuantas asignaturas, más por vagancia que por falta de capacidades intelectuales.

—¿En qué curso estaba? —preguntó Gutiérrez a la vez que anotaba en su cuaderno.

—En segundo de la ESO —respondió Pañeda.

—¿Y a nivel académico...? —continuó Castro.

—Era bastante deficiente —atajó Pañeda—. En todas las evaluaciones arrastraba alguna asignatura.

—¿Y qué tipo de alumna era? —quiso saber Castro.

El jefe de estudios carraspeó y la orientadora bajó la mirada por primera vez en toda la conversación. De repente, el ambiente se tornó incómodo. Victoria Pañeda se tomó unos segundos para contestar.

—Por decirlo de forma suave, no le gustaba la disciplina —respondió al fin.

—¿Y eso qué quiere decir? —intervino Gutiérrez.

Los tres docentes se miraron con evidente inquietud. Habló Teo Aparicio:

—Era una alumna difícil y, a veces, problemática —confirmó de mala gana—. Desobedecía y alteraba las clases. Las quejas de los profesores en los claustros eran continuas debido a su comportamiento dentro del aula.

—¿Esto se comunicó a sus padres? —quiso saber el inspector.

—Sí, pero sin éxito.

—¿Qué tipo de comportamiento concreto tenía dentro del aula? —insistió Castro.

—Copiaba en los exámenes, se metía con los compañeros, gastaba bromas pesadas, estropeaba deliberadamente el mobiliario...

—Reventaba las clases y tenía amedrentados incluso a los

profesores —atajó Marisa Linera.

Victoria Pañeda la fulminó con la mirada. El inspector Castro centró su atención en la mujer, que elevó la barbilla con determinación.

—Continúe, señora Linera.

—Su comportamiento rayaba el delito. Era inaceptable. Se divertía metiéndose con los profesores hasta sacarlos de sus casillas, provocaba situaciones violentas en el aula. Se enfrentaba a ellos y lo hacía en términos... insultantes y soeces. Hacía una gamberrada tras otra. Y créanme que tenía una poderosa imaginación. Era un desafío constante. Increpaba a compañeros y docentes, me consta que incluso con amenazas. Era una alumna problemática que carecía de disciplina y de los valores más elementales.

—Ya le dije antes que no era una alumna ejemplar —intervino Pañeda nerviosa—. Pero como ella hay algún alumno más en el centro. Por desgracia, los institutos ya no son lo que eran y los alumnos, tampoco.

—Puedo deducir, por lo que cuentan, que Elsa Canteli tendría enemigos. —Fue Gutiérrez quien habló sin dirigirse a nadie en concreto.

—¿Se refiere a que pudo matarla alguien de este centro? ¡Tonterías! —exclamó Pañeda visiblemente alterada.

—Me refiero a que vamos a necesitar el nombre de los amigos de Elsa Canteli y también el de aquellos a los que molestaba más de lo normal —respondió Gutiérrez sin alterarse—. Incluidos los profesores que presentaron quejas.

—¿Guardan un registro de esas quejas? —preguntó Castro.

—Sí —respondió escueta la directora, llevándose una mano al cuello.

—También lo vamos a necesitar. ¿Acudió Elsa Canteli el viernes a todas las clases? —Castro volvió a tomar las riendas del interrogatorio.

—Sí, a todas —confirmó Teo Aparicio.

—¿A qué hora salió del instituto?

—Las clases finalizan a las dos.

—¿Saben si se marchó sola?

—No, no controlamos con quién se marchan los alumnos —

corroboró Victoria Pañeda.

—¿Hay cámaras de seguridad?

—Por supuesto que no —se ofendió la directora.

—Tendremos que llevarnos esa carpeta —pidió Castro señalando el informe académico que Pañeda mantenía abierto frente a ella—. No es necesario que les diga que la investigación está bajo secreto de sumario, de manera que la discreción es imperativa. También les recuerdo que cualquier dato que pudiera ser importante para esclarecer la muerte de Elsa Canteli ha de ser puesto en nuestro conocimiento de inmediato.

Castro los observó a los tres con gesto severo. Marisa Linera le mantuvo la mirada. Vislumbró un atisbo de indecisión que se esfumó tan rápido como había aparecido. La directora y el jefe de estudios rehuyeron su mirada, la una inquieta, el otro incómodo.

Cuando los policías salieron del instituto, ambos llevaban en la mente una imagen de Elsa Canteli muy distinta a la que tenían antes de acudir al centro. Aunque los dos estaban convencidos de que no les habían contado toda la verdad.

10

En el mismo momento en que Castro y Gutiérrez se reunían con la directora del IES Manuel Machado, Olivia Marassa irrumpía en la redacción de *El Diario*. Lo hacía con las pistolas cargadas. Cómo no. La reunión con Matías Adaro no iba a ser amigable. Con el director del periódico, las cosas rara vez eran fáciles. Se supone que el director de un medio de comunicación ha de ser antes periodista que burócrata. Se supone. En el caso de Adaro, la labor periodística era una forma de llenar el espacio libre que dejaba la publicidad en sus páginas.

Se acercó a saludar a su superior directo, Roberto Dorado, jefe de Comarcas, la sección en la que ella trabajaba para los concejos de Noreña, Siero, Sariego y Llanera. Dorado era una persona ruda en el trato, pero justa en su cometido. Era un periodista de la antigua escuela, de los que no toleran una falta de ortografía en el cuerpo del texto ni una noticia sin contrastar. Huía del sensacionalismo fácil, pero se entusiasmaba con los titulares que pisaban una noticia a la competencia.

—¿Cómo te ha ido por Madrid? —saludó Dorado sin apenas levantar la vista del ordenador.

—Hoy todo el mundo me pregunta por mi fin de semana —contestó Olivia sentándose en la mesa.

Dorado siguió con lo que estaba haciendo sin insistir en la pregunta.

—Muy bien— respondió ella de forma escueta—. ¿Sabes qué quiere? —preguntó Olivia cambiando de tema e indicando con la cabeza hacia el despacho del director.

Dorado se giró hacia la periodista.

—Ni idea —aseveró—. Esta mañana llegó muy temprano, se metió en el despacho y no ha salido aún.

—¿Cómo de temprano?

—A las ocho ya estaba aquí.

—¿Y tú es que no duermes?

—Ya dormiré cuando me muera —sentenció volviendo a centrarse en el ordenador—. Espero que te deje incorporarte, porque te necesito en la zona. Así que córtate cuando hables con él.

—Eres la segunda persona que me dice hoy que me muerda la lengua.

—Imagino que la primera sería Mario. Hazle caso —pidió Dorado.

Olivia resopló y se dirigió al despacho de Matías Adaro. Tocó a la puerta con los nudillos y de repente se sintió nerviosa. Un «Pasa, Olivia» hizo que cogiera aire dos veces y lo soltara lentamente.

Matías Adaro estaba sentado frente a su escritorio, con la mesa llena de papeles, teletipos y periódicos de la competencia: *Las Noticias* y *El Ideal*. En una televisión pequeña, a su espalda, tenía sintonizada la TPA.[1] Cuando Olivia estuvo frente a él, la apagó y le pidió que tomara asiento.

—¿Qué tal tu descanso? —preguntó el director con una sonrisa.

«Primera provocación», pensó Olivia.

El descanso —o dique seco, como lo llamaba Mario— había consistido en unos días sin aparecer por el periódico como castigo por una discrepancia entre ambos. Olivia había conseguido una información que Adaro se había negado a publicar, priorizando los intereses económicos del periódico sobre los informativos. La eterna lucha en un medio de comunicación que esta vez se había materializado en una discusión muy subida de tono.

—Tomar distancia del periódico durante unos días me ha venido bien. Gracias.

—Me alegro. Estás lista para incorporarte, espero.

—Ya estaba lista el día que me mandaste a ver los toros desde la barrera —ironizó ella.

—¡Perfecto! —exclamó él con una amplia sonrisa y sin contestar al comentario de la periodista—. Porque quiero que te metas de cabeza en el tema de la niña aparecida muerta en Oviedo.

—Algo he leído esta mañana, pero no es mi zona, Matías, de manera que ni la domino ni tengo los contactos.

El director se retrepó en la silla y cruzó los brazos delante del pecho. Lejos de enfadarse, que era lo que ella esperaba, mostró aún más su dentadura en una sonrisa que a Olivia le pareció de Judas.

—Los dos sabemos que eso no es cierto, especialmente lo de los contactos —respondió con tranquilidad en clara alusión al inspector Castro—, pero entendería que te originara un problema, digamos, ético el hecho de tener que sonsacarle información a tu novio.

—Me alegro de que lo entiendas —espetó Olivia callando lo que de verdad le apetecía responderle.

—Por eso tú harás el trabajo de campo: intentarás hablar con el instituto, con los amigos de la niña, con sus padres, con sus enemigos, si los tenía... —explicó al tiempo que se adelantaba y apoyaba los codos en la mesa—. Y Serafín se encargará de la información oficial desde la redacción.

— ¡¿Serafín?! —Olivia ya no pudo refrenarse—. ¡Pero si no sabe hacer la o con un canuto!

—Deberías mostrar un poco más de respeto por tus compañeros, Olivia.

—Vamos, Matías —resopló ella—. Sabes igual que yo que Serafín es un lameculos, que entró en el periódico porque su padre es íntimo del gerente y, lo que es peor, que no sabe ni escribir. Es un grano en el culo.

—Ese grano es redactor de *El Diario*. Y con eso es suficiente. Él hará su trabajo desde aquí, tirando de agenda, y tú desde la calle. Firmaréis los dos.

—¿Y quién escribirá?

—Escribirá él, y tú, si quieres, se lo revisas. —Adaro hizo un gesto con la mano, como si apartara de forma distraída una mosca—. Y cambias lo que te parezca. A él no le va a importar.

—Cómo no. Ahora resulta que soy la machaca de un puto inútil que ni siquiera tiene el título de Periodismo.

—¡No empecemos, Olivia! —advirtió Matías Adaro.

—Está bien —claudicó ella a regañadientes—. Pero quiero a Mario conmigo. Y que me garantices una página al día que no tenga más de un faldón de dos módulos de *publi* por abajo.

—Eso no será un problema —accedió el director—. Pediré a Dorado que os sustituya a Mario y a ti durante unos días en vuestra zona. Tú consigue información interesante del caso. ¿Algo más?

—Un aumento de sueldo —pidió ella con seriedad—. Vamos a tener más gastos.

—Hablaré con Administración para que os paguen dietas y kilometraje.

—¿Solo eso? —protestó con énfasis— ¿Dietas y kilometraje?

—¿Qué quieres? ¿Un plus por peligrosidad?

—No estaría de más un plus por salvarle el culo a Serafín, que es lo que haremos.

—No tenses la cuerda, Olivia —advirtió Adaro—. Sal y ponte al día. Durante el fin de semana el tema ha estado en manos de Serafín. Que te cuente los detalles.

Olivia salió del despacho con la molesta sensación de que acababa de llevarla a su terreno sin despeinarse. A pesar de que haber accedido sin rechistar a todas sus peticiones, sentía que había sido ella la que había bailado al son de Matías Adaro.

11

—Dime, qué tienes —exigió Olivia de malos modos cuando llegó a la mesa de Serafín Márquez—. Y no me mientas, porque he estado hojeando lo publicado por los tres periódicos de Asturias, incluido el nuestro, y te han dado por arriba y por abajo.

Serafín Márquez parpadeó dos veces, sorprendido por el mal humor de la periodista. No estaba acostumbrado a que le hablaran como si fuera un becario. De hecho, nunca lo había sido, pues había entrado en el periódico bajo el auspicio de su padrino, el gerente, con un contrato indefinido bajo el brazo y una nómina no justificada por su trabajo —deficiente en el mejor de los casos— en la redacción. No había cumplido los treinta, y ya presumía de un BMW de paquete y de un apartamento en plena calle Corrida. Todo eso sin saber aún, después de dos años como redactor en la sección de Región, lo que era una entradilla, las cinco uves dobles o la importancia de un buen titular. Él se dejaba llevar. No estaba al día de las nuevas reglas ortográficas ni ordenaba correctamente una frase en sujeto, verbo y predicado. Ni siquiera distinguía la función de una coma de la de un punto. Y, por supuesto, no dedicaba ni un minuto a investigar las noticias que llegaban por teletipo. Pero nadie esperaba eso de él. Era el enchufado. Antes era un nini que, con veintisiete años, no había hecho más que trabajar un verano en la feria de muestras de Gijón, había iniciado dos carreras pero no había pasado el segundo curso de

ninguna, y se dedicaba, simplemente, a divertirse con sus amigos pijos en el Club de Regatas, durante el verano, y en el Grupo Covadonga, en invierno. Lucía un bronceado impoluto todo el año y vestía como un maniquí de Adolfo Domínguez. El terror de las nenas en los mundos de Yupi. No se esperaba mucho de él, y él correspondía a esa falta de expectativas de forma escrupulosa. Había llegado al periódico con la etiqueta puesta, y estaba a gusto con ella. Nadie se metía con él ni con su trabajo. Su zona de confort, a pesar de las caras de suficiencia de sus compañeros, era perfecta, y él no era muy exigente, moralmente hablando. Así que cuando Olivia se dirigió a él en ese tono, no le molestó, solo se asombró.

—¿Estás sordo? —insistió Olivia ante la mirada atónita de su compañero—. ¿Qué has averiguado del tema de la niña?

—Lo que has visto publicado —respondió con parsimonia una vez repuesto de la sorpresa.

—Es decir, nada de nada —atacó Olivia cada vez más encendida.

—No diría yo tan poco...

—Escúchame bien —atajó ella poniendo su cara a la altura de la de él—, vamos a tener que trabajar juntos.

—Eso me han dicho —balbuceó.

—Cállate —exigió la periodista poniéndole el dedo índice delante de los ojos—. Me importa un bledo que seas un enchufado. Tenemos que trabajar juntos en este tema y no me gusta la gente que va a rebufo, aplicando la ley del mínimo esfuerzo. Somos dos, no lo olvides. No voy a esforzarme para que tú te lo lleves calentito en tu BMW. Vas a tener que ir a mi ritmo.

—¿Y cuál es? Si puede saberse... —preguntó Serafín con chulería, apartando el dedo de Olivia de su cara.

—El ritmo ciento sesenta y ocho.

Serafín enarcó las cejas confundido. Olivia cogió una silla y se sentó junto a él sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Es la cifra que resulta de multiplicar veinticuatro horas por siete días de la semana —aclaró ella con lentitud—. Que quiere decir que, hasta nueva orden, vamos a estar con el turbo metido todo el santo día.

—Tú estás mal de la azotea, ¿no? —soltó con condescendencia.

—Sí —respondió ella con calma—. Muy mal. Vete acostumbrando.

Así que te aconsejo me sigas el ritmo por las buenas... —Olivia hizo una pausa— y aproveches esta oportunidad para aprender cómo se hace periodismo más allá de los teletipos, que es de lo que te has nutrido estos dos días mientras la competencia completaba la información con cosecha propia y haciendo calle.

Serafín tuvo el decoro de ponerse colorado al ser pillado en falta. Cambió de posición en la silla y adoptó una actitud más humilde.

—¿Qué propones?

Olivia metió la mano en el bolso y sacó su cuaderno de notas. Lo abrió y comenzó a dar instrucciones:

—Lo primero que necesito es que llames a tus contactos en la policía, si es que tienes alguno —apuntilló con un poco de maldad—, y trates de enterarte de algo más que lo que dicen las agencias de noticias: causa de la muerte, si hubo violación, el contacto de los padres, etc. —Hizo una pausa de unos segundos para repasar sus notas. Serafín apuntaba en un folio sin levantar la mirada hacia la periodista—. En *El Ideal* y *Las Noticias* dicen que la chica era alumna del IES Manuel Machado. Voy a empezar por ahí. A ver si consigo hablar con sus amigos o enterarme de si tenía enemigos.

—¿Y después?

—En cuanto averigües algo, me llamas y nos coordinamos. Vamos a tener una página diaria, como poco.

—De acuerdo. ¿Pido foto?

—No. Mario vendrá conmigo. Ya te diré con qué foto saldremos mañana.

Cuando Olivia Marassa salió del periódico, llamó a Mario Sarriá.

—Ya me ha llamado Dorado, pichón. ¿Te veo en Oviedo?

—En el instituto Manuel Machado, en La Florida.

—Allí nos vemos.

La segunda llamada la hizo a Alberto Granados, agente de Seguridad Ciudadana de la comisaría del CNP en Pola de Siero. Granados se contaba entre sus escasas amistades desde hacía años, y era una de sus fuentes habituales.

—Ya me parecía a mí que tardabas en llamar. Y seguro que no es para invitarme a una cerveza —saludó el policía al otro lado de la línea.

—Necesito un favor —Olivia prefirió ir directa al grano.

—¡Qué raro! —exclamó Granados con sorna.

—¿Puedes acceder al atestado de la niña que apareció muerta el viernes en Oviedo?

—Puedo —respondió escueto—. Otra cosa es que lo haga. El caso está bajo secreto de sumario.

—Lo sé, por eso no te voy a comprometer.

—Eso sí que no me lo creo. ¿Qué necesitas?

—Que me cuentes solo lo que puedas.

—¿Qué parte de «está bajo secreto de sumario» no has entendido?

—Escucha, llevo el tema para el periódico, pero también lo va a llevar un compañero desde la redacción.

—¿Y?

—Que no me fío de que haga bien su trabajo. Él se encargará de la información oficial y me gustaría contrastar contigo los datos que me dé.

Olivia escuchó un sonoro resoplido de su amigo. Casi pudo oír sus pensamientos de contrariedad.

—Está bien —accedió a regañadientes—. Pero lo haremos al revés. Tú me cuentas lo que tienes y yo te digo si es cierto o no. Sin más.

—De momento, me vale.

—¿Y la cerveza para cuándo? —cambió de tema Granados.

—¿Estás de mañana?

—Es obvio, ¿no te parece?

—Esta tarde te llamo y nos tomamos esa cerveza —prometió Olivia.

—Y de paso intentarás sonsacarme —apuntó él con soniquete—. Me da que esta invitación va a salirme cara.

—Si no pensaras de esa manera, se me caería un mito —se rio la periodista antes de despedirse.

12

—Llévame a la escena —pidió Castro cuando salieron del centro —. Quiero ver el sitio donde apareció la niña.

Gutiérrez asintió e hizo amago de entrar en el coche.

—No, Jorge. Quiero ir caminando. Necesito comprobar la distancia desde el instituto.

—Tú mandas.

Enfilaron la calle Cudillero en dirección al puente de La Florida. Pasaron por delante del supermercado que colindaba con el centro escolar y que gozaba de un amplio aparcamiento para sus clientes. Castro se detuvo en seco.

—Justo aquí detrás apareció el cuerpo de Rosa Colomina. —Fue una observación que el inspector expresó en voz alta, más para sí mismo que para su compañero.

—Sí —corroboró Gutiérrez—. Apareció detrás de este aparcamiento —indicó señalando un área verde que se divisaba al fondo de la zona de estacionamiento de la superficie comercial, que a esa hora de la mañana aún estaba desolada.

El perímetro se cerraba con un murete de bloques de apenas cincuenta centímetros de altura. Lindando con el muro trasero, se extendía una vasta explanada que llegaba hasta la calle Carreño, paralela a la vía en la que se encontraban. En aquella planicie había aparecido, hacía ya casi tres meses, el cuerpo de la universitaria.

—Prosigamos —pidió Castro reanudando el camino.

Pasaron por delante de una estación de servicio y continuaron hasta la glorieta del puente de La Florida que comunicaba el acceso rodado con La Argañosa por encima de las vías del tren; giraron a la izquierda, hacia la calle Catedrático Luis Sela Sampín, y bordearon el aparcamiento del supermercado. Cruzaron la calle de Carreño y, dejando atrás el descampado donde había aparecido Rosa Colomina, entraron en Bermudo I el Diácono. Al llegar a la mitad, a la sombra de un bloque de edificios, vieron la pasarela bajo la cual habían asesinado a Elsa Canteli. Aún había un cordón policial amarillo, marcas de pintura en el pavimento y en la hierba, y los efectos del paso de docenas de policías por la zona para procesar el escenario. En la pasarela se agolpaban unos cuantos curiosos tratando de imaginar lo que había pasado.

—Siete minutos —indicó Castro mirando el reloj—. Está muy cerca del instituto.

—Pero en dirección contraria al domicilio de la chica, que vivía en el paseo de La Florida, a unos seiscientos metros de aquí.

—¿Qué haría en este lugar? —preguntó pensativo Castro, observando los alrededores—. ¿Se han pedido las grabaciones del aparcamiento del supermercado y de la gasolinera?

—Sí. Los de Delitos Tecnológicos están con ellas.

Castro caminó hasta el inicio de la pasarela y se dio de bruces con un hombre que salía de debajo de la misma. Farfulló una disculpa apenas entendible y se esfumó con la misma rapidez con la que había aparecido.

—Odio a los curiosos —se quejó Gutiérrez—. Cómo le gusta a la gente el morbo. ¡Joder! Somos peores que animales. Nos encanta regodearnos en la desgracia ajena.

—De esa manera, nuestras miserias no lo parecen tanto —respondió Castro con media sonrisa.

Se metió debajo del puente. Se fijó en las marcas que habían quedado tras el levantamiento del cadáver. Los pilares que sujetaban la pasarela en aquel lado de las vías y junto a los que había aparecido el cuerpo aparecían manchados de polvo negro de la exploración lofoscópica.

—Sacaron un montón de huellas —informó Gutiérrez al ver a su

jefe escudriñando la zona.

—Ponte en el lugar exacto donde apareció el cuerpo, Jorge —pidió el inspector—. Y no te muevas hasta que no regrese.

Gutiérrez obedeció y vio salir a Castro de debajo de la pasarela y dirigirse al edificio más cercano, que estaba justo enfrente, a unos treinta metros. Era un edificio de cinco plantas de ladrillo rojo. Lo vio tocar a uno de los timbres y entrar en el portal. El inspector tardó veinte minutos en regresar junto a su compañero.

—Es un punto ciego —sentenció Castro—. El lugar en el que la mataron es un jodido punto ciego. No se ve ni desde la calle ni desde ninguna de las cinco plantas del edificio.

—Y el asesino probablemente lo sabía —aventuró Gutiérrez.

—Me atrevería a asegurar que la elección de este sitio no fue al azar o fruto de la casualidad, Jorge.

—Así que quien mató a Elsa Canteli conocía la zona.

—No solo la conocía —matizó Castro pensativo—. Se sentía cómodo en ella y estaba seguro de que pasaría inadvertido.

13

Ana se miró los moratones del brazo. Esos ya no le dolían. En cambio, las marcas en las piernas aún le recordaban, cada vez que caminaba, la última pelea y lo que era capaz de hacer la rabia en una persona.

Tocó con suavidad la puerta del despacho de su marido, Iván.

—Te ruego que pares..., por favor —pidió con la voz en un susurro.

—¡Basta, Ana! —contestó la voz de él desde dentro—. Déjame trabajar.

La mujer se armó de valor y entró en la habitación, donde su marido tecleaba en su ordenador. En cuanto la vio, levantó la vista de la pantalla. El hombre tenía ojeras y una mirada salvaje, como nunca le había visto. Aun así, se acercó a la mesa y suplicó:

—No podemos seguir así.

Ana notaba que las lágrimas se le acumulaban en la parte baja de la barbilla. Tragó saliva. Su marido dejó lo que estaba haciendo y se levantó. Se acercó a ella y Ana se encogió de forma instintiva. Ese gesto ya formaba parte de su lenguaje corporal, como pestañear o respirar. Era casi un acto mecánico. Iván la cogió por el brazo y la condujo al pasillo.

—He dicho basta. En esta casa se va a hacer lo que yo diga, y ni se te ocurra contradecirme —espetó el hombre con tono amenazante.

Volvió a cerrar la puerta y, esa vez, Ana escuchó el clic metálico

del pestillo.

La mujer se quedó sola en el pasillo bañado por el tímido sol de la mañana. Solo entonces dio rienda suelta al llanto y dejó que fluyera sin control a través de su laringe hasta desbordarse en sus cuerdas vocales. Se deslizó pegada a la pared, como si fuera una muñeca rota, hasta notar el suelo frío en sus nalgas y los ojos cegados por las lágrimas.

14

—Señor, tiene que ver esto —pidió al inspector Cárdenas uno de los agentes de Delitos Tecnológicos, consciente de que acababa de hallar un posible móvil para el asesinato de Elsa Canteli.

Daniel Cárdenas llevaba treinta años en el cuerpo siendo espectador de atrocidades que a la mayoría de los mortales les quitarían el sueño de por vida. Estaba acostumbrado a lidiar con lo peor de la condición humana, pero, con el tiempo, había conseguido desarrollar una coraza que lo aislaba de no sentir por las víctimas nada más que el deber de hacerles justicia. No era fácil apartar la compasión y la ira de su mente cuando presenciaba lo que la raza humana era capaz de hacer al prójimo, la mayoría de las veces por el único placer de dañar, sin otra motivación que la de presenciar el sufrimiento ajeno.

El deporte había sido la mejor terapia para mantener a sus demonios dormidos. Así, con casi sesenta años, estaba en una forma física extraordinaria: tenía un cuerpo atlético y una mente sana y equilibrada. A pesar de la calvicie —llevaba la cabeza afeitada y brillante como una bola de billar—, podía pasar por un cuarentón, y, además, atractivo.

Cárdenas estaba en la sala de audiovisuales, una habitación pequeña y oscura donde cada equipo parecía diseñado para encajar de forma ergonómica allí donde lo habían colocado. Cada terminal

guardaba una distancia de escasos centímetros con el de al lado. El espacio estaba aprovechado al máximo, pero sin resultar invasivo. En las mesas se apilaban carpetas y CD de forma ordenada. Se pasó un pañuelo de papel por la frente, perlada de sudor debido al calor sofocante que generaban las unidades de procesamiento central que en ese momento funcionaban a pleno rendimiento.

Cinco agentes estaban concentrados en el resto de las pantallas revisando imágenes de las cámaras de seguridad de la zona comprendida entre el instituto y la pasarela, destripando el disco duro del ordenador de la víctima, así como lo que quedaba de su móvil. La invasión a la privacidad de Elsa Canteli había comenzado en el mismo instante en que había llegado la orden judicial que les permitía hacerlo. Desde ese momento, en la unidad de Delitos Tecnológicos, ubicada dos plantas por encima de la del Grupo de Homicidios de la Jefatura Superior de Asturias, se palpaba la tensión. Los agentes parecían hormigas, cada una afanada en una función. A pesar del ajetreo, el silencio era sepulcral.

Cárdenas se acercó al terminal del agente que acababa de reclamar su atención. Se apoyó en el respaldo de la silla del policía e inclinó el cuerpo hacia adelante. El agente movió el ratón con rapidez sobre lo que parecía un vídeo. Pulsó el *play* y lo que apareció en la pantalla del ordenador provocó que al inspector se le demudara el rostro. Definitivamente, aquella jornada iba a terminarla machacándose en el gimnasio.

—¡Por el amor de Dios! —susurró pasándose la mano por la coronilla—. Voy a avisar a Castro.

15

Olivia aparcó delante del instituto, en la zona reservada para el autobús escolar. Mario ya la estaba esperando con su Nikon D5 colgada al hombro.

—Ahí te van a multar —le advirtió en cuanto la periodista bajó del vehículo.

—Serán cinco minutos. —Mario enarcó las cejas confundido—. Si crees que nos van a atender, vas listo —respondió Olivia a la mirada interrogante de su compañero.

—Si estás tan segura de que no nos van a recibir, ¿qué hacemos aquí?

—Tú hacer fotos del instituto y yo intentar que nos hagan caso. Igual me equivoco —sugirió ella con una sonrisa.

El interior del centro estaba en silencio. En la planta baja no había nadie que les impidiera subir al primer piso. Ascendieron por una escalera enclavada entre dos paredes adornadas con cartulinas pintadas con alegres colores por alumnos de todos los cursos. Olía a colegio, ese aroma tan indeterminado —una mezcla de desinfectante, libros y, dependiendo de la hora, comida—, y, sin embargo, para cualquiera que cerrara los ojos, tan identificativo de una escuela. Ya arriba, se dirigieron a la Secretaría del centro. Olivia se identificó ante la secretaria, que la observaba desde el otro lado del cristal, y pidió hablar con la directora del instituto.

Tal y como Olivia sospechaba, a los pocos minutos la secretaria les informó de que la directora del centro no podía recibirlos y, con tono monocorde, les indicó que, en el debido momento, el centro, a través de la Consejería de Educación, emitiría un comunicado oficial a todos los medios.

Salieron del centro escolar, tal y como había predicho la periodista, en cuatro minutos y cuarenta y cinco segundos. Sin información, pero con una idea del lugar bastante clarificadora. Nadie los había visto entrar ni salir, a excepción de la secretaria, y porque habían ido exprofeso a pedirle ayuda. Si no hubiese sido así, hubieran podido campar a sus anchas por el instituto. No había un guarda de seguridad, ni un bedel, ni un profesor de pasillo.

—Sube —pidió Olivia abriendo el coche—. Vamos a ver la escena del crimen.

—De la escena ya han salido fotos publicadas durante todo el fin de semana —explicó Mario.

—Lo sé. Pero no quiero fotos de la escena.

—¿Qué pretendes?

—Hablar con los vecinos.

Mario entró en el Golf de la periodista y se colocó la cámara con cuidado sobre el regazo.

—He hablado con Alberto. —Olivia arrancó el motor y condujo hacia la glorieta del puente de La Florida—. Va a investigar, a ver qué nos puede contar que no sepamos del caso.

No era exactamente lo que había acordado con su amigo de Seguridad Ciudadana, pero valía como resumen para su compañero.

—¿Vas a actuar como control de calidad de Serafín? —preguntó con sorna el fotógrafo—. ¿O vas a hacer tú todo el trabajo?

Olivia puso los ojos en blanco y resopló. No podía creer que tuviera que cargar —por no decir, ejercer de niñera— con aquel lastre engominado que olía a Hugo Boss.

—No quiero que nos la líe, Mario. Sí, voy a cotejar toda la información que consiga —corroboró ella—. Suficiente leña nos han dado los otros periódicos este fin de semana.

—Mandanga —matizó Mario.

—¿Cómo dices? —Olivia circunvaló la rotonda y enfiló por la calle Catedrático Luis Sela Sampín.

—Nos han dado mandanga, Livi. Nada que revista especial importancia. —Mario centró su atención en su compañera.

—Al menos los demás no han firmado con información de agencia —protestó ella con cabezonería.

—Que no firmaran como agencia no quiere decir que no consiguieran la información por esa vía. Sabes de sobra que con cambiar un par de frases la firma de la agencia es sustituida por la del periodista —expuso Mario. Era una práctica muy habitual en el periódico, en su opinión, poco honesta.

Olivia redujo la velocidad al entrar en Bermudo I el Diácono. Era una calle de doble sentido en la que no se podía aparcar. Giró a la derecha y dejó el coche en Alfonso I el Católico, a escasos cincuenta metros de la pasarela.

—Lo único que digo es que hay que mejorar la información, y Serafín, con su perezosa forma de trabajar, no nos va a dar el mejor titular —continuó Olivia una vez hubo parado el motor.

—Livi, en los medios no se han dado muchos datos —indicó Mario mirando de forma distraída por la ventanilla—. Todos cuentan más o menos lo mismo: «Alumna del Manuel Machado se halla muerta a escasos metros del instituto. La menor, que era hija única, apareció fallecida con signos de violencia. Era una niña muy querida, que estudiaba segundo de la ESO y bla, bla, bla».

—Me he estado poniendo al día, Mario —atajó ella con impaciencia—, y Serafín podía haberlo hecho mucho mejor si no se conformara con apoltronarse en su silla.

—Solo te digo que le des una oportunidad. No debe de ser fácil que te cuelguen el cartel de enchufado desde el primer día.

—Créeme, estoy segura de que está encantado con esa etiqueta.

Mario se encogió de hombros. Discutir con Olivia era tan inútil como tratar de poner olor a las nubes. Abrió la puerta del coche y, antes de salir, preguntó:

—¿Por dónde quieres empezar?

—Por ese edificio —respondió ella señalando el bloque de viviendas de ladrillo caravista junto al que habían aparcado—. Hay que hablar con los vecinos de la zona.

—¿Y después?

—Después montaremos guardia a la puerta del instituto y

trataremos de localizar a sus amigos.

16

La llamada de Daniel Cárdenas sorprendió a Castro mientras aparcaba delante de la Jefatura Superior en Oviedo. En menos de una hora tenían que tomar declaración a los padres de Elsa Canteli y, tras volver a hablar con los vecinos de los edificios más cercanos, seguían sin testimonios que esclarecieran el crimen.

Castro y Gutiérrez subieron a la Unidad de Delitos Tecnológicos y se dirigieron directamente a la mesa de Cárdenas que, al verlos, se levantó y, con un gesto, les indicó que le acompañaran a la sala de audiovisuales.

—Hemos encontrado algo en el portátil y en el móvil de la chiquilla —adelantó el inspector de Delitos Tecnológicos.

Entraron en la pequeña habitación y les invitó a que tomaran asiento frente a uno de los ordenadores con doble pantalla. Tecleó con agilidad y se abrieron varias ventanas al mismo tiempo.

—Son una serie de vídeos —indicó antes de pulsar el *play*—. He creído conveniente que los visionarais antes de ponerlo en conocimiento del juez de instrucción.

—Dale —pidió Castro.

Cárdenas pinchó encima de la primera ventana, superpuesta sobre otra docena. El vídeo comenzó a reproducirse. En él se veía a una adolescente sentada a horcajadas sobre otra que permanecía tirada en el suelo e intentaba zafarse con desesperación de la llave con la que la

tenía sujeta su agresora. Se escuchaban vítores y risas de fondo, aunque en la pantalla solo aparecían las dos chicas. La agresora sujetaba con una mano los brazos de su víctima, de manera que no pudiera moverse, y con la otra le metía algo en la boca. Castro manipuló el ratón y acercó la imagen con el zoom.

—Joder, la está obligando a comer tierra —exclamó Gutiérrez arrugando el gesto con asco.

—El resto de los vídeos son del estilo —confirmó Cárdenas cruzando los brazos. Él ya había visto todas las secuencias y no comprendía qué se le podía pasar por la cabeza a una adolescente para disfrutar humillando y denigrando a otros chicos de su edad e incluso más pequeños. Quería creer en el ser humano, pero imágenes como esas se lo ponían difícil—. Hay más agresiones físicas como la que estáis viendo, palizas brutales, empujones, insultos... Cada una a una persona diferente y de agresores distintos, pero todas igual de violentas.

Castro se fijó en la corpulencia de la víctima. Era una chica gordita que no tendría más de doce o trece años. Intentaba retorcerse y escupir, sin éxito, la tierra que la otra le metía en la boca a la fuerza.

«Cómetela toda, so cerda». «Sabe mejor que el chocolate, ¡¿eh?!». «Eres una gorda asquerosa». «Das asco». «El próximo día te comerás una polla, que seguro que te gusta más, so puta». Los insultos iban *in crescendo*, aunque se escuchaban distorsionados por las risas de quienes estaban presenciando y grabando la agresión.

—¿Te suena el sitio? —preguntó Gutiérrez sin poder apartar los ojos de la imagen, en la que se podían ver los pilotes de la pasarela y las vallas que separaban la vía del paraje.

—Sí. Es el mismo sitio donde mataron a Elsa Canteli —confirmó Castro.

El resto de los vídeos se desarrollaban debajo de la pasarela, en el patio del instituto e incluso, alguno de ellos, en los baños del centro escolar.

—¿Cómo es posible que esto pase en un instituto y nadie se entere? —soltó Gutiérrez sin ser capaz de contener la rabia.

—Los vídeos estaban colgados en sus redes sociales, y tenía los perfiles abiertos al público...

—¿Así que cualquiera podía verlos? —quiso saber Castro.

—Exacto —asintió Cárdenas—. Y muchos fueron grabados con su móvil. En algunos se la ve a ella agrediendo a otros chicos.

—Así que nuestra víctima era una acosadora y una agresora —afirmó el inspector de Homicidios.

—Y tenía muchos seguidores, de manera que miles de personas han visto estos vídeos —añadió Cárdenas.

—¿Y nadie fue capaz de denunciarlo? Pero ¡¿qué está pasando con la juventud?! — exclamó con incredulidad Gutiérrez.

—Lo mismo que pasaba cuando nosotros teníamos su edad, Jorge. ¿O es que a ti nunca te pegaron en el colegio? ¿Nunca hiciste corrillo para ver cómo otros dos se peleaban? Y seguro que te quedabas allí jaleando y mirando sin hacer nada —razonó Castro.

—Era diferente, inspector —protestó Gutiérrez haciendo un gesto de rechazo con la mano.

—La única diferencia —intervino el inspector de Delitos Tecnológicos— es que en nuestra época el acoso no tenía nombre, estaba normalizado y no había redes sociales. Ahora, se denomina *bullying* y, gracias a Dios, es delito.

—En estos vídeos, tenéis al menos a dos docenas de víctimas o, lo que es lo mismo, a dos docenas de personas que no creo que se hayan apenado por la muerte de esta chica —aventuró Cárdenas.

—Por no decir, alrededor de veinticuatro sospechosos —añadió el subinspector.

—Con algunos de esos chicos se pasaban de forma muy seria, Castro —continuó Cárdenas, que volvió a manipular el ratón y extrajo dos vídeos más de una carpeta.

Abrió uno de ellos. En él se veía cómo un muchacho, en lo que parecían ser unos aseos, le bajaba a otro los pantalones con violencia dejándolo con el culo al aire. Otros dos lo sujetaban para que no se moviera y, cuando ya estaba semidesnudo, el que llevaba la voz cantante intentaba introducirle una escobilla del váter por el ano. Los gritos del chico quedaban mitigados por las risas y los jaleos del grupo, tres en pantalla y al menos otro grabando. «¡Joder, qué asco, marica!», exclamó uno de ellos, apartándose de un salto y soltando la escobilla cuando la víctima se meó encima de puro miedo. Los siguientes segundos del vídeo se centraban en el muchacho, desmadejado en el suelo, aún con los pantalones por las pantorrillas,

llorando y tratando de cubrirse el rostro con las manos. Un primer plano de la humillación.

—Vaya... Hay cierta similitud con lo que le hicieron a Elsa Canteli —se atrevió a decir Gutiérrez.

—En vez de una escobilla, quien la matara empleó un palo y, en lugar de por el ano, se lo metió por la vagina. ¿Justicia poética? —bromeó Cárdenas tratando de aligerar el ambiente, aunque sonó frívolo.

—Vamos a necesitar fotogramas con los rostros de todas las víctimas de los vídeos, así como de los agresores —pidió Castro haciendo caso omiso al comentario—. Hay que localizar a todos esos chicos y tomarles declaración.

—Espera... Hay un par de cosas más que deberías saber. —Cárdenas abrió el otro vídeo.

En la pantalla se veía a Elsa Canteli amedrentando a una chica de menor estatura que ella en otros aseos. En los ojos de la muchacha no había miedo ni congoja. En lugar de ello, Castro casi percibió rabia. Una rabia silenciosa y contenida. Elsa Canteli la tenía arrinconada contra la pared y la amenazaba con contar a todo el mundo «lo que te hace tu papá». «Si no quieres que todo el mundo sepa a qué juegas con tu papi, harás lo que te diga, cuando y como te lo diga», le decía pegando su rostro al de la chica. «Y ahora quiero que bebas del váter», le ordenaba. La chica no se movía, ni siquiera pestañeaba. La agresora se apartó unos centímetros y abrió la puerta de uno de los retretes. «¡Que bebas te digo!», gritaba Elsa Canteli agarrando a la chica por el pelo. En ese momento, alguien entraba en los baños y se oía una voz femenina y autoritaria: «¿Qué está pasando aquí?». En ese instante, la imagen bailó, como si quien estuviera grabando escondiera el móvil precipitadamente. El vídeo se cortó de forma abrupta.

—Este lo recuperamos de los archivos borrados de la galería del móvil de Elsa Canteli. Se grabó el día antes de su muerte. Y se borró más o menos a la hora a la que la mataron.

—Así que, probablemente, lo borró su asesino —sugirió Castro con brillo en los ojos.

—Probablemente —corroboró Cárdenas—. Y hay más. La tablet que encontrasteis en la mochila de Elsa Canteli no tenía audiovisuales guardados. Solo había un perfil de Facebook y otro de Instagram, y

ninguno de ellos de la víctima.

—¿Se sabe de quién?

—Estaban creados bajo un nombre ficticio, Los Fuertes, y asociados a una cuenta de Gmail que, por lo que hemos visto hasta ahora, solo se utiliza para recibir las notificaciones de ambas redes.

Cárdenas puso la tablet delante de los dos policías y la activó. Abrió las dos redes sociales y dejó que Castro deslizara el dedo índice sobre lo que se publicaba en aquellos perfiles.

—Es una cuenta que denuncia el acoso y a los acosadores —exclamó Castro sorprendido.

Echó un vistazo a las publicaciones de las dos redes sociales y, en ambas, se colgaban fotografías de supuestos agresores, así como los vídeos que demostraban los ataques; se ofrecía apoyo a las posibles víctimas e, incluso, se promovían estrategias para evitar los enfrentamientos, como, por ejemplo, moverse en grupo.

—Es un grupo que trata de ayudar a los afectados, además de denunciar a los supuestos acosadores.

—Deduzco entonces que esta tablet no era de Elsa —señaló Castro.

—Tiene sentido —confirmó Cárdenas—. Y antes de que me lo preguntes, estamos esperando a que el proveedor de correo nos envíe la dirección IP desde la que se creó esa cuenta. En cuanto la tengamos, solicitaremos al operador el nombre del titular.

—Estas páginas tienen muchos seguidores —observó Gutiérrez—. Tres mil quinientos en Facebook y más de dos mil en Instagram. Cualquiera de ellos pudo tomarse la justicia por su mano. Y si tenemos en cuenta que la mataron en el mismo lugar al que ella llevaba a sus víctimas..., blanco y en botella.

Castro no contravino la opinión de Gutiérrez, aunque estaba convencido de que el asesino, independientemente de que estuviera entre los seguidores de aquellas páginas, pertenecía al entorno de la víctima. En la mayoría de los casos, era así.

—¿Habéis terminado con las cámaras de seguridad de la calle, de la gasolinera y del supermercado? —inquirió el inspector.

—No. Cuando lo tengamos listo, te aviso. —Cárdenas carraspeó y dio un paso atrás en cuanto Castro y Gutiérrez se levantaron del asiento.

—¿Algo más?

—De importancia, sí. En el móvil había alguna fotografía de Elsa, selfis, fotos con otros chicos..., pero, en general, el dispositivo tenía pocos archivos y eso es raro. Hoy en día, los adolescentes lo usan como una prolongación del cuerpo.

—Quizá fuera nuevo —aventuró Gutiérrez.

—Quizá.

—Necesitaré una copia de esas fotos y habrá que comprobar si alguno de esos chicos sale en los vídeos —pidió Castro.

—Estamos en ello. También hemos rastreado el historial de búsquedas en internet del móvil y del portátil. No hemos encontrado nada raro: páginas de moda, de calzado, un correo electrónico que apenas usaba, la intranet de la web del instituto. Elsa la usaba para descargar apuntes y subir trabajos —explicó Cárdenas—. ¡Ah! Y un montón de conversaciones de WhatsApp.

—¿Puedes imprimirlas?

—Sin problema. —El inspector de Delitos Tecnológicos abrió la puerta de la sala—. Castro, hay que llamar al juez de instrucción y al fiscal de Menores.

—Haz los honores —pidió el inspector con cautela—. Y hazme el favor de avisar también a Teresa Villa y a Raúl Argüelles, de la UFAM.

Cuando salieron de la sala de audiovisuales, Castro tenía mal cuerpo y Gutiérrez no estaba mucho mejor. Bajaron a Homicidios cabizbajos y en silencio. En todos los ámbitos, el mundo lo formaban depredadores y presas. Era una cuestión de selección natural: sobrevivían los más fuertes. Pero ¿quién era el fuerte en las relaciones tóxicas que acababan de presenciar en los vídeos? ¿El que agredía o el que soportaba, día tras día y en silencio, las agresiones y el acoso? Castro meneó la cabeza incapaz de comprender tanta maldad, tanta crueldad e infamia en gente tan joven.

—Los padres de Elsa Canteli ya han llegado, señor —anunció un agente cuando vio entrar al inspector en las dependencias de Homicidios—. Le esperan en el despacho del comisario.

Castro y Gutiérrez se miraron y, sin decirse nada, entendieron a la perfección el papel que les iba a tocar interpretar en los próximos minutos: iban a ser los encargados de desmontar a unos padres la imagen idílica que, seguramente, tenían de su hija muerta; el de los

responsables de desnudarla, dejándola impúdicamente expuesta, verbalizando lo que ningún padre quiere oír nunca de un hijo.

17

Héctor Canteli y Teresa Pajares eran dos muertos. Dos muertos en vida. Él trataba de mantener a raya la locura que, a todas luces, se había apoderado de su mujer, que, sentada a su lado, miraba hacia algún punto indeterminado entre la pared y la puerta de la sala de reuniones donde esperaban al inspector Castro y al subinspector Gutiérrez. La mujer miraba sin ver. Tenía las pupilas dilatadas, probablemente por el efecto de los ansiolíticos y de los tranquilizantes en los que se había basado su dieta el fin de semana.

—Mi mujer no está en condiciones de pasar por esto. —Era una súplica hecha con recato, incluso con pudor, por un marido que trataba de mantener la serenidad y la cordura por los dos.

—Intentaremos que sea lo más rápido posible, señor Canteli, pero esta conversación es imprescindible —señaló Castro con suavidad.

Sentía lástima por aquellos padres que, además de a la muerte de su única hija, ahora tendrían que enfrentarse a la pérdida de su identidad. Se sintió culpable por mentir, pues, aunque sí podía hacer que el interrogatorio fuera rápido, no podía evitar que fuera doloroso. Se sintió mal porque, en unos minutos, aquellos padres, que en ese momento estaban en un purgatorio, descenderían a los infiernos.

—¿Cuándo vieron por última vez a su hija? —preguntó el inspector tratando de que su voz sonara neutra, sin emoción.

—El viernes por la mañana —respondió Héctor Canteli con un

tono monocorde—. Antes de ir al instituto.

—¿A qué hora se fue? ¿Se acuerda? —quiso matizar Gutiérrez que, como siempre, era el encargado de apuntar notas en su cuaderno.

—Serían las ocho y media. Mi mujer y yo nos marchamos a trabajar. Ella se quedó desayunando.

—Después de esa hora, ¿hablaron con ella en algún momento del día?

El padre negó con la cabeza y ocultó el rostro entre las manos. Le temblaron los hombros, y Castro pudo oír el llanto ahogado del hombre. Esperó unos segundos, hasta que Héctor Canteli recobró la compostura, antes de abordar la siguiente pregunta.

—¿Por qué no denunciaron la desaparición de Elsa?

La pregunta era inocua, sin intención acusadora, pero la madre de la niña, que hasta ese momento había estado abstraída y, aparentemente, ajena a la conversación, parpadeó y crispó el gesto.

—¿Nos están acusando? Héctor, ¿nos acusan de no atender a nuestra pequeña? —exclamó con la voz distorsionada por el dolor.

Agarró con fuerza el brazo de su marido exigiendo, con aquel apretón feroz y desesperado, una rectificación.

—No les acusamos de nada, señora Pajares. Son preguntas rutinarias que tenemos que hacer —intervino Gutiérrez intentando que volviera la calma.

Héctor Canteli acarició con ternura las manos de su mujer.

—Está todo bien, cariño. Yo me ocupo —le susurró acercando su rostro al de ella, que seguía mirando con desesperación. Después, volvió a fijar su atención en los policías—. No denunciamos la desaparición porque no sabíamos que había desaparecido. Mi mujer y yo tenemos un horario laboral amplio. Salimos de casa a las ocho y media de la mañana y ningún día regresamos antes de las siete. Comemos en nuestro centro de trabajo —explicó el hombre con nerviosismo.

—¿En qué trabajan? —se interesó Gutiérrez en un intento por tranquilizar a la pareja.

Era una pregunta inofensiva, fácil de responder y que no entraba en conflicto con su conciencia. Castro y él ya sabían en qué trabajaban, se conocían de memoria sus horarios e incluso habían comprobado dónde estaban a la hora en que su hija había muerto. Era

el primer paso. Descartar como sospechosos a los padres.

—Yo soy transportista en una empresa de mensajería en Llanera —respondió el hombre relajando el gesto—. Mi mujer es contable en una asesoría, aquí, en Oviedo.

Lo que ya sabían.

—Entonces el viernes llegaron a casa a eso de las siete —insistió Castro.

—Yo sobre las siete. Mi mujer un poco más tarde. Serían las siete y media.

—¿Y no les sorprendió que su hija no estuviera en casa?

—No, inspector —respondió con contundencia. De repente, se había puesto a la defensiva—. Era viernes. Los viernes Elsa solía quedar con los amigos para tomar un refresco por la zona. Es un barrio tranquilo. Tenía que llegar a casa a las once. —Hizo una pausa para coger aire—. Pero a esa hora ya nos habían dicho que estaba muerta. Por eso no denunciamos —concluyó.

—¿Su hija tenía problemas?

—Que sepamos, ninguno grave —musitó el padre de Elsa—. Los normales en una adolescente: los estudios y poco más.

—¿Novio?

—Tenía trece años, inspector.

—¿Eso es un sí o un no? —insistió.

—Que sepamos, no. —Héctor Canteli cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza. Teresa Pajares prorrumpió en un sollozo ahogado —. Aún era una niña.

—¿Conocen a sus amigos?

—Sí.

—Vamos a necesitar que nos faciliten sus nombres.

Gutiérrez le acercó un folio y un bolígrafo. El padre escribió en él varios nombres y se lo devolvió al policía.

—También vamos a necesitar que vean unas fotografías y nos digan si reconocen a alguien. —Castro guardó el listado en una carpeta—. Y tendrán que volver a firmar la declaración.

—Lo que necesiten.

El inspector Castro sacó varias fotografías de los objetos personales encontrados en la mochila de Elsa Canteli y en la escena del crimen.

—¿Reconocen algunos de estos objetos?

Héctor Canteli se tomó un momento para examinar las imágenes.

—Sí, son de mi hija, excepto esta tablet.

—¿No era suya? —quiso corroborar Castro.

—No. Mi hija solo tenía el ordenador portátil que se llevaron ustedes el viernes y este teléfono móvil —explicó señalando con el dedo una fotografía donde se veía el smartphone con el cristal dañado.

—Así que, a excepción de la tablet, ¿todos los demás objetos eran de su hija? —insistió el inspector.

Héctor Canteli asintió con la cabeza. Su mujer miró de soslayo las fotografías sin mostrar interés por ellas.

—El móvil se lo regalamos hace una semana —musitó el hombre —. Estaba entusiasmada.

Justo lo que Daniel Cárdenas se había imaginado: el móvil era nuevo. Pero no habían hallado otro en casa de los Canteli.

—Se le cayó en un charco. Por eso le regalamos otro —explicó el padre anticipándose a la pregunta—. El viejo lo tiramos. Estaba inservible.

Castro guardó las imágenes y tomó aire. Ahora tocaba la parte más difícil.

—Señor Canteli, hemos encontrado unos vídeos en el portátil y en el móvil de su hija... digamos... un poco controvertidos y que nos tienen desconcertados —empezó diciendo Castro tratando de hablar despacio para que cada palabra calara en la mente de los padres de Elsa—. En algunos, ella misma agrede a otros chicos y, en los demás, es testigo de ataques violentos. Además, su hija difundía estos vídeos en sus redes sociales.

Durante unos segundos, en aquella sala casi se podía escuchar cómo circulaba el aire.

Héctor Canteli y Teresa Pajares se miraron, y Castro supo discernir el estupor y la sorpresa en aquella mirada.

—Tiene que ser un error —acertó a decir la mujer entre hipidos.

—No hay ningún error, señora Pajares.

—¡Le digo que no puede ser! —chilló la mujer levantándose de la silla y volcándola—. Era buena. Mi hija era buena.

Héctor Canteli se levantó y abrazó a su mujer, que rompió a llorar sin mesura. Su llanto era como el grito de un animal herido: agudo y

desgarrador. No había consuelo posible ni palabras amables que pudieran calmar su dolor.

El hombre miró con súplica a los dos policías. Sus ojos delataban que estaba al límite de sus fuerzas.

—¿Saben de alguien que quisiera hacer daño a su hija? —intervino Gutiérrez.

Héctor Canteli negó con la cabeza mientras abrazaba con fuerza a su mujer, de pie, sin mover ni un músculo del cuerpo.

—¿Había recibido amenazas, quizá? —insistió Gutiérrez.

Otra negativa.

—¿Observaron algún comportamiento extraño en ella? —Esa vez fue Castro quien preguntó.

—¿A qué se refiere? —preguntó confundido el padre.

—A si la notaron más nerviosa, más contenta de lo normal... diferente a como solía ser —explicó el inspector.

—¿Y cómo se supone que era ella? —preguntó con pena Héctor Canteli—. Si lo que dicen es verdad, no la conocíamos.

Castro dio la entrevista por terminada. Los padres de Elsa Canteli estaban exhaustos física y emocionalmente. Consideró oportuno no presionarlos más. Ya tendría tiempo de volver a hablar con ellos y de profundizar en el tema —«en la herida», pensó él— cuando les mostrara las fotografías de los chicos que salían en los vídeos.

Héctor Canteli y Teresa Pajares acababan de abandonar el edificio de la Jefatura Superior cuando sonó el móvil de Castro. Era Alejandro Montoro, inspector de la Policía Científica al cargo del crimen de Elsa Canteli.

—Dime, Montoro.

—Necesito que subas —dijo de forma escueta—. Tenemos algo. Y no te va a gustar.

18

La escena del crimen era un peregrinaje de curiosos, sobre todo de mujeres con la bolsa de la compra, probablemente del barrio. También había un equipo de televisión de la TPA y otro de Telecinco, ambos esperando una conexión en directo. Sería el tema estrella en las escaletas durante al menos dos semanas. Olivia y Mario dedicaron la primera hora a inspeccionar la zona. Se metieron debajo de la pasarela, la cruzaron hasta La Argañosa y dieron la vuelta. Olivia necesitaba hacerse una composición de lugar para luego describir con precisión cada detalle. El paseo le sirvió también para darse cuenta de que la zona, si bien estaba rodeada de edificios, estos estaban lo suficientemente apartados como para conferir al sitio cierta privacidad.

Mario, por su parte, había disparado varias fotos, aunque, por su gesto de desagrado, ninguna de su gusto. En eso era extremadamente quisquilloso. No cualquier foto valía.

—Tenemos tiempo de sobra antes de que acaben las clases en el instituto —señaló ella cuando consideró que ya habían inspeccionado el entorno lo suficiente.

—¿Empezamos? —quiso saber él sujetando la cámara para que no le pesara al cuello.

—Vamos allá —accedió Olivia encaminándose hacia un grupo de personas que intercambiaban opiniones a la entrada del puente. En

cuanto vieron acercarse a Mario con la cámara en posición, el grupo se apresuró a dispersarse—. Esperen, un momento, por favor —suplicó.

Solo una mujer entrada en carnes y cargada de bolsas del mismo supermercado que lindaba con el instituto detuvo el paso y se giró para hablar con Olivia.

—Yo no sé na. No me hagas fotos, quillo. —La mujer, con un marcado acento andaluz, apuntó con el dedo, con gesto amenazador, a Mario, que no se atrevió ni a gesticular.

—¿Vive usted por aquí? —preguntó Olivia.

—Aquí mismo, mi *arma* —respondió la mujer señalando el edificio de ladrillo caravista junto al que la periodista había aparcado su vehículo—. ¿Qué se les ofrece?

—Somos periodistas de *El Diario* y queríamos conocer la opinión de los vecinos sobre el crimen ocurrido aquí el viernes.

—La opinión de los vecinos, la opinión de los vecinos... ¡A buenas horas, mangas verdes! —exclamó con tanto ímpetu que le tembló la papada como si se tratara de un flan—. ¿Qué vamos a opinar los vecinos? Que esto iba a pasar tarde o temprano —sentenció dejando las bolsas en el suelo.

—¿A qué se refiere?

—Que los chiquillos de hoy en día no se saben divertir. Vienen aquí todos los fines de semana a hacer el botellón y la lían parda.

—¿Aquí, a dónde? ¿Al puente?

—Aquí, aquí... donde el puente. No va a ser donde la *reonda*, chiquilla —replicó señalando la rotonda que daba acceso a la calle—. Llevo en este barrio treinta años y nunca he visto tanta chavalería junta haciendo gamberradas.

—¿A qué tipo de gamberradas se refiere? —Olivia escribía en su cuaderno de notas con abreviaturas tratando de seguir el ritmo a la mujer, que hablaba con rapidez y, como se suele decir, con media lengua.

Sin embargo, aquella andaluza podía ser una buena fuente de información.

—Borracheras y peleas. Solo les falta cantar saetas y esto parecería la Semana Santa en Sevilla.

—¿Peleas? —Olivia tuvo que contener la risa.

Aquella mujer gesticulaba al mismo ritmo que hablaba, y con los brazos libres de bolsas empezaba a parecer un mimo.

—Ozú, niña. ¿No sabes lo que son las peleas? —preguntó con impaciencia—. ¿Seguro que eres periodista? —le susurró acercándose más a Olivia con mirada escrutadora.

Olivia observó por el rabillo del ojo cómo Mario se atragantaba de la risa. Lo fulminó con la mirada y se mordió la lengua para no sacar su vena borde antes de volver a centrarse en aquella esperpéntica mujer.

—Me refiero —explicó con calma— a qué clase de peleas y cuándo se suceden.

—Todos los días, hija. ¿No te estoy diciendo que esto iba a pasar? ¡Pues ya pasó!

—¿Quiere decir que vienen aquí a pelearse?

—Vienen aquí a pelearse cada día. Y los fines de semana, a emborracharse. Es un no parar. Pero todo esto ya lo sabe la policía.

—Ah, ¿sí?

—No es la primera vez que hay que llamarlos para que vengan a poner orden.

Olivia anotó este dato y lo subrayó varias veces. Serafín iba a tener que ganarse los galones.

—¿El viernes no vio nada raro? —se aventuró a preguntar Olivia.

—No, hija.

—¿Ni oyó nada raro?

—¿Te crees que yo ando *escucando* tras la ventana todo el día? ¡Que yo no soy la Trini! —dijo ofendida. Tanto, que recogió las bolsas del suelo y dio la conversación por terminada.

—¿Quién es la Trini? ¿Otra vecina? —se apresuró a preguntar Olivia frenándola con la mano.

—La vecina del cuarto B. La cotilla del edificio. Lo ve todo. Pero está en el pueblo —farfulló la andaluza—. Hasta esta tarde, no vuelve.

Olivia la dejó marchar. A Mario se le escapó la carcajada que había estado conteniendo durante toda la conversación. Olivia le dio un golpe en el brazo como aviso de que el siguiente sería en la entrepierna. Cogió el teléfono móvil y llamó a Serafín.

—Dime —saludó el periodista al primer tono de llamada.

—Llama a tus contactos de la Policía Local de Oviedo y entérate

de si hay denuncias por botellones o altercados en la zona de La Florida, concretamente en la calle Alfonso I el Católico y en vías colindantes.

—Ok. ¿Y si las hay?

Olivia puso los ojos en blanco y contó hasta diez. ¿En serio era tan idiota o estaba opositando para ello?

—Pues si las hay, hazte con ellas o que te cuenten el contenido.

Cuando colgó el teléfono, Olivia ya había cubierto su cupo de paciencia para el resto del día.

19

—Nos ha saltado una alarma.

Alejandro Montoro salió al encuentro de Castro y Gutiérrez gesticulando con los brazos. Estaba alterado y su rostro temblaba, Castro no supo discernir si de emoción o de preocupación. Desde luego, esa actitud no era propia de su talante. Los recibió a la entrada del despacho y les ordenó entrar con premura. La mesa frente a la suya, la que ocupaba Gabriel Miranda, su compañero en la Científica, estaba vacía en ese momento.

—Nos ha saltado una alarma —repitió tomando asiento frente a su ordenador.

Accedió a un archivo y, tras unos segundos, volvió a centrar su atención en los dos policías.

—Cuéntanos —pidió el inspector cuando él y Gutiérrez tomaron asiento.

—Se encontró una gran cantidad de colillas en la escena y sobre el puente, en la zona más próxima al lugar donde apareció el cuerpo de la chiquilla. —Hizo una pausa para tomar aire. Se le veía especialmente agitado. Ni Castro ni Gutiérrez hicieron amago de interrumpirlo—. Muchas son de la misma marca y todas contenían restos: saliva y, por consiguiente, ADN.

—Eso lo dábamos por hecho, Alejandro. Siempre hay saliva en una colilla —puntualizó Castro tratando de no apurar a su homólogo

de la Científica, pero sin comprender a dónde quería ir a parar.

—Lo que no daríais por hecho es que, al meter el perfil de ADN en la base de marcadores, nos saltara una alarma en el Registro Central de Delincuentes Sexuales.

—¡Joder! —exclamó Gutiérrez adelantando el cuerpo.

—¿Hay un nombre? —preguntó Castro sin perder los nervios.

—Vasco Soto —respondió Montoro girando la pantalla de su ordenador para que los dos policías vieran la ficha del sujeto. Se trataba de un hombre de mediana edad, de rostro afilado y tez cetrina, con las cejas muy pobladas, ojos pequeños y gesto amargo en los labios—. Acusado de pedofilia en 2012. Estuvo cuatro años en la cárcel por posesión y distribución de pornografía infantil. Y... —Montoro exageró la i griega y luego hizo una pausa para dar mayor teatralidad al momento— vive cerca de donde encontraron a la niña.

—¡Le leche! —Gutiérrez pegó un brinco y apoyó el dedo índice en la pantalla del ordenador, justo encima de la fotografía del sujeto—. A este tío lo hemos visto hoy, inspector.

Castro entrecerró los ojos y trató de hacer memoria.

—En la pasarela —insistió Gutiérrez—. Nos hemos cruzado con él.

—El curioso —concluyó Castro con lentitud poniéndose de pie.

—Ese mismo —corroboró el subinspector con los ojos brillantes por la emoción—. Volvió al lugar del crimen. Pero ¿para qué? ¿Por qué arriesgarse tanto?

—Vamos a averiguarlo, Jorge.

20

Ana pasó por delante del instituto. Le llegaron los gritos y las risas de los alumnos en el patio. Era la hora del recreo. Caminó deprisa dejando atrás el bullicio infantil. Iba encogida. Tenía el frío agarrado a las entrañas. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a hacer? La pregunta le martilleaba en la cabeza, rebotando como una bola de *pinball* que se ha quedado atascada entre las dos paletas.

Aceleró el paso. Sin detenerse observó a Lucía, su hija de un año, que dormía plácidamente dentro del carrito, ajena al desasosiego de su madre. Estaba aterrorizada. Ya no podía más con aquella situación. Tenía que pedir ayuda. Pero ¿a quién? ¿A quién podía acudir que entendiera el horror por el que estaba pasando?

Cruzó la calle y divisó el colorido cartel de la guardería donde dejaba a Lucía cada día. Un par de horas, todas las tardes. Cada día podía protegerla un par de horas de la ira, del odio, de los golpes. Hoy había sentido la necesidad de sacarla de casa por la mañana. Por si acaso.

Hasta ese momento había podido controlar la situación. No le importaba ser el saco sobre el que se descargaba la ira. Su deber era proteger a la pequeña. Y hasta ese día había podido ocultar los golpes, los arañazos, los hematomas. En invierno era fácil; en verano, no usaba faldas ni escotes, y, a poder ser, tampoco manga corta. Pero todo había cambiado. Todo. Y ese cambio había hecho saltar por los

aires el precario equilibrio en el que había vivido los últimos años. Un espejismo de seguridad que había desaparecido.

Ya no podía seguir así. Tocó al timbre de la guardería y Sofía, la educadora infantil, se sorprendió al verla allí por la mañana.

—Siento no haber avisado —se disculpó Ana—. ¿Puedo dejarla hasta la hora de comer?

—Claro. ¿Ocurre algo? —Los ojos escrutadores de la joven examinaron con detenimiento a Ana primero y a la niña después.

—Nada grave. Un contratiempo.

La muchacha se inclinó para ver mejor a Lucía, que seguía dormida.

—¿Qué le ha pasado en la frente? —preguntó Sofía señalando un pequeño moratón justo encima del ojo derecho de la pequeña.

—Se dio un golpe. Está empezando a gatear —respondió Ana con tono apremiante, empujando el carrito hacia el interior de la guardería.

Sofía miró a Ana. Otra vez esa mirada. En los ojos de la joven pudo ver compasión, pena y una pizca de contrariedad. Odiaba que la miraran así. ¿Quién era nadie para juzgarla?

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntar la muchacha con tono preocupado.

—Sí, muy bien. —Su voz sonó grave, tirante, áspera—. A las dos vengo a recogerla.

Dio media vuelta para irse y la mano de la joven la retuvo.

—Ana, puedes pedirme ayuda. Lo sabes, ¿no?

—No necesito ayuda, Sofía, pero gracias.

Metió las manos en los bolsillos del chaquetón e inició el regreso a casa. El regreso al infierno.

21

Daniel se sorbió los mocos y trató de que no se le notara que había llorado. Siempre le pasaba lo mismo. A pesar de las precauciones, se las apañaban para pillarlo por sorpresa y solo. Miró su móvil totalmente destrozado y se pasó la mano por la entrepierna. Sonia le había agarrado los testículos y había apretado hasta que el dolor fue tan insoportable que vomitó.

Se sentía débil, vulnerable y desesperado. Ahora entendía a Jimena. Comprendía lo que había hecho. A veces a él también se le pasaba por la cabeza poner fin a todo y descansar.

Oyó que la puerta de los aseos se abría e, instintivamente, se subió a la taza del váter y contuvo la respiración.

«Que no sean ellos otra vez», rogó para sus adentros sintiendo que volvían las náuseas.

Una voz femenina le llamó. Era Nuria. Soltó el aire y abrió la puerta del aseo. Junto a Nuria estaba Matilda y, detrás de ellas, Lili y Patricia. Lo miraban con horror.

—¿Dónde te han cogido? —preguntó con preocupación Lili, acercándose al chico que cojeaba por el dolor que sentía en los testículos.

—En clase.

Aunque estudiaban el mismo curso, estaban en clases diferentes y de eso se aprovechaban los que los tenían atemorizados. Cuando

estaban juntos, no se atrevían a tocarlos, se limitaban a insultarlos. Lili era «espagueti»; Patricia, «cuatro ojos»; Nuria «foca» o «cerda», según el día; Matilda, «piojosa», «pajiza» y «bollera», aunque ella no sabía por qué, pues ni tenía piojos ni le gustaban las chicas, pero habían corrido la voz de lo contrario por todo el instituto; y Dani, «maricón», «nenaza» o «desviado». El abanico de sinónimos y apelativos denigrantes era amplio, aunque reiterativo.

—¿Qué te han hecho? —quiso saber

—Me han destrozado el móvil y... —se llevó la mano a la entrepierna— casi me dejan sin huevos —dijo intentando que no se le saltaran las lágrimas—. No lo aguanto más —susurró.

—¡Son unos cabrones! —estalló Nuria dándole una patada a la puerta de uno de los aseos. Sus mofletes temblaban de rabia.

—Saben que somos Los Fuertes —espetó Daniel—. ¿Cómo lo saben?

En su voz había miedo y en su mirada, un interrogante e incredulidad.

Las cuatro chicas enmudecieron. Lili, Patricia y Nuria abrieron mucho los ojos. Matilda se llevó la mano al pecho y reculó.

—¡¿Cómo se han enterado?! —En la voz del chico había desesperación—. Ahora sí que la hemos cagado. No van a dejarnos en paz en la vida.

—Nunca lo han hecho —respondió Patricia con tranquilidad.

—Yo no he dicho nada —se defendió Lili.

—Ni yo —secundó Nuria.

—Es culpa mía —murmuró Matilda mirando al suelo.

Cuatro pares de ojos se clavaron en su melena pelirroja.

—¿Qué has hecho, Matilda? —El tono severo de Patricia hizo que se encogiera.

—El viernes Elsa me quitó la tablet —confesó.

—¿Y nos lo cuentas ahora? —le recriminó Daniel—. ¡Se han cebado conmigo!

—Con Elsa muerta, no pensé que tuviera importancia.

—¡Pues la tiene! —chilló el chico—. Porque Elsa compartió la información con sus amigotes antes de estirar la pata.

—¿Tienen ellos la tablet? —quiso saber Patricia.

—Ni idea. —Daniel se apoyó en el lavamanos y se miró al espejo

—. Lo único que sé es que han descubierto lo del grupo en las redes.

—¿Y qué más da si lo saben? Lo que tenemos que hacer es buscar una solución y cambiar las contraseñas de los perfiles —sugirió Lili con tono conciliador.

Le pasó un brazo a Matilda por encima de los hombros, dando a entender con ese gesto que la chica no tenía la culpa. Los demás se relajaron.

—Tiene razón Lili. ¿Habéis notado algo raro en las redes sociales? ¿Alguna entrada nueva? ¿Algún comentario sospechoso? —inquirió Patricia.

—En realidad, no. —Daniel se giró hacia sus amigas.

—Deberíamos hablar con la orientadora —sugirió Lili.

—¿Para qué? —respondió con desprecio Daniel—. La última vez que hablamos con ella, la cosa empeoró. El instituto no hizo nada y las palizas fueron a más. ¿Os tengo que recordar que me cortaron el pelo con un cúter como represalia?

—Lo que deberíamos hacer es matarlos —espetó Nuria con desdén.

—Lo que tenemos que hacer es seguir defendiéndonos. Si el sistema no nos protege, tendremos que hacerlo nosotros mismos —terció Lili—. Pero sin violencia, o seríamos como ellos.

—Los odio —siseó Nuria con el rostro congestionado.

Estaba harta de sentir miedo, vergüenza, humillación y de que nadie hiciera nada por evitarlo.

—Ojalá supiera quién se cargó a Elsa. Le daría las gracias. —Daniel se dirigió a la puerta de entrada. Ya no cojeaba tanto y parecía más tranquilo—. Vamos al patio, necesito que me dé el aire.

El grupo salió de los aseos en silencio, mirando a todos lados con recelo.

22

Vasco Soto no opuso resistencia cuando Castro y Gutiérrez, acompañados de dos agentes, se presentaron en su casa para llevarlo a comisaría. No se opuso, pero insistía en su inocencia. Vivía solo en un piso pequeño y destartalado de un edificio viejo de la calle Bermudo I el Diácono —a escasos cincuenta metros de la escena del crimen—, cuya fachada, en un tiempo, había sido blanca, pero ahora lucía descascarillada y grisácea. Probablemente, era uno de los pocos inmuebles antiguos de la zona, plagada de edificios nuevos y lustrosos que habían convertido un desangelado extrarradio de la ciudad en un suburbio residencial, más o menos mono, para familias con hijos.

Vasco Soto ni siquiera hizo amago de escapar. Parecía que hubiera estado esperando la llegada de la comitiva policial. Se mostró nervioso, casi histérico, pero resignado a su paseíllo a la jefatura. Repitió hasta la saciedad que se estaban equivocando de persona. Incluso cuando lo introdujeron en una de las salas de interrogatorios, seguía insistiendo en que cometían un error. No pidió abogado. Tampoco tenía dinero para uno. Y, de todos modos, «no iba a servir para nada. Matas un gato y te llamarán matagatos de por vida», pensó.

Castro y Gutiérrez lo dejaron en la sala solo. Lo asistiría un abogado del turno de oficio, pero más tarde. Ahora querían debilitar sus defensas, hacer que sudara un poco, resquebrajarlo. Estuvieron veinte minutos repasando su ficha, sus antecedentes, las evidencias en

su contra —que, de momento, solo eran unas colillas con su saliva encontradas en la pasarela— y la estrategia que iban a seguir durante el interrogatorio. El comisario Rioseco estaba inquieto. Le estaban apretando las clavijas desde arriba, y los medios de comunicación hostigaban sin descanso a la caza de algún dato nuevo con que llenar los informativos o las páginas de los periódicos.

—Vamos a ser amables con él —había dicho Castro—. Rayando la condescendencia.

—¿Amables? ¿Con ese asqueroso? —se había escandalizado Gutiérrez—. Habría que cortarle los huevos.

—Jorge, ahí dentro, déjame a mí —advirtió el inspector con semblante serio—. Y sígueme la corriente.

Cuando regresaron a la sala de interrogatorios, Vasco Soto estaba encogido en la silla. Tenía una mirada huidiza que ni siquiera centró en los policías cuando estos se sentaron frente a él.

—¿Cuándo voy a poder marcharme? —preguntó con un hilo de voz, adelantando el cuerpo y apoyando los brazos en la mesa.

—Eso dependerá de usted —respondió Castro con tranquilidad, mostrando una sonrisa que pretendía ser indulgente con el sospechoso. Abrió la carpeta con la información sobre Soto y el informe de la Científica y fingió echarle un vistazo—. De momento, tenemos un problema que espero que nos pueda aclarar. Seguro que se trata de un malentendido, pero tenemos que seguir el procedimiento. ¿Lo entiende?

—Sí, sí... Aclararé cualquier cosa. Pero no puedo volver a la cárcel. ¿Lo entienden ustedes? —Movía los ojos con rapidez, sin fijarlos en ningún punto en concreto—. ¿Saben lo que me hicieron allí dentro? —La desesperación del hombre era genuina y palpable.

Gutiérrez apretó la mandíbula y se tragó lo que realmente quería decirle, pero acató la orden de su jefe y se limitó a observar al pedófilo.

—Está al tanto de que el viernes mataron a una niña debajo del puente que cruza las vías del tren.

—Sí, sí... Hubo mucha policía durante el fin de semana. Lo vi en las noticias.

—Usted vive muy cerca. A cincuenta metros —continuó Castro con un tono de voz tranquilizador y sin hacer ninguna pregunta.

—Sí, al otro lado de la calle.

—Lo sé. Por eso me preguntaba si, tal vez, había observado algo... digamos, raro, inusual, el día en que apareció el cuerpo de la niña.

La observación cogió desprevenido a Soto. Se esperaba un ataque, una pregunta que lo pusiera contra las cuerdas. Castro lo estaba confundiendo, y Gutiérrez entendió el propósito de su jefe: hacer que el sospechoso bajara la guardia.

—¿Raro? —balbuceó Soto.

—Sí... Alguna persona extraña, alguien que no fuera habitual de la zona, quizá pudo ver a la niña...

—No conocía a esa niña —se apresuró a decir el hombre, moviéndose en la silla con nerviosismo.

—Pero su foto ha salido en las noticias.

—Nunca había visto a esa niña —puntualizó.

Castro supo al instante que mentía, pero lo dejó correr.

—¿Dónde estaba el viernes entre las dos y la tres de la tarde?

—En casa. —La respuesta fue demasiado rápida.

—Hemos comprobado que trabaja en un obrador de pan a media jornada.

—Sí, llevo dos años. Entro a las cuatro de la madrugada y salgo a las ocho de la mañana.

Las preguntas eran inocuas, y habían conseguido que Vasco Soto se relajara. Se había erguido en la silla y ya no parecía el hombrecillo nervioso de hacía una hora.

—¿Vive solo?

—Sí. No tengo demasiados amigos desde que... desde que estuve en prisión.

—De manera que no hay nadie que pueda corroborar que el viernes estuvo en casa a la hora del crimen. —Fue Gutiérrez quien realizó la observación, que provocó que Soto se pusiera tenso.

Castro lo fulminó con la mirada.

—Subinspector, le ruego que no atosigue al señor Soto. Está colaborando —le espetó.

Gutiérrez torció el gesto y se mordió la lengua. El inspector volvió a centrarse en Soto, que miraba a los policías con estupor.

—Señor Soto, ¿frecuenta usted el puente bajo el que se encontró el cuerpo de la niña?

—Sí, el obrador donde trabajo está al otro lado de las vías. Lo recorro cada día dos veces.

—Y fuma.

—Sí.

—Eso explicaría por qué había colillas con su saliva en el puente.

Vasco Soto comenzó a rascarse el dedo pulgar con ansia. Volvió a desviar la mirada, centrándola en sus manos.

—Sí —respondió de forma escueta—. Fumo bastante.

—Lo que no explicaría es por qué se encontraron todas en el mismo punto, en un extremo de la pasarela y, casualmente, sobre el pilote donde apareció el cuerpo de la niña.

Vasco Soto no respondió. Comenzó a sudar de nuevo.

—Y tampoco explicaría el número de colillas —continuó el inspector como si el hecho en sí mismo no fuera importante—. Más de una treintena de la misma marca y todas ellas con su saliva.

—Yo... yo... —balbuceó el hombre— a veces me gusta pararme a mirar cómo pasa el tren.

—Pero ¿no sería más lógico que eso lo hiciera desde el centro de la pasarela?

Vasco Soto no contestó. Castro observó que estaba haciéndose una herida en el dedo de tanto rascarse.

—Yo no he hecho nada. ¡Se lo juro!

—Y yo le creo. Pero hay que explicar qué hacían sus colillas allí, ¿lo entiende, verdad? Los de arriba —Castro señaló con el dedo índice al techo y habló con tono de hastío, como si «los de arriba» le produjeran disgusto— quieren un culpable. Se trata de una niña de trece años y sus antecedentes no le hacen, ahora mismo, el hombre más popular del mundo. Necesito poder dar algo a mis jefes para que sigan buscando por otros..., digamos, derroteros.

—Pero...

—Señor Soto..., yo tengo paciencia. Mis jefes no. Y nada les gustaría más que mandarlo otra vez a la cárcel y dar carpetazo al asunto. Tiene que ayudarme. ¿Estuvo en el puente el día del crimen?

—¡No, por el amor de Dios! ¡No soy un monstruo!

Gutiérrez se removió en la silla. Aquel hombre le producía un rechazo que no era capaz de ocultar.

—¿Y antes del crimen?

Soto seguía castigándose el dedo pulgar. Castro observó que estaba sangrando. Pasaron unos segundos en los que el sospechoso pasó la mirada de una mano a la otra, de la esquina izquierda de la mesa a la derecha. Finalmente, se llevó la mano herida a la cara y suspiró.

—Sí... antes del crimen, sí. Varias veces.

—¿Qué hacia allí esas veces, aparte de fumar?

—A esa zona vienen los chicos a beber y a divertirse. Me gusta quedarme en la pasarela oyéndolos reír, o pelearse o hablar de sus cosas. Me siento menos solo. Pero nunca he hecho nada más que mirar.

—Usted no puede acercarse con premeditación a menores de edad —saltó Gutiérrez sin poder contenerse.

—¡Subinspector! Salga de la sala, por favor —ordenó Castro con tono duro.

—Señor...

—He dicho que salga. Vaya a ver a Santiago Pascual y pregúntele cómo va la orden solicitada —repitió con severidad.

Gutiérrez se levantó de mala gana y salió de la sala de interrogatorios dando un portazo.

—Disculpe a mi compañero, tiene demasiado ímpetu. Continúe.

—Solo miraba a escondidas. Nada más. Tiene que creerme —suplicó el hombre volviendo a tomarla con su pulgar.

—Y le creo, señor Soto. Dígame, ¿qué hacía esta mañana en la escena del crimen?

Soto levantó la cabeza y por primera vez durante el interrogatorio miró a Castro directamente a los ojos.

—Fui a buscar esas colillas de las que me habla. Sabía que si las encontraban ustedes, me implicarían en el crimen. ¡Y no tengo nada que ver! —imploró.

—Está bien —respondió Castro conciliador—. Pero tenemos que comprobar que lo que nos ha dicho es cierto. Así que, de momento, será nuestro invitado.

—¿Voy a tener que quedarme aquí? ¿En los calabozos? —Había desesperación en la voz de Vasco Soto.

—Sí, señor Soto —confirmó el inspector endureciendo el tono—. Como le he dicho, tenemos que comprobar que no nos miente. Y que,

de veras, no está implicado en este delito... o en otros, aunque no sean de sangre.

Castro salió de la sala de interrogatorios dejando a Soto confundido, desesperado y clamando por su inocencia. Fue en busca de Gutiérrez, al que encontró hablando con Santiago Pascual. Le hizo un gesto para que se acercara.

—Que sea la última vez que contravienes una orden —le reprendió Castro—. ¿Me has entendido?

—¿De qué te ha servido ser amable con él? No has conseguido que cuente nada, inspector —protestó Gutiérrez enfadado.

—Al contrario —refutó el inspector gestionando un autocontrol que estaba lejos de experimentar. En ese momento estaba furioso con Jorge—. Ahora sabemos que tuvo oportunidad, pues cuenta con mucho tiempo libre; vive cerca de la pasarela y ha confirmado que pasa mucho tiempo en ella, espiando. Le gusta mirar y observa a los niños que van por la zona. De mirón a asesino, con los antecedentes que tiene, hay un paso muy pequeño. Este tipo de gente tiene compulsiones muy difíciles de reprimir. Las colillas le sitúan en la escena, pero no nos aseguran que él haya hecho algo más que mirar.

—¿Y ahora qué? —se resignó Gutiérrez —. Ya tenemos la orden judicial.

—Pues crucemos los dedos para que Delitos Tecnológicos sitúe su móvil en la escena y los de la Científica encuentren evidencias en su casa.

23

Ana caminaba deprisa. Al llegar al portal de su casa, algo en su interior la hizo recular. Sofía tenía razón: debía buscar ayuda. Ella sola ya no podía. Su familia se estaba desmoronando. Lo había intentado todo para evitar los ataques de ira: ser más condescendiente, más dócil, mucho más paciente, intentar no llevar la contraria ni provocar enfrentamientos... Pero nada había servido. La irritación, el enojo y la rabia siempre afloraban. Sin embargo, lo que más la paralizaba eran esos momentos de calma antes de la explosión de cólera, porque estaba convencida de que, en esos instantes, su mente maquiavélica planeaba cómo hacer el mayor daño posible cuando estallara la tormenta. Era entonces cuando se le ponía esa mirada despiadada, tan alejada de la de un ser humano normal.

Miró el reloj: las doce y media. Aceleró el paso hasta la parada de autobús más cercana y se subió al K1, que la llevaría hasta la plaza de América. En cuanto se bajó, enfiló por la calle Marqués de Teverga y, antes de llegar a la altura del hotel de La Reconquista, se detuvo delante de un portal en una de cuyas placas se leía «Asociación de Mujeres Maltratadas de Asturias». Allí, delante de aquella lustrosa placa, se sintió ridícula. Se lo volvió a pensar y, durante un par de segundos, estuvo a punto de regresar por donde había venido, hasta que recordó la delicada frente de Lucía, manchada por uno de sus golpes. Cogió aire y entró en el portal.

La asociación estaba en la primera planta del edificio. Le abrió la puerta una mujer ya entrada en años que, sin hacer preguntas, la invitó a pasar. La decoración de la recepción era sencilla pero acogedora. Ana pidió hablar con alguien sin entrar en detalles de para qué. La mujer no hizo preguntas. Dio por hecho que la recién llegada no tenía cita y también que necesitaba ayuda. Bastaba con mirarle el rostro para ver en él desesperación y miedo. Cogió el teléfono y marcó una extensión.

—Carlota, ¿tienes un momento? Acaba de llegar una mujer que necesita asesoramiento.

Carlota accedió a recibirla. La mujer de la entrada indicó a Ana que la acompañara hasta uno de los despachos. En la puerta, pudo leer: «Carlota Domínguez, psicóloga». De forma instintiva, dio un paso atrás. La mujer apoyó la mano en el brazo de Ana y, con delicadeza, la invitó a entrar.

—Solo es una consulta, querida. El hecho de estar aquí no la obliga a hacer nada que usted no quiera.

Aquellas palabras la tranquilizaron lo suficiente como para cruzar el umbral de la puerta.

En el interior del despacho, la esperaba una mujer de gran corpulencia, alta y fuerte como un armario, pero con una mirada azul intenso y un semblante amable y alegre.

Invitó a Ana a tomar asiento mientras ella lo hacía, provista de una libreta.

—¿Te puedo tutear? —preguntó Carlota.

—Sí —contestó Ana con cautela.

De repente, se sentía aturdida; una pregunta rebotaba de lado a lado de su cerebro: «¿Qué hago aquí?». La idea de contar su caso y de pedir ayuda siempre había sido liberadora, pero, en cuanto se convirtió en una realidad con ojos azules que la miraban con curiosidad, empezó a parecerle una monstruosidad y una traición imperdonable.

—¿Me dices tu nombre y un teléfono?

Ana abrió los ojos aterrada.

—No... no debería estar aquí —balbuceó haciendo amago de levantarse.

Carlota la sujetó con suavidad por el brazo.

—Tranquila. Es pura formalidad —indicó con calma, tratando de apaciguar a la mujer—. Tu presencia aquí es anónima, y así seguirá siendo. Tu nombre y tu teléfono no irán a parar a ningún ordenador, a ningún sistema. Se quedarán en mi libreta. Y no necesitaré ningún otro dato que no quieras darme.

—Ana —respondió por fin—. Ana Sánchez.

Le facilitó su teléfono móvil y la psicóloga apuntó los datos.

—A mi marido no le gustaría saber que estoy aquí. —Ana estaba nerviosa, inquieta y no dejaba de moverse en la silla—. Se enfadaría.

—Con eso ya contamos, ¿verdad? Tu marido no se va a enterar. Puedes estar tranquila. Podemos ayudarte de muchas maneras, Ana. Podemos ofrecerte asesoramiento y asistencia jurídica y psicológica. Incluso una red de casas de acogida en toda la provincia. —Carlota hizo una pausa—. Tú decides qué tipo de ayuda quieres que te brindemos. Pero, para ello necesitamos conocer tu historia.

Ana sintió que le sudaban las manos y que el corazón le galopaba como queriendo salírsele del pecho. Carlota esperó paciente a que Ana decidiera hablar. Por fin lo hizo, con un hilo de voz.

—Yo... yo tengo una hija... Tengo que proteger a mi bebé... También al bebé...

—Tranquilízate. Tu marido maltrata a tu bebé. ¿A ti te hace daño?

—Yo no tengo importancia. Es Lucía, mi niña. Tengo que protegerla y no sé cómo.

Ana se sentía mal por estar compartiendo sus temores con una extraña. Pensaba que eso no estaba bien, que no era leal ni moralmente aceptable. Los trapos sucios se lavaban en casa, nunca se debían airear fuera. De repente, se arrepintió de estar allí. Aquello tenía que solucionarlo ella. Su hija era responsabilidad suya y de nadie más. Se levantó con rapidez antes de que la psicóloga pudiera impedírselo.

—Esto ha sido un error. No puedo exponer a mi hija a esto. No puedo —se disculpó y salió del despacho como alma que lleva el diablo.

Carlota salió tras ella, pero no pudo alcanzarla.

—¿No ha ido bien? —preguntó la mujer de la recepción.

—Me temo que acabas de ver salir por la puerta a un futuro titular de periódico —se lamentó la psicóloga volviendo a su despacho.

24

El inspector Castro estaba sentado frente a un malhumorado comisario Rioseco que, conforme escuchaba las novedades sobre el caso, sentía que el ácido del estómago le provocaba un ardor que le subía hasta la garganta.

—Si son menores, el juez de instrucción se inhibirá con los vídeos y le pasará el muerto a la Fiscalía de Menores —aclaró Rioseco—. ¡Menudo marrón nos ha caído! Por si teníamos poco con el crimen de la chiquilla...

—Acabo de hablar con la directora del instituto —explicó Castro —. Nos atenderá a última hora de la mañana. Llevaremos fotogramas de los chavales que aparecen en los vídeos para que efectúe un reconocimiento y nos dé un listado de los amigos de Elsa Canteli. La idea es tomarles declaración mañana en el mismo centro.

—Que os acompañen Teresa Villa y Raúl Argüelles —ordenó Rioseco—. No quiero problemas con los padres.

—Ya están avisados —confirmó el inspector—. También vamos a necesitar un oficio para que, desde el centro, no pongan problemas para que hablemos con los chavales.

—Te lo redacto a lo largo del día. —Rioseco se pasó la mano por los ojos, antes de hacer la siguiente pregunta—. ¿Te has formado ya alguna impresión? —quiso saber—. ¿Crees que el pedófilo tiene algo que ver?

Castro no sabía qué pensar. ¿Si se había formado una impresión? Tenía varias: Elsa Canteli podía haberse forjado muchos enemigos, la posibilidad de que la hubieran matado por su condición de agresora era más que factible, pero tampoco podía descartar el hecho de que un pedófilo con antecedentes anduviera rondando por la zona donde había aparecido el cuerpo, y más después de encontrar su ADN en la escena.

—No lo tengo claro, comisario. Los de la Científica están registrando el piso de Vasco Soto y los de Delitos Tecnológicos están comprobando en SITEL la localización de su móvil la noche de autos.

—Pero encontraron su ADN en la escena —protestó Rioseco.

—Se encontraron colillas con su saliva y eso solo lo sitúa en la escena del crimen. Él asegura que no se acercó a la pasarela el día del asesinato.

—Este caso nos va a sacar canas —se quejó el comisario, repantigándose en la silla—. Vuelve al trabajo y avísame si hay novedades, inspector.

Castro salió del despacho y fue en busca de Gutiérrez.

—Volvemos al instituto, Jorge. A ver si esta vez nos cuentan la verdad.

25

Habían pasado el resto de la mañana hablando con vecinos de la zona. Todos coincidían en lo mismo: aquello tenía que ocurrir. Olivia y Mario habían sacado en claro que era parada frecuente de adolescentes para hacer botellón, que allí se daban cita grupos de chicos y chicas para «pegarse», que tenían lugar unas «peleas descomunales», que «la juventud de hoy en día estaba perdida» y que los vecinos estaban hartos de trifulcas y borracheras a pie de sus edificios.

Había pedido un café en el Bulevar, una cafetería del paseo de La Florida que a aquellas horas estaba atestada de parroquianos tomando el vermú. Aunque hacía frío, estaban sentados en una mesa de la terraza para que ella pudiera acompañar sus pensamientos con un cigarrillo. Se tomaron el café en un silencio reflexivo. A Olivia le dolían las piernas de subir y bajar escaleras para hablar, piso por piso, con los vecinos y de andar por la zona parando a transeúntes y entrando en los locales comerciales. Habían hecho una buena batida para llegar a la conclusión de que la juventud actual era una generación confusa, empeñada en vivir a un ritmo y en tener unas experiencias que no les correspondían porque aún no estaban preparados para comprenderlas. Cuando ella era joven, más cerca de la niñez que de la adolescencia, se pasaba el día en la calle, pero sus compañeras de juegos eran la goma, la comba o una pared para jugar

al «un, dos tres, palomita blanca es». Había salido por primera vez a tomar una Coca-Cola con sus amigas con dieciséis años y aquel refresco, libre de padres y mezclada con universitarios y chicos mayores que ella, le había sabido a gloria. Ahora, habían cambiado los refrescos por litronas y la comba, por cigarrillos. Olivia se lamentó y se compadeció mentalmente de los que querían salir del cascarón antes de tiempo, porque, una vez que se sale, es muy difícil retornar. Apuró el café, encendió otro cigarrillo y se armó de paciencia para la llamada que hizo a continuación. Suspiró y marcó el número de Serafín.

—¿Has conseguido lo que te pedí? —quiso saber Olivia en cuanto el «no periodista», apelativo nada cariñoso con el que se refería a él en privado, atendió la llamada.

—Sí. Hay varias denuncias interpuestas en la Policía Local en el último año y medio. La mayoría por altercados y botellones en esa zona. Ningún detenido.

—¿Nombres de los denunciantes?

—No he podido conseguir que me los pasen.

—Es poca cosa.

—Es todo lo que tengo hasta ahora.

—¿Y del atestado del crimen?

—Estoy tirando de mis contactos en la Nacional, Olivia. —Olivia notó que el chico se ponía a la defensiva. No estaba acostumbrado a que lo sacaran de su zona de confort—. Pero hay bastante hermetismo.

—Eso no me sirve, Serafín —reconvino ella sin darle tregua—. Tenemos una página que llenar y no lo vamos a hacer con un refrito de lo que ya se ha publicado. Y tampoco vamos a conformarnos con lo que llegue en teletipo.

—Sigo con ello —se resignó Serafín—. Espero darte algo antes de irme a comer.

—¿En serio estás pensando en irte a comer con la que tenemos encima? —inquirió Olivia con toda la mala leche de la que pudo hacer gala—. En el bar de enfrente hacen unos pinchos buenísimos. Píllate uno y no dejes de llamar.

Serafín no contestó. Olivia supuso que estaría pensando en la posibilidad de mandarla a paseo. Durante unos segundos, solo oyó la

respiración agitada del chaval al otro lado del teléfono. Cuando por fin respondió a la provocación de la periodista, lo hizo en un tono que a ella le pareció impostado, de comedimiento fingido, pues estaba segura de que en aquel momento Serafín bien podía estar temblando de rabia.

—En una hora hablamos y te cuento lo que tengo.

—Eso ya me gusta más —contestó ella colgando el teléfono.

—¿No te estás pasando con él? —le afeó Mario.

—Le estoy haciendo un favor. Necesita que le espoleen un poco para que empiece a disfrutar de esta maravillosa profesión que nos da de comer —respondió ella con sorna—. Es la hora. En diez minutos se acaban las clases y quiero hablar con cualquier adolescente que salga de ese instituto.

Cuando llegaron al centro, la acera estaba atestada de madres y padres que esperaban a sus retoños, y la carretera, repleta de coches mal aparcados en doble fila. Olivia y Mario se situaron en la acera de enfrente, tratando de pasar desapercibidos. Mario guardó su Nikon en la bolsa con el fin de no llamar la atención en exceso.

Se abrieron las puertas del instituto y, de repente, el murmullo suave de los corrillos de padres quedó ensordecido por una marabunta de escolares de todas las edades. Solo se oían gritos, voces, risas y chascarrillos. El ambiente se tornó clamoroso, y a Olivia le recordó a una estampida de animales, en este caso, bípedos.

Cruzaron la calle y pararon a un grupo de chavales que debían de ser poco mayores que Nico, el sobrino de Mario. Olivia se identificó y les preguntó directamente por Elsa Canteli. Le dijeron que no la conocían mucho y luego siguieron su camino sin mostrar ningún interés por la periodista. Repitieron la operación con una docena de chicos. Unos se limitaron a negar con la cabeza apartándose de Olivia como si fuera contagiosa; otros alabaron hasta la saciedad a la «guapísima, buena y estupenda» Elsa Canteli, y los menos torcieron el gesto en lo que a Olivia le pareció un ademán de desprecio. Solo un grupo, formado por cuatro chavalitos, supo decirle quiénes eran sus amigos.

—Aquellos tres de allí —indicó un pelirrojo lleno de pecas mientras señalaba a dos chicos y a una chica que cruzaban la calle en aquel momento— eran sus amigos. Y aquellos —apuntó a cinco que

tomaban la dirección contraria— son los *pringaos* con los que se metía.

Olivia tuvo que decidir en segundos a qué grupo dirigirse. Ganó la batalla el de los *pringaos* y, tras dar las gracias al pelirrojo, echó a correr hacia ellos, que caminaban deprisa en dirección al paseo de La Florida.

Los abordó casi al final de la calle. «Tengo que dejar de fumar», se dijo resollando cuando llegó a la altura de los chavales. Mario seguía sin sacar la cámara. No quería asustarlos y, al ser menores, no podía hacerles fotos sin el consentimiento expreso de sus padres.

Olivia se identificó ante la atónita mirada de los adolescentes.

—Me han dicho que erais amigos de Elsa Canteli —mintió Olivia para romper el hielo.

—¿Amigos? —espetó con desprecio la más gordita del grupo—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Un chico del instituto.

—Pues te ha tomado el pelo —recalcó la misma chica.

—Me gustaría hablar con vosotros. ¿Dejáis que os invite a una Coca-Cola? —pidió Olivia.

Los cinco se miraron.

—No sé si es buena idea —objetó la más alta.

—¿Por qué no? —dijo una pelirroja tan pecosa como el chico con el que acababan de hablar—. Yo sí quiero tomarme esa Coca-Cola.

—No perdemos nada —secundó el único chico del grupo, un chaval menudo, tanto que la nuez le sobresalía de forma exagerada en un cuello excesivamente delicado—. Yo también me apunto.

Las demás se miraron resignadas y accedieron a sentarse con Olivia en una terraza ubicada en la misma calle en la que estaban. A Olivia le hizo gracia el nombre del local: 43 grados 23 minutos.

Tomaron asiento y, tras pedir las consumiciones, los chicos se presentaron. Olivia anotó en el cuaderno sus nombres, acompañados de un comentario: Liliana, Lili para sus amigos, la más alta; Patricia, la de rostro más aniñado; Matilda, la pelirroja; Nuria, la más gordita y Daniel, el chico. El grupo la miraba expectante. A ella y a Mario. El fotógrafo aún no había dicho esta boca es mía y se limitaba a observar; después compartiría sus impresiones con su compañera. Olivia decidió sincerarse.

—En realidad, lo que me han dicho es que no os llevabais

demasiado bien con Elsa.

—Era mala —sentenció Daniel.

—Decir mala es quedarse corto, Dani. Era una perra asquerosa —recalcó Nuria, que parecía, con diferencia, la más combativa de los cinco.

—¿Podríais ser más precisos? —Olivia lo dijo con cautela, pues no quería asustarlos.

Los chicos bajaron la vista. Luego, se miraron entre ellos, indecisos. Finalmente, fue Matilda, la pelirroja, quien habló.

—¿Tienes WhatsApp? —preguntó.

—Sí.

—Dame tu número.

Olivia así lo hizo. La pelirroja manipuló su teléfono móvil con una agilidad en los dedos que provocó una risa interna en Olivia. «Y luego no saben escribir sin cometer faltas», pensó.

—Espera, Matilda —frenó Nuria—. ¿Qué vas a hacer?

—Que juzgue ella misma, Nuria.

—Opino como Matilda, Nuria —apoyó Patricia—. Si quiere saber por qué era una cabrona, lo mejor es que lo vea.

Olivia asistía a aquel debate en silencio. De repente, un clinc y después otro, y otro más, la avisaron de que había recibido al menos tres wasaps. Los abrió. Eran tres vídeos. Los visionó e instintivamente se llevó la mano a la boca. En uno de ellos, se veía a Elsa Canteli pegando con virulencia a un Daniel arrodillado en el suelo, indefenso, mientras recibía las patadas de la chica; en otro, era Matilda la que trataba, sin éxito, de liberarse de la mano de la asesinada, que la tenía agarrada por el pelo y tiraba de ella hasta hacerla caer al suelo. El tercer vídeo era el peor. En él, se veía a la adolescente sentada sobre las espaldas de una chica arrodillada sobre un váter, mientras le metía la cabeza en el inodoro. Olivia no era capaz de identificar a la víctima de la agresión.

—Es Patricia —dijo Matilda en un susurro, adelantándose a la pregunta de la periodista.

—Lo que no se ve en el vídeo es que el váter estaba sucio y que alguien había meado antes de que me metiera la cabeza dentro. —Patricia habló sin entonación, con la mirada perdida, quizá recordando el terrible momento que Olivia acababa de presenciar.

—¿De dónde los habéis sacado? —quiso saber la periodista tratando de que no se notara en su voz el impacto que le habían causado las imágenes.

—A Elsa le gustaba pegar, pero aún más difundir que nos había machacado —respondió Lili—. Así, no solo ella se reía de nosotros, también el resto del mundo.

—Facebook, Instagram, TikTok —aclaró Nuria—. Tenía las redes abiertas, de manera que todo el mundo pudiera verlo.

—¿Y el centro no hace nada? —Olivia estaba espantada.

—El insti mira para otro lado. Es más cómodo —dijo Lili—. Lo denunciamos en una ocasión y lo único que pasó es que, a partir de entonces, las palizas fueron a más, por chivatos.

—El sistema no funciona —terció Patricia—. Al menos para nosotros. Estamos solos.

—Una de nuestras amigas se intentó suicidar. —Fue Matilda la que soltó la bomba.

—¡Mati, calla! —ordenó Nuria dándole un manotazo en el brazo.

—¿Por qué? Jimena trató de matarse, Nuria. Por culpa de Elsa y de sus amigotes —se defendió la pelirroja—. Ojalá estuvieran muertos todos, no solo Elsa.

—¿Cuándo fue eso? —Fue Mario quien habló.

Estaba impresionado con lo que estaba oyendo. Pensó en su sobrino, Nico, que era de la misma edad que aquellos chiquillos con cara de asustados. Cuando llegara a casa, tendría una conversación con él.

—Hace tres meses —respondió Matilda—. Sus padres la sacaron del instituto.

—¿Cómo se apellida vuestra amiga?

—Jimena Feito. Vive aquí al lado —aclaró Lili—, en el número 33 del paseo de La Florida.

—¿Irás a hablar con ella? —quiso saber Nuria.

—Lo intentaré —contestó Olivia.

—No le digas que nos hemos chivado —pidió la chica más corpulenta.

—Lo prometo —convino Olivia—. Habéis hablado de unos amigos de Elsa —continuó la periodista.

—Sí, son iguales que ella —indicó Patricia. Olivia dedujo que

aquella chica con cara y cuerpo aún demasiado aniñados era la más conciliadora del grupo—. Se llaman Martín Gayo, Sonia Balbín y Rodrigo Bueno. A pesar de lo que le ha pasado a Elsa, no van a parar.

—Ya nos lo han dejado claro esta mañana —terció Nuria apurando su refresco—. Yo tengo que irme.

El grupo se levantó al mismo tiempo.

—Gracias por la Coca-Cola —dijo Patricia.

—¿Vas a publicar algo de lo que te hemos contado? —preguntó Daniel con el rostro expectante.

Olivia creyó leer en aquella mirada algo parecido a la esperanza.

—Al menos voy a intentarlo —prometió.

Cuando el grupo de chicos se fue, Olivia pidió un vino y Mario una cerveza.

—Necesito digerir esto, Mario.

—No me extraña, pichón. ¡Solo son niños!

—¿Cuándo hemos dejado de criar niños para empezar a criar monstruos?

Olivia estaba realmente afectada por el testimonio de aquellos chavales. Pero más aún por la resignación con la que contaban la humillación diaria a la que se veían sometidos ante la mirada indulgente de los mayores que tenían la obligación de protegerlos.

Olivia marcó el número del periódico y pidió hablar con Matías Adaro.

—Tengo algo para sacar en el digital ya —dijo en cuanto el director se puso al teléfono—. Te lo paso por correo. Son unos vídeos en los que se ve cómo Elsa Canteli agrede a otros chicos.

—¿Tiene relación con el crimen? —preguntó Adaro.

—No lo sé, Matías. Lo que sí sé es que esa chica no era trigo limpio.

—No vamos a criminalizar a la víctima, Olivia.

—Tú mira los vídeos y luego me dices quién criminaliza a quién.

Olivia no tenía ganas de entrar en debate con Adaro. Le pasó los vídeos por correo electrónico y se relajó.

—¿Qué quieres hacer ahora, pichón? —preguntó Mario apurando la cerveza.

—Ir a ver a mi madre —contestó con resignación la periodista—. Y después llamar a Castro y localizar a Jimena Feito.

26

Alejandro Montoro estaba concentrado en la pantalla del ordenador. Acababa de recibir los resultados de la sangre encontrada en la piedra con la que habían matado a Elsa Canteli; también los del palo con el que la habían violado. Se sorprendió de las conclusiones de este último, pues en la vara no habían encontrado huellas, pero sí dos tipos de sangre y epiteliales diferentes. Uno pertenecía a Elsa Canteli; el otro no. «Interesante», pensó el inspector de la Científica. Eso suponía que, con mucha probabilidad, las segundas muestras serían del asesino. El problema es que no había coincidencias en el sistema. «Donante desconocido», rezaba el informe.

En la piedra tampoco había huellas. Montoro no se sorprendió; no en todas las superficies quedan grabadas. La roca, al igual que el palo, constituía una superficie tosca en la que la grasa dactilar no se había adherido. Pero sí había varios restos biológicos: humor vítreo, esquirlas óseas y masa encefálica. Y sangre. Como en el caso anterior, también se habían encontrado dos muestras diferentes. Esto era más interesante. Montoro leyó con atención el informe del laboratorio.

«No puede ser», se dijo.

—Gabriel, échale un vistazo al informe del laboratorio del caso de Elsa Canteli.

Su compañero dejó lo que estaba haciendo y se centró en la pantalla del ordenador.

—¿Es posible? —se sorprendió Gabriel Miranda leyendo, por segunda vez, el informe.

—¿Se ha respetado la cadena de custodia con las muestras? —preguntó un extrañado Montoro.

—Sí. Y la trazabilidad también —respondió Miranda echando la silla hacia atrás.

—Pues si además de la sangre de Elsa Canteli en la piedra tenemos restos de otra víctima, hay un cruce con otro caso.

—Hay que llamar a Castro ya —sugirió Miranda cogiendo el teléfono.

—El caso de Elsa Canteli no para de complicarse.

27

La Marimorena era una taberna especializada en cocina asturiana, marisco y pescado de lonja. El restaurante estaba en la calle Jovellanos, muy cerca de la calle Gascona, popularmente conocida como el bulevar de la sidra, porque en cien metros de paseo se concentraban casi una veintena de sidrerías. Además, estaba anexo a uno de los estancos que más premios de la Lotería de Navidad había repartido en Oviedo.

Olivia quiso llamar a Castro antes de reunirse con su madre, así que marcó su número antes de entrar en el local.

—Hola, amor —saludó melosa.

Solo oír la voz del inspector provocaba en ella una sonrisa.

—Hola, Livi. —La voz del policía sonó cansada.

—¿Tienes un mal día?

—Digamos que los he tenido mejores. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

—Digamos que también he tenido días mejores. ¿Estás con el caso de Elsa Canteli?

—Sí —respondió escueto Castro.

—Yo también —dijo ella con un suspiro.

Apenas llevaba unas horas trabajando en el caso y ya se sentía tremendamente cansada. Los vídeos la habían removido por dentro mucho más de lo que estaba dispuesta a confesar.

—¿Te han sacado de tu zona? —Castro sonaba distraído.

Olivia lo notó enseguida.

—¿Te pillo en mal momento? —quiso saber ella.

—No, es que está siendo un caso especialmente duro.

—De eso quería hablarte, inspector. He descubierto algo que podría interesarte.

Castro se puso alerta. Cuando Olivia descubría algo, normalmente chocaba frontalmente con los intereses profesionales de ambos.

—Cuéntame.

Olivia le relató la conversación con el grupo de chiquillos y le habló de los vídeos.

Castro se puso tenso en cuanto acabó de escuchar a la periodista. Había descubierto tanto o más que ellos, y sin tecnología punta.

—Y hay otra cosa —continuó ella—. He localizado a una niña que trató de suicidarse hace pocos meses por culpa de Elsa Canteli y de sus amigos. Se llama Jimena Feito.

—Te agradezco la información, Livi. Tendrás que pasarte esta tarde por jefatura para que te tomemos declaración oficial de cuanto sepas y de cómo lo has conseguido.

—No voy a poder —rehusó ella—. Tengo una tarde complicada, Agustín.

—Al menos pásame un correo con los vídeos y los nombres de esos chicos.

—Eso lo hago ahora mismo —accedió ella—. ¿Nos vemos esta noche?

—Ni lo dudes —respondió él con una sonrisa que Olivia no pudo ver, pero que imaginó por el cambio de tono.

—¿En mi casa?

—Quien primero llegue hace la cena —sugirió él.

—Tienes mucha cara. Eso significa que llegarás tarde, ¿no?

Olivia colgó el teléfono con un gesto bobalicón en el rostro. Había conseguido que, tras siete meses de relación, él echara abajo las barreras emocionales que le impedían dar un paso más en su noviazgo. Le había costado lo suyo. Era un hombre acostumbrado a la soledad, sin más carga emocional que la que sentía por Hugo, su protegido, al que hacía casi cinco años había sacado de las calles y al que quería como a un hijo. Hugo, que ahora tenía diecinueve años, sentía adoración por Castro. Y Castro por él.

Con ella, en cambio, había sido receloso y reacio a dar rienda suelta a sus sentimientos. Pero en las dos últimas semanas eso había cambiado. Olivia se sentía feliz. No necesitaba más. No hay nada mejor que cuando lo poco es suficiente, y ella se sentía colmada con aquella relación.

Suspiró de pura satisfacción y entró en el restaurante. Era un local que parecía más una taberna andaluza que asturiana. Estaba decorado en blanco y añil, con pequeñas mesas adornadas con primorosos manteles de cuadros en los mismos colores que el resto de la decoración y las paredes, con motivos marineros. Buscó a su madre con la mirada. Doña Elena estaba sentada en una de las mesas, y no estaba sola. A su lado, un hombre vestido con elegancia, con traje y corbata, y una frondosa cabellera blanca se inclinaba hacia ella y ambos se reían de algo que él decía. Olivia observó la escena. Vislumbró cierta intimidad en aquella conversación. Sintió que se le paraba el pulso y comenzó a sudar frío.

Se acercó a la mesa con las pistolas cargadas, aun sin saber por qué se sentía incómoda.

—¡Olivia, hija! —exclamó su madre levantándose y plantándole dos sonoros besos en las mejillas—. Llegas tarde.

—Hola, madre. —Olivia la miró, pero centró la atención en el hombre que se había levantado de la silla para saludarla.

—Te presento a Enrique, Quique para los amigos.

Enrique se adelantó y tendió la mano a la periodista. Fue un apretón que pretendió ser cordial, ni demasiado fuerte ni demasiado flácido. Olivia sospechaba de toda persona que no sabía dar un buen apretón de manos.

Tomó asiento frente a la pareja e interrogó a doña Elena con la mirada.

—Quique y yo estamos..., ¿cómo lo decís ahora? Estamos saliendo —espetó su madre. Así, sin anestesia.

Olivia parpadeó confundida y estuvo a punto de echar a correr. No estaba preparada para aquello. No estaba preparada para ver a su madre con la mirada encendida por un hombre que no fuera su marido, Paolo Marassa, fallecido hacía quince años de un tumor cerebral.

—¿No dices nada?

Doña Elena la miraba expectante, buscando su aprobación. Enrique, en cambio, solo tenía ojos para su recién estrenada pareja.

—¿Qué quieres que diga, madre? ¿Te doy la enhorabuena? —replicó con sorna la periodista—. No necesitas mi aprobación.

Pero su lenguaje corporal decía lo contrario. Claro que tenía que haberlo consultado con ella. Por supuesto que su madre debería comportarse con mayor decoro por respeto a la memoria de su marido y a su hija, que era, por suerte o por desgracia, su única familia. Solo se tenían la una a la otra. Así que sí, debería haberle preguntado o, al menos, haberle contado que estaba empezando a comportarse como una quinceañera a la edad de casi setenta años. Estaba rompiendo el binomio que formaban sin haberle pedido permiso.

—Quique y yo nos conocimos en un baile —explicó doña Elena sin dar importancia al tono de Olivia.

—¿En un baile? —Olivia cada vez estaba más sorprendida. No daba crédito, su madre era la persona más antisocial que conocía—. ¿Desde cuándo vas a bailes?

—Me llevaron las chicas.

«Las chicas» eran las amigas de su madre, sus compañeras de parchís. Todas ellas viudas y con mucho tiempo libre. Si el diablo se aburre, espanta moscas, pero, en el caso de doña Elena, en vez espantarlas, las metía en su cama, pensó con desdén Olivia.

—¿Moraima, Flora y Marichu? —preguntó la periodista cada vez más alucinada.

—¿Quiénes si no? —se rio su madre—. Hay un café aquí cerca que organiza fiestas para jubilados una vez a la semana. Me animé a ir y... ya ves —respondió ella pizpireta, cogiendo de la mano a Quique.

Eso sí que no. Olivia resopló y se levantó de la silla.

—Madre, tengo muchos frentes abiertos ahora mismo.

—¡Olivia! Pero ¿qué te pasa, hija?

—Ahora no puedo asumir esto, madre. Compréndelo, no puedo.

Y, sin más, se encaminó a la puerta del restaurante, dejando a doña Elena plantada, confundida y disgustada. Antes de salir a la calle, se giró y vio como Quique la consolaba pasándole un brazo por los hombros.

28

Cuando Castro y Gutiérrez cruzaron las puertas del instituto por segunda vez aquel día, los recibió un silencio que les resultó triste, casi penoso, sin el alboroto de los alumnos. Las clases ya habían finalizado y sus pasos retumbaban en aquellos pasillos tan solitarios. Se dirigieron directamente al despacho de la directora, que ya los estaba esperando, acompañada, una vez más, por la orientadora, Marisa Linera, y por el jefe de estudios, Teo Aparicio.

Tomaron asiento alrededor de una mesa redonda en un rincón del despacho. Castro decidió ir directamente al grano:

—Como le comenté por teléfono, hemos descubierto unos vídeos un tanto perturbadores en los que aparecen varios chicos, entre ellos Elsa Canteli, agrediendo a otros. Creemos que son menores de edad y necesitamos identificar tanto a los atacantes como a las víctimas.

Marisa Linera se removió incómoda. Teo Aparicio bajó la mirada hacia un pequeño descascarillado en la superficie de la mesa. Victoria Pañeda, como directora del centro, trató de guardar la compostura, aunque su aleteo de la nariz retrató cierto estado de nerviosismo. Nadie dijo nada.

El subinspector Gutiérrez sacó de una carpeta los fotogramas que Delitos Tecnológicos había extraído de los vídeos y los colocó en fila encima de la mesa.

—¿Reconocen a alguno de estos chicos? —preguntó.

Victoria Pañeda acercó las imágenes y las estudió con detenimiento. Luego se las pasó al jefe de estudios y a la orientadora.

—¿Y bien? —insistió Gutiérrez.

Castro observaba las reacciones de los tres docentes y vio más conocimiento del que le hubiera gustado.

—Son alumnos de este centro —confirmó de mala gana la directora.

—¿Todos ellos? —quiso confirmar Castro.

—Todos.

—¿Qué edades tienen? —La pregunta desconcertó a Victoria Pañeda.

—Cursan primero y segundo de la ESO, entre doce y catorce años.

Todos ellos eran menores y, debido a la Ley del Menor, eran casi intocables. De hecho, quienes no habían cumplido los catorce eran inimputables, daba igual el delito que hubieran cometido. En España, los delitos cometidos por menores salían, en el mejor de los casos, muy baratos y, en el peor, gratis.

—Necesitamos los nombres. Apúntelos sobre la fotografía, por favor.

Marisa Linera y Teo Aparicio ni pestañeaban mientras la directora del centro iba dotando de nombres y apellidos a aquellos rostros, crispados algunos, aterrorizados otros.

—Y mañana vamos a necesitar hablar con todos ellos.

—Eso no será posible, necesitarían una orden judicial y el permiso de sus padres. Se trata de menores —intervino la orientadora con crispación.

—No necesitamos ni lo uno ni lo otro —objetó Castro— y deberían saberlo. Tenemos este oficio policial en el que se explica que, conforme a la Ley de Protección de Datos, el centro tiene la obligación de colaborar con las autoridades policiales y judiciales. Con esto es suficiente para ustedes y para los padres.

Castro entregó el escrito a Victoria Pañeda, quien lo leyó detenidamente.

—Está en orden, Marisa. No podemos negarnos —confirmó la mujer—. ¿Cómo quieren hacerlo?

—Hablaremos con ellos de uno en uno. A ser posible, en una sala en la que tengamos intimidad.

—Pueden utilizar la sala de reuniones.

—Les sacarán del aula solo para hablar con nosotros.

—¿Podremos estar presentes?

—Preferimos que no, pero avisen a los padres. Es necesario que, al menos uno, esté presente en la exploración.[2] —Castro cogió las fotografías y las pasó una a una, leyendo los nombres de los chicos. Comprobó que tres de los nombres coincidían con los facilitados por los padres de Elsa Canteli como amigos de la niña y los otros cinco, con los nombres de los chicos que habían hablado con Olivia—. Estaremos presentes mi compañero y yo, además de dos agentes de la Unidad de Familia y Mujer. Estamos hablando de delitos muy graves, de manera que también tendrán que prestar declaración ante el equipo técnico de la Fiscalía de Menores.

—¡Santo Dios! —exclamó Teo Aparicio.

—Por si no les ha quedado claro —continuó Castro con severidad —, lo que se ve en los vídeos constituye un delito de lesiones y trato degradante; y como las imágenes fueron difundidas y en ellas se reconoce perfectamente el rostro de las víctimas, se suma un delito contra la integridad moral de la persona agredida.

Marisa Linera tamborileó con los dedos sobre la mesa con nerviosismo.

—¿Estaban enterados de lo que estaba ocurriendo dentro de las paredes de este edificio? —preguntó Gutiérrez sin ocultar la desazón que le producía aquella conversación.

—No exactamente —musitó la directora sin color en el rostro.

En cuanto al jefe de estudios y a la orientadora, se les veía inquietos. Demasiado. Se podía mascar la tensión que reinaba en el interior del despacho.

—¿Qué quiere decir? —Fue Gutiérrez quien preguntó.

—En todos los centros se producen peleas de vez en cuando, y este no iba a ser la excepción —murmuró la directora—. Cuando las hay, se llama al orden a los alumnos, pero nunca pensamos que la cosa pudiera adquirir un cariz tan... tan preocupante.

—¿Está segura? Tenemos constancia de que al menos cinco alumnos denunciaron los abusos —espetó Castro mirando con dureza a los tres docentes.

Victoria Pañeda carraspeó y volvió a tomar la palabra mientras

frenaba con un gesto a Marisa Linera, que hizo ademán de responder.

—Es cierto que hubo algún alumno que se quejó del comportamiento de otros compañeros —explicó—. Pero tras hablar con todas las partes se determinó que eran rencillas sin importancia.

—¿A usted le parecen rencillas sin importancia las agresiones físicas y psicológicas que sufren los chicos en los vídeos? —estalló Gutiérrez—. ¡A una de las niñas la obligan a comer tierra, por el amor de Dios!

—Gutiérrez, tranquilo —medió Castro—. Señora Pañeda, espero, por su bien, que lo que dice sea cierto, que desconocían los abusos. De no ser así, el centro tendría responsabilidad civil, por no hablar de la penal que recaería sobre aquellos que, a sabiendas de lo que pasaba, no hicieron nada.

Los tres tragaron saliva. Los tres agacharon la cabeza. Y en ese momento Castro tuvo el convencimiento de que los tres conocían la situación y habían mirado para otro lado. Pero había que demostrarlo.

En ese momento sonó el teléfono que descansaba sobre la mesa de la directora. Esta se levantó y descolgó el auricular.

—Desde el centro no haremos declaraciones —oyeron que contestaba la directora—. Lo siento, señora Marassa, pero le repito que no diremos nada al respecto.

Victoria Pañeda colgó el teléfono con evidente disgusto. Gutiérrez miró de reojo a Castro con una media sonrisa de guasa. Castro lo fulminó con la mirada y Teo Aparicio y Marisa Linera miraron a la directora con gesto preocupado.

«Mienten —pensó el inspector—, saben más de lo que están contando».

Cuando salieron del instituto, Gutiérrez agradeció el aire frío en la cara. Estaba descompuesto y alterado.

—Son unos desgraciados —escupió con rabia—. ¿Quién puede creer que desconocían las agresiones?

— Hay que demostrarlo, Jorge, pero no creo que sea difícil.

Estaban a punto de subirse en el coche cuando sonó el teléfono de Castro. Vio en la pantalla que se trataba del inspector Miranda.

—Dime, Gabriel.

El inspector Castro demudó el gesto conforme el inspector de la Científica le ponía al corriente del descubrimiento en la sangre del

arma del crimen.

—¿Estáis completamente seguros? ¿Puede ser un error? —La voz de Castro sonaba urgente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gutiérrez cuando colgó.

—Nos vamos a jefatura. En el arman del crimen han encontrado dos muestras de sangre. Una era de la víctima —explicó con rapidez el inspector arrancando el coche y haciendo un giro de ciento ochenta grados a toda velocidad—. En la otra muestra hay una coincidencia con otro caso.

29

Ana entró en casa con sigilo. Su hija Lucía la miraba con cara de felicidad desde la sillita de paseo. Manoteaba tratando de desnudar una muñeca de trapo.

Su marido, Iván, salió presuroso del despacho en cuanto la oyó llegar.

—¿Dónde has estado? —inquirió de mal humor.

—Fui a dar una vuelta —respondió ella tratando de simular una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—¿Una vuelta? —repitió con desdén su marido.

—Necesitaba despejarme, Iván.

—Yo lo que necesito es que prepares algo de comer.

—¿La dejarás salir ahora? —preguntó con cautela Ana señalando una puerta con un candado en la cerradura.

—No.

—Por favor, Iván... te lo suplico.

—¡Basta ya, Ana! —bramó el hombre poniéndose a la altura de su mujer. Ella reculó, encogiéndose y colocándose, de forma instintiva, entre la silla de bebé y su marido—. La culpa es tuya. Si no me desobedecieras cada vez que tienes ocasión, esto no hubiera ocurrido.

—¡No es verdad, Iván! —sollozó ella.

—No llores —ordenó el hombre antes de regresar al despacho—. No vas a conseguir nada.

30

Tras salir del restaurante, Olivia telefoneó a Mario para que pasara a buscarla y después llamó al instituto. Si había suerte, quizá los haría hablar. Como estaba en posesión de los vídeos, podía presionarlos y forzar una opinión publicable. Pero la directora del centro, que atendió la llamada, fue muy expeditiva: desde el centro no se harían declaraciones y mucho menos respecto a las grabaciones. Este comentario le solucionaba, como mucho, un subtítulo o un ladillo.

Mario llegó en diez minutos y ella lo recibió con la sorpresa dibujada en la cara.

—¿Qué ha pasado?

—Que no me apetece ver a mi madre hacer manitas con su ligue —contestó ella de mal humor.

Mario estalló en carcajadas ante la mirada atónita de Olivia.

—¿Te hace gracia?

—Sí, la verdad —contestó él entre hipidos.

—Pues a mí ninguna.

—Es que no me imagino a doña Elena con novio, pero sí me puedo imaginar tu cara al enterarte.

—Arranca, anda, antes de que te pegue un puñetazo.

—¿A dónde vamos?

—A casa de Jimena Feito.

El edificio donde vivía Jimena Feito con sus padres era un

inmueble de siete pisos relativamente nuevo. Destacaba el color verde de las ventanas de las viviendas. Aprovechando que salía un vecino, entraron en el portal y miraron los buzones: Ángel Feito y Margarita González. Segundo C.

—Contemplas la posibilidad de que nos den con la puerta en las narices, ¿no? —dijo Mario una vez en el ascensor.

—Aunque no te lo creas, tengo la impresión de que no será así.

—Veremos.

Les abrió la puerta una mujer joven, poco mayor que Olivia, vestida con un chándal y con el pelo recogido con despreocupación en un moño. Iba sin maquillar y tenía profundas ojeras bajo los ojos. Aun así, era guapa. Tenía un rostro armónico y el semblante agradable.

Olivia se presentó y la mujer endureció el gesto.

—No queremos perturbarla, señora González. Pero creemos que hay que contar, denunciar públicamente, lo que está pasando en ese instituto. Lo que le pasó a Jimena.

—¿Y qué creen que van a conseguir con ello? Desde luego, no voy a exponer a mi hija al escarnio público. —Hizo ademán de cerrar la puerta, pero Olivia la detuvo.

—He visto vídeos de lo que están haciendo a otros chicos. Los agreden, los humillan, y el centro no hace nada.

Tras unos segundos de vacilación, los invitó a pasar. Los condujo al salón y les pidió que se sentaran en el sofá.

—¿Quieren un café?

—Se lo agradecería —dijo Olivia.

No había comido, y sus tripas empezaban a protestar. Mario rehusó el ofrecimiento.

—Mi marido ha ido a buscar a Jimena al instituto —indicó cuando regresó con una taza de café—. Sale a las tres y media. No tardarán en llegar, y no quiero que los encuentren aquí.

—No nos llevará mucho tiempo.

—Está bien. ¿Qué quieren saber?

—¿Qué le pasó a Jimena?

—Que casi se nos muere —respondió contundente la mujer.

—Nos han dicho que intentó suicidarse.

Olivia trataba de no incomodar en exceso a la madre de la niña, pero el tema era complicado.

—Sí, hace tres meses. Con una cuchilla de afeitar del padre.

La mujer cerró el puño y se lo llevó a los labios. El doloroso recuerdo le contrajo el rostro en un gesto de pena inconmensurable.

—¿Cómo empezó todo, señora González?

—Llámame Marga, por favor.

—Marga, ¿qué pasó?

La mujer cruzó las piernas y se acomodó en el sofá. Suspiró antes de comenzar a hablar.

—Jimena empezó el año pasado primero de la ESO. Es una buena estudiante, muy tranquila. Lo llevaba bien. Estaba muy contenta. Hizo amigos y... bueno... parecía que todo era normal.

—¿Cuándo notaron que estaba pasando algo ?

—No lo hicimos —señaló con pena—. Jimena siempre ha sido una niña dócil, prudente, muy cuidadosa con sus cosas y, de repente, empezó a perder objetos de valor: primero fue el móvil, luego una sudadera... Otro día llegó a casa con las gafas rotas. Nos dijo que se le habían caído al suelo y la creímos. Siempre la creíamos, sin cuestionarnos nada —dijo con amargura.

—¿No vieron cambios en su comportamiento? —preguntó Mario pensando en Nico, que había sufrido un episodio doloroso en el pasado que lo había convertido en alguien introvertido y autodestructivo. El caso de Jimena, en cierta manera, le recordaba al de su sobrino.

—Comenzó a comportarse de forma extraña. Siempre estaba de mal humor, cabizbaja. Se volvió respondona, cuando nunca lo había sido, arisca, y empezó a suspender. De repente, me faltaba dinero de la cartera y solo podía ser ella. Comenzó a vestirse con descuido, con chándal y jerséis holgados, siempre de negro. Se obsesionó con llevar pulseras, cuanto más anchas, mejor. La convivencia se volvió... complicada.

—¿Y no les pareció raro? —insistió Mario.

No pretendía que la pregunta sonara a reproche

—Pensamos que era parte de la adolescencia —señaló la mujer juntando las manos—. Que era una etapa por la que tenía que pasar.

—¿Cuándo descubrieron lo que estaba ocurriendo en realidad?

Olivia utilizó el tono más amable que pudo, tratando de sonar condescendiente.

—El día que la encontré en la bañera con las muñecas cortadas. —Margarita González ahogó un sollozo. Se pasó los dedos por los ojos humedecidos—. Resulta que nuestra hija llevaba meses sufriendo acoso en el instituto. Los objetos perdidos en realidad se los habían robado, le quitaban el almuerzo, le pedían dinero a cambio de no... pegarle, le rompieron la mochila y las gafas. Las pulseras eran para ocultar cortes que ella misma se hacía, se autolesionaba. Tenía los brazos, los muslos y las muñecas llenas de cicatrices y heridas. Mi hija pasó un infierno en silencio, y un día decidió que no podía más.

—¿Lo denunciaron en el centro?

—Hablamos con sus amigos, que estaban en la misma situación que ella, y nos confirmaron las agresiones —explicó la mujer recomponiéndose—. Nos dirigimos a la dirección del centro, pero nos ventilaron con buenas palabras y pocos hechos. Al final optamos por cambiarla de instituto.

—¿A quién informaron de las agresiones a Jimena? —quiso saber Olivia.

—A Victoria Pañeda, la directora. Pero nos dijo que no había pruebas de que los ataques se hubieran producido. Casi acusó a Jimena de denunciar en falso para justificar el desequilibrio emocional y psicológico que presentaba. —La mujer lo dijo con rabia e impotencia—. Y dieron carpetazo. No hubo consecuencias para los agresores. Solo para mi hija, que tuvo que cambiar de vida.

—¿Ahora está bien? —se preocupó Olivia.

—No del todo. Pero va mejorando. Acude a un psicólogo dos veces por semana y el cambio de centro la ha ayudado. Está terminando el curso en un instituto concertado de la otra punta de Oviedo. Tienen apoyo psicológico y un servicio de orientación muy comprometido contra el *bullying*. Jimena, al menos, ya no vomita por las mañanas y ha dejado de tener comportamientos autodestructivos.

—Ha muerto una alumna del instituto Manuel Machado —soltó Olivia.

—Lo sé. No hablan de otra cosa en las noticias.

—Y hemos descubierto unos vídeos en los que se ve a esa niña agrediendo a otros chicos de su edad, incluso más pequeños.

Margarita tembló. Fue un momento, apenas un instante, pero su cuerpo experimentó un ligero cambio.

—No lo siento por ella. Está mejor muerta que haciendo daño —espetó.

Olivia no la culpaba por pensar de aquella manera.

—¿Sabe hasta qué punto de desesperación tiene que llegar una niña de doce años para desear morir? —inquirió con un ligero temblor en la voz—. ¡Doce años! ¡Doce! —exclamó con desesperación—. A esa edad, una lo que quiere es empezar a maquillarse, salir a jugar al parque o ir de compras con su madre o con las amigas. A esa edad, nadie debería anhelar la muerte.

—Se enfrentó a la situación sola.

La afirmación de la periodista sonó ridícula y vacua delante de aquella madre deshecha. Casi como una acusación.

—Si algo no me perdonaré nunca es no haber visto lo que estaba pasando y no haberla protegido. Mi hija tuvo que sentirse muy sola, muy desamparada.

—Estoy convencida de que ella no les contó nada para no preocuparlos —trató de consolar Olivia.

—No contó nada porque sentía vergüenza de lo que le estaban haciendo y asco por sí misma, por no ser capaz de defenderse. —Margarita González hizo un gesto de hastío con los labios—. Y ahora soy yo la que siente vergüenza por no haberle evitado todo ese sufrimiento.

—Lo siento mucho, Margarita.

La mujer suspiró y los acompañó a la puerta. Les autorizó a publicar su declaración —omitiendo el nombre de su hija— si eso servía para que en el instituto se tomaran medidas de una vez por todas.

Ya desde la puerta, la mujer se acercó a Olivia.

—Llámeme animal, mala persona —susurró—, pero esa niña tuvo lo que se merecía. Ojalá haya sufrido tanto como mi hija.

31

—¡¿La segunda muestra de sangre de la piedra es de Rosa Colomina?! —exclamó Castro en el despacho de Montoro.

Caminaba de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado.

—Sí, inspector —confirmó el de la Científica—. Con la misma piedra mataron a Elsa Canteli y a Rosa Colomina. Es la misma arma, sin lugar a duda.

— ¡No jodas que estamos ante un asesino en serie! —exclamó Gutiérrez desde el umbral de la puerta.

—Para eso nos faltaría otro cadáver, Jorge —atajó el inspector.

—Bueno... aún queda día por delante —respondió el subinspector con sorna.

—¿Puede tratarse de un error en la trazabilidad? —quiso saber Castro obviando el comentario de su compañero.

—Estaríamos hablando de un error garrafal —confirmó Montoro con tranquilidad.

—Está bien, Alejandro. Necesitamos toda la información actualizada de Elsa Canteli —pidió—. Jorge, llama a Delitos Tecnológicos y mira a ver si ya nos pueden pasar un informe de las cámaras de vigilancia en el caso de Elsa Canteli; y que te pasen también el informe de las cámaras en el caso de Rosa Colomina. —Hizo una pausa para ordenar las ideas—. Avisa a Carrasco y a Queipo

de las novedades y cítalos, con el expediente de Colomina, en la sala de reuniones en... —miró su reloj de pulsera— veinte minutos.

—Ahora mismo, jefe —accedió Gutiérrez saliendo del despacho para efectuar las llamadas a los agentes al cargo de la investigación del caso Colomina.

—Hay otra cosa, inspector —indicó Montoro desde la silla de su mesa—. En la escena se hallaron condones. En uno de ellos había fluidos vaginales de la víctima y semen, y este coincide con las muestras de ADN de uno de los chicos que encontró el cuerpo.

—¿Con quién?

Montoro abrió una ventana en la pantalla de su ordenador.

—Con Roberto Jiménez, dieciséis años.

—¿Todavía se puede complicar más el día? —resopló Castro.

—Como dice Jorge, no mentes a la bicha, que aún quedan horas por delante —respondió con una sonrisa el inspector de la Científica.

32

Olivia y Mario iban hacia Pola de Siero, cada uno en su coche. Habían quedado en encontrarse en casa de Olivia, donde también se había citado con Alberto Granados para cotejar la información que tenía.

La periodista conducía en silencio. Estaba perpleja por el testimonio que acababa de escuchar. ¿La maldad existía? ¿Se nacía con ella? ¿O se adquiría con los años y en función del entorno sociofamiliar de la persona? No podía comprender cómo niños de tan corta edad podían desarrollar un comportamiento tan dañino con sus semejantes y sentir placer con ello.

Luego se acordó de su madre, doña Elena, y notó que volvían la furia y el calor a la cara. No conocía su nueva faceta. Siempre había sido una mujer comedida y muy hogareña. En vida de su padre, él era el aventurero; el que organizaba acampadas a las que su madre nunca iba porque odiaba los bichos y dormir en el suelo en un saco de dormir; el que los fines de semana planteaba paseos por el Fontán o visitas al museo de Bellas Artes o al Arqueológico de Oviedo. O simplemente por la calle Uría. «Oviedo es una ciudad para caminarla con la vista», solía decir él en alusión a las bellas fachadas del centro o del Oviedo antiguo. Disfrutaba con una botella de sidra en el monte Naranco, con la ciudad a sus pies, y con una buena conversación. Y si era sobre música, mejor. Era un hombre culto y muy sensible, además de activo y curioso. Doña Elena era las antípodas: le gustaba estar en

casa, ver telenovelas y lo más divertido que planteaba era una partida de parchís. Pero se dejaba llevar por Paolo Marassa, su gran amor. Para ella, no había nada más allá de Paolo. De hecho, cuando falleció, doña Elena se encerró más en sí misma, sumiéndose en una depresión que la dejó anulada durante años. Además, desarrolló tal dependencia de Olivia que provocó que esta tuviera que dejar el trabajo en Madrid y regresar a casa.

Desde entonces, formaban un tándem particular en el que el tira y afloja y las peleas por el carácter dominante de doña Elena frente a la disipada vida de su hija eran la tónica general. Pero caminaban de la mano. Las dos. Como un animal bicéfalo. Habían establecido como rutina la comida de los sábados, con vermú incluido. Costumbre que, hasta ahora, había sido poco menos que ineludible, a riesgo de soportar durante días los reproches de la matriarca. Y ahora, de repente, el tándem se rompía. Sin previo aviso, a la chita callando y sin tener en cuenta los sentimientos de una hija que lo había dejado todo por estar con ella.

Olivia sacudió la cabeza intentando espantar los pensamientos confusos que se le agolpaban. Puso música. La potente y al mismo tiempo aterciopelada voz de Ainhoa Arteta interpretando *Hasta el último suspiro* inundó el vehículo y consiguió que Olivia se relajara.

Estaba aparcando frente a su casa cuando recibió la llamada de Serafín.

—¿Qué tienes? —preguntó Olivia sin siquiera saludar.

—El titular de mañana —respondió él emocionado.

—Escupe, anda. —Olivia no estaba para acertijos.

—Han detenido a un tío.

—¿Cómo? ¿Ya hay una detención?

—Sí. Un tal Vasco Soto, con antecedentes por pedofilia.

—¡La leche! —exclamó Olivia, encendiendo un cigarrillo—. ¿Qué lo relaciona con Elsa Canteli?

—Saliva en unas colillas encontradas cerca del cadáver. —Serafín estaba pletórico y sonaba muy seguro de sí mismo. Saboreaba, seguramente por primera vez, las mieles del éxito de un trabajo de investigación bien hecho—. Y otra cosa —añadió—: A la chica la agredieron sexualmente con un palo.

—¿Cómo te has enterado? —quiso saber Olivia.

—Tengo mis fuentes. No pretenderás que te las diga, ¿no?

—Solo quiero saber si esas fuentes son fiables, Serafín. Nos jugamos mucho si resulta que tu información está adulterada.

—Mi información viene de dentro, Olivia —se defendió él—. Y sí, es fiable.

—Está bien. Sigue investigando a ver si te enteras de algo más. La apertura sería la detención de ese hombre. Luego te llamo y armamos la noticia.

Cuando colgó, entró en el diario digital desde su móvil. Buscó la información con los vídeos que le había pasado por correo a Adaro, pero no encontró nada. Descolgó y llamó al periódico. Atendió el teléfono Roberto Dorado.

—Adaro está reunido, Olivia.

—Dile que me llame cuando salga de la reunión. Es importante.

—¿Te puedo ayudar?

—¿Sabes por qué no han sacado aún los vídeos que le mandé?

—Mejor que hables con él.

—¿Qué pasa, Roberto? —Olivia se puso a la defensiva.

—Que te lo explique él.

—Pues que me llame sin falta —pidió Olivia notando cómo se le subía la sangre a la cabeza. Estaba empezando a hartarse de que el director del periódico saboteara su trabajo.

Cuando Olivia llegó a su casa, Mario y Alberto ya la estaban esperando en el portal.

—Perdonad el retraso, chicos —se disculpó.

—Venga, que estoy sediento —apuró Alberto Granados.

—¿Has hablado con Serafín? —quiso saber Mario mientras subían las escaleras.

—Sí, y el chaval ha trabajado bien. Tenemos titular para mañana —explicó Olivia.

—Delante de mí no habléis de eso, que me ponéis nervioso —protestó Alberto.

Una vez en el interior de la vivienda, Olivia se dirigió directamente a la mesa del comedor, donde dejó el bolso. Conectó la emisora que tenía sintonizada entre 108 y 174 MHz, interceptando así la frecuencia de la policía, y bajó el volumen para que el ruido estático no los molestara.

—Eso es ilegal. Un día te traerá problemas —dijo Alberto señalando el aparato.

—Anda, sírvete una cerveza —respondió Olivia sin hacer caso del consejo—. Mario, ¿quién está cubriendo nuestra zona?

—Lydia. Gelete viene desde Mieres a hacer las fotos.

—¿Les has puesto al día de los temas que teníamos encauzados?

—Sí, tranquila. A ver, cuenta. ¿Qué tienes? —pidió el fotógrafo con una cerveza ya en la mano, dirigiéndose a Alberto.

Se sentaron los tres en el sofá.

—Que tengo yo no. —Alberto le dio un trago a su cerveza—. El trato era que vosotros me contabais lo que teníais y yo confirmaba o desmentía —indicó girando el cuerpo hacia Olivia.

—Está bien. Sabemos que han detenido a un tío —comenzó Olivia — y que tiene antecedentes por pedofilia.

—Correcto —confirmó Alberto.

—Sabemos que a la víctima, es decir, a Elsa Canteli, la agredieron sexualmente.

—Correcto.

—Con un palo —añadió la periodista.

Alberto se atragantó con la cerveza. Mario abrió los ojos como platos e incorporó el cuerpo hacia adelante. Olivia sonrió para sus adentros al ver la reacción de los dos hombres.

—¿Cómo os habéis enterado de ese detalle? —quiso saber el policía.

—Asumo que es correcto —indicó la periodista haciendo caso omiso a la pregunta.

—Lo es.

—También sabemos que la víctima hacía *bullying* en el instituto a otros alumnos. Hay vídeos que obran en mi poder que lo demuestran —añadió Olivia.

—Esos vídeos no deberías tenerlos tú, sino nosotros, Olivia —dijo Alberto molesto.

—Ya los tenéis, Alberto —se defendió ella—. Esta mañana se los pasé a Castro. ¿Qué me puedes decir sobre este dato?

—Lo que ya sabes. Que Elsa Canteli y sus amigos se lo pasaban teta pegando y humillando a otros chicos.

—¿Se sospecha de alguno?

—No, de momento. Ya te digo que el único detenido es Vasco Soto.

—¿Y el instituto sabía de esos abusos?

—Ellos dicen que no. Pero lo dudo, Livi. Por la misma regla de tres, no me creo que ellos desconocieran lo que pasaba a su alrededor —alegó el policía con un gesto de incredulidad.

—Dan asco, la verdad. —Fue Mario el que habló—. Se supone que en el instituto deberías estar tan seguro como en casa.

—Por lo que se ve, hoy en día ir al cole es como ir a las trincheras —apuntó Olivia bebiendo del botellín de cerveza—. Es peor que estar en territorio comanche.

—Los profesores están igual de acojonados. ¿O te crees que el *bullying* se lo hacen solo a alumnos? —señaló Alberto—. El año pasado hubo más de dos mil denuncias por amenazas y agresiones de alumnos, físicas y verbales, a profesores, en toda España. Y las estadísticas crecen cada año.

—¿Y tú cómo sabes tanto de eso? —preguntó Mario interesado.

—Tengo una tía que es profesora y cuenta barbaridades. No hay ningún tipo de consideración por el personal docente —continuó—. No se respeta su autoridad y, lo que es peor, están de manos atadas porque los agresores son menores. ¡Tócate los cojones!

—El mundo al revés —señaló Olivia.

—Una buena hostia a tiempo... —Mario se levantó a por otra cerveza.

—Cuidadín... que no se les puede tocar. Te metes en un lío, y de los gordos —alegó Alberto—. *Paparazzi*, tráeme otra birra, anda.

—¿Me quieres decir que en los colegios mandan ellos? —Olivia estaba atónita.

—Más o menos, así es —confirmó el policía.

Olivia no daba crédito. Aún recordaba sus años en la escuela. Si el profesor pedía silencio en el aula, no se oían ni las moscas, pues corrías el riesgo de acabar de cara a la pared, en el pasillo castigado o en el despacho del director. Y que no se te ocurriera llegar a casa quejándote, porque el medio lado que te habían dejado libre en la escuela te lo calentaban luego tus padres. Y aquella generación había crecido sana, sin traumas y, lo que es más importante, sabiendo lo que eran la educación y el respeto.

—Alberto, volviendo a lo de antes, ¿hay alguna novedad sobre el caso que nosotros no sepamos?

—Hay secreto de sumario, Olivia —protestó—. Solo por estar confirmando lo que tú ya tienes me puedo meter en un lío.

—Por favor, prometo tratar la información con cuidado.

—A la chica la mataron en torno a las dos de la tarde, según el informe forense, y el cuerpo apareció a eso de las diez de la noche.

El dato de la hora de la muerte era nuevo y muy útil para completar la noticia.

—Según he leído, lo descubrieron un grupo de chavaletes, ¿no?

—Sí —confirmó Alberto—. Iban a hacer botellón y se encontraron con el pastel.

—Eso confirma lo que nos han contado los vecinos. Al parecer, es una zona conflictiva y muy frecuentada por la chavalería —añadió Mario.

—Las clases terminan a las dos. De manera que a Elsa Canteli la mataron inmediatamente después de salir del instituto —precisó la periodista pensativa.

—Eso parece.

Alberto estaba repantigado en el sofá, a punto de terminarse la segunda cerveza.

—¿Algo más?

—Hay algo, pero cogido con pinzas. De confirmarse, no puedes utilizarlo salvo que obtengas la información por tus propios medios.

—Prometido. Cuéntame.

—Creo que han aparecido evidencias que relacionan el crimen de Elsa Canteli con otro caso.

—¿Qué tipo de evidencias?

—Ni idea. Y tampoco puedo precisar con qué caso. Es lo único que sé.

—Vaya. La cosa se pone interesante.

—Ahora, ¿podemos tomarnos la cerveza sin hablar de crímenes, por favor? —rogó el policía con cara de perrito degollado.

—Solo si me prometes seguir poniendo la oreja.

—Hasta que un día me la corten.

Los tres estallaron en carcajadas.

33

—¡No me lo puedo creer! —estalló Olivia.

Estaba furiosa. Tenía que habérselo imaginado al no ver publicada la información en el diario digital.

Matías Adaro la había llamado media hora después de hablar con Roberto Dorado para comunicarle que sí, que había visto los vídeos, pero que no, que no se iban a publicar porque sería demonizar a una menor víctima de asesinato. Y salvo que se pudiera relacionar el *bullying* que se veía en los vídeos con el asesinato de la niña, las grabaciones se iban a quedar quietecitas en el correo electrónico del director del diario.

—Pero si los vídeos ya son noticia por sí solos, Matías —enfatizó Olivia—. Independientemente de si están relacionados o no con el crimen.

—El departamento jurídico quiere que se los entreguemos a la policía. No queremos que nos acusen de obstruir una investigación por asesinato o de ocultación de pruebas —continuó sin hacer caso a las quejas de la periodista.

—Eso ya lo he hecho yo, Matías. No soy tan idiota —se defendió ella—. Escucha, si pixelamos los rostros...

—La respuesta sigue siendo no —atajó el director.

—Mira, Matías —Olivia volvió a la carga, no iba a dejar el tema así como así—, le debemos un respeto a esa niña, a Elsa Canteli, estoy

de acuerdo, pero las víctimas de esos vídeos también merecen respeto y que se haga justicia.

—No somos jueces ni policías, Olivia.

—Precisamente, somos periodistas —puntualizó ella—. Contamos la verdad. Y la verdad es que en ese instituto se están produciendo casos muy graves de *bullying*, ataques brutales de unos niños a otros. ¡Tenemos que contarlo, Matías! Es nuestra obligación. No podemos mirar nosotros también para otro lado.

—¿Has hablado con el centro?

—Sí, pero no quieren hacer declaraciones.

—Está bien —accedió al fin Adaro—. Escribe un artículo sobre ello. Pero sin vincular el nombre de Elsa Canteli a las agresiones, ¿estamos?

Olivia suspiró aliviada y aceptó el trato. Menos era nada.

—Abre la noticia con la detención y rellena un faldón por abajo con el tema de los vídeos, dejando claro que están en nuestro poder —precisó—. En el digital sacaremos uno, el más leve de los tres, con los rostros pixelados.

—Gracias, Matías.

—No me las des. Y trata de vincular las agresiones al crimen. Eso sí sería un buen titular.

—Dalo por hecho —prometió ella.

—Por cierto... buen trabajo. A Serafín ya lo he felicitado. Al final, yo tenía razón: hacéis un buen equipo.

A Olivia el comentario le sonó a guasa, pero lo dejó pasar. No quería cabrear a Adaro ahora que había conseguido lo que quería.

Cinco minutos después ya se había coordinado con Serafín para montar la noticia. Iba en portada y en apertura de sección, con dos fotos grandes: una del lugar exacto donde había aparecido el cuerpo y la otra, un fotomontaje —con cronología en gruesas letras blancas— del recorrido que supuestamente había hecho la chica desde el instituto hasta donde la habían matado.

Quizá, después de todo, hacía un buen equipo con Serafín.

34

En la sala de reuniones había un murmullo ensordecedor hasta que el comisario Rioseco hizo su entrada para poner orden.

El inspector Castro y el subinspector Gutiérrez hablaban con los inspectores Antonio Carrasco y Pablo Queipo, que investigaban el caso de Rosa Colomina desde hacía meses.

Al otro lado de la mesa, los también inspectores Teresa Villa y Raúl Argüelles, de la UFAM, observaban el panel que habían estado preparando entre todos. Se trataba de una pizarra blanca de grandes dimensiones dividida en dos. En una mitad, se habían colocado y expuesto todos los detalles del caso Colomina y, en la otra, los de Elsa Canteli.

Daniel Cárdenas hablaba con el inspector jefe, Santiago Pascual, y los de la Científica, Alejandro Montoro y Gabriel Miranda, no hablaban con nadie, ni siquiera entre ellos. Ya habían ocupado su sitio alrededor de la mesa y observaban con parsimonia y en silencio al resto de la comitiva.

—Bien —comenzó Rioseco—, es hora de empezar.

Todos se fueron sentando.

—Esta reunión pretende poner un poco de orden en el caso del asesinato de Elsa Canteli. En las últimas horas se han hallado nuevas pruebas que conectan directamente este crimen con otro ocurrido hace tres meses y que había llegado a un callejón sin salida: el

asesinato de Rosa Colomina —informó Rioseco—. Cada grupo expondrá lo que tiene del caso y pondremos a funcionar nuestros cerebros como si fueran uno. Carrasco y Queipo, a la palestra.

Los dos policías se levantaron y se acercaron a la pizarra.

—Rosa Colomina, universitaria de diecinueve años, apareció muerta en diciembre en un descampado que limita por detrás con un supermercado en La Florida. De hecho, el cuerpo se encontró a escasos quinientos metros de la escena del crimen de Elsa Canteli. Se estableció la hora de la muerte entre las dos y las tres de la tarde. El cuerpo se encontró dos horas después.—Había tomado la palabra el inspector Carrasco, un hombre que ya había pasado la cincuentena, serio, incluso mal encarado pero concienzudo, de los que presumen de cumplir la ley a rajatabla—. El cadáver presentaba un traumatismo craneal penetrante en la nuca. Le aplastaron el cráneo, si somos literales. No había en el cuerpo signos de agresión sexual ni defensivos. Esto nos hace suponer que conocía a su atacante o que la cogieron por sorpresa. También se descartó el robo, pues el bolso de la víctima apareció intacto junto al cadáver. No se encontró el arma del crimen.

—Las únicas pistas halladas en el cuerpo, más concretamente en la herida de la cabeza, fueron silicato de magnesio hidratado, o, dicho vulgarmente, talco de uso cosmético, es decir, del que se les echa en el culo a los bebés o el que se usa en la práctica de algunos deportes como la escalada, y epiteliales bajo las uñas de la mano derecha —continuó el inspector Queipo, más joven que su compañero, pero igual de arcaico en el trato. De hecho, podrían pasar por padre e hijo—. Hasta ahora no habíamos encontrado coincidencias en el sistema.

El inspector Queipo se acercó a la pizarra que tenía a su espalda y apuntó con el dedo índice, uno por uno y según se iba refiriendo a ellos, los rostros inmortalizados en unas instantáneas de cada sospechoso o testigo del caso.

—Se habló con sus padres —los señaló—, quienes aseguraron desconocer qué hacía su hija en esa zona de la ciudad. La facultad donde estudiaba Educación Infantil, que es donde se supone que debía estar a esa hora, se encuentra en la otra punta de Oviedo. Más concretamente, en las instalaciones del Seminario, a casi cuatro kilómetros de donde la hallaron —precisó Queipo—. Según sus

profesores, la última clase a la que asistió tuvo lugar a las once de la mañana y duró una hora. Se la vio por última vez a las doce del mediodía.

—Castro y Gutiérrez hablaron con la federación de taxis de Oviedo, con Asotaxi, con las emisoras 2 y 1 además de con Radio Carbayón y con la empresa de autobuses que cubre la ruta desde el Seminario hasta La Florida. Nadie vio a la chica, de manera que suponemos que acudió a la zona andando —matizó Carrasco—. De hecho, una cámara de un cajero de la calle Vázquez de Mella la captó a las doce y treinta y tres de ese día, y otra cámara, la del supermercado que está a cincuenta metros del descampado donde apareció el cuerpo, la grabó a las dos y cinco. Antes de que preguntéis, iba sola.

En la sala de reuniones no se oía más ruido que el del dedo de Queipo cada vez que señalaba algo en la pizarra.

—Se habló con su entorno más cercano: padres, profesores, novio y amigas. Todos tenían coartada y fueron descartados como sospechosos —añadió Carrasco—. También contactamos con el gerente de una empresa de actividades infantiles, El Cometa Rojo, para la que Rosa Colomina trabajaba de forma esporádica como monitora. —El policía hizo una pausa—. Da la casualidad, y este cabo lo hemos atado ahora, de que la empresa en cuestión ha organizado actividades extraescolares y campamentos en el instituto Manuel Machado.

Se oyó un murmullo en la sala.

—Señores, silencio —pidió Rioseco.

—Y antes de que preguntéis —continuó Queipo—, Rosa Colomina trabajó como monitora de El Cometa Rojo en el instituto Manuel Machado en, al menos, cinco ocasiones.

—Pues ya tenemos la conexión —intervino Teresa Villa de la UFAM —. Está claro que lo que les ocurrió a Rosa Colomina y a Elsa Canteli tiene que ver con ese instituto.

—No nos adelantemos, Villa —ordenó el comisario—. Castro y Gutiérrez, vuestro turno.

Queipo y Carrasco volvieron a sus asientos y Castro y Gutiérrez se colocaron delante de la pizarra.

—Elsa Canteli, trece años y alumna del IES Manuel Machado. —

Gutiérrez miró con intención y una sonrisa a Teresa Villa al nombrar el instituto—. Apareció muerta bajo la pasarela que comunica La Florida con La Argañosa, por encima de las vías del tren, en la calle Alfonso I el Católico. Presentaba traumatismo grave en cabeza y rostro y fue agredida sexualmente con un palo de madera.

—¡Qué salvajada! —se oyó decir a alguien en la sala.

—En la escena se encontró el arma del crimen: una piedra que contenía restos biológicos de Elsa y sangre de Rosa Colomina, y aquí es donde se cruzan ambos casos —señaló Castro trazando con un rotulador una flecha de doble dirección entre una mitad de la pizarra y la otra —. Además, en el palo que le introdujeron por la vagina se hallaron epiteliales y sangre que no eran de la víctima. Aún no tenemos coincidencias en el sistema.

—¿Hablamos entonces del mismo asesino? —preguntó Queipo.

—Creemos que la misma persona mató a las dos —confirmó Castro—. Y que tiene alguna relación con el instituto o con su entorno, ya que, salvo que encontremos otro punto de unión entre las víctimas, es lo único que Rosa y Elsa tenían en común.

—Básicamente, lo que yo decía —intervino Villa, guiñándole un ojo a Gutiérrez.

—También se halló el móvil de la víctima destrozado y sin huellas, aunque los agentes de Delitos Tecnológicos han hecho un extraordinario trabajo para restaurar los archivos que contenía —explicó el inspector—. Y aquí nos encontramos con un lío de narices.

—Si a Rosa Colomina no se le conocen enemigos, los de Elsa Canteli podrían rodear el Carlos Tartiere. —Tomó la palabra Gutiérrez —. Tanto en el portátil de la finada como en su teléfono móvil se encontraron vídeos de agresiones a otros menores, algunas de ellas cometidas por la propia Elsa Canteli.

—¿Hacía *bullying*? —quiso saber Carrasco.

—Peor que eso. Agredía física y verbalmente, lo grababa y luego lo difundía en redes sociales. Ella y sus amigos.

—¡Joder! —exclamó Queipo con evidente disgusto—. ¿Vamos a tener al fiscal de Menores metiendo las narices?

—Sí. En ese caso, el juez de instrucción se ha inhibido de la causa y ha dado traspaso a la Fiscalía de Menores —confirmó Rioseco.

—Y hay más —añadió Castro—. Entre las pertenencias de Elsa

Canteli, se encontró una tablet que no pertenecía a la víctima y en la que hemos descubierto dos cuentas en redes sociales abiertas bajo el nombre de Los Fuertes, con bastantes seguidores, que denuncian las agresiones y ponen cara a los agresores.

—¿Sabemos a quién pertenece? —inquirió Rioseco.

—Aún no. Estamos rastreando la IP —respondió Cárdenas.

—O sea, que tenemos... ¿cuántos sospechosos? —intervino Raúl Argüelles.

—Si obviamos a los miles de seguidores de Los Fuertes, hay unos cuantos chavales del instituto que fueron agredidos por la chica; además, tenemos detenido a Vasco Soto —Castro señaló una foto del pedófilo pegada en la pizarra—, con antecedentes por posesión y distribución de pornografía infantil. Unas colillas con su saliva lo sitúan en la escena del crimen.

—De momento, en su piso no se ha encontrado nada que lo relacione con Elsa Canteli —añadió Alejandro Montoro.

—Hemos introducido su número de móvil en SITEL,[3] pero la geolocalización bien podría situarlo en la pasarela o en su casa. Vive a cincuenta metros, y el margen de error es de más o menos esa distancia —explicó Daniel Cárdenas—. No tenía portátil, pero estamos destripando su teléfono; en cuanto consigamos algo, avisaremos.

—Y tenemos otro posible sospechoso: uno de los chavales que encontró el cuerpo, Roberto Jiménez. Se hallaron condones en la escena, y uno de ellos contenía fluidos vaginales de la víctima y semen de él. Mañana lo traeremos a jefatura y le tomaremos declaración —expuso Castro.

—Demasiados frentes abiertos. —Fue Santiago Pascual quien habló—. Bien, hay que organizarse. Y tendremos que trabajar en equipo todos los que estamos en esta sala.

Hubo gestos de asentimiento y murmullos.

—Mañana por la mañana haré la exploración en el centro escolar a todos los chavales que aparecen en los vídeos —anunció Castro—. Al tratarse de menores de edad, me acompañará Raúl Argüelles. Teresa se encargará de Roberto Jiménez aquí, en jefatura, con el apoyo de Gutiérrez.

—¿Ya le habéis citado? —quiso saber Rioseco.

—Sí, señor —confirmó Gutiérrez.

—Sería interesante volver a hablar con el entorno de Rosa Colomina: padres, amigas, novio, compañeras de trabajo... Tenemos que saber si Rosa y Elsa se conocían, cuál puede ser su punto de unión más allá del instituto —recalcó Castro.

—Queipo y Carrasco, os encargareis vosotros —ordenó Pascual.

—Señor —Castro se dirigió al comisario Rioseco—, necesitamos saber si se han incoado expedientes de protección de los menores que aparecen en los vídeos y que han sido identificados por la directora del centro, y si existe expediente de protección o de reforma de Roberto Jiménez.

—Mañana hablo con el fiscal y lo averiguo —confirmó Rioseco.

—En cuanto a los demás —terció Santiago Pascual—: Cárdenas, es imperativo que deis candela a las cámaras que hayan podido captar a Elsa Canteli. Necesitamos esas imágenes y el informe para ayer.

—Sí, señor —se avino el agente de Delitos Tecnológicos.

—Montoro, te digo lo mismo sobre cualquier evidencia que aún no haya sido procesada. Ayer ya es tarde.

El inspector de la Científica asintió con la cabeza haciendo que la papada le temblara como si fuera de gelatina.

—Dicho esto, y si no hay más que comentar, mañana *briefing* a esta misma hora para poner en común todo lo que tengamos. Repito que quiero estar informado en tiempo real de cualquier novedad importante.

35

—Van a querer interrogarnos —dijo Nuria con preocupación—. La policía seguro que ya sabe lo que hacemos en redes.

—¿Y qué? Que nos interroguen. No hacemos nada malo. Dani es muy meticuloso y siempre pixela las caras de los vídeos denuncia —respondió con despreocupación Patricia mientras revisaba las páginas de Facebook e Instagram de Los Fuertes.

—Lo hace con las caras de las víctimas, pero con las de los agresores no —apuntó Nuria frunciendo el ceño.

—Se trata de denunciarlos, de que se les reconozca, Nuria. De lo contrario, ¿qué sentido tendría la página?

Nuria y Patricia estaban en casa de la primera preparando un examen, pero en las últimas dos horas no habían podido concentrase en nada más que no fuera Elsa Canteli y su muerte.

—Además, tendrán que entender que es defensa propia. No hacemos daño a nadie. Solo nos protegemos —insistió Patricia.

—¿Y si sospechan de nosotros? —preguntó con nerviosismo Nuria.

—¿Y por qué iban a hacer eso?

Porque tenían un móvil, pensó. Pero no lo expresó en voz alta. En realidad, el miedo a la sospecha era por ella. Todos tenían un motivo para matar a Elsa y estaba convencida de que, de haber podido, todos lo hubieran hecho. Pero ella, además, había tenido la oportunidad. Patricia era la más aniñada del grupo. Era pequeña y delicada. Parecía

una muñequita con gafas de pasta. Pero también era la más intuitiva y no se le escapaba una.

—Nuria, ¿qué te preocupa de verdad?

—Nada. No es nada. Pongámonos a estudiar.

—¿Sabes algo que nosotros no sepamos?

—No digas bobadas —respondió Nuria airada.

—El viernes no te vimos a la salida del cole —soltó Patricia mirando fijamente a su amiga.

—Había quedado con mi madre en el supermercado. —Patricia siguió mirando a Nuria, esperando una explicación más detallada—. ¡Vamos! No estarás pensando que la maté yo, ¿no?

—Yo no pienso nada. Solo digo que después de clase te buscamos para volver juntos a casa y no pudimos encontrarte.

—Te lo acabo de decir. Salí y fui directamente al supermercado. Mi madre me esperaba allí haciendo la compra —explicó ofendida—. Pero si hubiera podido la hubiera matado, Patri. Merecía morir.

—Eso no lo decidimos nosotros.

—Pues alguien sí lo hizo —sentenció Nuria—. Y yo me alegro.

Patricia miró el reloj.

—Se me ha hecho tarde. Voy a despedirme de tu madre y me largo.

Entró en la cocina, donde la madre de Nuria, una mujer rechoncha que era la viva imagen de su hija, se afanaba sobre una tabla cubierta de harina y masa de pan.

—Vengo a despedirme y a darle las gracias por la merienda.

—¿Te vas, cariño?

—Sí. Se ha hecho tarde.

—Deja que me lave las manos y te acompaño a la puerta.

—El viernes me pareció verla en el súper que hay al lado del instituto —insinuó la chica. Por dentro rezaba: «Por favor, que me diga que sí, que me diga que sí».

—No, no es posible, cariño. El viernes no me acerqué al súper en todo el día. Me confundiste con otra, me temo. Y eso que no soy pequeña, ¿eh? —bromeó la mujer soltando una carcajada.

Patricia sintió escalofríos, los pelos como escarpias.

Balbuceó un adiós y salió pitando de la casa.

Cuando llegó a la suya, había tomado una decisión. Eran Los

Fuertes y se debían lealtad. Nadie de fuera del grupo conocería aquella mentirijilla de Nuria. Nadie.

36

Estaban sentados a la mesa, cenando en silencio. Era un silencio tenso, incómodo. En el ambiente de aquel comedor flotaban muchas cosas que decir y pocas ganas de hacerlo.

Iván Peña comía observando a su mujer. Esta lo hacía sin dejar de mirar el plato que tenía delante. Su hija pequeña gorgoreaba desde la trona y movía las manitas, que se empeñaban en agarrar un pie; la mayor, Alicia, masticaba despacio, con cuidado, paladeando cada bocado. De vez en cuando, miraba a sus padres. Tenía que portarse bien; si no, su padre volvería a encerrarla. Y no le gustaba estar encerrada. No le importaba quedarse sola. En realidad, Alicia se entendía bien con la soledad. Lo que no soportaba era no poder moverse a su antojo y escuchar los lloros de su madre al otro lado de la puerta.

—Come —ordenó su padre.

Alicia obedeció sin protestar. No quería enfurecerle.

Ana apenas había probado bocado. Movía la comida con el tenedor de un lado a otro del plato. Estaba al límite de sus fuerzas. Su cabeza ya no era capaz de funcionar de forma ordenada y coherente. El miedo. Era el miedo el que mandaba ahora, el que atenazaba su estómago y paralizaba su cuerpo.

—¿Has terminado? —preguntó Iván con malos modos dirigiéndose a la niña.

Esta dejó el tenedor con cuidado sobre el plato y asintió con la cabeza. Miró a su padre y sonrió.

—No te atrevas a sonreírme —espetó levantándose de golpe y cogiendo a la chiquilla del brazo.

—Iván, por favor... Por favor —suplicó la madre poniéndose de pie y volcando la silla.

—Quieta, Ana. —La mujer frenó en seco y se acurrucó en una esquina del comedor—. Tú tienes la culpa de esto, ¿me oyes?

El hombre salió del comedor con su hija y la metió en su habitación. Después, cerró la puerta y echó el candado.

Ana lloraba con desconsuelo, arrodillada en el suelo junto a la trona de Lucía, su hija pequeña, que se había quedado profundamente dormida.

37

Eran casi las doce de la noche cuando Castro aparcó frente al piso de Olivia. Estaba cansado. Más que eso. Estaba derrotado física, mental y anímicamente, y con la sensación de que su trabajo, a veces, no valía la pena. Entendía y compartía el desánimo de Jorge, la rabia contenida, porque ellos, el brazo de la ley, no se podían permitir flaquezas ni podían dar rienda suelta a sus demonios. Debían ser asépticos, neutrales y, de vérseles el plumero, siempre tenía que ser en favor de la víctima.

Pero, en ese caso, ¿quién era la víctima? Elsa Canteli no, a pesar de ser el cadáver que descansaba sobre una mesa de autopsias. Ese pensamiento le desconcertaba, le hacía sentir vulnerable. Cualquier buen policía hubiera respondido: «Sí, la víctima es Elsa Canteli, a la que golpearon hasta destrozarle el rostro y a la que violaron con un palo hasta reventarle los intestinos». No era mal policía, concluyó, era un ser humano con un montón de defectos y una placa en el bolsillo.

Olivia lo estaba esperando. Aún no había cenado. Quiso esperarlo. Cuando entró en su apartamento, lo envolvió el ambiente cálido y perfumado de un hogar: la cena en el horno, una copa de vino en la mesa y ella. Lo abrazó y lo besó con ternura sin hacer preguntas, aunque sus ojos eran un interrogante enorme. Lo cogió de la mano y lo condujo al comedor. Iba vestida con un pijama de lana y caminaba descalza.

—Ponte cómodo, amor —susurró ella acariciándole la nuca—. La cena ya está lista.

—Olivia... —En su voz, la periodista percibió súplica. Ella se giró —. Hoy solo quiero compartir el tiempo contigo, no hablemos de nada que no tenga que ver con nosotros, por favor. No hablemos de Elsa Canteli.

Olivia lo miró extrañada y con una pizca de preocupación en el rostro.

—¿Y de Pancho? ¿Podemos hablar de Panchito?

Consiguió que Castro sonriera. Olivia era así. Tenía ese efecto en él. Era un remanso en toda aquella vorágine de mierda y de violencia en la que buceaba cada día.

—Pancho es parte de esta peculiar pareja que formamos tú y yo —respondió con un poco más de ánimo.

Olivia fue a la cocina. La oyó trastear en el horno y con la vajilla; escuchó el zumbido de la nevera, el tintineo de la botella de vino y a la periodista preparar con rapidez y diligencia la velada.

Cuando estuvieron sentados a la mesa, ella le cogió la mano y se la apretó.

—Livi, cada vez entiendo menos la naturaleza humana. Para mí es un misterio, y no debería serlo para un policía que lleva treinta años al servicio del cuerpo, de la gente.

—La naturaleza humana es primaria, Agustín —respondió ella—. La mayoría de las veces, egoísta, mezquina y con una conciencia muy sobrevalorada. Somos depredadores, los primeros en la cadena. Como diría Darwin, es una cuestión de selección natural, la ley del más fuerte.

—O como diría Sean Connery en *Los inmortales*: «Solo puede quedar uno».

Olivia soltó una carcajada y se acercó a él.

—Exacto. —Lo abrazó con ternura—. Teniendo eso en cuenta, te resultará más fácil entenderla, incluso perdonarla, aunque no la compartas.

38

Martes, 6 de marzo de 2018

—¿Se puede saber qué parte de mantener a los medios alejados no habéis entendido? —El comisario Rioseco caminaba por el despacho blandiendo con furia un ejemplar de *El Diario*—. ¡Están los de arriba que echan chispas, y con razón! —continuó sin dejar de zarandear el periódico—. Buandín —dijo en alusión al jefe de la UCOT— está deseando hincarnos el diente y ¡se lo estamos poniendo a huevo!

—Los periodistas tienen ojos y oídos en todas partes, comisario —respondió Castro intentando mantener la calma.

Gutiérrez miraba al suelo, sin atreverse a levantar los ojos hacia el rostro rubicundo del comisario.

—¿Me estás tomando el pelo? —espetó Rioseco parándose frente a Castro—. ¿Has leído el artículo?

—Sí, lo he hecho.

—¿Y a ti te parece que lo que cuenta es algo distinto a una filtración? —inquirió cada vez más enfadado.

—¿Estás sugiriendo que alguien de dentro le sopló los datos? —preguntó con cautela Castro.

—¡No lo sugiero! ¡Lo aseguro! —chilló—. Da detalles que no conoce nadie más que el equipo, los de dentro —apostilló.

—Te equivocas.

—Mira, inspector, una cosa es que te metas en la cama con una periodista y otra muy distinta que dejes que ella se meta en tu cabeza.

El ataque directo de Rioseco a la integridad del inspector hizo que este diera un paso adelante y se encarara con él.

—No voy a permitir que se cuestione mi honestidad, señor —se defendió intentando controlar las ganas que tenía de darle un puñetazo.

—Pues empieza a poner límites y aprovecha lo que sea que tengas con ella para atarla en corto y ponerle cinta americana en la boca —siseó Rioseco—, porque, si se repite, informaré al jefe superior de Policía. Yo mismo ayudaré a Asuntos Internos a abrir una investigación, y por mis hijos que averiguaré quién es el puto topo de esta comisaría. Y lo primero que van a mirar con lupa es tu relación con esa periodista.

—Yo te animo a que la abras ya, porque te estás equivocando de culpables —sentenció Castro desafiante.

—¡No me provoques, Castro! ¡No me pongas a prueba! —advirtió Rioseco sentándose tras su escritorio y tirando el periódico a la basura —. Volved al trabajo y localizad a esa chica de la que habla el artículo, la que intentó suicidarse. Hablad con ella y con sus padres —ordenó haciendo una seña con la mano para que salieran de su despacho.

Una vez fuera, Gutiérrez silbó.

—Creo que nunca había visto al viejo tan cabreado —terció Gutiérrez.

Castro no contestó. Se dirigió a su mesa y cogió el teléfono móvil para pedirle explicaciones a Olivia.

39

Olivia y Mario habían quedado para desayunar en El Navarrín, un estrecho local junto a la iglesia de Pola de Siero con grandes cristaleras a la calle en donde solo había espacio para cuatro mesas y una barra. Era un café agradable y muy acogedor, y la dueña conocía a todos los clientes por el nombre.

Tomaron asiento en la barra y, tras pedir los cafés, Olivia sacó su cuaderno de notas.

—Tenemos que organizarnos, Mario. Quiero volver al instituto. No me creo que desconozcan los casos de *bullying*.

—No van a querer hablar contigo. Si no hacían declaraciones ayer, menos las van a hacer hoy, cuando lean el periódico.

—Tengo que intentarlo —indicó la periodista—. Necesito la versión del centro. También quiero hablar con los amigos de Elsa Canteli.

—¿Con los acosadores? —cuestionó con desprecio Mario—. ¿Y qué les vas a preguntar? ¿Qué les motiva a hacer lo que hacen? ¿Si disfrutan mortificando a chicos más pequeños?

—Por ejemplo. Sí, ¿por qué no? Quiero saber por qué lo hacen y si tienen idea de quién querría hacer daño a su amiga.

—¿Medio instituto? —respondió él con sorna.

Olivia le dio un golpe en el brazo, aunque no pudo evitar pensar que probablemente Mario tuviera razón. Pero una cosa era desearle la

muerte a alguien y otra muy distinta dar el paso y asesinar. ¿O no? Había leído en una ocasión que matar era tan fácil como respirar y, una vez traspasada la línea, igual de mecánico.

—¿Recuerdas que ayer nos dijeron que había una vecina en el edificio cercano a la pasarela que estaba al tanto de todo? —Olivia retomó la conversación alejando de la mente tan turbios pensamientos.

—Sí, la cotilla, una tal Trini —corroboró el fotógrafo—. Estaba pasando el fin de semana en el pueblo. Regresaba ayer por la tarde, ¿no?

—Exacto. Quiero localizarla. Quizá vio u oyó algo.

—Lo dudo mucho. Si hubiera sido así, ya se habría puesto en contacto con la policía.

Olivia torció los labios. Mario estaba en lo cierto. Seguramente le contara lo mismo que el resto de los vecinos: que no había visto nada raro y que la juventud estaba perdida.

De repente, sonó el teléfono. Era Matías Adaro. Olivia puso los ojos en blanco y estuvo a punto de ignorarlo. Finalmente, descolgó.

—Olivia... Hemos dado el campanazo. Esta mañana nuestra información está en todas las cadenas —«¿Nuestra?», pensó con ironía Olivia. Cuando le interesaba, era muy rápido y hábil haciendo suyo el trabajo ajeno y, de paso, llevándose el mérito delante de los de arriba —. Hoy quizá te reserve dos páginas.

—No te lances, Matías, que aún no tengo nada. No me has dado tiempo ni a desayunar. Aún estoy en Pola de Siero.

—Pues ya estás tardando en mover el culo. Dos páginas. No lo olvides.

Colgó sin despedirse y Olivia maldijo el día en que respondió al anuncio en el que solicitaban un periodista para *El Diario*. «Ojalá ese día hubiera estado pescando bonitos», se dijo apurando el café.

Mientras caminaban hacia el coche, llamó a Serafín. Lo notó más receptivo que el día anterior. Se veía que el subidón de ver su nombre —para variar— encabezando una noticia que, además, estaba sirviendo de fuente para cubrir un espacio en los informativos de todas las cadenas a nivel nacional, había sido un buen revulsivo.

—Serafín, voy a pasar toda la mañana en Oviedo. Quiero volver al instituto y localizar a algún otro vecino y a los amigos de Elsa Canteli

—informó ella.

—Perfecto. ¿Qué quieres que haga yo?

—Necesito que te enteres de algo. Es muy importante que consigas lo que te voy a pedir.

—Dime.

—La poli ha encontrado una relación entre el asesinato de Elsa Canteli y otro crimen, un caso abierto.

—¿Cómo te has enterado?

—¿Me cuentas tú quiénes son tus fuentes? —inquirió ella.

—No. Perdona —se disculpó un poco apurado por el zasca de la periodista—. ¿Necesitas saber el caso y cuál es la relación?

—¿Ves como ya vas espabilando? —respondió ella antes de colgar.

—Te pasas con el chaval —le afeó Mario.

—No, le estoy enseñando, y con mimitos no se aprende —respondió ella resuelta—. Antes de ir a Oviedo, quiero pasar a ver a una vieja amiga —cambió de tema.

—¿Qué amiga?

—¿Te acuerdas de la profesora jubilada que nos habló de los años de Guzmán Ruiz en el colegio, allá por los ochenta? —señaló ella haciendo referencia al crimen del polígono, ocurrido hacía nueve meses, gracias al cual había conocido al inspector Castro.

—¿Ángela Pascual?

—La misma. Me gustaría ir a visitarla para ver si nos puede dar una idea de cómo funciona un colegio cuando se detectan casos de acoso.

—Está bien —accedió el fotógrafo—. Tú mandas.

Estaban atravesando Pola de Siero hacia el domicilio de la profesora jubilada cuando recibió la llamada de Agustín Castro. Respondió con voz melosa y le contestó un tono cabreado.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella, molesta por el tono del policía.

—¿Que qué ocurre? —Castro estaba fuera de sí, tanto que casi le temblaba la voz—. Ocurre que me has puesto en un aprieto con la información que has sacado hoy. ¿No se te pasó por la cabeza contármelo anoche?

—Te recuerdo que anoche fuiste tú el que me pidió no hablar del caso ni de nada que tuviera que ver con Elsa Canteli —se defendió ella

levantando la voz.

Mario, sentado a su lado en el coche, miraba a su compañera, que cada vez crispaba más el gesto.

Castro se dio cuenta de que tenía razón. Había sido él quien había puesto coto la noche anterior. Tardó unos segundos en volver a la carga.

—¿Cómo te enteraste de la agresión sexual a Elsa Canteli?

—Sabes de sobra que no te lo puedo decir —respondió ella.

—¿La información te la pasó alguien del cuerpo? —insistió él sin escuchar la negativa de Olivia.

—Aunque hubiera sido así, no te lo podría decir, Agustín.

—Olivia, ¡basta ya! —espetó él perdiendo la poca paciencia que le quedaba—. Quieren abrir una investigación interna y estoy en el punto de mira. Creen que la información te la pasé yo.

—¡Eso es absurdo! —exclamó ella indignada—. Y lo declararé delante de quien sea.

—Esto no es una película americana, Olivia —estalló él—. Es la vida real. Y les importa un carajo lo que digas o dejes de decir. Lo que importa es que me has puesto bajo el microscopio. Nos van a mirar con lupa.

—Yo solo hago mi trabajo, Agustín —contraatacó ella—. A estas alturas, ya deberías entenderlo. Empiezo a estar un poco harta de tener que estar siempre dándote explicaciones de lo que publico y de lo que no.

—¿Explicaciones? —se jactó él con ironía—. ¡Si haces lo que te da la gana! Y sin tener en cuenta a quién puedes perjudicar en tu carrera por publicar.

—Estás siendo injusto. —Olivia estaba dolida. No tenía ni idea de que el inspector tuviera esa nefasta opinión sobre ella y su ética profesional—. No es un buen momento. Si quieres, lo discutimos en casa. Ahora no.

—Y luego ya veremos. Quizá esta noche sea yo el que no tenga ganas de discutir, ni de esto ni de nada.

El final de la conversación fue abrupto, seco, cortante, sin ningún atisbo de complicidad o de tregua.

Olivia aparcó frente a la vivienda de Ángela Pascual con la moral a la altura de la alcantarilla que pasaba por debajo del vehículo.

40

—Me has mentido, Nuria —culpó Patricia apuntando a su amiga con un dedo acusador.

Nuria se puso colorada.

—No sé a qué te refieres —se defendió tratando que no se le notara el nerviosismo.

Matilda, Dani, Lili y Patricia la miraban con ojos escrutadores, esperando una explicación por parte de la muchacha. Pero no llegó. Estaban en el punto de encuentro, en la esquina a cien metros del instituto donde siempre quedaban para no entrar en el centro solos. Lo llamaban protocolo de seguridad. Llegaban juntos y se iban juntos. Así era más difícil que la tomaran con ellos. Los cobardes preferían abordarlos cuando estaban a solas, sin defensa posible.

—Hablé con tu madre ayer antes de irme —dijo Patricia—. El día que mataron a Elsa tú no quedaste con ella.

—Sí que lo hice —insistió Nuria machacona.

—No, Nuria. De hecho, tu madre me dijo que ese día no fue al supermercado.

Nuria bajó los ojos y el color encarnado de su rostro se volvió rojo cereza. Parecía una bola de Navidad.

—Bueno, ¿y qué? —espetó desafiante.

—Que nos mentiste —sentenció Lili.

—¿A dónde fuiste ese día, Nuria? —preguntó Dani con miedo en

los ojos.

—No os importa. Que seamos amigos y tengamos que andar en grupo como si fuéramos una manada de búfalos no os da derecho a meteros en mi vida.

—Solo queremos ayudarte, Nuria —terció Patricia tratando de calmar a su amiga—. No te estamos juzgando, ni tampoco queremos meternos donde nadie nos llama. Pero somos un equipo, ¿recuerdas?

—Y si a alguno del equipo le pasa algo, los demás responden, cierran filas y protegen —intervino Matilda—. Es nuestro lema.

Nuria suspiró. Era una tontería seguir ocultándolo. Tenía miedo. Llevaba todo el fin de semana nerviosa, sin apetito ni sueño. No quería que sospecharan de ella. Pero ¿y si la había visto alguien?

—El viernes seguí a Elsa.

—¿Por qué? —preguntó Dani atónito—. Eso es como meterse en la boca del lobo.

—Para darle una paliza —confesó Nuria con rabia. Le temblaba el labio superior y se le humedecieron los ojos—. La vi irse sola y la seguí.

—¡Nuria! ¡Nosotros no somos así! —recriminó Lili.

—Pero es que estoy harta de ser... de ser como somos. Los débiles.

—Somos Los Fuertes —contravino Matilda.

—Y una mierda. Llamarnos así nos hace sentir mejor, pero no más seguros.

—¿Qué le hiciste, Nuria? —Había miedo en la voz de Patricia.

—Nada. Ni siquiera me acerqué a ella —confesó aturullada la muchacha rellenita—. La seguí y la vi meterse debajo de la pasarela. Allí había alguien más. Esperé a que regresara, para pillarla sola, pero después de diez minutos, al ver que no salía, me fui a casa.

—¿Quién estaba con ella? —quiso saber Matilda con inquietud.

—No lo sé —reconoció—. Pude oír murmullos... pero no reconocí la voz. Hablaban muy bajo. No vi de quién se trataba.

—¡Joder, eres una testigo! ¡Tienes que decírselo a la poli!

—¡Ni de coña! —exclamó ella apartándose del grupo—. Y vosotros tampoco lo haréis. No hablaremos de esto con nadie.

—¿Y si hablamos con la periodista? —sugirió Patricia—. Fue muy amable y cumplió su parte: hoy en el periódico digital habla del *bullying* y ha publicado uno de los vídeos.

—¿Y qué puede hacer ella? —protestó Nuria—. No quiero salir en la prensa. Mi madre me mataría.

—A lo mejor tiene alguna idea —insistió Patricia

—No es mala opción —secundó Matilda—. Tengo su número de teléfono.

—¿Os parece si la llamamos a la hora del recreo? —propuso Dani.

Todos miraron a Nuria, que no estaba convencida con la idea. Aun así, accedió.

—Somos Los Fuertes —dijo Patricia—. Los FUER-TES —recalcó—. No lo olvidéis. Todos a una, como el equipo A.

El grupo de amigos se abrazó y Nuria pudo respirar por primera vez en tres días.

41

En el mismo instante en que Olivia y Mario subían en el ascensor hacia la vivienda de la profesora, ella cabizbaja y preocupada por la conversación subida de tono que había mantenido hacía diez minutos con el inspector, Castro, con un mal humor que no era habitual en él, y Raúl Argüelles comenzaban la toma de declaraciones en el instituto a los alumnos que aparecían en los vídeos. A excepción de una alumna, que, según explicó la directora del centro, estaba ausente por enfermedad, los demás fueron a comparecer en la sala de reuniones a lo largo de la mañana.

—¿Cómo se llama la alumna ausente? —preguntó Castro a Victoria Pañeda.

—Alicia Peña Sánchez. Estudia primero de la ESO.

—Necesito que nos facilite la dirección.

En cuanto la tuvo, llamó a Gutiérrez y le pidió que, antes de hablar con Ramón Jiménez, él y Teresa se acercaran a realizar la exploración a Alicia Peña.

—Está enferma y no ha venido al instituto —le explicó Castro.

En el pasillo que daba acceso al despacho, un grupo de padres, visiblemente nerviosos, esperaba que comenzaran los interrogatorios. Entre ellos, destacaba un hombre enfundado en un traje que olía a perfume caro; con un maletín a su lado, era el paradigma de la tranquilidad.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja a Pañeda.

—El padre de Martín Gayo. Es uno de los amigos de Elsa Canteli.

—Pues llame a ese chico el primero.

Cinco minutos después, un chico alto y rubio con aire de suficiencia y dentadura Profident ocupaba una silla junto a su padre.

—Señor Gayo, estamos aquí para oír en exploración a su hijo en relación con la muerte de una de sus compañeras, Elsa Canteli, y con unos vídeos que se han hallado en el móvil de la finada en los que aparece su hijo agrediendo a otros alumnos —explicó Castro para poner al hombre en situación.

Si le extrañó lo que acababa de oír, no dio muestras de ello. Se limitó a mirar a su hijo primero y a los policías después, con parsimonia, sin mover un músculo del cuerpo.

—Pues ustedes dirán. Mi hijo les contará todo lo que sabe en aras de la investigación, ¿verdad, Martín?

El chico bajó la cabeza. No parecía nervioso. Más bien aburrido con la situación.

—Sepan —continuó el hombre— que estoy aquí en calidad de padre, pero también en calidad de abogado.

—Me alegro, porque lo va a necesitar. Los vídeos son de una brutalidad inusitada y participa como agresor en muchos de ellos —aclaró Castro.

—Me imagino que sabe que mi hijo tiene trece años.

—Lo sabemos —confirmó el inspector sospechando cuál iba a ser el siguiente paso de aquel hombre.

—Si lo saben, sabrán también que la Ley del Menor protege a los menores de trece años, de manera que mi hijo, sea cual sea el delito que haya cometido, es inimputable a ojos de la ley.

—También lo sabemos —confirmó Castro mostrando más tranquilidad de la que sentía. Deberían encarcelar a aquel padre modelo en vez de al hijo—. Pero que sea inimputable no hace menos graves los delitos cometidos. Y a su hijo se le incoará un expediente de protección...

—Papá... —quiso protestar el chico.

Su padre le frenó con un gesto de la mano.

—Conozco el procedimiento, inspector. A mi hijo le quedan unas semanas complicadas bajo la lente de un microscopio a través del que

Servicios Sociales, psicólogos, educadores y, quizá, el mismísimo fiscal de Menores indagarán en las circunstancias psicosociales, educativas y familiares de Martín. Pero ya le adelanto que esas circunstancias pasarán la prueba del algodón, como se suele decir. —El hombre se alisó la corbata y cruzó las manos en actitud indiferente—. Mi hijo no se moverá de su casa. No lo pueden internar —espetó—, y usted lo sabe.

—Señor Gayo... La gravedad del asunto es que hay una niña de trece años brutalmente agredida sobre la mesa del forense. Con saña. Y usted parece no darse cuenta.

—Me doy cuenta y, como le he dicho, Martín colaborará en todo lo que necesiten.

—Pues empecemos la exploración —concluyó Castro, que no quería seguir disertando sobre la Ley Orgánica reguladora de la responsabilidad penal de los menores, cuyo nombre le causaba risa porque hacía de todo menos depurar tales responsabilidades—. Los vídeos encontrados podrían tener relación con la muerte de Elsa Canteli.

Ni siquiera aquella apreciación incomodó ni al padre ni al hijo. Castro reparó en la indulgencia con la que se conducían los dos.

Raúl Argüelles, que hasta ese momento se había mantenido en un discreto segundo plano, se adelantó y colocó su móvil encima de la mesa. Entró en la galería de vídeos y seleccionó uno de ellos. Le dio al *play* y empujó el móvil hacia el padre del chico.

El silencio de la sala de reuniones se vio interrumpido por unos sollozos desesperados y las increpaciones de una voz de adolescente. El llanto de vez en cuando se cortaba por lo que parecían bofetones. De repente, se oyó a la víctima toser y después vomitar. Alguien le había dado un puñetazo en el estómago.

El señor Gayo ni siquiera se dignó a mirar el móvil, aunque se revolvió irritado en la silla. No le incomodaban las imágenes, le desagradaba tener que dar explicaciones para disculpar a su hijo, que aparecía en ellas pateando a un chaval más pequeño.

—Mire el vídeo —ordenó Argüelles en un tono de voz que no admitía réplica.

El hombre cogió el móvil de mala gana y contempló la paliza con un gesto aséptico. Después le dedicó una fugaz mirada a su hijo. Este

bajó la cabeza. Era el primer atisbo de vergüenza que mostraba.

—Bien. Ahora, Martín, necesito que me digas dónde estuviste el viernes entre las dos y las cuatro de la tarde.

El chico se enderezó y en su rostro se reflejó el miedo.

—¿Mi hijo es sospechoso de la muerte de esa cría?

—Deje que conteste él, por favor —conminó Castro.

Martín Gayo miró con indecisión a su padre. Luego, con nerviosismo, a los dos policías.

—Cuando salí del insti, me fui a casa.

—¿Sin pararte en ningún sitio?

—Nos paramos en un bar a tomar una cerveza... —hizo una pausa para rectificar el error que había cometido y miró de soslayo a su padre—, una cerveza sin alcohol.

—¿Os parasteis? —insistió Argüelles—. ¿Quiénes?

—Mis amigos y yo. —El chico había vuelto a recobrar la confianza.

—¿Qué amigos son esos? —Argüelles no le daba tregua y a Castro le pareció bien que tomara él la iniciativa.

—Sonia Balbín y Rodrigo Bueno. Vamos juntos a clase.

—¿Hicisteis alguna otra parada antes de llegar a casa? Por ejemplo, para darle una lección a otro chico

—¡Inspector! —saltó el padre—. Esto es capcioso y no lo voy a tolerar.

—Esto es el procedimiento, señor —respondió con tranquilidad Castro—. Y aunque su hijo sea inimputable, está obligado a contestar.

—No. Ya les digo que me fui a casa.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo? —quiso saber Castro.

—Mi madre —señaló con bravuconería el chaval. Se sabía intocable—. Estaba en casa.

—¿A qué hora llegaste? —continuó Argüelles.

—A eso de las tres.

—¿Saliste por la tarde?

—No salí en todo el día.

—¿Tenía Elsa Canteli más amigos aparte de vosotros?

—Que yo sepa, no.

—¿Y enemigos?

Martín Gayo miró al inspector Argüelles y sonrió. Fue una sonrisa

sucia, tenebrosa, de una malicia que casi se podía palpar.

—¿Usted qué cree? —contestó con chulería apuntando con la cabeza el móvil de Argüelles, que aún seguía encima de la mesa.

—¿Sí o no? —insistió con dureza el inspector de la UFAM.

—Supongo que sí. Les dio madera a unos cuantos peleles de este colegio.

—Necesitamos los nombres de todos.

—¿Cree que llevo una agenda? —espetó con irreverencia ante la mirada indulgente de su padre.

—¿Y tú crees que esto es un juego? ¿Te crees muy listo? Hay alguien por ahí que ha matado a tu amiga, y lo ha hecho con mucha rabia. ¿Quién te dice a ti que no serás el siguiente? —le espetó el inspector Argüelles.

—¡Inspector! ¡Ya es suficiente! —atajó Castro. Volvió a centrarse en el chico—. Los nombres, Martín.

—No lo sé. Pero yo que ustedes empezaría por Los Fuertes.

Los Fuertes era el nombre de las páginas de Facebook e Instagram que habían encontrado abiertas en la tablet.

—¿Quiénes son Los Fuertes?

—Unos *pringaos* del insti. Se creen los Vengadores o algo así.

—¿Y cómo sabes eso? —inquirió el inspector de la UFAM.

—Elsa me lo contó la mañana que la mataron. Le pilló... —El chico se detuvo para escoger las palabras—. Se enteró y nos lo contó a los demás.

—Sus nombres —repitió Argüelles.

—Matilda, Daniel, Patricia, Nuria y Liliana. Son de primero.

—¡Vaya! —espetó Argüelles sin poder contenerse—. Muy valiente por tu parte meterte con niños más pequeños.

—¡Esto raya el acoso! —El padre de Martín Gayo dio un salto hacia adelante e hizo amago de levantarse—. ¡Voy a poner una queja!

—Está en su derecho. Y ahora, siéntese, señor Gayo —pidió Castro con contundencia.

—¿Por qué Elsa Canteli no fue con vosotros el viernes? —continuó.

—Había quedado con alguien después de clase —respondió con indiferencia el chico.

Estaba repantigado en la silla, de manera que parecía que se fuera

a escurrir en cualquier momento. El decoro no era una de sus virtudes. Si es que tenía alguna.

—¿Con quién?

—Ni idea.

—¿Con un novio quizá? —tanteó Argüelles

—Estaba enrollada con un chorbo mayor que ella. Puede que quedara con él.

—Pero no estás seguro...

—No. Elsa no daba explicaciones —declaró el chico con hastío.

—¿Esto va a durar mucho más? Tengo un juicio en una hora —protestó el padre del muchacho.

—Es todo por el momento —respondió Castro.

—¿Por qué? —soltó de repente Argüelles.

El chico miró al policía sin comprender la pregunta.

—¿Por qué lo haces? —insistió el inspector de la UFAM.

El policía vio entendimiento en los ojos Martín Gayo. Entendimiento y algo más en su gesto, algo animal, sibilino.

—Porque puedo —afirmó lentamente y con rotundidad, dejando atónitos tanto a los dos policías como a su padre, que hasta ese momento había sido como un guardaespaldas para él.

El señor Gayo miró a su hijo con ojos críticos por primera vez desde que habían entrado en la sala.

—¡¿Qué?! —dijo el chico dirigiéndose a su progenitor, levantando las manos y mirándolo fijamente—. Tú me has dicho muchas veces que tenemos que ser tiburones, que hay que aplastar antes de que te aplasten. ¿No es eso lo que haces tú con mamá? —espetó con menosprecio—. Pues ahora no me mires de esa forma.

—Señor Gayo, su hijo se enfrenta, como bien sabe, a un expediente de protección. El fiscal de Menores lo citará a declarar. Va a tener la oportunidad de ser ese tiburón del que presume —concluyó Castro dando la reunión por terminada.

42

Ángela Pascual seguía siendo la viva imagen de una abuelita de cuento. Menuda y de apariencia engañosamente frágil, hacía diez años que se había jubilado como profesora del colegio público de Pola de Siero. Recibió a Olivia y a Mario con evidente alegría y tan pulcramente vestida como la recordaba la periodista: pelo blanco cuidadosamente recogido en un moño, vestido de punto bajo, una chaqueta de crochet, seguramente hecha por ella misma a mano, y zapatillas con un pompón en la parte superior. Tenía la tez muy blanca, de manera que dos venillas azules destacaban bajo la piel, y unos ojos escrutadores y vivarachos de un intenso color azul.

—Querida, qué alegría volver a verte —saludó la mujer pegando, con gesto cariñoso, su rostro al de Olivia—. ¡Oh! ¿Y este apuesto joven? —preguntó con picardía en cuanto vio a Mario.

—Es mi compañero, señora Pascual.

—Por favor, chiquilla. La última vez nos tuteábamos, ¿recuerdas? —dijo con voz cantarina invitándolos a pasar.

El salón de Ángela Pascual estaba igual que hacía nueve meses: era una estancia amplia y luminosa presidida por una enorme estantería repleta de libros que ocupaba toda una pared y una mesa auxiliar que hacía las veces de escritorio, con un modernísimo ordenador portátil.

Olivia sonrió al imaginarse a aquella dulce ancianita navegando

por internet.

—Os prepararé un café —dijo, resuelta, desapareciendo por una puerta que daba a la cocina.

Mario y Olivia tomaron asiento en el sofá.

—Es peculiar —susurró el fotógrafo.

—No te haces una idea de cuánto —contestó Olivia sacando el cuaderno de notas.

Cuando Ángela Pascual regresó, llevaba en la mano una bandeja con un delicado juego de tazas, café recién hecho y leche caliente.

—Pues vosotros diréis. ¿A qué debo esta estupenda visita? ¿Ha habido otro crimen? —preguntó con curiosidad.

Sus ojillos miraban con expectación a una y a otro.

—Directa al grano —dijo Olivia con una sonrisa.

—¿Qué necesidad hay de dar rodeos? El tiempo es oro, querida. Y más a mi edad.

—Necesito su ayuda... tu ayuda, Ángela. Me imagino que habrás leído que ha aparecido muerta una niña en Oviedo.

—Sí, lo he visto en las noticias. ¡Terrible!

—Pues hemos descubierto que esa niña hacía *bullying*: acosaba y agredía a otros alumnos y lo grababa.

Ángela Pascual chasqueó la lengua y negó con la cabeza como si con ello pudiera apartar la idea.

—El caso es que tenemos motivos para creer que el centro lo sabía y miró para otro lado.

—Eso es peor aún —se lamentó con sinceridad—. Los niños deberían estar y sentirse seguros en el colegio. Tendría que ser una prolongación de su casa.

—Pero no es así. No al menos en estos tiempos.

—¿Qué necesitas saber, querida?

—Necesito conocer los protocolos de actuación de un centro escolar en estos casos —pidió Olivia—. He tratado de hablar con la dirección del instituto en dos ocasiones, pero no quieren atenderme ni, por supuesto, hacer declaraciones.

Ángela Pascual miró a Olivia y a Mario mientras se tomaba unos minutos para reflexionar.

—Yo era maestra en un colegio, no en un instituto. Las cosas son muy diferentes —explicó la profesora jubilada—. Como también lo es

la concepción de escuela de mi época de la de ahora, querida.

—¿En qué sentido?

—Antes la escuela era un entorno en el que se transmitía conocimiento, ni más ni menos. Ahora, las competencias de los colegios e institutos pasan por tratar de inculcar a sus alumnos valores y actitudes de convivencia, de convertirlos en ciudadanos de bien que entiendan que tienen derechos y deberes.

—Pues, a la vista de los acontecimientos, el nuevo modelo no parece que esté funcionando —sentenció Olivia.

—No se puede generalizar, querida. Hay de todo. Aunque es cierto que los centros educativos y el papel del profesor ya no son lo que eran. —Lo dijo con pesar, casi con pena—. En mi época, los maestros teníamos autoridad y éramos referentes, no solo para los niños, también para sus familias. Había respeto por el docente. Los niños de hoy en día, en general y por desgracia, no respetan nada y, a veces, el profesor se ve en una situación de indefensión grave y poco respaldado por la institución académica.

—Pero habrá un protocolo, unas medidas —insistió Olivia.

—Por supuesto que las hay. No estoy muy al tanto de la reglamentación actual, pero... —Ángela Pascual se levantó y se encaminó a la mesa donde descansaba su ordenador. Se sentó y encendió el aparato—... para eso tenemos a san Google —replicó con una sonrisa.

Olivia y Mario se acercaron a ella y se situaron de pie, a su espalda. La anciana entró en el buscador e hizo dos consultas: «Protocolo de actuación en caso de acoso y maltrato en el ámbito educativo» y «Legislación sobre derechos y deberes de alumnos en el ámbito docente». La mujer se movía con las nuevas tecnologías como pez en el agua.

Como si les leyera el pensamiento, la señora Pascual hizo una aclaración:

—Soy vieja, queridos, pero también muy curiosa. Y hoy a la mejor biblioteca del mundo se accede desde casa. Así que decidí reciclarme y ponerme al día —señaló la mujer sin siquiera girarse a mirarlos.

Mario sonrió. Le gustaba aquella ancianita vigorosa y enérgica.

Aparecieron dos entradas: un enlace que rezaba «Decreto 7/2019 de 6 de febrero por el que se regulan los derechos y deberes del

alumnado y normas de convivencia en los centros docentes no universitarios sostenidos con fondos públicos del Principado de Asturias» y otro que redirigía a un documento PDF titulado «Maltrato cero. Orientaciones y protocolo sobre el acoso escolar».

Pinchó encima de los dos y les echó un vistazo rápido. Olivia y Mario la observaban en silencio. No querían interrumpirla. La mujer pasó las páginas de ambos documentos con rapidez y precisión. Sabía dónde poner el ojo. Se saltaba la paja e iba a lo interesante. Pascual estaba haciendo un filtro de lo que realmente podría interesar a sus dos amigos.

Después de diez minutos concentrada en la pantalla, se giró hacia ellos.

—Querida, ¿tienes una cuenta de correo electrónico?

Olivia se la facilitó y la mujer le envió por mail ambos documentos.

—Te servirán de ayuda. Y ahora, volvamos al sofá. Te resumiré lo más relevante.

Volvieron a sentarse y, esa vez, antes de volver al tema, disfrutaron de unos minutos en silencio paladeando el café aromático y recién hecho que aún no habían tocado.

—Bien —tomó la palabra Ángela Pascual—, la situación es la siguiente: la denuncia puede articularse de varias maneras, directamente en el centro, interpuesta por el propio alumno o por su familia; en la Policía o Guardia Civil, según las competencias territoriales actuará uno u otro cuerpo; y en la Consejería de Educación o en el Servicio de Inspección Educativa. Con cualquiera de las dos últimas, acaba directamente en la mesa de la dirección del centro.

—En este caso, la denuncia fue hecha por varios alumnos directamente al Servicio de Orientación del centro —apuntó Olivia.

—Pues una vez comunicado el hecho al equipo de Dirección, que suele estar formado por la Dirección, la Secretaría y la Jefatura de Estudios, este está obligado a seguir un protocolo de actuación que, básicamente, consiste en poner a funcionar al departamento de Orientación, a la Comisión de Convivencia —que es un órgano interno formado por el director, el jefe de estudios, un profesor, un alumno y un representante del AMPA que estudia y aplica las normas de

convivencia dentro del colegio— y a un profesional de los Servicios Comunitarios, que es un enlace directo entre el centro, los Cuerpos y Fuerzas de la Seguridad del Estado y la Inspección Educativa —explicó la anciana tratando de hacer un resumen lo más conciso posible—. Si se considera un caso muy grave o que pudiera originar una situación de riesgo, el centro también está obligado a informar a la Fiscalía de Menores.

—No hubo tal intervención de ninguna de las partes —aclaró Mario.

—Pues debería haberla habido —sentenció con gesto serio la profesora—. Y más si, como decís, existen vídeos que prueban la agresión. Además, todo ha de quedar documentado por escrito. Existen unos registros de recogida de la información en los que se debe reflejar quiénes son los agresores y las víctimas, curso, edad, tipo de agresiones, frecuencia, dónde se han producido...

—Los chicos aseguran que no se hizo nada parecido.

—Pero no solo eso —matizó Ángela Pascual interrumpiendo a Olivia—. Una vez recabada toda la información, han de implementarse unas medidas de protección a la familia y a la víctima, medidas correctoras al agresor y un plan de actuación específico que implicaría a todo el entorno, es decir, compañeros de clase que podrían haber sido espectadores, todo el equipo docente, el resto del alumnado... A eso hay que añadir una intervención específica con el agresor: trabajo personalizado para fortalecer las capacidades fisiológicas, por ejemplo, el manejo de las emociones cognitivas, como el control de la ira, y conductuales, o sea, las relaciones sociales.

—¿Y todo eso lo has leído ahora? —se sorprendió Mario ante la elocuencia de la anciana.

—Es que leo rápido, querido —contestó ella con una pizca de picardía.

—Ángela, el colegio dio la callada por respuesta. Según estos chicos, la denuncia quedó en una regañina a los agresores y poco más. Ni siquiera se tomaron medidas disciplinarias.

—Me estás diciendo que en ese colegio, cuando menos, son unos negligentes, por no decir unos incompetentes —sentenció la anciana.

—Pero ¿por qué? —Olivia no comprendía la posición indulgente del instituto—. Están siendo laxos, casi diría que pasotas, con esta

situación. A una niña le ha costado la vida. Y su muerte podría estar relacionada con las agresiones a las que sometía a chicos más pequeños.

— Eso deberías preguntárselo a ellos, querida.

—Pero tú, con la experiencia que tienes, ¿crees puede haber un interés, digamos, oscuro en el hecho de que hayan tapado estas agresiones? ¿Puede haber sido premeditado?

—¿Quieres una hipótesis personal?

—Por favor —pidió la periodista.

La anciana suspiró y dejó la taza de café sobre la bandeja.

—Los centros docentes públicos, tanto colegios como institutos, están sometidos a evaluaciones constantes por parte del Servicio de Inspección Educativa —explicó—. De esas evaluaciones se extraen valoraciones positivas o negativas. Cuantas menos incidencias registre un centro, mejor valoración obtendrá en la inspección y, por ende, ante la Consejería de Educación. Cuanta mejor fama tiene un instituto o colegio, bien sea por sus resultados académicos o por su convivencia interna, más posibilidades de captar nuevos alumnos; y por cada alumno matriculado, y si ese alumno tiene alguna discapacidad, mejor aún, el colegio recibe prebendas.

—¿Prebendas? —inquirió sorprendida Olivia.

—Más docentes, más material, profesores especializados... En definitiva, más medios.

—O sea que ¿podrían haber acallado el *bullying* por un interés económico puro y duro?

—Un escándalo de la magnitud que has contado sería una incidencia muy grave y costaría mantenerla en secreto. Y el boca a boca aún funciona mejor que internet. De manera que sí —coincidió Ángela Pascual—, en mi opinión, ese podría ser el motivo de que echaran tierra encima de las agresiones.

43

Jorge Gutiérrez y Teresa Villa estaban delante de un edificio en la calle Gozón, una vía paralela al paseo de La Florida, de paredes blancas y construcción nueva, donde residía Alicia Peña Sánchez con sus padres, Ana e Iván, y su hermana pequeña, Lucía.

—¿Cómo sugieres que lo hagamos? —preguntó Teresa Villa antes de subir a casa de Alicia Peña, la niña ausente del instituto por enfermedad.

—Como quieras —respondió Gutiérrez—. Si lo prefieres, haz tú la exploración. Yo observo.

—¿No te importa?

—No. No soy machista —se jactó él con una sonrisa.

Teresa Villa sonrió a su vez.

—Además, creo que la niña se mostrará menos intimidada si la interroga una chica guapa que si lo hace un mamut como yo.

La policía enrojeció hasta las orejas y balbuceó un «Vamos allá» que sonó más a «Me acabas de poner nerviosa». Jorge reprimió la risa y entraron en el portal.

—Yo voy andando —dijo la inspectora de la UFAM—. No me gustan los ascensores.

Subieron al segundo piso por las escaleras. El edificio olía a recién fregado. Jorge iba detrás de Teresa y no pudo evitar fijarse en el trasero de la policía. «Vaya con la inspectora», pensó fijándose en las

bien torneadas piernas bajo los vaqueros ajustados. Le gustaba Teresa. La había visto por las dependencias policiales, pero nunca había cruzado una palabra con ella. Ahora que tenía que trabajar mano a mano con la inspectora, Jorge decidió que quería conocerla. Físicamente, estaba cañón. Era joven —más o menos de su misma edad— y guapa. Era la suya una belleza sin artificios, de rostro lavado con agua y jabón, pelo del color de la arena recogido en una sencilla cola de caballo y un cuerpo estupendo. Se notaba que hacía ejercicio.

Y eso a Jorge le gustó aún más.

Tocaron a una de las puertas del segundo piso y pasaron unos instantes antes de que oyeran señales de que había alguien al otro lado.

Les abrió la puerta un hombre de aspecto rudo, en pantalón de pijama y camiseta de manga corta. Iba poco aseado, con barba de varios días, y lucía unas profundas ojeras.

Los policías se identificaron y pidieron hablar con Alicia Peña Sánchez.

—Es mi hija —dijo el hombre—. ¿Qué quieren de ella? Está enferma.

—Lo sabemos. Por eso hemos venido. ¿Podemos pasar? —pidió Teresa con firmeza, pero con amabilidad.

El hombre pareció dudar, pero al final abrió la puerta y les dejó entrar.

La vivienda estaba casi en penumbra. Los acompañó a un salón muy ordenado y, en vez de subir las persianas, encendió la luz.

—¿Podemos hablar con su hija, señor Peña? —volvió a pedir Teresa.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —inquirió nervioso—. ¿Y quiénes son ustedes?

—Le acabamos de decir que somos inspectores del Cuerpo Nacional de Policía —explicó ella enseñando la placa—. Me imagino que ya sabrá que una niña ha aparecido muerta muy cerca de aquí.

—Sí, lo he leído en los periódicos.

—Era alumna del instituto Manuel Machado.

—¿Y qué tiene que ver esa muerte con mi hija?

—Estamos tomando declaración a todo aquel que haya tenido relación con la víctima —explicó Teresa sin entrar en detalles—. Dos

agentes están ahora mismo en el colegio hablando con todos los compañeros de la niña.

—¿No necesitan una orden para eso?

El hombre se mostraba reticente a que hablaran con su hija. «Demasiado», pensó Jorge.

—No, señor. No la necesitamos.

El padre de Alicia aún se lo pensó unos segundos. Jorge estaba empezando a perder la paciencia con aquel sujeto, pero vio que su compañera estaba tranquila y decidida a manejar la situación, así que aguantó el tipo sin hacer comentarios.

—Esperen aquí —dijo por fin Iván Peña.

Salió del salón y Teresa lo siguió con la mirada. Escucharon un ruido metálico. Teresa se acercó al pasillo y asomó la cabeza con cuidado para que no la descubriera. Lo que vio le heló la sangre.

Iván Peña estaba desbloqueando un candado que unía una argolla clavada en el marco de la puerta con otra que había en la hoja. Teresa observó que en el pasillo había otras tres puertas, dos de ellas también con candado.

Regresó al salón y le susurró a Jorge:

—Aquí pasa algo raro.

—¿A qué te refieres?

—Tiene a la niña encerrada en la habitación... con candado.

Jorge abrió mucho los ojos, y estaba a punto de decir algo cuando Iván Peña entró en el salón acompañado de una niña que no tendría más de doce o trece años. Era alta para su edad, y tenía un cuerpo aniñado, aún sin formas. Vestía un pijama. En cuanto vio a los policías, desvió la mirada, ojerosa e interrogante, hacia su padre, que ni siquiera se molestó en devolvérsela.

Alicia se sentó con cautela en el sofá. Su padre se quedó de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y gesto serio.

Teresa se sentó junto a la niña y comenzó a hablar con un tono de voz suave y tranquilizador para no asustarla.

—Nos han dicho en el instituto que estás enferma.

La niña no contestó, se limitó a mirarla con unos grandes ojos negros. En cambio, sí lo hizo el padre.

—Llegó el viernes enferma del instituto. Ha estado el fin de semana con gastroenteritis —explicó con rapidez—. Y aún no está del

todo bien.

Teresa se giró hacia Iván Peña y, con voz firme y contundente, le pidió que dejara contestar a su hija. El hombre gruñó, molesto por el apercibimiento, pero no puso objeción.

—Imagino que habrás oído que ha muerto una de tus compañeras, Elsa Canteli.

La niña asintió con la cabeza.

—Alicia, entre las pertenencias de Elsa encontramos su teléfono móvil. —Teresa hizo una pausa—. Y, entre sus archivos, hallamos un vídeo en el que apareces tú en los baños del instituto.

Alicia seguía sin reaccionar. Solo miraba a la inspectora con fijeza. Si la niña estaba incómoda por la situación, no lo demostraba.

—En el vídeo —continuó la inspectora en el mismo tono—, Elsa te amenazaba y trataba de agredirte.

La niña continuó sin abrir la boca. Ni se movió. Teresa se fijó en una de sus muñecas. Por debajo de la manga se podía ver un cardenal alrededor de la misma. Teresa miró a Gutiérrez, situado junto al padre, y le indicó con los ojos que se fijara en el brazo de la niña.

—Era una estúpida y una abusona —dijo por fin la niña mirando alternativamente a Teresa y a su padre—. Pero no me tocó. No llegó a hacerme daño. A otros niños sí.

Tenía una voz aflautada, pero hablaba sin titubeos.

—Veo que te has hecho daño en la muñeca —dijo la inspectora.

La niña, de forma instintiva, se tironeó la manga hacia abajo hasta casi ocultar la mano entera.

—Me caí —dijo.

—¿Te lo hizo ella? —insistió Teresa—. ¿Te lo hizo Elsa?

—No —contestó con contundencia Alicia.

—¿Te lo hizo alguien?

Alicia volvió a negar.

—Ya les ha dicho que se cayó —intervino Iván Peña con hosquedad.

Teresa miró con severidad al hombre y volvió a pedirle que guardara silencio.

Este cerró una mano y se llevó el puño a los labios. Gutiérrez observó que estaba más inquieto el padre que la hija, a pesar de ser esta el objeto de las preguntas.

—¿Sabes de alguien que quisiera hacer daño a Elsa? —preguntó Teresa.

—A muchos niños les hubiera gustado hacerle daño —contestó Alicia con la franqueza que da la niñez—. Era mala, pero era tonta.

—¿A qué te refieres? —quiso saber la inspectora.

—Mi padre siempre dice que con ser malo no es suficiente —respondió bajando la cabeza y mirando de reojo a su padre, que en ese momento tenía la mirada clavada en ella—. También tienes que ser listo para que no te devuelvan la moneda. Y ella no se protegía.

Teresa estaba confundida.

—¿De quién tenía que protegerse, Alicia?

—De quien la mató, ¿no? —respondió ella con tono de obviedad, como si esa fuera la única respuesta posible.

—¿Sabes de alguien que pudiera ser tan malo como ella como para… —Teresa escogió las palabras— devolverle la moneda?

Alicia se encogió de hombros y negó con la cabeza. Estaba claro que la niña no sabía nada.

—Si te acordaras de algo relacionado con Elsa, por insignificante que te parezca, ¿le dirás a tu papá que nos llame?

Aunque la pregunta iba dirigida a la niña, Teresa miró a Iván Peña con severidad.

—Sí, claro —accedió ella.

Cuando estuvieron en la calle, Teresa se volvió hacia Gutiérrez.

—A esa niña la están maltratando. ¿Te has fijado en su muñeca?

—Sí. La tenía amoratada, como si alguien la hubiera agarrado muy fuerte.

—¿Y los candados en las puertas? Eso no es normal.

—¿Crees que es el padre?

—El padre o la madre —sentenció ella—. Pero en esa casa pasa algo, y no es nada bueno.

—Pues averigüémoslo —respondió Gutiérrez marcando el número de jefatura para solicitar toda la información que hubiera sobre Iván Peña y Ana Sánchez.

44

—Ha estado aquí la policía —espetó él en cuanto su mujer, Ana, entró por la puerta—. ¿Y la niña?

—La he dejado en la guardería.

—¿Otra vez?

—Las veces que haga falta —respondió ella desafiante—. La recogeré a la hora de comer.

—No solicité trabajar desde casa para que Lucía se pase el día en una guardería con extraños —bramó él confuso por el tono de su mujer.

—Los dos sabemos por qué decidiste trabajar desde casa, Iván —respondió su mujer con tranquilidad y sin arredrarse ante su marido —. Tu afán por tener el control no tiene límites. No hay más que ver el accesorio de las cerraduras de todas las habitaciones —acusó ella.

—No me hables en ese tono, Ana —advirtió él sin moverse del sitio—. Sabes de sobra que hago lo mejor para ti, para vosotras.

Ana no discutió ni rebatió aquella afirmación. Una vez más, se resignó y plegó velas. No quería arriesgarse a desatar el mal humor de su marido.

—¿Qué quería la policía? —cambió ella de tema.

—Hablar con Alicia.

—Por lo de la niña muerta... —musitó Ana.

—Sí. Y creo que le han visto las marcas de la muñeca.

Ana abrió mucho los ojos y se llevó la mano a los labios.

—No voy a pasar otra vez por lo mismo —amenazó él—. No pienso pasar ni un solo minuto en un calabozo, Ana. Ni uno. Así que reza para que no vuelvan a buscarme.

—¿O qué? —desafió la mujer con miedo en los ojos.

—Mejor no quieras saberlo —respondió él dando media vuelta en dirección a su despacho.

45

En el mismo momento en que Teresa Villa y Jorge Gutiérrez llegaban a jefatura para interrogar a Roberto Jiménez, una atribulada Victoria Pañeda paseaba con azoramiento de un lado a otro de su despacho. Se retorcía las manos con nerviosismo. Teo Aparicio y Marisa Linera la miraban sentados frente a su mesa de escritorio esperando a que decidiera sentarse también y explicar el motivo de aquella inquietud. Los había convocado con urgencia en su despacho y eso no presagiaba nada bueno.

—Me ha llamado el inspector de zona —anunció por fin acomodándose tras la mesa—. Van a abrir una investigación.

—Eso era previsible. ¿Has leído hoy *El Diario*? —replicó la orientadora—. Es bastante explícito con el tema del *bullying* en este colegio.

—Y para empeorar la situación —añadió la directora— hay dos equipos de televisión a la puerta del instituto y el teléfono no ha dejado sonar en lo que llevamos de mañana. Tenemos que preparar una estrategia. De lo contrario, esta situación nos va a pasar una factura muy cara.

—¡¿Una estrategia?! —estalló Linera—. En su momento, y no ahora, deberíais haber activado el protocolo, esa era la estrategia —acusó mirando a la directora y al jefe de estudios.

—¡Pensábamos que era un caso aislado... una pelea entre dos

chiquillos! —se defendió la directora.

—¡No pluralices! —exclamó la orientadora—. Sabías, porque yo te lo vine a contar, que no se trataba de un caso aislado. No solo hubo una denuncia de un grupo de alumnos, sino que había vídeos probatorios, y no de una única agresión... Había vídeos de muchas agresiones dentro de este centro. Y decidiste mirar para otro lado, darle carpetazo, y sin hacer mucho ruido, para no manchar el prestigio del instituto.

—Marisa, estás exagerando y te estás comportando como una histérica —señaló Teo Aparicio.

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees? —preguntó con sorna la orientadora—. Entonces, estemos tranquilos, ¿no? ¿Qué importa que desde la Inspección de Educación vayan a abrir una investigación? ¿Qué importa que esté la policía interrogando a todos nuestros alumnos sobre las agresiones que se producen aquí? ¿Qué importa que hayan matado a una niña que, da la casualidad, era una de las acosadoras? —continuó elevando cada vez más la voz.

—Debemos tener la cabeza fría, Marisa, para pensar qué vamos a hacer y que esto no nos salpique más de lo necesario —pidió Victoria Pañeda.

—Tendrías que haber hecho algo en su momento y no lo hiciste —atacó la orientadora sin tratar de calmarse—. Actuaste de forma unilateral, sin informar a la Comisión de Convivencia, sin contar con ninguno de los órganos del centro para este tipo de situaciones, Victoria. Ni siquiera aplicaste medidas disciplinarias contra los agresores. Una charlita de *boy scout*. Es todo lo que hiciste —continuó.

—¡Hice lo que tenía que hacer! —estalló la directora.

—¡No hiciste nada! —vociferó Marisa—. Asumiste competencias que no te correspondían y tomaste decisiones desacertadas de forma unilateral.

—Creo que nos estamos excediendo —intentó mediar Teo Aparicio—. Centrémonos en lo que vamos a hacer.

—Yo no voy a hacer absolutamente nada —sentenció Marisa Linera—. Entiendo que quieras jubilarte con honores, Victoria, con una trayectoria intachable y dejando en manos de tu sucesor un centro ejemplar, sin una sola incidencia en años. Eso sería muy loable si fuera cierto. Pero no lo es —espetó mirando a Victoria Pañeda, que

seguía estrujándose las manos con nerviosismo—. Y no todo vale para salvaguardar tu jubilación. No a costa de la seguridad de nuestros alumnos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Teo Aparicio.

—Que no voy a volver a dejar tirados a esos chicos —resolvió la orientadora levantándose con intención de irse. En lo que a ella respectaba, la reunión había concluido—. No volveré a dejarlos solos, indefensos y a merced de la mirada ciega de este centro.

46

El inspector Antonio Carrasco y el subinspector Pablo Queipo acababan de salir del domicilio de Rosa Colomina tras hablar con los padres de la estudiante. Estos no habían podido aportar nada que no supieran ya: que la chica no tenía enemigos, que era una buena estudiante a la que le entusiasmaba la carrera que estudiaba, que no daba problemas en casa, que no andaba metida en malos ambientes, que no entendían qué hacía en la zona de La Florida, pues no era una un barrio que frecuentara, que ellos supieran, y que estaba muy entusiasmada con el trabajo eventual que había conseguido en El Cometa Rojo como monitora. Que no la habían notado más preocupada de lo normal y que su comportamiento no había cambiado en los días previos a su muerte.

Se dirigieron a El Cometa Rojo, la empresa de actividades lúdicas ubicada en la calle Caveda, una de las más céntricas de Oviedo, estratégicamente establecida frente a una de las mejores librerías infantiles de la capital.

El gerente, Carlos Expósito, los recibió en su despacho con la mejor de las disposiciones.

—Lo que necesiten —había dicho—. Rosa era una chica excelente y muy trabajadora. Tenía muy buena mano con los niños. Y se llevaba muy bien con sus compañeras. Es terrible lo que le ocurrió.

—Vamos a necesitar hablar con ellas otra vez —pidió Carrasco.

—Puedo facilitarles sus nombres. Estudian Educación Infantil en la misma facultad que Rosa.

—Sería estupendo —agradeció Carrasco.

Se veía que el hombre estaba ansioso por colaborar.

—Muchas de las preguntas ya las contestó usted en su día, pero ¿le importaría si volvemos sobre ellas?

—Por supuesto.

—Bien, ¿cuánto hacía que Rosa trabajaba para usted?

—Más o menos un año. Empezó el verano pasado como monitora en ocho campamentos de una semana de duración que organizamos cada año. Acababa de terminar el primer curso de la carrera y tenía mucho interés en hacer prácticas —explicó—. Me gustó el trabajo que hizo y empecé a contar con ella cada vez que algún colegio contrataba nuestros servicios para las actividades extraescolares.

—¿Tuvo problemas con alguien? —preguntó Queipo.

—Que yo sepa, no. Ya les digo que se llevaba bien con todo el mundo. Hasta con los padres —el hombre sonrió—, y les aseguro que eso es lo más difícil.

—¿Con algún alumno? —insistió Carrasco.

—Ahora que lo dice, problemas no, pero mostró preocupación por la alumna de un instituto.

—¿Qué tipo de preocupación?

Carrasco y Queipo se miraron. Por fin, algo nuevo.

—Pensaba que estaba recibiendo malos tratos.

—¿Le dijo de quién se trataba?

—Solo me dijo el nombre de pila de la niña: Alicia.

—¿Y el instituto al que pertenecía? —quiso saber el subinspector Queipo.

—En realidad, la niña iba al instituto Manuel Machado. El mismo donde estudiaba la chiquilla que apareció muerta el otro día.

—¿Por qué no comentó esto la primera vez que hablamos con usted? —El tono de Carrasco sonó severo y con cierto reproche.

Carlos Expósito parpadeó sorprendido por el cambio de registro del policía.

—Porque... —balbuceó indeciso— no me pareció importante y ahora se lo cuento por la coincidencia de que tanto la chica muerta como esa tal Alicia estudiaran en el mismo instituto.

—En una investigación por asesinato, todo, absolutamente todo, es importante, señor Expósito —reprochó el inspector.

—¿Hizo usted algo respecto a la preocupación de Rosa Colomina por esa niña? —intervino el subinspector Queipo.

El director de El Cometa Rojo enrojeció y bajó la mirada avergonzado.

—En realidad, no —reconoció con tribulación—. Lo dejé correr y le sugerí a Rosa que hiciera lo mismo.

—¿Y sabe si siguió su consejo?

—No lo sé —reconoció—. Pero, tal y como era ella, lo dudo mucho.

47

El subinspector Gutiérrez estaba pegado a la pantalla de su ordenador mirando atestados en SIDENPOL[4] en los que apareciera el nombre de Iván Peña. Teresa Gutiérrez estaba de pie, detrás de él, mirando por encima de su hombro las denuncias por malos tratos que se habían presentado en contra del hombre.

—Ninguna de ellas llegó a nada —resopló el subinspector—. En todas su mujer alegó que se trataba de un error, que sus lesiones y las de sus hijas se debían a caídas fortuitas, y se negó a denunciar. Pero tu corazonada era cierta: es un puto maltratador.

—Fueron todas denuncias de oficio —leyó Teresa en la pantalla—. Dos de ellas cursadas por el hospital y una por una vecina, que originó la presencia en el domicilio familiar de dos agentes de Seguridad Ciudadana. El atestado dice que encontraron al hombre en un gran estado de agitación y a la madre con un golpe en la cara. El hombre pasó un par de noches en el calabozo, pero la mujer, de nuevo, se negó a presentar una denuncia. Ninguna de las cursadas llegó a nada por el mismo motivo.

—Hay que hablar con esa vecina y con su mujer —terció Gutiérrez —. No estaría de más pedir una orden para ver el expediente médico de la niña y de la madre.

—¿Hablamos con Castro? —sugirió Teresa sentándose en la mesa frente a Gutiérrez.

—No —rechazó este—. Con el comisario. Y después vamos a interrogar a Roberto Jiménez.

La conversación con Rioseco apenas duró diez minutos. Los dos agentes le expusieron los hechos y el comisario se comprometió a solicitar el mandato judicial.

—No entiendo qué relación pueden tener los supuestos malos tratos de un padre a su familia con el caso que nos ocupa, pero no seré yo quien ponga puertas al campo. Al fin y al cabo, la violencia de género también es un delito.

Quince minutos después, los dos policías estaban sentados en una sala de interrogatorios con Roberto Jiménez, que era un manojo de nervios. A su lado, su madre, una mujer sencilla en el vestir y con el gesto serio de alguien acostumbrado a tener que acudir a que le sacaran los colores por culpa de su hijo, saludó con amabilidad a los agentes. Estos agradecieron no encontrar a la progenitora a la defensiva, como era lo habitual.

En esa ocasión, habían decidido que Gutiérrez llevaría el peso del interrogatorio. Teresa observaría las reacciones del chico y solo intervendría para ejercer de poli bueno si era necesario.

El muchacho, con un corte de pelo que le dejaba la coronilla al aire por debajo de un tupé que le caía lacio hacia un lado del rostro tapándole el ojo derecho, evitaba mirar de frente. Cuando entraron los policías en la sala, se irguió en la silla como si le hubieran dado una descarga eléctrica en el trasero.

—No sé qué hago aquí. Ya les expliqué todo lo que vi el día que llamamos al 112 para avisar de lo que habíamos encontrado.

Teresa y Gutiérrez repararon en que omitía deliberadamente darle nombre a lo que había encontrado: una niña muerta llamada Elsa Canteli.

—El caso es, Roberto —empezó Gutiérrez con calma—, que se te olvidó comentarnos que conocías a la víctima.

Roberto se revolvió incómodo en la silla y se miró las manos sin contestar. Su madre giró la cabeza hacia él y Gutiérrez leyó el miedo en sus ojos.

—¿La conocías o no? —inquirió el subinspector con tono amenazante.

—Sí —reconoció el chico—, pero en aquel momento no supe que

era ella.

—Bueno... eso puedo creérmelo, porque quien la mató le destrozó el rostro hasta dejarla irreconocible —soltó Gutiérrez con intención de incomodar al muchacho mucho más de lo que ya estaba—. Le hundieron el cráneo hasta dejarle el cerebro como una papilla, le reventaron los ojos, de la nariz solo quedó polvo y no te voy a explicar cómo estaba el resto de la cara.

Roberto Jiménez contrajo el rostro en una mueca de asco primero y de horror después.

—¡Dios mío! —musitó su madre llevándose las manos a la cara, no tanto por la descripción de las lesiones de Elsa Canteli como por la posibilidad de que el autor estuviera sentado a su lado.

—Subinspector —intervino Teresa con el tono más amable que encontró entre la gran variedad que tenía—, no es necesario que sea tan explícito.

—¿Por qué no te pronunciaste en cuanto supiste que el cuerpo era el de Elsa Canteli? —preguntó Gutiérrez rebajando el tono de voz—. Porque me imagino que verás la televisión, y han estado diciendo su nombre hasta en los concursos televisivos.

Roberto Jiménez se encogió en la silla. De repente, parecía más un niño de Infantil con un ridículo peinado que un chico de dieciséis años.

—Haz el favor de contestar —le ordenó su madre con dureza.

—No pensé... No creí... No creí que fuera importante si la conocía o no —consiguió articular.

—¿En serio? Matan a una chica a la que conocías, encuentras el cuerpo pocas horas después ¿y crees que ese dato no es importante? ¿De verdad esperas que nos lo creamos?

—¡Es la verdad! —exclamó con desesperación mirando al policía y a su madre alternativamente.

—¿De qué la conocías? Porque no estudiabais en el mismo instituto, y la diferencia de edad no hace muy probable que estuvierais en la misma pandilla.

—De verla por el barrio —contestó Roberto con un hilo de voz.

—¿Solo de eso? —Gutiérrez jugaba con él al gato y al ratón para ver hasta dónde era capaz de mentir o de ocultar información.

—Sí, solo de eso.

—¿Nunca hablaste con ella?

—No —mintió—. Era una cría —añadió con desdén.

El subinspector miró a su compañera y resopló.

—Eres un mentiroso. Eso para empezar —espetó haciendo ver que se le había agotado la paciencia—. De manera que también podrías ser un asesino. Y cualquier cosa que nos digas ahora tendremos que ponerla en cuarentena, pues ya nos has mentido dos veces.

—¡No he mentido! ¡Yo no he matado a nadie!

La desesperación del chico era palpable. Hizo amago de levantarse. Su madre lo agarró por el brazo y con un tirón brusco, sin consideración, lo volvió a sentar en la silla. La mujer estaba asustada, pero no emitió comentario alguno. Dejó a los policías hacer su trabajo, cosa que ellos agradecieron. Cualquier otro padre ya hubiera montado en cólera contra ellos.

—Roberto, hemos encontrado un preservativo en la escena del crimen con tu semen y fluidos vaginales de Elsa Canteli —terció Teresa—, así que te aconsejo que dejes de mentir y empieces a contarnos la verdad, porque la cosa se te puede complicar mucho.

—¡Desgraciado! —exclamó de repente la madre, girándose hacia su hijo. Le soltó un bofetón con la mano abierta que hizo que el chico casi se cayera de la silla—. ¿Qué le hiciste a esa niña? ¿La violaste! ¡¿Qué le hiciste?!

Roberto Jiménez se encogió aún más y se protegió la cabeza con las manos. Comenzó a sollozar. Teresa se levantó de un salto y fue junto a la mujer. La agarró con suavidad por los brazos y notó que temblaba.

—Señora, necesitamos que se calme —pidió con amabilidad—. De lo contrario, tendremos que pedirle que se vaya y no podremos seguir hablando con su hijo, pues ha de estar en presencia de, al menos, uno de sus padres.

La mujer asintió con la cabeza y Teresa notó que se relajaba. Se giró hacia su hijo y, sin tocarlo, reclamó su atención.

—Ahora mismo vas a contarles a estos agentes qué hiciste —exigió con la voz grave y contundente—. Todo. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Sin omitir ni un solo detalle. ¿Me has entendido?

El chico movió perceptiblemente la cabeza y se sorbió los mocos. Volvió a bajar la mirada hacia sus manos antes de hablar.

—Me lo montaba con ella —musitó.

A la madre se le escapó un gemido casi imperceptible y apretó los puños. El sufrimiento de la mujer era tan evidente como el miedo de su hijo.

—¿Era tu novia? —quiso saber Teresa.

—No. —Parecía que Roberto Jiménez se hubiera quedado sin fuerzas, sin resuello. Apenas le salía la voz del cuerpo—. Solo nos lo montábamos de vez en cuando. Ella me gustaba. Parecía mayor, no solo de cuerpo, sino cómo pensaba y eso.

—Explícanos lo del condón —pidió Gutiérrez.

—Quedábamos debajo de la pasarela y lo hacíamos —confesó—. A ella le gustaba ese sitio. Fue por ella por quien empecé a ir con mis amigos los viernes de noche... —miró de soslayo a su madre— a hacer botellón.

—¿El día que la mataron lo hicisteis? —Gutiérrez empleó adrede la jerga del muchacho.

—¡No! Ese día ni la vi.

—¿Cuándo fue la última vez que os visteis para montároslo?

—El día anterior. Quedamos sobre las siete y estuvimos juntos apenas una hora.

—¿Visteis a alguien?

—No. El sitio está oculto. Oímos a gente que cruzaba la pasarela, pero no vimos a nadie.

—¿Hasta qué punto conocías a Elsa? —inquirió Teresa.

—No mucho. Quedábamos para lo que quedábamos. Y no era para hablar —señaló el chico con naturalidad.

—¿Tenía enemigos?

—Ni idea.

La respuesta no sonó sincera y los policías se percataron de ello.

—¿Eras su amigo en Facebook?

El giro de la pregunta hecha por Gutiérrez sorprendió al chico.

—Sí.

—Entonces viste los vídeos.

Era una afirmación y con ella le daban a entender que sabían la respuesta.

—Sí —respondió con un hilo de voz mirando por primera vez a los agentes.

—Te lo voy a volver a preguntar, ¿crees que tenía enemigos? —Gutiérrez suavizó el tono a propósito.

Roberto Jiménez se encogió de hombros. Su madre volvió a girarse hacia él y ese movimiento le animó a contestar.

—Imagino que sí —reconoció—. Estaba un poco... chiflada, ¿saben? Le gustaba acojonar al personal.

—¿Sabes de alguien en particular que quisiera hacerle daño? ¿Te habló ella de alguna persona que la molestara?

—No sé si será importante, igual ni tiene que ver con todo esto...

—Eso deja que lo decidamos nosotros, Roberto —pidió la subinspectora.

—Me habló de una cría —indicó—. No me dijo su nombre, pero estaba obsesionada con ella. Me dijo que había encontrado la forma de ponerla en su sitio y que le iba a dar una lección que no olvidaría en su vida.

—¿No te explicó quién era? ¿No te enseñó una foto... algo? —insistió Gutiérrez.

El chico negó con la cabeza y volvió a encogerse de hombros.

—Está bien. ¿Dónde estuviste el viernes entre las dos y las tres de la tarde?

—En el despacho del director de su instituto. —Fue su madre quien contestó con resignación y, al mismo tiempo, trasluciendo alivio —. Yo estaba con él. El viernes mi hijo fue expulsado del aula por insultar a un profesor. A esa hora estábamos en el despacho del director tratando de que el castigo no se convirtiera en expulsión.

—¿Es eso cierto, Roberto?

—Sí —respondió avergonzado.

—Vamos a comprobarlo.

—Háganlo —dijo ella—. Es mi hijo y por él mato, pero trato de que sea responsable de sus actos. Aunque, a la vista está, con poco éxito. Les puedo asegurar que jamás lo encubriría para que saliera indemne de un hecho tan terrible como el que ha ocurrido.

Teresa y Gutiérrez sintieron lástima y admiración a la vez por aquella mujer que no temía mirar a la verdad a la cara, aunque la obligara a llorar por las noches en silencio.

Cuando terminaron de interrogar a Roberto Jiménez era pasado el mediodía.

—¿Y ahora qué? —preguntó Teresa desperezándose sin pudor.

—¿Te apetece otra visita a casa de Iván Peña?

—Me apetece, pero antes deberíamos examinar los expedientes médicos de su mujer y su hija.

—A ver si Rioseco ha conseguido la orden y hacemos una escapada al HUCA.[5]

48

Olivia conducía deprisa por la autovía en dirección a Oviedo. Mario iba a su lado reflexionando sobre lo que les había contado Ángela Pascual. En su época de escolar no había tanta protección hacia el alumno ni tanto protocolo ni órgano disciplinario en los centros. En su colegio mandaba una única persona: el director, que era Dios. A los profesores había que llamarlos «señor maestro» y tratarlos de usted, y eran quienes aplicaban la justicia en el aula. Se comportaban como el papa. No había que besar el suelo que pisaban, pero administraban el jarabe de la disciplina de forma muy diferente a como lo hacían ahora. «Y, visto lo visto —se dijo Mario—, era más eficiente». Aunque en aquella época había maestros que se pasaban en sus atribuciones y llevaban a rajatabla aquello de «la letra, con sangre entra», rara vez se metían en cuestiones que no fueran la tabla de multiplicar o las capitales del mundo. Dejaban que los escolares solucionaran sus propios problemas, siempre que estos se desarrollaran fuera del aula. Nunca intervenían. Se producían peleas en los recreos, a la salida del colegio e, incluso, siempre había un alumno en cada clase que era el objeto de las burlas de los demás y que se pasaba el año aguantando collejas e insultos de sus compañeros. Pero nadie se molestaba en tomar cartas en el asunto porque no eran temas que competieran a los profesores ni al director.

—Vas muy callado —dijo Olivia.

—Estoy pensando en cómo han cambiado los tiempos —respondió él sin dejar de mirar por la ventanilla—. No recuerdo que en mi época de estudiante fuéramos tan crueles.

—En tu época no lo sé, pero en la mía créeme que sí. Como la tomaran contigo, estabas lista —contestó ella haciendo una mueca con la boca—. Tú eres un viejuno, Mario.

—¡Eh, pichón! Que solo te llevo diez años —protestó él.

—¿Solo? Eso, en el ámbito escolar, es un mundo.

—En realidad, las cosas han evolucionado mucho. Antes los problemas entre nosotros los solucionábamos a nuestra manera. Yo llegaba a casa cada día con un cardenal nuevo. Y nadie me preguntaba o se preocupaba por el origen de ese moratón. Ni en casa ni en el colegio.

—Ahora ya ves que tampoco —sentenció ella—. A pesar del protocolo de intervención establecido por los organismos de Educación, hay centros que siguen sin hacer nada. Los tiempos no han cambiado tanto, Mario. Solo lo han hecho las leyes —razonó ella—. Pero ¿de qué sirven, si no se aplican?

—No te falta razón.

Estaban llegando a Oviedo cuando sonó el móvil de Olivia. Era doña Elena. Olivia pensó en la conveniencia de dejarlo sonar. No tenía ganas de hablar con su madre. Luego reparó en que, si no atendía en ese momento la llamada, tendría que hacerlo más tarde. Doña Elena no era persona proclive a rendirse a la primera de cambio. Y mucho menos con su única hija. Así que Olivia conectó el manos libres y descolgó.

—Hola, madre —saludó con desgana.

—Olivia Marassa. —El tono de doña Elena sonó a reproche—. Lo que hiciste ayer fue insultante y de muy mala educación.

—Madre, no quiero discutir —respondió la periodista con hastío.

—Y yo tampoco. Solo quiero que nos veamos y hablemos.

—¿Para qué?

—Ven a cenar a casa esta noche. —No era una petición, ni siquiera una sugerencia. Era una orden en toda regla.

—¿Hoy no tienes planes? —preguntó con retintín, molesta por el tono de su madre.

—Olivia, te prohíbo que me hables así. Esta noche te quiero en

casa.

Doña Elena colgó sin dar a Olivia opción a réplica.

—¿De qué iba eso? —preguntó Mario sorprendido.

Olivia resopló.

—No me preguntes —bufó ella apretando el volante con fuerza.

Mario levantó los brazos pidiendo paz con el gesto y volvió a centrar la vista en los edificios que iban dejando atrás, aunque en su interior tuvo que reprimir una carcajada. Había alguien que era capaz de domar a la fierecilla, y se llamaba doña Elena.

Cuando llegaron al instituto, Olivia estaba de un humor de perros, y cuando la periodista dejaba sacar el genio, más valía apartarse, así que Mario se limitó a seguirla por los pasillos del centro. Sonó un timbre y, de repente, estos se llenaron de alumnos que parecían enloquecidos. Era la hora del recreo.

En el mismo instante en que los pasillos enmudecieron —la locura había invadido el patio—, volvió a sonar el teléfono de Olivia. Se sorprendió cuando leyó el nombre de quien la llamaba. Era Matilda, una de las niñas con las que había hablado el día anterior, la misma que le había enviado los vídeos de las agresiones por WhatsApp.

—¿Eres la periodista con la que hablamos ayer? —preguntó una voz tímida al otro lado.

—Sí, soy Olivia. Y tú eres Matilda, ¿verdad?

—Sí —respondió la niña un poco cohibida—. Necesitamos hablar contigo. Es importante.

—Estoy en el colegio, Matilda.

—¡Mucho mejor! —exclamó la niña—. Sube a la primera planta. Enfrente de la Secretaría hay una puerta: es el salón de actos. Entra sin que te vean. Estaremos allí en dos minutos.

Colgó.

Olivia se quedó mirando el teléfono móvil con curiosidad.

—¿Quién era? —preguntó Mario.

—Una de las niñas con las que hablamos ayer. Vamos. Tenemos que encontrar el salón de actos.

Subieron a la primera planta. En cuanto llegaron al inmenso rellano, vieron la puerta que daba acceso al salón de actos. No hubiera sido difícil de encontrar, pues era la única que había. La Secretaría estaba justo enfrente, tal y como había dicho la niña, de manera que

tuvieron que esperar a que la secretaria se girara a coger algo a su espalda para escabullirse dentro.

A los pocos segundos, la puerta se abrió y entraron corriendo los cinco amigos.

—Shhhhhhhh. No hagáis ruido —ordenó a los demás en susurros la pelirroja—. Si nos pillan aquí dentro, nos la cargamos.

Se acercaron a Olivia y a Mario. Venían sofocados por la carrera.

—Tenemos poco tiempo. Vamos —cuchicheó Patricia cogiendo a Olivia por la manga y arrastrándola hacia el escenario. Una vez allí, todos se agacharon hasta quedar en cuclillas—. Así, si alguien asoma la cabeza, no podrá vernos.

—¿Qué pasa? —inquirió Olivia cada vez más intrigada.

—Hay dos policías en el instituto. Y han pedido hablar con todos los niños que aparecemos en los vídeos —comenzó a explicar atropelladamente Liliana.

Olivia ya se lo imaginaba.

—El caso es que después del recreo nos tocará a nosotros. Y tenemos un problema. —Fue Daniel quien tomó la palabra.

—Nuria tiene un problema —matizó Liliana.

—Si Nuria lo tiene, lo tenemos todos, Lili. Recuerda, todos a una —recriminó Patricia.

—¿Me contáis lo que pasa? —atajó Olivia con impaciencia.

—El día que mataron a Elsa, yo la seguí —comenzó a explicar Nuria.

Hablaba tan bajo que a Olivia le costaba entenderla. Se acercó a ella.

—¿Cómo que la seguiste?

—Hasta el puente. A la salida de clase. Quería encararme con ella, darle un par de puñetazos.

—¿Iba sola? —intervino Mario.

Los cinco amigos se percataron de repente de la presencia del fotógrafo.

—Sí —afirmó—. Y cuando llegó al puente, se metió debajo —continuó la chica—. Iba a seguirla, pero oí que hablaba con alguien y decidí esperarla al otro lado de la calle.

—¿Había alguien más bajo la pasarela?

La chica asintió con la cabeza.

—¿Quién?

—No lo sé —replicó con desesperación—. No pude ver quién era. Hablaban muy bajito y tampoco fui capaz de distinguir si era una voz de chico o de chica.

—¿Me estás diciendo que pudiste ser la última persona en ver con vida a Elsa Canteli?

—La última no —apuntilló Lili con rapidez y afán protector—. Ella no la mató.

—Quizá sí —susurró Nuria mirando con cariño a su amiga. Olivia percibió miedo en su voz—. Esperé unos diez minutos y, como no salía, me fui. Y ahora no sé qué hacer.

—Tienes que contárselo a la policía, Nuria —aconsejó Olivia—. Es una información importante.

—Pero no quiero que sospechen de mí. Siempre sospechan de la última persona que vio a la víctima.

—Eso solo pasa en las películas —respondió Olivia tratando de tranquilizar a la chiquilla—. ¿Te acercaste a la pasarela en algún momento?

—Ni de coña —negó con rotundidad.

—¿Recuerdas la hora?

—Me fui a eso de las dos y cuarto. Y Elsa seguía viva. La oía hablar.

—Debes contárselo a la policía —insistió la periodista—. Tienes que hacer lo correcto. Y sin miedo. De hecho, estás siendo muy valiente.

Nuria pareció tranquilizarse, y sus amigos hicieron un coro de cuchicheos alrededor de ella, apoyando el consejo de Olivia.

Sonó el timbre y los cinco amigos se levantaron de un salto.

—Tenemos que irnos —dijo Patricia—. Gracias.

—Gracias —secundaron los demás al unísono.

Y tal y como habían entrado, desaparecieron corriendo por la puerta del salón de actos.

—Vaya tela —señaló Mario levantándose y estirando las piernas.

—Seguro que Castro es uno de los policías que está en el colegio interrogando a los chicos. Hay que contárselo.

—¿Antes o después de hablar con la directora?

—Le mando un wasap y hablamos con la directora —decidió

Olivia—. Así matamos dos pájaros de un tiro y no perdemos tiempo.

Sacó su teléfono móvil y escribió el mensaje: «Cuando hables con una niña que se llama Nuria, pregúntale dónde estaba el viernes a las dos. Fue la última persona en ver con vida a Elsa Canteli. De nada».

Seguidamente, salieron del salón de actos tan furtivamente como habían entrado y se dirigieron a la Secretaría. Olivia solicitó hablar con la directora del centro. Antes de que la secretaria tuviera tiempo de responder a la petición de la periodista, una voz femenina llamó su atención a sus espaldas:

—La directora estás ocupada en estos momentos. Y aunque no lo estuviera, no haría declaraciones a la prensa.

Olivia y Mario se giraron. Tenían delante a una mujer de mirada decidida y porte elegante, aunque vestía con desenfado.

—Soy Marisa Linera, la orientadora del centro —se presentó—. Yo me encargo, Clara —dijo dirigiéndose a la secretaria, que no ocultó un gesto de alivio—. Acompáñenme —pidió girando sobre sus talones y encaminándose al segundo piso.

Olivia y Mario la siguieron hasta un despacho diminuto y oscuro en el que solo había una antigua mesa de madera, dos sillas distintas y una pequeña estantería con manuales de Psicología.

Marisa Linera les invitó a que tomaran asiento con una indicación de la mano.

—No les voy a preguntar cómo han conseguido la información y el vídeo que han publicado hoy —comenzó ella.

—Es muy fácil —replicó Olivia, omitiendo su conversación con los cinco niños. No tenía intención de traicionarlos—. Los vídeos están en internet, accesibles para todo el mundo. Lo raro es que seamos los únicos en haberlo publicado. —Mario carraspeó para indicarle a su compañera que no provocara—. Pero lo que no está en la web y sé de buena tinta es que el colegio conocía la existencia de esos vídeos —continuó la periodista en el mismo tono, haciendo caso omiso al toque de su compañero—, al menos, de alguno de ellos, así como de las agresiones a ciertos alumnos de este centro.

Marisa Linera no manifestó sorpresa ni emoción alguna. Su cara era un lienzo en blanco. No demostró disgusto ni sorpresa por la información que poseía la periodista. Se tomó un momento para hablar y, cuando lo hizo, afrontó la situación con calma.

—No es algo que vaya a desmentir —confirmó—, porque me siento responsable, en cierta medida, de lo que ha pasado. Las instituciones académicas deberían ser una prolongación de la familia, un sitio donde los chicos se sientan seguros, protegidos. —La mujer suspiró y esbozó una sonrisa torcida en la que Olivia creyó ver desencanto—. Pero no es así, al menos en este centro.

—Así que reconoce que conocían el *bullying* por parte de ciertos alumnos —quiso confirmar Olivia.

—Sí, lo sabíamos —corroboró la orientadora—. Un grupo de chicos de primer curso vino a verme. Me contaron lo que les hacían algunos alumnos de cursos superiores. Incluso me enseñaron los vídeos. Elsa Canteli era una de las agresoras.

—Y no hizo nada. —El tono de Mario fue de reproche, casi despectivo, hacia la mujer que tenían delante.

—Informé a la directora creyendo que, desde el equipo de Dirección, se activaría el protocolo establecido para estos casos, que pasa por comunicarlo a la Comisión de Convivencia del centro, a la Inspección de Educación, a la profesional de Servicios a la Comunidad y, en última instancia, a la policía —confesó Linera—. Se debería haber tratado el problema con un plan integral a todos los niveles, empezando por los agresores y las víctimas, y continuando con el resto de la comunidad escolar, incluidos los profesores, para atajarlo de raíz, prevenir futuras situaciones y, sobre todo, averiguar qué ha fallado. En estas circunstancias, no solo fallan los alumnos, las instituciones también lo hacen. Y es lo más peligroso.

—Pero no se hizo nada de eso, ¿no? —acusó Olivia—. ¿En qué punto falló el centro? ¿En qué momento se puso el cortafuegos para que el problema no trascendiera y quién lo hizo?

—Victoria Pañeda, la directora —respondió con contundencia y sin titubeos—. Tiene un perfil poco democrático y tiende a tomar decisiones de forma unilateral, sin contar con el resto del equipo. Se limitó a soltar una regañina a los acosadores y un par de frases amables y condescendientes a las víctimas. —Linera hizo una pausa y sus labios se torcieron en una apática sonrisa—. Y eso me confirmó que su compromiso ético tampoco es muy elevado.

—¿Y usted no hizo nada al respecto? —Olivia estaba asistiendo a una confesión en toda regla sobre la responsabilidad del centro.

—Yo fui negligente —reconoció la orientadora. Lo dijo sin tapujos, sin excusas, como un hecho irrefutable—. Me quedé observando la mala praxis de esta persona. Durante un tiempo, me disculpé a mí misma fingiendo creer que las agresiones cesarían, aunque en el fondo siempre supe que no sería así. Fui una pésima profesional y, lo que es peor, pequé de desidia permitiendo que Victoria Pañeda convirtiera este colegio en su cortijo particular.

—Pero ¿por qué? ¿Qué gana Victoria Pañeda ocultando hechos tan graves?

—El Manuel Machado lleva años sin incidencias. Es uno de los centros mejor valorados de Oviedo, y Victoria Pañeda quiere que siga siendo así. Un incidente de este calibre hubiera empañado el buen nombre del instituto —argumentó Marisa Linera—. Ella se jubila el año que viene y quiere salir por la puerta grande.

La hipótesis de Ángela Pascual había dado en el clavo. Al final, el motivo había sido estadístico y, por asociación, económico.

—Pues ahora lo va a hacer por la trasera, y tendrá mucha suerte si no lo hace esposada —replicó Olivia con un tono de voz que no transmitía más que desprecio.

—Nunca pensó que la situación se le iría de las manos —señaló la orientadora.

—¿Ni siquiera tras el caso de Jimena Feito, la niña que intentó suicidarse hace un par de meses? —atacó la periodista.

Marisa Linera dio un respingo en la silla y arrugó el ceño. La orientadora estaba confundida, y su rostro denotaba que realmente ignoraba lo que le había ocurrido a la niña.

—No sé de lo que me habla.

—Le hablo de Jimena Feito —continuó Olivia sin piedad—. Doce años. Alumna de este centro. El grado de acoso fue tan brutal que la niña trató de quitarse la vida. Sus padres vinieron al instituto y hablaron con Victoria Pañeda, quien, por lo visto, una vez más, no hizo nada.

—Les juro que no tenía ni idea de lo que me está contando. —Olivia la creyó. Su conmoción no era fingida.

—¿No sabía que había dejado el centro a mitad de curso?

—Bueno, eso sí —reconoció Linera cada vez más confundida—. Pero no por los motivos que me acaba de contar. La dirección nos

comunicó el cambio de centro alegando motivos familiares.

Olivia soltó una carcajada cáustica.

—¿Qué van a hacer con lo que les he contado? —quiso saber Marisa Linera.

—Publicarlo —afirmó Olivia con decisión—. Y no me pida confidencialidad porque, en esta ocasión, seré tan poco ética como ustedes. Voy a publicarlo absolutamente todo.

Marisa Linera, lejos de mostrar contrariedad, pareció más tranquila.

—Eso espero —dijo relajando los hombros, como si se le hubiera quitado un peso de encima.

—A usted la van a crucificar, ¿lo sabe, no? Los juicios en la calle son bastante peores que en los juzgados, y a sus superiores no les va a sentar nada bien que haya hecho estas declaraciones.

—Es lo justo —convino con una sonrisa cargada de tristeza—. Profesionalmente, estoy poco menos que acabada. Lo sé. Pero es peor estar acabada como ser humano. Y, realmente, me he comportado con tanta crueldad como los autores del *bullying*. Por omisión de ayuda, pero eso no resta gravedad a mi acción. Es la única manera que se me ocurre de intentar paliar el desastre que hemos provocado. Eso y denunciarlo a las autoridades competentes —añadió—. ¿Saben? Lo peor de todo es que, a pesar de lo ocurrido, Victoria Pañeda no quiere asumir responsabilidades y está tratando de adulterar los sucesos falsificando informes que nunca se hicieron.

—Le aconsejo que hable con la policía de todo esto —recomendó Olivia sintiendo un poco de respeto por aquella mujer—. Alguien se ha tomado la justicia por su mano, y ese alguien podría seguir en el instituto.

—Así lo haré —convino la orientadora con gesto cansado—. Y ahora, si me disculpan, tengo que ultimar asuntos antes de irme. Gracias por escucharme y, por favor, no omita detalle en su artículo de mañana.

49

—Estamos de mierda hasta el cuello, Martín —masculló nervioso Rodrigo sin dejar de pasear en pequeños círculos.

—Mis padres me van a tener castigada hasta el verano —se quejó Sonia sentándose en el suelo a pesar del frío—. Me van a matar cuando llegue a casa —se lamentó.

—Tendríamos que haberlo dejado cuando palmó la monitora —soltó Rodrigo—. Fue una señal que nos pillara.

—Y mejor señal fue que la espichara, ¿no? —sentenció Martín.

—No me creo lo que estás diciendo —afeó Sonia con cara de asombro.

—Era una petarda de tía —dijo Martín con desprecio—. Si no llega a palmar, nos hubiera denunciado.

—Pues por eso teníamos que haber parado de grabar —siguió protestando Rodrigo.

—Sois unas nenazas —replicó Martín despectivamente—. Me cansan vuestros lloriqueos.

Estaban los tres en el patio, detrás de una de las porterías de baloncesto. La policía ya había hablado con los tres y, a excepción de Martín, que daba la impresión de que la cosa no iba con él, los demás eran un manojo de nervios. Era la primera vez que el grupo se sentía vulnerable. Siempre habían sido intocables: Martín planeaba y organizaba las encerronas, y, la mayor parte de las veces, era el

encargado de grabar. Rodrigo era su sargento de armas, el brazo ejecutor. No era muy alto, pero sí fuerte. Como un armario. Le gustaba presumir de dar «hostias como panes». Las chicas, tanto Elsa como Sonia, sabían pasárselo bien sin necesidad de Martín ni de Rodrigo, pero les encantaba formar parte de un grupo en el que los chicos las respetaban como a uno más.

—¡¿Nenazas?! —exclamó Rodrigo encarándose a Martín—. Nos van a llevar delante de un fiscal y puede que vayamos a la cárcel por esos putos vídeos.

—Nadie va a ir a la cárcel, Rodrigo —respondió Martín sin inmutarse—. Somos intocables.

—Intocable serás tú —dijo la chica—. Como tu padre es abogado, te saldrás de rositas. ¿Y nosotros?

—Como mi padre es abogado, sé de buena tinta que no nos pueden hacer nada —explicó Martín empezando a perder la paciencia. «Menudo par de mierdecillas», pensó—. La Ley del Menor nos protege. Al menos hasta los catorce.

—¡Joder! Yo cumplo catorce el mes que viene.

Rodrigo se cogió la cabeza con desesperación y volvió a pasear en círculos, murmurando por lo bajo. Tenía el pelo alborotado y el rostro ceniciento.

—Para ya, capullo —ordenó Martín cambiando de postura—. Me estás poniendo nervioso.

—Te lo estás tomando muy bien, Martín —acusó Sonia—. Estamos en un lío de los gordos.

—Aunque Rodrigo cumpla catorce el mes que viene, las palizas que tanto le gustan y de las que tanto presume —ironizó el muchacho— las dio con trece. Sigue siendo intocable. Ni aunque hubiéramos matado a Elsa nos podrían tocar.

—Es por culpa de Elsa que estamos en esta situación —reprochó la chica poniendo morros—. Si no se hubiera muerto, no estaríamos así. ¿Sospecharán de nosotros?

De repente, la niña abrió mucho los ojos. Se había percatado de que la policía no estaba en el instituto solo por los vídeos.

—¡No jodas, Sonia! —exclamó Rodrigo malhumorado.

—A Elsa le gustaba ir por libre y se metió con quien no debía —replicó Martín con tono enigmático, haciendo caso omiso de la

reacción de sus amigos.

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Rodrigo deteniendo en seco su paseíllo circular.

—Lo mismo que vosotros. Nada —mintió.

Sí que sabía. Sabía mucho, pero no iba a ser él quien se lo pusiera fácil a los maderos de mierda. Tendrían que ganarse el sueldo que, según su padre, pagábamos entre todos. Y, además, la información era poder, y ahora él iba a tener mucho poder sobre la persona a la que había visto.

—No te creo —rebatió su amigo.

—Es tu problema, no el mío, Rodrigo. Y déjalo estar. ¿Habéis dicho a la poli lo que os pedí?

Los dos asintieron en silencio, mirando a Martín de soslayo por miedo a ver en su rostro algo que no les gustara.

—¿Que el viernes estuve con vosotros tomando algo hasta las tres? —insistió.

—Sí —corroboraron al unísono sus dos amigos.

—Pues entonces dejad de preocuparos. Somos nuestra propia coartada, ¿no lo veis? —Martín soltó una carcajada despectiva. Estaba harto de templar gaitas con aquellos dos.

—¿Y dónde estuviste en realidad? —quiso saber Sonia.

—Si te lo dijera, tendría que matarte —contestó él con mordacidad—. Y con una muerta en nuestro grupo ya es suficiente, ¿no te parece?

Sonó el timbre que anunciaba el final del recreo, y en cuestión de segundos el patio volvió a recobrar su aspecto desolador. Los tres amigos fueron los últimos en entrar en el edificio. Martín iba a la cabeza. Sonia y Rodrigo, detrás. En sus caras se podía leer el miedo por primera vez en mucho tiempo.

50

—Ya tenemos una de las páginas para mañana —anunció Olivia por teléfono a Matías Adaro en cuanto salieron del despacho de Marisa Linera.

El titular era gordo y la noticia, un bombazo. No solo tenían la confirmación de la mala praxis del centro en torno al *bullying*, sino que la fuente de información era una trabajadora del propio instituto que había visto los tejemanejes de la directora en primera fila.

—¿Y estás segura de que tenemos su consentimiento para publicarlo incluyendo su nombre?

—No solo eso. Me lo ha pedido explícitamente.

—Pues adelante entonces —accedió el director del periódico.

—¿Lo vas a meter en el digital? —quiso saber Olivia.

—Sí —confirmó Adaro—. Pero no ahora. Esta tarde, cuando menos posibilidades haya de localizar a nadie en el instituto. Y no toda la información. No se lo vamos a poner fácil a la competencia.

—Me parece bien —accedió Olivia.

Era un tema lo suficientemente gordo como para aguantarlo.

—Y de lo otro, ¿qué tienes?

—Del asesinato de la niña no tengo nada nuevo. Pero lo tendré —prometió la periodista.

—Pues ponte las pilas, que tienes otra página entera solo para ese tema —ordenó Adaro dando por terminada la conversación.

—¿Y ahora qué? —Mario miraba a Olivia expectante.

Olivia miró el reloj.

—Es más de mediodía. ¿Qué tal una cerveza y analizamos por dónde tiramos ahora? Además, tengo ganas de salir de este sitio.

Mario se encogió de hombros. Tampoco estaba cómodo en aquel centro después de lo que había escuchado.

Bajaron las escaleras y, cuando estaban llegando a la puerta de entrada, casi se dieron de bruces con el inspector Castro, que en ese momento entraba de la calle.

—Creí que estarías aquí interrogando a los alumnos —dijo Olivia al verlo llegar.

—Y lo estoy —respondió él con sequedad—. Hemos parado diez minutos y necesitaba tomar el aire.

—¿Has visto el wasap que te he mandado?

—Sí, lo he visto —confirmó Castro sin siquiera dejar asomar una sonrisa—. Hablaremos con la niña ahora.

—Estás muy serio. ¿Sigues cabreado?

Olivia podía sentir la hostilidad del inspector. Estaba enfadado, y no hacía nada por evitar que se le notara.

—Ahora no, Olivia —enfatizó él encaminándose a las escaleras y dejando a la periodista con un palmo de narices, y desconcertada por su reacción.

Mario evitó hacer comentarios.

—¿Qué le pasa hoy a todo el mundo? —estalló ella—. ¡Todos están cabreados conmigo, si no es uno, es otro! —exclamó con vehemencia—. Bueno, todos menos tú, Mario.

—No cantes victoria todavía, pichón —bromeó él—. Tienes el don de sacar de quicio a la gente, y en lo que a mí respecta no soy una excepción. —El fotógrafo le palmeó el brazo de forma afectuosa y salió del edificio—. ¡Y aún queda día! —apostilló.

La periodista siguió a su compañero y salió al frío de la mañana. Aunque ya era más de mediodía el sol se empeñaba en no salir. Una corriente de aire gélido logró calmar los ardores que sentía en el rostro debido al desplante de Castro.

Estaban a la altura del coche cuando le sonó el teléfono móvil. Era Serafín.

«Lo que me faltaba», se dijo con hastío.

—Olivia, ¡lo tengo! —exclamó el joven sin esperar a que ella saludara—. ¡Ya sé con qué caso se ha relacionado la muerte de Elsa Canteli y por qué!

Olivia notó un hormigueo en la palma de las manos. Serafín estaba excitado, pero aun así esperó a que Olivia reaccionara.

—Suéltalo.

—El caso Colomina.

—¿El caso de la estudiante que apareció muerta hace tres meses? —preguntó una sorprendida Olivia mientras trataba de repasar mentalmente los hechos que habían sido publicados sobre el asesinato.

Ella no había llevado el tema, pero la historia había copado las portadas de los periódicos durante semanas.

—El mismo —confirmó Serafín con evidente satisfacción—. A Elsa le aplastaron el cráneo con una piedra y en ella también había sangre de Rosa Colomina.

—¿Me estás diciendo que mataron a Elsa Canteli con la misma piedra con la que asesinaron a Rosa Colomina? —inquirió Olivia, siendo presa de la misma excitación que el joven.

—Sí, ni más ni menos —confirmó.

—Eso quiere decir que el asesino tenía relación o, cuando menos, conocía a ambas víctimas —expuso ella—. No me creo que haya sido algo aleatorio o casual.

—¿El pedófilo, quizá? —aventuró Serafín cada vez más agitado por la envergadura de su descubrimiento—. Sigue detenido.

La conversación se alargó durante cinco minutos en los que la periodista solo emitía onomatopeyas y planteaba hipótesis con Serafín.

—No podemos dar palos de ciego, Sera. —Era la primera vez que Olivia trataba con amabilidad al chico, y llamarlo por su diminutivo era lo más parecido a una aceptación como compañero de trabajo—. Haz un barrido de todo cuanto se haya publicado sobre el caso de Rosa Colomina y mira a ver si te puedes enterar de algo más. Esta tarde ponemos en común lo que tienes tú sobre Colomina y lo que tengo yo sobre Canteli. Tenemos que encontrar el punto de confluencia entre ambas víctimas. Deben de tener algo en común. A la fuerza.

Cuando colgó la llamada, le brillaban los ojos. Era un brillo casi febril.

—Tenemos titular, Mario —anunció a su compañero, que había asistido a la conversación sin enterarse prácticamente de nada.

Olivia le explicó el hallazgo de Serafín.

Mario silbó.

—A tu inspector no le va a gustar que lo sepas, y mucho menos que lo publiques —advirtió el fotógrafo.

—Tienes razón. Creo que esa cerveza va a tener que esperar. Volvamos al instituto.

51

El nuevo edificio del Hospital Universitario Central de Asturias había sido una obra mastodóntica que, además de durar casi diez años, había supuesto un desembolso de casi doscientos cincuenta millones de euros para ponerlo a funcionar. Tenía más de ciento ochenta mil metros cuadrados, el equivalente a veinticinco campos de futbol, capacidad para más de mil camas de hospitalización y treinta y tres quirófanos. Era un inmueble estéticamente imponente, pues la fachada del edificio principal se asemejaba a un gigantesco espejo, pero igual de incómodo por su propia magnitud. Entre un extremo del alargado edificio —donde se ubicaban las consultas externas— y el otro —donde estaban las Urgencias— distaba un kilómetro, de manera que, según comentaban las malas lenguas en los primeros meses desde su inauguración, los profesionales sanitarios empleaban más tiempo en recorrer los pasillos concentrados en no perderse que en atender a los pacientes. Las mismas malas lenguas también aseveraban que el patinete eléctrico debería ser una herramienta de trabajo allí dentro para cubrir las distancias entre un servicio y otro.

Teresa y Gutiérrez no necesitaron caminar tanta distancia para conseguir una copia de los expedientes médicos de Ana Sánchez y de sus dos hijas. Con la orden judicial en la mano, en Gerencia les habían facilitado la documentación sin apenas hacer preguntas.

Ahora estaban sentados en una cafetería, con un pincho y un café,

hojeando los informes médicos de la mujer y de las niñas.

—En los cinco últimos años Ana Sánchez ha entrado por urgencias diez veces por accidentes domésticos, cuatro de ellas con lesiones más o menos graves —leyó en voz alta Teresa—. En una ocasión, con un brazo roto; en otra, con una brecha en la cabeza; la tercera, con un corte en un brazo que requirió puntos; y la última, con una fisura en la tibia de la pierna derecha.

—Y no me lo digas. Siempre alegó caídas en casa —aventuró Gutiérrez con la boca llena.

—Exacto.

—Me toca —dijo él soltando el pincho y pasando las hojas de los expedientes que tenía delante—. La hija mayor, Alicia Peña, también ha tenido que ser atendida en un par de ocasiones en Urgencias. Sobre todo, golpes y magulladuras que los padres justificaron como accidentes en casa o en el parque. En cuanto a la pequeña, a los cuatro meses de su nacimiento, ingresó por un fuerte golpe en la cabeza y estuvo ingresada unos días en observación. Seis meses después, vino con un brazo fracturado. —Gutiérrez chasqueó la lengua—. Fueron los ingresos por Urgencias de las niñas los que alertaron a los sanitarios, que cursaron denuncia de oficio por sospechar que había malos tratos en el entorno familiar.

—¿Solo sospecharon del padre?

—Sí. Imagino que de la madre no se sospechó en ningún momento porque también tenía un amplio historial médico por lesiones.

—Ella declaró que él era un bendito, que nunca les había puesto la mano encima, y la cosa no llegó a nada. —La afirmación de Teresa fue desdeñosa.

—Exacto. Por mucho que lo intente, no comprendo ese comportamiento en una madre. Es antinatural. Se supone que las madres protegen a sus hijos, no los echan a los lobos.

—Que se lo digan a los espartanos —bromeó la inspectora, levantándose para irse—. Ahora sí que vamos a ir a ver a la señora Sánchez —dijo ella con una expresión astuta—. Si su marido está en casa, nos la llevamos a comisaría. Quiero hablar con ella a solas.

—Lo hagamos como lo hagamos, el tío se va a poner nervioso —apuntó Gutiérrez pensando en la seguridad de la mujer—. Ya ha estado en este trance antes. Y un tío de esta calaña nervioso puede

resultar peligroso después.

—Que lo intente —amenazó ella—. Ahora Ana no está al cargo de cualquier madero. Está a nuestro cargo, Jorge —dijo ella guiñando un ojo, dando a entender que sería capaz de partirle la cara a cualquiera que intentara dañar a aquella mujer a la que no conocía.

A Gutiérrez le gustó que ella lo llamara por su nombre de pila. Le gustó más de lo que estaba dispuesto a confesar.

—Este trabajo es una mierda —dijo levantándose él también—. Empezamos el día investigando el crimen de una niña y este nos deriva a un sucio asunto de malos tratos. —Suspiró desesperanzado—. Nos pasamos el día entre basura.

—Sí, pero gracias a nosotros cada día hay menos basura en la calle. Aunque para eso tengamos que mancharnos. Quédate con eso.

52

En el mismo instante en que Teresa Villa y Jorge Gutiérrez recogían los informes médicos en el HUCA, el inspector Castro recibía una llamada de Daniel Cárdenas para informarle del nombre del titular de la dirección IP de la principal conexión wifi de la tablet encontrada entre los objetos de Elsa Canteli: Alfredo Vallejo. Castro se sorprendió de la rapidez con que habían conseguido el dato, pues las operadoras de telefonía no solían entender la urgencia de una investigación criminal y se tomaban su tiempo, que no solía ser inferior a las cuarenta y ocho horas.

Y justo cuando colgaba el teléfono, el inspector fue reclamado por la secretaria del instituto.

—Hay una mujer aquí fuera que pregunta por usted, inspector.

Las cuatro personas que estaban en la sala, Castro, el inspector Raúl Argüelles y una madre y su hija, desviaron la mirada hacia la persona que acababa de irrumpir en la sala.

—Dice que es muy urgente —insistió la mujer.

Castro se disculpó por la interrupción y salió al pasillo en donde, a aquella hora, ya solo quedaban un par de padres esperando su turno para acompañar a sus hijos en la exploración preliminar. Vio a Olivia y a Mario al fondo del pasillo, en el rellano. «Maldita sea», pensó, acercándose con paso vivo hacia ellos.

—Te dije que ahora no, Olivia —espetó enfadado y no con muy

buenos modos—. Estoy ocupado.

Mario gruñó y dio un paso hacia adelante con intención de pararle los pies al policía.

—Escucha —dijo ella, frenando al fotógrafo—. Acabamos de tener una charla muy interesante con la orientadora del centro. Habla con ella —sugirió.

—¿Por qué? ¿Sabe algo del crimen?

El tono seguía siendo seco, pero Olivia lo dejó pasar. No quería un rifirrafe allí dentro, y menos con Mario a punto de saltar.

—Del crimen exactamente, no. Pero sí de algo que podría haberlo provocado. —Olivia sonrió para sí misma—. La directora conocía los abusos y lo dejó pasar.

—¿En qué sentido?

—En el peor de ellos —señaló la periodista—. Echó tierra encima y consintió que se siguieran sucediendo para no empañar las estadísticas del instituto de cara a la Inspección.

—Eso en sí mismo ya es bastante grave —alegó Castro.

—Lo sé, y por eso te lo cuento.

—Te lo agradezco. —El tono del inspector sonó más suave—. Ahora he de volver.

—Espera —lo frenó Olivia—. También tengo que contarte otra cosa. Y lo voy a hacer —añadió con determinación— porque no me gusta que estemos enfadados y porque me importas.

Castro, instintivamente, se puso a la defensiva. Conocía demasiado bien a la periodista para darse cuenta de que esa declaración de intenciones como preliminar significaba que la cosa iba a acabar de rematarle el día, y no para bien.

—Hemos descubierto que hay una relación entre el crimen de Elsa Canteli y el de Rosa Colomina. Sabemos que la misma piedra con la que mataron a una fue empleada para asesinar a la otra.

Castro endureció el semblante y arrugó el ceño en un gesto de preocupación.

—¿Cómo os habéis enterado? —exigió saber encarándose con Olivia.

—Eso no importa. ¿Es verdad que podría tratarse del mismo asesino?

Castro no respondió. El movimiento de la mandíbula y de las

aletas de la nariz bombeando al mismo ritmo indicaron a Olivia que debía retirarse y dejar de insistir. Su silencio era una confirmación tan elocuente como un sí.

—Esto no funciona así —dijo él al fin, envarándose.

—Entre nosotros siempre ha funcionado, Agustín —trató de apaciguar los ánimos de su pareja.

Porque ahora ya no era un policía que no hacía declaraciones, ahora era su pareja, con la que soñaba despierta y dormida, con la que compartía su vida, sus miedos y sus frustraciones.

—Esta conversación se acaba aquí —sentenció él mirando a Olivia y a Mario con indignación.

No sabía qué le enfadaba más, si el hecho de que ella no dejara de meter las narices en todo o que tratara de hacerle un chantaje emocional de mercadillo para llevarlo a su terreno.

—Lo confirmaré por otras vías, lo sabes —advirtió ella.

—Pues hazlo —espetó él dando media vuelta para irse.

—Y luego lo publicaré. Saldrá mañana —confirmó ella apresuradamente.

Se había propuesto contárselo para que no lo pillara desprevenido al día siguiente, pero ahora no estaba segura de que hubiera sido una buena idea.

Castro se volvió a girar hacia ella. Tenía los ojos encendidos.

—¿Aún no estás contenta con la que ha liado tu artículo de hoy? —preguntó él con un énfasis desdeñoso—. ¿La reacción que ha provocado entre mis superiores? ¿No escuchas cuando te hablo?

—El que no escuchas eres tú —respondió ella desafiante—. No tendría por qué venir a contarte mis intenciones profesionales, de la misma manera que tú no me informas de las tuyas. Pero lo hago porque eres tú. Soy periodista. Mi trabajo consiste en investigar, contrastar la información para que sea veraz y darla a conocer. Yo no tengo la culpa de que tú seas policía. Y tampoco tengo la culpa de que tus jefes duden de ti. Ese es su problema, no el mío. No el nuestro. No cargues sobre mi conciencia los errores de otros, Agustín.

—Inspector —apostilló él.

—¿Qué?

—Que me llames inspector —dijo él dando media vuelta y dejando a Olivia más confundida de lo que había estado en su vida.

A su lado, Mario apretó los puños y se mordió la lengua para no decirle a aquel policía lo que pensaba de él en aquel momento. «Desconsiderado» y «egoísta» eran los adjetivos más suaves que se le pasaban por la mente.

—Pichón —dijo él cogiéndola por el mentón con cariño—. Ya verás como todo se arregla. Tú haz tu trabajo. Lo demás volverá solo a su cauce.

—Ahora sí que necesito esa cerveza, Mario —respondió ella con la voz bronca.

Le temblaba la barbilla de aguantarse las ganas de llorar.

53

Castro entró en la sala de reuniones encendido. Olivia no tenía límites. Ni siquiera cuando eso suponía poner en riesgo su carrera profesional. Cuando se comportaba con obstinación, era intratable, y él perdía la paciencia. ¿Había sido cruel? Asumió que sí y sintió una punzada de remordimiento. De hecho, había sido muy cruel con ella. Pero estaba seguro de que ni siquiera eso la detendría. Olivia lo descolocaba en todos los sentidos, era como un potenciador de sabores, de sensaciones. Para bien, pero también para mal. Y en ese momento no podía estar descentrado. No con aquel endiablado caso entre manos.

—¿Todo bien? —le preguntó Raúl Argüelles escudriñándole el rostro.

—Sí. Prosigamos.

Castro volvió a centrar la atención en la niña pelirroja que estaba delante de él. Su madre también tenía el pelo del color del fuego, aunque más corto. El inspector decidió abordar con ella la cuestión de la tablet. El titular de la IP era el padre de la niña.

—Matilda —comenzó Castro con amabilidad—, hemos encontrado tu tablet entre los objetos personales de Elsa Canteli. ¿Me puedes explicar por qué la tenía ella?

Matilda empezó a pensar deprisa, con una rapidez vertiginosa, al mismo tiempo que pasaba la mirada de su madre al policía y del policía a su madre: «¿Cómo saben que es mi tablet? ¿Cómo han

descubierto que es mía? ¿Por las huellas? ¡Tienen mis huellas! ¡Claro, las tienen por el DNI! Tuve que poner mi dedo en aquella máquina cuando mamá me llevó a hacer el DNI. Ahora van a pensar que la maté yo, como en *CSI*, que descubren a los asesinos por las huellas. ¡Ay, Dios, ay, Dios! ¿Qué hago? ¿Pueden demostrar que es mía? ¿Me hago la tonta?».

—Nos dijiste a papá y a mí que la habías perdido.

Su madre interrumpió sus pensamientos. Ella rehuyó la mirada de su progenitora. La turbación de haber sido pillada en una mentira y la situación en la que se encontraba hicieron que su tez pálida enrojeciera hasta las orejas. Notó que le ardían e, instintivamente, se llevó las manos a ellas.

—Matilda, hija, contesta, ¿la perdiste? —insistió su madre con dulzura.

—Elsa me la quitó —reconoció al fin, mirando a los policías primero y a su madre después—. No quería que os enterarais, mamá. No quería que supierais que dejé que me la quitara. Si no se la hubiera dado, me habría pegado.

La niña comenzó a llorar. «Ya está. Iré a la cárcel, iré a la cárcel. Se acabó el ser veterinaria», pensó con frenesí y desesperación.

La madre de Matilda abrió los ojos de forma desorbitada, estupefacta, desconcertada en lo que acababa de descubrir, y se arrimó a su hija. La abrazó con fuerza y la niña escondió la cabeza entre sus brazos, el único lugar seguro, y más en aquel momento. Castro y Argüelles permitieron aquel instante de intimidad y complicidad entre las dos. Tras unos segundos en los que la niña pareció serenarse, el inspector continuó:

—Matilda, cuéntanos qué pasó con la tablet —pidió—. No pasa nada. Sabemos de lo que era capaz Elsa, sabemos lo de las agresiones, sabemos que os hacía daño y sabemos que fuisteis lo suficientemente valientes como para buscar ayuda y... —Castro hizo una pausa— para ofrecérsela a otros niños que sufrían el mismo problema que vosotros.

—Pero ¿de qué están hablando? —preguntó la madre con estupefacción—. ¿De qué agresiones hablan? ¿Matilda?

Se giró hacia su hija, interrogándola con la mirada.

La niña miró a su madre y después centró su atención en el policía. «Quizá este poli no sea tan malo. Quizá sea como Horatio

Caine. Horatio es bueno, sobre todo con los niños. Y listo. Quizá sea tan listo y tan bueno como Horatio», pensó esperanzada y mucho más tranquila.

—Entonces, ¿sabe lo de Los Fuertes? —preguntó con timidez.

—Sí, lo sabemos. Pero nos gustaría que nos lo contaras tú misma.

—La tablet me la quitó Elsa el viernes a la hora del recreo. Me amenazó con pegarme si no se la daba —contó la niña—. No sería la primera vez que lo hacía. Lo de pegarme, digo. Así que se la di.

Su madre ahogó un sollozo y se llevó las manos al rostro.

—Bien, ahora está explicado cómo llegó a la mochila de Elsa. Te lo agradezco, Matilda. —El tono de Castro era afable y afectuoso, y estaba surtiendo efecto en el ánimo de la niña—. Ahora, háblanos de Los Fuertes.

—Fue idea de Patricia. Bueno... —reflexionó—, en realidad fue idea de todos: Patricia, Dani, Nuria y Lili. Son mis amigos. Mis amigos verdaderos. Nos dimos cuenta de que solos éramos débiles, pero todos juntos, haciendo piña, éramos más fuertes y conseguíamos que no se metieran tanto con nosotros.

—Eso está bien. La unión hace la fuerza —animó el inspector.

—Eso mismo —corroboró ella con un brillo en la mirada que hacía que sus ojos parecieran más verdes—. Así que creamos un grupo en WhatsApp y comenzamos a ir juntos a todos lados. Hasta al baño.

—Os protegíais —opinó Argüelles con admiración en la voz.

—Sí, nadie más lo hacía —respondió ella con tristeza. Su madre le acarició el brazo—. Conseguimos que nos dejaran en paz durante una temporada, aunque siguen tratando de pillarnos a solas y alguna vez aún lo consiguen. —La niña cogió la mano de su madre como si esta fuera una tabla de salvación, y se le empañaron los ojos—. Se nos ocurrió que si nosotros habíamos conseguido protegernos, ¿por qué no compartir la idea con otros niños que estuvieran pasando por lo mismo?

—Y abristeis las páginas de Facebook e Instagram —aventuró Castro.

La niña asintió en silencio.

—Y tenéis muchos seguidores —continuó el inspector.

—Miles. Hay muchos niños pasándolo mal, ¿sabe?

—La intención era buena, Matilda —dijo Castro, aunque pensaba

que entre esos miles de seguidores podría estar el asesino de Elsa Canteli.

—Sí. Colgábamos ideas para evitar que los abusones los pillaran a solas, estrategias que a nosotros nos habían funcionado para protegernos, los vídeos que robábamos de los perfiles de los acosadores en los que se veían las agresiones... Queríamos que se supiera lo que estaba ocurriendo. No es nada malo, ¿verdad? Queríamos ayudar.

«No era nada malo, por supuesto que no», pensó Castro con pesar. Lo malo era que aquellos chiquillos, recién salidos del cascarón, tuvieran que idear estrategias y planes furtivos para estar a salvo en vez de dedicarse a pensar en Peter Pan, la Bella Durmiente o el Ratoncito Pérez. ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo? ¿Qué estábamos haciendo tan mal como para llegar a esos extremos en los que la resignación por parte de los escolares era el mejor de los sentimientos, en los que la pérdida de la inocencia era condición *sine qua non* para sobrevivir?

Cuando Matilda y su madre salieron de la sala, Castro y Argüelles se quedaron en silencio unos segundos, cada uno perdido en sus propias reflexiones, pero los dos tocados por las mismas sensaciones de pena, frustración y rabia.

Fue Argüelles quien rompió el silencio.

—Nos quedan dos alumnos, inspector.

—Pues vamos con ellos. —Castro se levantó y se encaminó a la puerta para ordenar que pasara el siguiente—. Tengo ganas de coger por banda a la directora de este instituto y hacerle unas cuantas preguntas antes de comunicarle que será encausada por lo penal por ser conocedora y permitir el *bullying* en este centro. Y quiero hacerlo antes de volver a jefatura.

54

Iván Peña recibió a los policías con el mismo aspecto desaliñado que hacía unas horas, a pesar de lo avanzado de la mañana. No se había quitado el pijama, ni tampoco el malhumor había desaparecido de su rostro.

—¿Qué quieren ahora? —dijo desde el umbral de la vivienda con evidente fastidio.

—Necesitamos ver a su mujer, Ana Sánchez. ¿Está en casa? —Fue Teresa quien habló, dejando entrever con el tono de voz que no estaba para tonterías.

—Sí, está en casa —respondió el hombre sin hacer amago de querer dejarles entrar.

—¿Podemos pasar? —Teresa hizo un esfuerzo por no perder la paciencia.

Iván Peña tuvo unos segundos de indecisión tras los cuales abrió la puerta del todo y dejó entrar a los policías.

Ana Sánchez estaba en el salón cambiándole el pañal a su hija pequeña sobre la mesa del comedor. La chiquilla pataleaba, dificultándole a su madre que le pusiera el pañal limpio. Cuando Ana vio a los policías, se le demudó el rostro.

—Quieren hablar contigo —le dijo su marido.

—En realidad, queremos que nos acompañe a jefatura —corrigió Teresa.

La inspectora vio el miedo reflejado en los ojos de la mujer, a la que le cambió el rictus. Miró a su marido. Luego al bebé. Y después otra vez al marido. Parecía que le estuviera pidiendo permiso sin abrir los labios.

Iván Peña se interpuso entre ella y los dos agentes.

—¿Para qué quieren que vaya a comisaría? ¿No pueden hablar con ella aquí? Estábamos a punto de comer y ha de ocuparse del bebé —protestó el hombre con vehemencia.

«Como si a mí me importara algo tu horario de comidas», pensó la inspectora con desdén. En cambio, trató de ser lo más diplomática posible.

—Es rutina, señor. Necesitamos que vea las fotos de unas niñas del instituto, por si reconoce a alguna, y no solemos llevar ese tipo de pruebas con nosotros. En el centro nos han dicho que es ella la que acompaña a Alicia muchas mañanas —arriesgó a decir Teresa, rezando para que fuera así, pues a ciencia cierta desconocía ese dato.

—¿Y por qué no se llevan a Alicia? Mejor ella que nadie para reconocer a sus compañeras —quiso saber Iván Peña resistiéndose a dejar marchar a su mujer.

—En la medida de lo posible y si las circunstancias lo permiten, evitamos que los menores vayan a jefatura —se inventó sobre la marcha—. Puede resultar bastante intimidatorio.

—¿Y no pueden traer ustedes las fotos aquí?

—Mire… —replicó Teresa con la paciencia casi agotada—, su mujer puede traerse consigo al bebé. En menos de una hora estará de vuelta. O… —hizo una pausa intencionada y miró de soslayo a Gutiérrez con astucia— puede venir usted y ser usted quien trate de ayudarnos con esas fotos.

La inspectora acababa de echarle un órdago. Si la psicología no le fallaba —y estaba cruzando los dedos para que así fuera—, el hombre no querría pisar una comisaría después de haber estado en los calabozos.

Veinte minutos después estaban en una sala de reuniones con Ana Sánchez y su bebé, que se había quedado dormida.

—No estoy aquí para ver ninguna foto, ¿verdad?

La perspicacia de la mujer sorprendió a los dos policías.

—No, Ana —reconoció Teresa—. Estamos aquí por otro motivo

bien distinto.

Gutiérrez abrió las carpetas que contenían los informes médicos y los dejó a la vista. La mujer cerró los ojos y comprendió que aquella encerrona no era por la niña muerta, ni por Alicia, ni por el vídeo en el que la amenazaban.

—Son muchas visitas a Urgencias en los últimos cinco años —señaló Teresa.

—Fueron accidentes. Ya lo expliqué en su momento. Soy un poco torpe —se excusó.

—¿Y las niñas también son torpes? —intervino Gutiérrez. La pregunta sonó a reproche y Ana Sánchez se puso a la defensiva.

Teresa se percató de que, con un hombre delante, no conseguiría que la mujer se abriera a ella. Se inclinó hacia el subinspector y le susurró al oído:

—Sal. Creo que estará más cómoda en presencia únicamente de una mujer.

Gutiérrez no cuestionó a su compañera. Se limitó a mirar a Ana con semblante serio y salió de la estancia.

—Solas estaremos más a gusto. ¿Cuándo empezaron los malos tratos, Ana? —preguntó sin rodeos.

—Le estoy diciendo que mi marido no me maltrata. Esos ingresos se debieron a caídas y a accidentes por torpeza mía.

—¿Y a las niñas tampoco las maltrata?

—Tampoco —negó bajando la mirada.

—La última vez que estuvisteis en el hospital, a tu bebé tuvieron que escayolarle un brazo. Y la antepenúltima, la niña llegó con un golpe en la cabeza que requirió ingreso hospitalario —le recordó la inspectora de la UFAM—. Y no me digas que se cayó, porque tenía seis meses en el segundo caso y diez en el primero. Si fue por una caída, alguien tuvo que tirarla al suelo.

—¡Le repito que mi marido no ha hecho nada! —exclamó perdiendo los nervios—. No debería estar aquí, no debería, no debería —repitió como una letanía—. Ya hemos pasado por esto, y mi marido tuvo que dormir dos noches en el calabozo de esta misma comisaría.

—Porque había evidencias de maltrato a tus hijas y a ti misma.

—No quiero hablar más.

—¿Y qué me dices de los candados? —insistió.

—Ya estaban cuando compramos el piso —murmuró sin mirar a la inspectora.

—No es un elemento decorativo muy elegante —ironizó—. Vi a tu marido abrir uno: el de la habitación de Alicia. La tenía encerrada, Ana. Y tú lo sabes. ¿También te encierra a ti?

—Me tengo que ir, me tengo que ir —replicó con obstinación la mujer, levantándose apresuradamente.

Estaba alterada, nerviosa, y Teresa vio en sus ojos algo más poderoso que el miedo. Vio la mirada de un animal atrapado, sin salida. Vio resignación. Aquella mujer se había rendido.

—Podemos protegeros —ofreció Teresa levantándose también—. A ti y a las niñas. Tienes que pensar en ellas, Ana. Tienes que denunciarle. Si le denuncias aquí y ahora, se habrá acabado todo.

Pero Ana ya no escuchaba. Agarró el cochecito del bebé con fuerza y salió de la estancia como alma que lleva el diablo.

55

—No he conseguido convencerla —dijo Teresa con pesadumbre—. Y siento que hayas tenido que salir de la sala, Jorge. Creí que ella se abriría, que bajaría la guardia si no había un hombre delante.

—No te disculpes —respondió él—. Hiciste lo correcto. Y no te mortifiques porque haya decidido seguir metida en el infierno.

—Esa mujer y sus hijas están en peligro, Jorge —opinó preocupada—. Son carne de cañón. Y su marido, un bestia.

—Sabes de sobra que si no hay denuncia tenemos las manos atadas. No podemos hacer nada.

Teresa suspiró resignada ante esa realidad. Había visto muchos casos parecidos. Mujeres destruidas física y emocionalmente por maridos como Iván Peña que, llegado el momento, se negaban denunciar, se negaban, incluso, a decir nada en contra de su agresor y se culpaban a sí mismas. Eran doblemente víctimas: del maltratador y de ellas. Era tan baja la autoestima en la mayoría de los casos que no se sentían capaces de emprender un nuevo camino solas. Preferían lo malo conocido. Aunque las estuviera matando. Pero, ante esos casos, tal y como había dicho Jorge, si la mujer no daba un paso al frente, ellos no podían hacer absolutamente nada. La ley no se lo permitía, aunque las evidencias estuvieran delante de sus narices.

—¿Te apetece que esta noche nos tomemos algo? —preguntó de repente Gutiérrez.

—¿Me estás invitando a salir? —respondió ella entre sorprendida y divertida.

—No. Solo te estoy invitando a una cerveza —respondió el subinspector desplegando una amplia sonrisa.

—Yo soy más de vino. —Teresa estaba sonriendo.

Se sentía cómoda trabajando con Jorge. Era listo, ágil y resolutivo, y no se le veía intimidado por el hecho de que una mujer de su misma edad fuera su superior y le diera órdenes. Al contrario, parecía que se sentía como pez en el agua.

—Pues que sea un vino. —Gutiérrez no se rindió.

Quería conocer a Teresa fuera de aquellas paredes y sin tener que pensar en su graduación como policía.

—Está bien —accedió ella—. Pero nada de hablar de trabajo.

—No era mi intención —replicó él con picardía.

En ese momento, vieron a los inspectores Castro y Argüelles entrar en Homicidios. Parecían derrotados. Más a Castro que a Argüelles.

El inspector de Homicidios se acercó a ellos.

—A la sala. Pongamos en común lo que tenemos —ordenó sin detenerse.

El inspector Castro, de por sí callado, estaba inusualmente taciturno. Jorge, que lo conocía bien tras años siendo su compañero, se abstuvo de preguntar. Puso en duda que fuera por el caso, porque, aunque Castro sufría con ello tanto como los demás, trataba de no exteriorizar sus sentimientos de frustración e ira. Era capaz de apantallar su propio malestar con tal de no trasladar ese sentimiento al equipo. No, su aspecto sombrío se debía a otra cosa. Y Jorge casi pudo imaginar la causa: Olivia. Era la única persona capaz de resquebrajar esa coraza, de sacarlo de su zona de confort, para bien o para mal. Supo con certeza, y más después de hojear la prensa aquella mañana, que la periodista seguía husmeando en el caso, y eso era algo que Castro nunca llevaba bien.

Cuando estuvieron los cuatro en la sala, fue el inspector quien comenzó a exponer el desarrollo de la exploración a los menores.

—Tenemos a una alumna del instituto, Nuria Arias, que probablemente haya sido la última persona que vio con vida a Elsa Canteli —comenzó Castro—. Asegura que Elsa se reunió de forma voluntaria con alguien bajo la pasarela, más o menos a la misma hora

en que la mataron.

—¿Y eso lo sabe por...? —quiso saber Gutiérrez.

—Porque siguió a la víctima con intención de arreglar cuentas con ella —explicó—. Nuria Arias es una de las niñas a las que Elsa atacaba en los vídeos. Y decidió encararse con su agresora. Pero no se acercó lo suficiente para ver quién era la otra persona. Elsa Canteli estaba viva a las dos y cuarto.

—¿Y la crees?

—Mientras no se hallen evidencias en la escena que la sitúen bajo el puente, tenemos que creerla. Estaba bastante asustada. Le costó confesarlo. Estaba muerta de miedo, pues se imaginaba que íbamos a detenerla. —Castro se permitió una media sonrisa.

—¿Y qué hay de los demás niños? —preguntó Teresa.

—La exploración no arrojó nada esclarecedor, a excepción del testimonio de Nuria Arias —explicó Raúl Argüelles—. Entrevistamos a diez niños: tres acosadores y siete víctimas. A excepción de Nuria Arias, todos estaban lejos de la pasarela a la hora en que mataron a Elsa Canteli. Es decir, todos tienen coartada.

—Pero uno de los agresores, Martín Gayo, es harina de otro costal —opinó Castro—. Ese chico sabe más de lo que cuenta. Y, aunque tiene coartada, ya que sus amigos han corroborado su versión, algo me dice que está mintiendo.

—¿Por algo en especial? —inquirió Gutiérrez.

—Porque es más listo que el resto —dictaminó Castro—. Su padre es abogado, y el chico conoce la ley mejor que nosotros. No solo eso, tanto él como su padre se regodearon de ello durante la exploración. Y —el inspector hizo una pausa— sus dos amigos corroboraron su historia, pero el dueño del bar donde se supone que estuvieron solo recuerda a un chico y a una chica, es decir, a sus dos amigos.

—¿Ya lo habéis comprobado? —preguntó Teresa sorprendida.

No era de extrañar que ambos policías parecieran extenuados. La mañana había sido intensa para ellos.

—Sí, mientras veníamos para aquí —confirmó Argüelles.

—Así que tenemos a un acosador que miente, eso sin contar a sus dos amigos que lo están protegiendo, y a una víctima que, si dice la verdad, fue testigo de los últimos momentos de Elsa Canteli. —Fue Gutiérrez quien habló.

—¿Sospecháis de Martín Gayo? —preguntó Teresa.

—No sé qué creer. Ha mentido, estoy seguro, pero era amigo de la víctima —confesó Castro—. Aparentemente, no tenía motivos para matarla. Se llevaban bien. O eso dice él.

—¿Y en cuanto a Rosa Colomina?

—A pesar de que estuvo en ese instituto como monitora al menos en cinco ocasiones, ninguno la recuerda.

—¿Martin Gayo tampoco? —preguntó Teresa con escepticismo.

—Tampoco —corroboró Castro—. Y es una afirmación que, de momento, no podemos desmentir.

—Así que seguimos sin encontrar la conexión —resopló Teresa.

—La conexión está claro que es ese instituto o, como poco, está en él —aseveró Castro—. Lo que hay que averiguar es qué persona unía a Elsa y a Rosa y por qué, y encontraremos al asesino de ambas.

—No podemos perder de vista a los padres —aventuró Gutiérrez —. Hay padres que, por sus hijos, son capaces de hacer cualquier cosa. Y ya no hablo de mentir para encubrirlos. ¿Pudo alguno tomarse la justicia por su mano?

Castro lo miró con complacencia. Admiraba la perspicacia de su compañero.

—Y no los hemos perdido de vista, Jorge. Es una posibilidad que vamos a investigar. Argüelles comprobará esta tarde dónde estaban cada uno de ellos el día de autos a la hora de la muerte de la niña. Nos hemos traído los nombres de todos los progenitores. En esas comprobaciones incluiremos a Jimena Feito, una niña que fue alumna del Manuel Machado, también víctima de Elsa Canteli, y a sus padres.

Durante los siguientes cinco minutos Argüelles explicó la implicación de la directora del instituto en la ocultación del *bullying* en el centro y la confesión de la orientadora.

—¡Ver para creer! —exclamó Teresa con un bufido.

—En cuanto acabemos esta reunión, hablaré con Rioseco para que lo ponga en conocimiento del fiscal de Menores —aseguró Castro.

—Se les va a caer el pelo —apostilló Argüelles.

—De lo cual me alegro —opinó Teresa con desdén—. Estas cosas no deberían pasar en un colegio, y nunca deberían permitirse.

—¿Y vosotros? ¿Habéis hablado con la niña? —quiso saber Castro.

Tomó la palabra Teresa.

—Sí, hemos estado en su casa. Solo nos ha confirmado lo que ya sabíamos: que Elsa Canteli eras despiadada, que tenía atemorizados a varios alumnos, pero negó que con ella llegara a más de lo que se ve en el vídeo. Su padre ha corroborado que el viernes, a la hora del crimen, la niña llegó a casa enferma de gastroenteritis y por eso no acudió hoy al instituto.

—¿Hay informe médico?

—No, no fue al médico. —Teresa carraspeó antes de continuar—. Descubrimos un entorno hostil en esa casa.

Castro enarcó las cejas mostrando sorpresa.

—En esa familia sufren malos tratos por parte del padre —aseveró.

Explicó lo que habían descubierto ella y Gutiérrez durante la mañana, las denuncias a Iván Peña por malos tratos, los candados en las puertas, las pesquisas que habían hecho, los informes médicos e, incluso, el vano intento de convencer a Ana Sánchez para que denunciara.

—Vaya, sí que os ha cundido la mañana —bromeó Argüelles chasqueando la lengua.

—¿Hay relación entre ese hecho y la muerte de Elsa Canteli? —quiso saber el inspector.

—No, señor —confirmó ella—. Creemos que un caso nos ha llevado, de bruces y por casualidad, hacia otro de malos tratos. Aislado del primero, pero igual de grave. Por eso hemos indagado.

Castro asintió con la cabeza en reconocimiento al trabajo de Teresa y Gutiérrez.

—Tienes razón, habéis hecho bien —admitió Castro—, pero ahora que ya se ha hecho todo lo posible en este caso, centrémonos en el de Elsa Canteli.

—Habíamos citado para esta tarde a una vecina que vive en el mismo edificio que el matrimonio —informó Gutiérrez—. Una de las denuncias contra Iván Peña la interpuso ella. ¿Quieres que le digamos que no venga?

—Si la mujer ya ha accedido a venir a jefatura, hablad con ella —alegó Castro de mala gana—, pero no perdáis más tiempo con ese asunto. Mientras Ana Sánchez no denuncie, es remar para morir en la orilla. Y no podemos despistarnos de lo importante: necesitamos

emplear todos los recursos en los casos de Elsa Canteli y Rosa Colomina.

Tanto Teresa Villa como Jorge Gutiérrez sabían que Castro tenía razón. La conversación con aquella vecina iba a ser tan útil como un flotador en un desierto.

—En cuanto acabéis de hablar con esa mujer, echadle una mano a Argüelles para comprobar las coartadas de los padres —ordenó Castro mirando el reloj—. Y ahora, a comer. Os quiero de vuelta en una hora.

56

—¿Qué les has dicho? —interrogó Iván Peña en cuanto su mujer puso un pie en casa.

—Nada —respondió ella dejando el cochecito en el salón y entrando en la cocina.

—No te creo —objetó él cogiéndola del brazo y obligándola a que le mirara a la cara.

—Si les hubiera dicho algo, ¿no crees que hubieran venido conmigo? —respondió Ana con ironía, enfrentándose a él.

Iván la soltó y se la quedó mirando. Dudaba de que su mujer estuviera diciéndole la verdad. Ya no se fiaba de ella. Se pasaba el día de puntillas por casa o llorando. Sabía que le rondaba por la cabeza salir de allí. Escapar. Se lo leía en los ojos cada vez que la miraba. Ahora, en cambio, veía determinación y reproche.

—Crees que no lo hago bien, ¿eh? Que tú sola lo harías mejor —inquirió con maldad—. Claro que sí. Crees que sí —confirmó él sin esperar respuesta.

Ella no contestó. Se limitó a mirarlo con una sonrisa melancólica.

—Esto ya no es un matrimonio, Iván. Esto ya ni siquiera es una familia —dijo al fin.

—¡Pero es mi familia! —estalló él apretando los puños—. ¡Nuestra familia! Y como tal, tenemos que estar unidos. Juntos.

—Ya no tiene arreglo —insistió ella con lágrimas en los ojos.

—No empieces a llorar otra vez —amenazó él.

Ana se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y comenzó a trajinar por la cocina.

—¿Quieres llevar tú las riendas de esta familia? —preguntó acercándose a ella—. ¡Mírame cuando te hablo! —gritó.

Ella se giró y le clavó la mirada. Desafiante. Despreciativa. Su marido tenía la respiración agitada y bufaba con cada bocanada de aire. Ella no respondió, tampoco apartó la mirada. Solo observaba aquel cuerpo en tensión, aquella olla a punto de explotar. Siguió en silencio, esperando el estallido de su marido. Pero no llegó. En cambio, él hablo con la voz contenida.

—Está bien —continuó dando un paso atrás y extendiendo los brazos en señal de rendición—. A partir de ahora se harán las cosas a tu manera, Ana.

Ella elevó la barbilla y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Pero, por tu bien, procura no cometer ni un solo error —amenazó.

57

Terra Astur era una sidrería en plena calle Gascona, el bulevar de la sidra en Oviedo que, a aquella hora, y a pesar de ser martes, estaba a rebosar de gente. Llamaba la atención la decoración del local, en donde predominaba la madera y docenas de botellas de sidra vacías colgaban del techo conformando la iluminación. Era original. A la entrada, el restaurante disponía de una pequeña tienda de productos típicos asturianos.

Olivia y Mario habían ocupado una de las pocas mesas vacías de la terraza cubierta del establecimiento y, debido al barullo de gente, tenían que elevar un poco la voz para poder escucharse.

—... y no es capaz de entender ni de respetar mi trabajo —estaba diciendo Olivia—. Y lo paradójico es que ambos buscamos lo mismo, Mario, descubrir la verdad.

—Ya, pero el fin no es el mismo, Livi —objetó el fotógrafo—. El objetivo final de Castro y el tuyo son antagónicos, totalmente opuestos.

Mario chupeteó con enorme satisfacción una costilla hasta dejarla pelada. Le encantaban las costillas a la parrilla en general, y las de Terra Astur en particular.

—El problema es que a los dos os falta empatía —resumió dejando el hueso en el plato.

—¿Empatía?

—Sí, por el trabajo del otro.

—Explícate —pidió Olivia intrigada.

—Igual que él no entiende, ni trata de hacerlo, que tu trabajo consiste en indagar y publicar, tú tampoco comprendes que el mantenga sus investigaciones en secreto. De hecho, te enfadas porque crees que es porque no confía en ti. Y solo es señal de que es policía y de que trabaja en casos bajo secreto de sumario. Actúa como un profesional, igual que tú cuando contrastas la información y la publicas.

Olivia arrugó el ceño. Nunca se había parado a pensarlo desde ese punto de vista. La realidad era que tanto ella como Castro eran obstinados, testarudos y muy celosos de su área profesional. De hecho, esto último para ambos era sagrado e intocable, y el mayor escollo en su relación.

—Aun así, hoy ha sido cruel.

—Lo ha sido —reconoció Mario—. Se ha pasado y me hubiera gustado romperle la nariz.

Olivia se rio. Por primera vez en toda la mañana.

—Querido amigo, ¿qué haría yo sin ti? —dijo alargando el brazo para acariciar el rostro al fotógrafo.

—Comprarte un perro —bromeó él guiñándole un ojo.

—No creo que Panchito admitiera competencia en casa.

Olivia se sirvió un culete de sidra. Se sentía más tranquila y menos desasosegada que hacía una hora. Y todo gracias a Mario. Sabía entenderla, y lo más importante, sabía llevarla a terrenos seguros sin que ella apenas se percatara.

—¿Y qué pasa con tu madre? —dijo atacando otra costilla.

Olivia resopló y apuró de un trago la sidra, que estaba fresca y en su punto exacto de acidez.

—Que se ha echado novio.

—Eso ya me lo habías contado. ¿Y qué más?

—¿Te parece poco?

—¿Cuál es el problema? —preguntó el fotógrafo con interés.

—El novio, obviamente —respondió ella como si fuera algo evidente, que no admitía réplica.

—Livi, ¿cuántos años tiene tu madre?

—Setenta.

—¿Y cuántos años lleva viuda?

—Quince.

—Entonces, repito, ¿cuál es el problema de que se haya echado un novio?

—Mi madre ha perdido la cabeza. ¿Sabes que ahora se dedica a ir a bailar por ahí como una quinceañera?

—No has respondido a mi pregunta, Livi —insistió Mario dejando la costilla en el plato y centrando toda su atención en la periodista—. ¿Cuál es el problema de que tu madre quiera disfrutar un poco de la vida?

—El problema es que cuando murió mi padre, yo lo dejé todo por ella, Mario. Mi carrera en Madrid, a mis amigos... Me adapté para que ella no estuviera sola, para que no tuviera que pasar sola el trance de vivir sin mi padre —explicó Olivia con vehemencia—. Yo aparté mi dolor, lo relegué por mitigar el suyo. En todos estos años, mi padre siempre ha estado ahí... presente en sus discos, en sus libros, en nuestras conversaciones... En cierta manera, lo he mantenido con vida para que ella no se hundiera. —Olivia suspiró—. Y ahora ella va a su rollo, sin contar conmigo, con nadie... A disfrutar de la vida, como dices. Es como si todo lo anterior quedara difuminado por ese tal Enrique con el que está.

—Espera —dijo Mario intentando comprender las palabras de su amiga—. ¿Pretendes que tu madre te pague un peaje?

—No, por Dios —se escandalizó Olivia.

—¿Entonces? No entiendo a qué te refieres.

—Es una cuestión de honestidad, de respeto a mi padre, a mí...

—No te sigo.

—Mario, no estoy preparada para ver a mi madre con otro hombre.

—Es que sigo sin entender por qué —insistió el fotógrafo confuso —. Tu padre no murió el mes pasado. Es normal que tu madre quiera continuar con su vida.

—¡Es que yo también quería en su día y no lo hice por ella! —increpó Olivia levantando la voz y perdiendo la compostura—. Nunca hemos necesitado a nadie. Ella y yo. Éramos un equipo de dos. De dos, Mario.

—Y ahora hay un tercero en discordia y piensas que por ello tu

madre te ha dejado de lado, ha dejado de necesitarte —concluyó Mario comprendiendo, al menos en parte, el sentir de su amiga—. Hubiera jurado que te alegrarías. Ese hombre la va a distraer y a ti te dejará un poco en paz —bromeó él tratando de suavizar el malestar de su compañera.

—No quiero que me deje en paz —confesó al fin—. En el fondo, y aunque proteste, me gusta que mi madre cuente conmigo y me atosigue. El hecho de que ahora ya no lo haga... me... me confunde. Me aterra.

Mario iba a replicar cuando empezó a sonar el teléfono de Olivia. Era Serafín. Ver su nombre en la pantalla ya no le provocaba rechazo. Al contrario. El joven estaba demostrando que, aunque no tuviera la carrera de Periodismo, aunque fuera un enchufado, tenía madera de perro sabueso.

—Dime, Sera —saludó la periodista aliviada por tener la posibilidad de eludir el tema de su madre.

—¿Te pillo bien? —preguntó el chico al oír ruido de fondo.

—Sí. ¿Tienes algo?

—El informe que me pediste sobre lo publicado con relación a Rosa Colomina.

—Hazme un resumen.

—¿Tienes para apuntar? Hay unos cuantos detalles.

Olivia contestó afirmativamente y sacó de su bolso el cuaderno de notas y un bolígrafo.

—Empieza.

—Apareció muerta en diciembre del año pasado, en un descampado detrás de un supermercado. De hecho, muy cerca de donde encontraron a Elsa Canteli. Alumna de Educación Infantil en la facultad Padre Ossó. Tenía novio, pero en ningún momento se dice que fuera sospechoso. Sobre su muerte solo se publicó que presentaba un golpe en la cabeza y que no fue violada.

—Eso no nos sirve de mucho —dijo Olivia con decepción—. ¿Se menciona alguna relación con el instituto Manuel Machado o con Elsa Canteli?

—No. Ninguna —confirmó Serafín—. Pero sí se publicó que trabajaba de forma esporádica como voluntaria y de monitora en una empresa de actividades lúdicas: El Cometa Rojo. Está en Oviedo.

Apunta la dirección.

—Eso ya es algo —respondió Olivia esperanzada.

Anotó la dirección y se fijó en que Mario había vuelto a concentrarse en las costillas a la parrilla.

—Tienen página web, Olivia —añadió el joven—. Organizan campamentos y actividades lúdicas en colegios.

«No se puede negar que, enchufado o no, Serafín es minucioso», se dijo ella contenta con aquella información.

En cuanto colgó, buscó la web de El Cometa Rojo. Tal y como había dicho Serafín, la empresa se dedicaba a organizar campamentos de verano y de fin de semana, jornadas lúdicas y actividades infantiles para fiestas, comuniones, bodas y otros eventos. Anotó el teléfono y realizó otra búsqueda: la web del instituto Manuel Machado. Además de la información institucional propiamente dicha, el boletín de noticias del centro y la pestaña de intranet, a la que solo se podía acceder con contraseña, había un apartado con el calendario de actividades y fotografías de los alumnos en diversos actos extraescolares y campamentos de fin de semana.

Al ver una de las fotos, Olivia cantó eureka. En ella había un chico de la edad de Rosa Colomina en pantalones deportivos y con una sudadera en la que se podía ver con nitidez el logotipo de una empresa y el nombre debajo: El Cometa Rojo.

«Serafín, eres un crack», pensó con euforia la periodista.

—Mario —indicó con emoción—, rebaña rapidito que tenemos trabajo y una tarde muy larga.

58

El inspector Castro estaba concentrado revisando las declaraciones de los alumnos del instituto Manuel Machado. Miraba sin ver. Leía y, al cabo de unos minutos, tenía que volver al principio porque no era capaz de centrarse en la lectura de aquella información. En su cabeza revoloteaba la imagen de Olivia. No podía alejar de su mente la mirada de pena que le dedicó cuando él le marcó unos límites que, en realidad, estaba lejos de querer poner. Se maldijo por haber sido tan despiadado. Al fin y al cabo, ella tenía razón: no era la que dudaba de su integridad como policía. Aun así, no podía evitar sentirse vulnerable y cuestionado a causa de su relación con una periodista, el gremio más denostado y peor mirado dentro del Cuerpo.

Castro dejó a un lado los papeles que estaba leyendo y decidió coger al toro por los cuernos.

Se dirigió al despacho de Rioseco.

—¿Vienes a contarme novedades? —preguntó el comisario en cuanto el inspector entró en su despacho.

—No —rechazó él—. Vengo a decirte que Olivia Marassa, no sé cómo —puntualizó poniendo mucho énfasis en el «cómo»—, ha descubierto la relación entre los casos. El de Elsa Canteli y el de Rosa Colomina. —El comisario se enderezó en la silla y cerró el expediente que estaba leyendo. Se le endureció el semblante e hizo amago de replicar. Castro no le dejó—. Sé que ha establecido la conexión porque

ella misma me lo dijo. Y no tenía por qué hacerlo. —El inspector cogió aire y continuó sin dar a su superior opción a que le interrumpiera—. El hecho de que mantenga una relación con ella no disminuye mi capacidad ética ni profesional. Lo digo, señor, porque mañana va a desayunar con esa noticia encima de la mesa. Y ni yo voy a hacer nada por evitarlo por el hecho de que ella sea mi pareja, ni ella ha hecho nada para sonsacarme información a pesar del mismo motivo. —Rioseco no se inmutó. Trataba de procesar lo que su mejor inspector le estaba contando—. Y con esto quiero decir que si el hecho de que salga con una periodista va a suponer que, a partir de ahora, se cuestione mi ética profesional... —Castro cogió aire. No se creía lo que iba a decir a continuación, pero lo sentía así. No podía dejar que se traspasaran ciertos límites, y más si eso iba a suponer un conflicto diario, un juicio constante por parte de sus superiores que no estaba dispuesto a tolerar—, elijo a Olivia —concluyó.

Ahora sí que Rioseco puso cara de haberse tragado una cucharada de aceite de ricino. Se levantó con calma sin dejar de mirar al inspector y se puso frente a él con el entrecejo fruncido y cara de pocos amigos.

—¿Has acabado? —preguntó con brusquedad.

—Sí, señor —respondió Castro sin amilanarse.

—Pues deja de joder y, de paso, deja tus asuntos personales en la puerta y vuelve al trabajo —espetó—. Ya me ocuparé yo de digerir el desayuno de mañana y de que los demás lo digieran. Céntrate en el caso, ya me encargaré yo del bicarbonato.

—No sé si me he explicado con claridad, señor —insistió Castro sin moverse.

No estaba dispuesto a salir de aquel despacho con medias tintas.

—Con claridad meridiana, inspector —aclaró Rioseco imperturbable—. Y por si no lo has entendido tú, me importa un bledo con quién te cuestas o con quién te levantas. Lo único que quiero en estos momentos, y es lo que deberíamos querer todos por encima de cualquier otra cuestión, es saber quién mató a esas dos niñas.

Castro salió del despacho del comisario con la sensación de haber aligerado equipaje y soltado peso. Sonrió al pensar en la temeridad de su comportamiento. Pero había valido la pena. Al menos, le había mejorado el humor. Vio a Daniel Cárdenas que, desde la puerta que

daba acceso al grupo de Homicidios, le hacía señas. Se acercó a él.

—En cuanto puedas, sube —pidió el inspector de Delitos Tecnológicos—. Hemos encontrado algo en el móvil de Vasco Soto.

—Vamos ahora.

Subieron al piso de arriba y entraron en la sala de audiovisuales.

—¿Qué tenéis? —apremió Castro.

—Un quebrantamiento de la libertad como una catedral —dijo Cárdenas satisfecho. Se sentó frente a un ordenador y abrió unas cuantas ventanas que quedaron superpuestas unas sobre otras en la pantalla—. Mira a lo que se dedica nuestro querido huésped —dijo levantándose, invitando a Castro a sentarse en el sitio que había ocupado él.

Castro pinchó encima de las imágenes, que se contaban por docenas, y empezó a pasar las fotos. Tragó saliva. Vasco Soto se había dedicado a observar y fotografiar a niños en parques, a la salida de los colegios, en centros comerciales, esperando el autobús, de la mano de sus madres... En su móvil tenía una gran variedad de fotografías que en posesión de otra persona serían inocuas, pero que, en poder de aquel hombre, eran una bomba de relojería y un motivo para devolverlo a prisión por un periodo de, al menos, dos años.

—Estos tíos me dan asco —oyó murmurar a Cárdenas a su espalda.

Castro revisó con calma las imágenes hasta que dio con seis que le llamaron la atención. En dos de ellas aparecía Elsa Canteli hablando con Martín Gayo. Más que hablar, parecía que discutían. El gesto de ella era amenazante. El de él, enfadado. En una, fechada el día de la muerte de la chica, estaban en la puerta del colegio. En la otra, junto a la pasarela, dos días antes.

En una tercera, aparecía Elsa sola, de espaldas y mirando a alguien que no estaba en el encuadre con gesto de contrariedad. Esa era de hacía una semana.

Había otras dos en las que no aparecía Elsa, pero que eran igual de interesantes. En una, se veía la entrada del instituto llena de alumnos. Por la luz, Castro se imaginó que sería la hora a la que terminaban las clases. La otra era prácticamente igual, la entrada del centro llena de estudiantes, pero el foco estaba puesto en un grupo de niñas a las que Castro no reconoció. Ambas estaban fechadas también

una semana antes.

Pero fue la última imagen la que hizo que el inspector sintiera una punzada en el estómago. Estaba hecha desde la pasarela, desde un ángulo que cogía parte del edificio cercano a esta y la barandilla del puente, bajo el que se veía la sombra de una persona en el suelo. La foto era del mismo día en que habían matado a Elsa y, por la luz, bien podría haber sido sacada poco antes de que mataran a la chiquilla.

Cuando Castro terminó de revisar las imágenes, se llevó los dedos a los ojos.

—¿Qué te parece nuestro amigo? —preguntó el inspector de Delitos Tecnológicos.

—Que va a tener que esforzarse más para convencernos de que no ha tenido nada que ver con la muerte de Elsa Canteli.

59

María del Pilar Fuentes de la Hoz, sesenta y ocho años, viuda y sin pareja conocida. Residente en el primero B del número 8 de la calle Gozón. Vecina de Iván Peña y de Ana Sánchez.

La mujer estaba sentada frente a la inspectora Teresa Villa y observaba cuanto acontecía a su alrededor. No la habían pasado a la sala de reuniones, pues habían considerado que iba a ser una entrevista corta. María del Pilar Fuentes de la Hoz, Pili para los amigos y la familia, era como un pajarito. De apariencia frágil, llevaba el cabello muy cardado y enlacado, de manera que la cabeza, unida a un cuerpo flaco y pequeño, parecía desproporcionada. Tenía unos ojillos vivaces que no dejaban de moverse de un lado a otro. Así que, sentada muy tiesa al otro lado de la mesa que en ese momento ocupaba la inspectora de la UFAM, con Gutiérrez a su vera, la mujer no demostraba tener ninguna prisa por declarar ante los dos agentes. Estaba disfrutando de lo lindo con el alboroto reinante en el grupo de Homicidios. La vez anterior no la habían atendido en aquella planta. Tuvo que firmar la denuncia en la planta baja, ante agentes de uniforme normales y corrientes. Así que estaba encantada de ayudar a policías de verdad, de los que no llevan uniforme, pero sí tienen autoridad.

—Hasta que llegaron ellos —comenzó la mujer— el edificio era muy tranquilo. Vinieron hace cinco años, ¿saben? Las niñas son

preciosas. La chiquitina es una ricura, y la mayor es muy tranquila y tremendamente callada. —Chasqueó la lengua y apretujó el bolso de polipiel contra las rodillas—. Demasiado para una niña de esa edad, si tenemos en cuenta que los chiquillos siempre están parloteando. Pero me imagino que, con el padre que tiene, mejor pasar inadvertida, ¿verdad? —La verborrea de la mujer parecía no tener fin—. Mis nietos, que son de la edad, no se están quietos ni un momento. Ni mucho menos callados. Me ponen la cabeza loca cada vez que vienen a visitarme. No es que me molesten, no, no... no me vayan a entender mal, pero es que una ya no tiene tanta paciencia como cuando era más joven y...

—Señora Fuentes —atajó Gutiérrez—, nos interesa saber sobre todo lo que ocurrió el día que llamó a usted a la policía.

La mujer miró con desdén al subinspector y elevó el mentón dando a entender que estaba ofendida. Decidió entonces ignorar a aquel joven tan desagradable y atender solo a la mujer policía que tenía enfrente.

—Le agradecería infinitamente que nos contara lo que ocurrió aquel día —casi rogó Teresa, con ganas de que la mujer se centrara en el día de la denuncia para acompañarla a la salida y echarle una mano a Argüelles.

—Trabaja en casa, ¿saben? —Lo dijo con afectación, como si trabajar en casa fuera un empleo poco honrado para un padre de familia—. Es informático o algo parecido. Ese día estuvo tranquilo hasta que la niña mayor llegó del colegio —explicó María del Pilar—. Yo estaba comiendo y la oí subir por las escaleras y dar un portazo al llegar arriba. Siempre sube por las escaleras —puntualizó. Por algún motivo, para ella aquel era un dato de lo más relevante, aunque los policías no lograron discernir la importancia que podía tener—. Viven justo encima de mí, ¿sabe? —La mujer singularizó adrede mirando de soslayo a Gutiérrez. Estaba empeñada en excluirlo de la conversación —. De repente, oí gritar a la madre muy fuerte y también un tremendo porrazo, como si se hubiera caído algo al suelo: un plato o un vaso que se hubiera hecho añicos. Después oí gritar al padre. Estaba como loco. Repetía una y otra vez, «¡No, no, no!». Luego, muchos portazos. Y enseguida la pequeñina se puso a chillar histérica. Yo me asusté y fue entonces cuando llamé al 112. Me preocupó oír llorar de aquella

manera a una criaturita tan pequeña. Y acerté —sentenció la mujer—. Probablemente, ese día le salvé la vida a la mujer. Cuando llegó la policía, tenía la cara como un cromo. Yo la vi. Sangraba por el labio.

—Pero no vio usted la agresión, ¿no? —preguntó Teresa, aunque ya sabía la respuesta por el atestado.

Tenía la sensación de estar perdiendo un tiempo precioso.

—No, no la vi, pero la oí. Que al final es como haberla visto, pero con las orejas —replicó ella con contundencia—. Ya le digo que viven encima de mi piso. Y no era la primera vez que ese hombre armaba jaleo y se oía a la mujer llorar o gritar, o las dos cosas al mismo tiempo. Pero como mi denuncia no sirvió para nada y no quiero tener más problemas, no he vuelto a meterme —recalcó ofendida—. Ahora que lo pienso —añadió con cara de sorpresa—, lleva días muy tranquilo. Casi no se les oye ni caminar. Probablemente, sea la calma que precede a la tempestad —concluyó la mujer de forma enigmática —. Cualquier día, salimos en el telediario. Ya verán.

—¿Tuvo problemas con Iván Peña? —inquirió Teresa.

La mujer apretujó aún más su bolso.

—Digamos que no le gustó que me metiera en su vida y me lo hizo saber. Me quedó muy clarito. Y si la policía no puede hacer nada, no seré yo quien lo haga.

Aún tardaron quince minutos en deshacerse de María del Pilar, ya que además de resaltar tres veces la desgracia que se cernía sobre aquella familia, tenía muchas ganas de hablar de sus nietos y de lo maravillosa que era su nuera.

Cuando la vieron salir, Teresa y Gutiérrez soltaron un suspiro de alivio.

—Pensaba que no seríamos capaces de hacerla volver a casa —rio Gutiérrez levantándose para estirar las piernas.

—He estado a punto de bajarla a los calabozos y dejarla allí —resopló Teresa—. Vamos a echarle una mano a Argüelles. A ver si no terminamos muy tarde, que hoy tengo una cita —remató ella guiñándole un ojo al subinspector, haciendo que este se sonrojara.

60

El Cometa Rojo tenía un escaparate alegre y vistoso, de los que invitan a entrar. En el interior, la decoración ganaba en prestancia y colorido: juguetes de madera; globos de todos los tamaños, formas y colores; una estantería lacada en blanco repleta de material para fiestas de lo más variopinto —platos, vasos, manteles y hasta farolillos— y, enfrente, otra del mismo color con catálogos variados.

Tras el mostrador, un hombre de mediana edad revisaba algo en un ordenador portátil. En cuanto Olivia y Mario pusieron el pie en el establecimiento, desplegó su mejor sonrisa y salió de detrás para atenderles, probablemente creyendo que tenía delante a unos posibles clientes.

El hombre estaba bronceado, pero era un color artificial conseguido a base de sesiones de lámpara, y tenía el pelo engominado hacia atrás, lo que le hacía parecer un *playboy* más que un organizador de eventos infantiles.

Olivia pidió hablar con el gerente del negocio.

—Yo mismo, Carlos Expósito. ¿En qué puedo ayudarles? —se presentó mostrando una dentadura demasiado perfecta, demasiado blanca.

«Diez a uno a que son implantes», pensó Olivia.

—Me llamo Olivia Marassa y me gustaría hacerle unas preguntas sobre el instituto Manuel Machado y sobre una de sus empleadas:

Rosa Colomina.

Al hombre se le congeló la sonrisa, que desapareció tan rápido como había aparecido hacía escasos segundos.

—¿Quién es usted? —preguntó con sequedad.

—Olivia Marassa, periodista de *El Diario*.

Mario estaba entretenido curioseando la estantería con los catálogos, sin prestar atención —o haciendo que no la prestaba— al duelo de miradas que estaba teniendo lugar a dos metros de él.

—Lo siento. Le voy a rogar que se vaya. No voy a hacer declaraciones —pidió adelantando el brazo e indicándole a Olivia la puerta.

—Lo comprendo. Pero mi trabajo consiste en contrastar la información con todas las partes. Y usted es una de ellas —exageró la periodista, empleando un tono de voz de chica buena e inocente.

—¿Yo? ¿Qué información? —se sobresaltó el hombre.

—Se ha relacionado este negocio con la muerte de Rosa Colomina. Y las fuentes oficiales, ya sabe, la policía, no han dejado claro si esa relación era puramente casual o si hay algo más... turbio —mintió ella descaradamente—. Por eso nos gustaría que nos diera su versión de los hechos. Tiene derecho a defenderse.

Mario seguía concentrado en un catálogo sobre carpas e hinchables y trataba de evitar que se le escapara la risa. «Esta chica no tiene remedio», pensó mientras cogía un folleto sobre piscinas transportables.

—Ya le he dicho a la policía todo lo que sabía sobre Rosa —dijo gesticulando con las manos. Estaba inquieto y no quería ver el nombre de su negocio enturbiado en las páginas de un periódico—. La contrataba como monitora de forma puntual y sí —confirmó—, el instituto Manuel Machado fue uno de los sitios donde trabajó.

—¿Cuánto tiempo estuvo colaborando con usted?

—Desde el pasado verano.

—¿Se llevaba mal con alguien?

—No, ni hablar. Era una chica muy trabajadora y cordial —aseguró.

—¿Con algún padre?

—No —volvió a negar Carlos Expósito, cada vez más incómodo.

—¿Notó en su comportamiento algo raro... extraño? —Otra

negativa—. Entonces, ¿por qué la policía sospecha que su muerte podría estar relacionada con su trabajo como monitora para usted? —Olivia lanzó el anzuelo.

«Que pique», rezó.

—¡¿De verdad sospechan eso?! —exclamó el hombre al borde de un ataque al corazón.

—Bueno, no lo han dicho así exactamente, ni con esas palabras, claro, pero tampoco han asegurado lo contrario —volvió a mentir—. De manera que es fácil deducir que algo hay, ¿no cree?

—Es por lo que les conté —reconoció con desesperación—. Tenía que haberme callado.

«Ha picado», se felicitó Olivia.

—¿Qué les contó, señor Expósito? —preguntó con voz cándida—. Seguro que lo han interpretado de forma equivocada.

—Que Rosa andaba preocupada por una niña del Antonio Machado.

Mario dejó el folleto y se unió a la conversación. Ahora sí se estaba poniendo interesante, aunque no le hacía gracia que Olivia pusiera al hombre contra las cuerdas.

—¿Preocupada?

—Sí, preocupada, alterada... Creía que esa niña estaba siendo maltratada. Y me pidió consejo sobre cómo actuar.

—¿Y qué le sugirió?

—Que lo dejara estar.

El hombre se ruborizó. Era la segunda vez en el día que tenía que avergonzarse por la misma respuesta.

—¿Sabe el nombre de la niña?

—Alicia. Se llamaba Alicia. No sé más.

—¿Y sabe si Rosa lo dejó estar?

El hombre suspiró.

—No lo sé —reconoció también por segunda vez en el día—. Pero imagino que no.

—Le agradezco que nos haya atendido, señor Expósito.

—¿Va a publicar mi nombre? —Lo preguntó con miedo, y Olivia creyó discernir también súplica.

—No. Y si al final publico algo, omitiré el nombre del negocio. Puede estar tranquilo.

El hombre respiró aliviado. Y Olivia sonrió internamente.

Alicia y Rosa.

Rosa y el instituto.

El instituto y Elsa.

«Elsa y Rosa. Me falta esta ecuación. ¿Se conocían? Estoy segura de que sí. El denominador común es el instituto», se dijo.

Repitió la secuencia en su mente.

Tenía que localizar a Alicia. Ella era la incógnita que faltaba para entender toda la fórmula.

61

Olivia ponía contra las cuerdas a Carlos Expósito en el mismo instante en que el inspector Castro se enfrentaba a la mirada cargada de miedo de Vasco Soto. Una noche en el calabozo había hecho estragos en el rostro del pedófilo. Estaba amarillento y despeinado. La ropa, arrugada, parecía que le colgaba como si hubiera adelgazado unos cuantos kilos desde el día anterior. Tenía los ojos hundidos y ojerosos, y se agarraba las manos como si con ello pudiera minimizar el sufrimiento que sentía. El policía se fijó en la fea herida que tenía en el dedo pulgar de la mano derecha, fruto de rascarse, seguramente, durante la noche.

Castro llevaba las fotos que acababa de ver y las fue depositando con calma encima de la mesa, una a una, frente a él. Soto gimió. Estaba perdido. Volvería a la cárcel. El inspector se reservó las seis últimas para el final, pero no las colocó con cuidado sobre la mesa, sino que las lanzó para que aterrizaran en las manos del detenido.

—Me mintió —espetó el policía—. Me dijo que no conocía a Elsa Canteli.

Vasco Soto miró las fotografías y se llevó las manos al rostro. Negó con la cabeza.

—Está metido en un lío, Soto. Su libertad tiene un accesorio de prohibición de acercarse a menores, a colegios, a parques infantiles, a guarderías... Ha quebrantado esas condiciones y, por ello, solo por

estas fotos —Castro golpeó con el dedo las imágenes—, se enfrenta a una condena de dos años.

—¡Pero no puedo volver a la cárcel! —chilló el hombre desesperado—. ¡No puedo!

—¡Pues empiece a contar la verdad! —soltó el inspector con brusquedad—. ¿De qué conocía a Elsa Canteli? ¿Por qué la seguía y la fotografiaba?

Vasco Soto sollozaba con desesperación. Estaba en un callejón sin salida. Y lo sabía. Era consciente de que no regresaría a su casa, ni a su trabajo, ni a su vida, que, aunque mediocre y solitaria, era suya.

—Empieza a hablar —exigió Castro con vehemencia—. Te estoy dando la oportunidad de que te expliques, que es más que lo que tuvo esa niña mientras se moría.

—Era mala, despiadada —balbuceó Soto entre hipidos—. Se fijó en mí. Se fijó en que me gustaba observar a los niños. Se dio cuenta de que cada día miraba cómo salían del instituto. Un día se acercó a mí, me llamó mirón y pervertido, y me amenazó con denunciarme. Me asusté.

—¿Y por eso la mataste?

—No toqué a esa niña, joder. Lo juro por mi vida —clamó el hombre.

—Entonces ¿qué pasó?

—Nada. Empecé a esconderme y a observarla a ella, solo a ella y a sus amigos. Eran crueles y sádicos. Parecían chicos normales, pero lo que hacían... —se detuvo y negó con la cabeza—, estaba mal.

—¿Qué hacían?

—Daño a otros niños. Los humillaban, les daban palizas...eran linchamientos en toda regla. —Soto miró al inspector buscando entendimiento en sus ojos.

—¿Viste esas agresiones?

—Sí. Y ella lo sabía.

—¿Te pilló mirando?

—Sí. Un día se acercó a mí y se rio, con una sonrisa de desprecio. Le dije que si no me dejaba en paz, contaría lo que había visto. ¿Y sabe qué me dijo? Que lo hiciera, que le daba igual y que ella entonces contaría que la estaba acosando sexualmente, enseñándole mis partes —continuó sin esperar respuesta del policía—. Esa niña

parecía normal, inocente, educada... Era de las que disimulan muy bien en público, de las que engañan —Soto bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—, pero era perversa, era un bicho.

—¿Y qué me dices de este chico? —Castro le indicó las dos imágenes en las que aparecía Elsa Canteli con Martín Gayo.

—Era uno de sus amigos. Él es el macho alfa del grupo, ¿me entiende? Y ella, ella no se conformaba con ser una hembra beta. —La analogía con una manada de lobos no iba muy desencaminada para referirse a la manera de comportarse de aquel grupo de chicos—. Ya le digo que era la peor de todos.

—¿Y esta otra? ¿Quién es la niña?

Señaló una de las fotos que había sacado a la salida del instituto. En ella se veía a un montón de adolescentes y, entre ellos, destacando sobre los demás, había una niña más pequeña que aparecía con el ceño fruncido.

—Una de sus víctimas. —Soto parecía más tranquilo—. Elsa la había tomado con ella. No sé quién es.

—Y ahora —dijo Castro indicando la última foto, en la que solo se veía una sombra bajo la pasarela—, explícame esta, Soto. Está hecha el mismo día en que mataron a la niña, desde la pasarela. Y estaba en tu móvil. Ayer dijiste que ese día no te habías acercado al puente.

Soto se removió en la silla y volvió a mostrarse inquieto. Empezó a hurgarse en la herida del dedo hasta que brotó sangre. Castro no dijo nada, no le advirtió del hilillo que empezaba a deslizarse por su dedo, ni siquiera trató de impedir aquel rascar frenético, producto del desasosiego del hombre. Esperó. El silencio en algunos casos era mejor aliado que la insistencia.

—Estuve en la pasarela —confesó al fin—. Alguien estaba esperando a esa niña debajo.

—¿La sombra no es de ella? —preguntó sorprendido Castro.

—No. Ella llegó después —explicó—. Me echó de allí. Otra vez con amenazas. Esa vez cogió el móvil e hizo amago de llamar a la policía si no me iba.

—¿Y qué hiciste?

—Irme —respondió Soto parando de rascarse—. Irme a mi casa. Esa niña me daba miedo.

—¿Pudiste verle la cara a quien estaba bajo la pasarela?

—No —negó también con la cabeza—. Cuando llegué, ya estaba allí.

—¿A qué hora llegaste?

—Poco después de las dos.

Castro recogió las fotos y se levantó para irse.

—¿Mediará por mí? ¿Hará algo para que me suelten? ¡He colaborado! ¡Y no he hecho nada malo! —rogó el hombre.

—Lo siento, señor Soto, pero no nos gusta negociar con delincuentes —espetó el inspector antes de salir de la sala de interrogatorios.

Desde fuera, oyó como el hombre clamaba por no volver a la cárcel.

62

—Los menores sometidos a exploración no tienen expedientes de reforma o de protección, y Roberto Jiménez, tampoco. Están todos limpios —confirmó Rioseco en el *briefing* que estaban celebrando en la sala de reuniones para terminar el día.

Sobre la pizarra, había anotaciones nuevas y más fotos.

—Nosotros tenemos unas cuantas pistas y algún hilo nuevo del que tirar —informó Argüelles, solicitando con la mirada consentimiento a Castro para hacer él la exposición.

Castro cabeceó en señal de asentimiento y el inspector de la UFAM resumió lo más relevante de la toma de declaración a los menores, incidiendo en las sospechas de que Martín Gayo, Sonia Balbín y Rodrigo Bueno, los tres agresores de los vídeos, mentían al decir que estaban juntos el día de autos.

También informó del interrogatorio al que habían sometido a la directora del centro y a la orientadora, quienes, según explicó, habían confesado el intento por parte del centro de acallar las agresiones sufridas por varios alumnos.

—Los profesores que habían presentado quejas contra Elsa Canteli también tienen coartada para la hora del crimen: estaban en el centro, o bien con alumnos o con otros profesores —añadió.

—¿Y en cuanto a los padres del resto de los alumnos explorados? —preguntó Santiago Pascual.

—Eso ha sido complicado de comprobar. Demasiados nombres. Villa y Gutiérrez me han echado una mano. —El capote fue bien recibido por los dos agentes con un leve asentimiento de cabeza—. Todos estaban donde dijeron, ninguno cerca del lugar del crimen. Lo mismo ocurre con Jimena Feito, que estaba en el instituto en el que estudia ahora, y con sus padres, en el trabajo él y en la peluquería ella.

—Yo de momento no veo ningún hilo del que tirar, a excepción de la sospecha de que unos escolares han mentido en su declaración —sentenció Rioseco con impaciencia.

A la reunión de control del día siguiente tenía que llevar datos precisos y comprobados y, a ser posible, algún sospechoso. El jefe de la UCOT, Alfonso Buandín, no admitiría hipótesis ni sospechas de mercadillo, y Rioseco no estaba dispuesto a aguantar un solo gesto más de hartazgo o desagrado de su superior por no tener novedades suculentas.

—Delitos Tecnológicos ha encontrado varias fotografías en el móvil de Vasco Soto —Argüelles señaló las imágenes pegadas en la pizarra—. Aparte de violar las condiciones de su libertad, Soto asegura, y así lo demuestra esta imagen —golpeó con el dedo la foto de la sombra bajo la pasarela—, que alguien esperaba a la niña debajo del puente.

—Y —añadió Castro—, por lo que nos ha contado Nuria Arias, una de las alumnas exploradas hoy, esa persona podría haberse citado allí con Elsa Canteli. Nuria Arias asegura que oyó a la víctima hablar con alguien debajo del puente poco antes de que la asesinaran. Aunque no le vio la cara.

—Tenemos que deducir entonces que Elsa Canteli conocía a su asesino —aventuró Rioseco.

—No solo eso, comisario —replicó Castro—. Todo parece indicar que Elsa Canteli se citó con él.

—¿Y ese Vasco Soto puede identificar al propietario de esa sombra? —quiso saber el comisario.

—No, señor. No llegó a verlo.

—¿Es creíble su versión? —intervino Pascual.

—Hasta cierto punto —reconoció Castro—. Nos mintió dos veces. Y hasta que no le enseñamos las fotos extraídas de su móvil, no

empezó a cantar. No es de fiar.

—De manera que sigue siendo sospechoso —puntualizó Pascual.

—Yo no lo descartaría de momento. Su saliva estaba en la escena del crimen, no tiene coartada y habló con la niña poco antes de que muriera —confirmó el inspector de Homicidios.

Rioseco resopló y dio rienda suelta a su disgusto.

—No tenemos nada que no tuviéramos ayer —se quejó—. Villa y Gutiérrez, ¿qué tenéis vosotros?

Teresa se levantó y caminó hacia la pizarra.

—Nada —dijo de forma escueta—. Salvo lo que ya ha comentado Argüelles sobre las coartadas de los padres de los alumnos explorados hoy en el instituto y los padres de Jimena Feito.

La respuesta descolocó tanto al comisario que a punto estuvo de caerse de la silla. Le subió el color al rostro e hizo ademán de levantarse, pero Teresa comenzó a resumir, de forma rápida y precisa, las indagaciones que ella y Gutiérrez habían hecho durante el día, sin darle a su jefe tregua para replicar o quejarse. Detalló la conversación con Alicia, con su padre y con su madre, así como su visita al hospital, la revisión de los informes médicos, la entrevista con la vecina del primero y los intentos fallidos de que Ana Sánchez denunciara a su marido.

—Al final, la orden que os conseguí no sirvió más que para que perdierais el tiempo en un caso que no guarda relación con el que nos ocupa. Tal y como yo sospechaba —espetó.

—Para ser exactos, no es así, señor —se defendió Teresa con apasionamiento—. Vimos indicios de un delito de violencia de género y tratamos, como agentes de la ley que somos, de atajarlo y ponerle solución.

—¡En vano! —insistió de mal humor el comisario.

—Había que intentarlo, señor. Los agentes Villa y Gutiérrez actuaron bien al no mirar para otro lado e indagar —intercedió Pascual—. Es lo que se espera de nosotros, ¿verdad?

Teresa se lo agradeció con una tímida sonrisa. Si ya le caía bien Santiago Pascual, ahora casi le podría poner un monumento. El jefe de la UDEV era un hombre que todo lo que tenía de musculoso lo tenía de ecuánime, y no le gustaban las palmaditas en la espalda, pero tampoco las críticas gratuitas.

—Nosotros sí que tenemos algo —anunció Antonio Carrasco.

—Espero que sea mejor que lo que hemos oído hasta ahora, inspector —apostilló el comisario.

—Más de lo mismo en cuanto a los padres, novio y amigas de Rosa Colomina. Mantienen la versión que dieron en su momento y no han aportado nada nuevo. Con sus compañeras de trabajo no hemos podido hablar aún por falta de tiempo. —Carrasco hablaba despacio, con un tono monocorde y serio, sin ningún tipo de inflexión ni de adorno. Tampoco trataba de sonar interesante o expectante. Se limitaba a exponer los hechos de forma lineal y sintética—. También hemos hablado con Carlos Expósito, gerente de El Cometa Rojo y antiguo jefe de Rosa Colomina. —Hizo una pausa en la que parecía que estuviera ordenando las ideas más que creando un momento de tensión.

Pero Rioseco no lo entendió así.

—¡Vamos hombre! ¡Que es para hoy! —apremió el comisario con impaciencia.

Carrasco no le dedicó ni una mirada. Se tomó unos segundos más y continuó:

—Al parecer, Rosa Colomina estaba preocupada por una niña del instituto Manuel Machado. Sospechaba que estaba recibiendo malos tratos. —Carrasco cambió el peso del cuerpo al otro pie—. Informó de su sospecha a Expósito y este le aconsejó que dejara correr el tema.

—¿Y? —Rioseco estaba a punto de explotar.

—Y nada. —Fue la cáustica respuesta de Carrasco. Respuesta que arrancó una carcajada en el resto de los presentes en la sala—. Que hay que buscar a una niña de ese instituto que se llama Alicia.

—¿Alicia? —saltó de repente Teresa.

—Sí, Alicia —repitió Carrasco.

—Alicia es la niña con la que hablamos nosotros, es la niña de nuestro caso de maltrato.

—¿Te dijo ese hombre si Rosa Colomina le hizo caso y se mantuvo al margen? —preguntó Castro con interés.

—No lo sabía —respondió Queipo, quitándole la palabra a su compañero—, pero sí nos aseguró que Rosa Colomina, por su forma de ser, no era de las que se quedaban al margen.

—¿No se encontraron polvos de talco en la herida de Rosa

Colomina? —quiso saber Gutiérrez con excitación en la voz.

—Sí —confirmó Montoro, que hasta el momento se había limitado a escuchar, a observar y a mover la cabeza como si estuviera en un partido de tenis.

El inspector de la Científica se sentía más cómodo en la sombra que bajo los focos.

—En esa casa hay un bebé —señaló Teresa levantándose con ímpetu. Le brillaban los ojos y su semblante se había transfigurado en preocupación—. Cuando hemos ido a buscar a Ana Sánchez, le estaba cambiando el pañal a su bebé y había un bote de polvos de talco sobre la mesa.

—Creo que acabamos de encontrar un buen hilo del que tirar, comisario —señaló Castro con un leve retintín—. Elsa Canteli estudiaba en el mismo instituto que Alicia Peña, que era objeto de acoso por parte de la primera. ¿Su padre lo sabía? Lo que es seguro es que Elsa Canteli era consciente de los malos tratos. En el vídeo, amenaza a Alicia con contar lo que le hace su padre. ¿Se tomo Iván Peña la justicia por su cuenta? ¿O Elsa Canteli se creyó más lista y amenazó al padre directamente? En cuanto a Rosa Colomina, se había percatado de que la niña sufría malos tratos —continuó el inspector de Homicidios—. ¿Fue al domicilio de los Peña a encararse con el padre? ¿Lo amenazó con denunciarlo? ¿Fue eso lo que le costó la vida? Desde luego, esa familia es el denominador común de las dos víctimas.

—Son demasiadas preguntas, inspector —rebatió el comisario—. Acabáis de decir que todos los padres tienen coartada para la hora de la muerte de Elsa Canteli. En ese «todos los padres» entiendo que estabais incluyendo a los padres de esa niña, de Alicia.

—Sí, pero las coartadas de Iván Peña y de Ana Sánchez son ellos mismos, señor —replicó Teresa—. Dicen que estaban en casa los dos. Pero la mujer haría cualquier cosa por proteger a su marido. Y mentir sería la menor de ellas.

—Creo que merece la pena traerlos a jefatura, señor, especialmente al padre —sugirió Santiago Pascual.

El comisario reflexionó sobre el asunto apenas unas décimas de segundo. Le preocupaba más no tener nada nuevo que contar al día siguiente que el hecho de sacar a un padre de familia, maltratador o no, de su casa.

—¿El sospechoso principal es el padre o sospecháis que los dos podrían estar implicados? —La pregunta del comisario iba dirigida a Gutiérrez y a Teresa.

Fue la inspectora quien contestó.

—El padre —dijo con contundencia—. Ella se limita a sobrevivir de puntillas, señor.

—Villa y Gutiérrez, id a por él. A la mujer, dejadla. Hay dos menores en la casa y no quiero tener que avisar a Servicios Sociales. Ya habrá tiempo mañana de interrogarla. ¡Ah! Y sin jaleo. Tratad de ser discretos —ordenó el comisario.

Los dos agentes se levantaron como balas y salieron de la sala de reuniones. Teresa tenía cara de satisfacción. Al final, quizá iba a poder sacar a Ana de ese infierno.

63

Miró a su mujer cubierta de sangre. Estaba tendida en el suelo de la cocina, bocarriba, con las manos sobre el abdomen en un vano intento de que la vida no se le escapara. Por una de las heridas asomaban parte de los intestinos, brillantes y sanguinolentos. Ella boqueaba, tratando de respirar, y el esfuerzo por meter aire en los pulmones convertía en burbujas brillantes y rojas la sangre que le salía por la boca. Gorgoteó con un sonido gutural, estertóreo. Grotesco. Se estaba muriendo con lentitud.

Soltó el cuchillo y salió de la cocina. Caminó como un autómata hasta la habitación de Lucía. El llanto de la pequeña, de pie en la cuna, le taladraba los oídos. Un hilillo de sangre le bajaba por la nariz hasta la barbilla, y una gota fue a depositarse sobre una de sus regordetas manitas. El hombre se llevó las manos al rostro. Salió del cuarto infantil y recorrió el pasillo buscando a Alicia, su hija mayor. La encontró en el salón, de pie junto a la ventana. La miró desde la puerta. Se acercó a ella despacio y comenzó a llorar.

—¿Qué voy a hacer ahora? —dijo con un gemido desesperado.

La niña no contestó. Se quedó pegada al cristal, sin moverse.

Él le pasó la mano por el pelo y la apartó para abrir la ventana. Antes de que ella pudiera reaccionar, la agarró y sacó su cuerpo al exterior. La pequeña forcejeó, apenas un segundo. Él cerró los ojos y la dejó caer al vacío.

64

Llegaron al domicilio de Iván Peña diez minutos después de que lo hicieran dos ambulancias del SAMUR. La calle parecía una verbena de verano. Docenas de personas se arremolinaban en torno a un cordón policial precariamente colocado, intentando ver cuánta sangre había sobre la acera.

Teresa salió del coche casi en marcha. Desesperada. Con la presión en el pecho del que sabe, aunque no lo haya visto, qué se va a encontrar. Se abrió paso entre la muchedumbre y traspasó la cinta.

Corrió hacia los dos cuerpos inertes tendidos sobre la acera. Uno era el de una niña. Dos sanitarios estaban inclinados sobre ella. Tenía una mascarilla sobre el rostro conectada a un resucitador de silicona. Le habían puesto una vía en un brazo y trataban desesperadamente de estabilizarla. A Teresa le llegó el sonido de las sirenas que amortiguó las voces de los otros dos sanitarios, arrodillados al lado del otro cuerpo: el de un hombre con fracturas abiertas en ambas piernas. El hombre estaba consciente y deliraba. O quizá no. Su grito era como un aullido animal. Sus ojos estaban desbocados, hilarantes. «¿Está muerta? ¿Está muerta?», repetía una y otra vez mientras el médico del SAMUR intentaba inmovilizarle las piernas destrozadas.

Teresa buscó alrededor. No vio más cuerpos. Por un instante, sintió una punzada de alivio. Miró hacia arriba. Trató de localizar la ventana por la que habían caído aquellos dos cuerpos desmadejados.

Volvió a mirar a todos lados. Y echó a correr. Entró en el portal sosteniendo su placa en alto. Oía unos pasos justo detrás de ella, al mismo ritmo, corriendo y subiendo escalones de dos en dos. Llegó al segundo piso fatigada y sudando. Pero lo único que notaba era la presión en el pecho que no la dejaba respirar y el bombeo del corazón a la altura de las sienes. Jadeaba como si estuviera a punto de ahogarse. Entró en la vivienda, en donde solo se oía el llanto desconsolado de un bebé. «La pequeña está viva», pensó aliviada. Intentó localizar a la madre. No la vio. En cambio, sí vio muchos uniformes azules deambulando por la casa y a una mujer que sostenía en brazos a Lucía mientras trataba de consolarla.

—¡¿Dónde está la madre?! —se oyó preguntar.

Era como si su voz no fuera la suya. Estaba distorsionada por el miedo, por los murmullos de los agentes de policía, por el llanto de la niña, por el ruido que llegaba desde el exterior. Su voz sonaba a eco bajo el agua.

Alguien le hizo una seña hacia una puerta que comunicaba con el salón. Se acercó. Lo primero que notó fue un olor intenso que se le pegó a la nariz: a óxido y a algo que le recordó a una alcantarilla. La puerta daba a la cocina. Sobre el suelo, en medio de un charco de sangre que apenas dejaba ver el color de las baldosas, estaba ella. La madre. La que apenas hacía unas horas negaba los malos tratos y justificaba a su marido. La mujer tenía los ojos abiertos y parte de las vísceras fuera. Estaba muerta. Teresa se apoyó en el marco de la puerta y se sintió desfallecer. Se le doblaron las piernas y se dejó resbalar. Hubiera acabado sentada sobre el mismo suelo en el que yacía Ana Sánchez si alguien no la hubiera sujetado con fuerza por los brazos. Se le nubló la vista y ese alguien la sostuvo, con fuerza y decisión, y la obligó a caminar. La sacó de aquel piso y la apoyó contra la pared del descansillo. Cuando logró enfocar la vista, Teresa vio los ojos preocupados de Gutiérrez fijos en ella. Notó las manos de él sobre sus hombros y su voz, muy lejana, diciéndole que estuviera tranquila.

Fue el abrazo cálido de Gutiérrez lo que acabó por desmoronar sus defensas. Teresa rompió a llorar. Lloró como hacía años que no lo hacía. Como una niña desconsolada, jadeando y sin fuerzas para aspirar ni una bocanada de aire. Él siguió abrazándola. En silencio.

Respetando su dolor, pero sin soltarla.

—¡Es culpa nuestra! ¡Es culpa mía! —aulló escondiendo el rostro en el hombro de su compañero—. ¡La dejé marchar!

—Shhhh —susurró acariciándole el pelo, intentando calmarla, sin éxito.

«Es culpa de la mierda de sistema que tenemos», pensó Gutiérrez, aunque se mantuvo callado, decidido a sujetar a su nueva compañera todo el tiempo que fuera necesario.

65

Olivia llegaba al domicilio de su madre ajena a la desgracia que acababa de ocurrir en la otra punta de Oviedo. Doña Elena vivía cerca del edificio Calatrava, una mole de hormigón que había sido levantada sobre los terrenos del antiguo estadio de fútbol Carlos Tartiere. La construcción del palacio de congresos había traído mucha controversia por los defectos de diseño y ejecución, denunciados hasta la saciedad por los medios de comunicación asturianos y que habían provocado un accidente que casi cuesta la vida a tres operarios y una pelea en los tribunales; el coste sobredimensionado de las obras —que se quintuplicó respecto al presupuesto original— y la propia estética del edificio, al que popularmente se le llamaba «el *centollu*», no gustaba a la mayoría de los ovetenses.

La madre de Olivia era una de ellos. Había asistido con pena y desde un asiento preferente —el de su salón— a la demolición del antiguo estadio, y se quejaba con frecuencia de que aquella bestia de hormigón le había restado luz a su casa, impidiendo que el sol entrara por la ventana de su piso, antes muy soleado y desde entonces sumido en la penumbra.

Iba a ser una cena tardía. Tras hablar con el gerente de El Cometa Rojo, Olivia y Mario regresaron a Pola de Siero. Tocaba escribir y seleccionar las fotos. Y hacerlo bien, porque los dos temas abrían la principal sección del periódico, y uno de ellos saldría en portada.

No fue difícil coordinarse con Serafín. Estaba empezando a gustarle aquel aprendiz de periodista. Tenía madera, era más trabajador de lo que se esperaba de él y, puliéndolo un poco, podía llegar a ser un buen profesional.

Cuando Olivia puso rumbo de vuelta a Oviedo, eran más de las diez de la noche. De Castro no sabía nada, y había decidido que ella tampoco daría señales de vida. Tenía que estar muy enfadado, pensó, porque ese mutismo no era propio de él. Decidió hacerse la dura y tan de rogar como él.

Cuando llegó a casa de su madre, la recibió una doña Elena combativa. Se lo vio en los ojos. Y eso era más peligroso aún que el marcaje al que solía someterla para reclamar su atención. Prefería a su madre en plan cansino que enfadada.

En cuanto entró en la vivienda, le invadió el aroma de la niñez, de los tiempos felices.

—Estás haciendo lasaña —evidenció Olivia con melancolía.

—Sí. La receta de tu padre.

—Hacía tiempo que no la preparabas.

—La preparo muy a menudo —replicó ella—. Otra cosa es que tú estés aquí para disfrutarla. Normalmente, me la como sola.

Toma pullita. La primera. Y aún no se había quitado el abrigo.

Su madre regresó a la cocina y al cabo de unos minutos volvió a entrar en el salón, donde Olivia estaba mirando la colección de discos de su padre: Jackson Browne, todos los éxitos de Bob Dylan, Tina Turner, Bonnie Tyler, Sam Cooke, Aretha Franklin, B. B. King, John Lee Hooker, Willie Dixon, Louis Armstrong, Jimi Hendrix, The Rolling Stones, The Beatles, Dire Straits, Eric Clapton, Mike Oldfield, Queen, Elton John, John Lennon, Sting, Loquillo y Los Trogloditas, Leño, Ñu, Rosendo, Stukas, Los Berrones, la gran Rocío Jurado, Raphael... Olivia pasó los dedos por las gastadas fundas de plástico de aquellos discos. Reparó en los de ópera, las mejores obras de los mayores compositores de la historia interpretadas por las mejores voces: Plácido Domingo, Luciano Pavarotti, José Carreras, Alfredo Kraus, Giuseppe Di Stefano, Ainhoa Arteta, Kiri Te Kanawa, Montserrat Caballé, María Callas, Sondra Radvanovsky, Joan Sutherland... Su padre era de gusto ecléctico para la música. Siempre decía que no había música mala, sino oídos poco agradecidos.

En aquella casa no se veía la televisión. En cambio, la música sonaba siempre, y siempre en el viejo tocadiscos. Paolo Marassa se resistía a usar casetes cuando estos llegaron al mercado. «Pequeña —solía decirle a Olivia—, la música de los discos de vinilo es tan cálida como tener una chimenea encendida en pleno invierno». Olivia sonrío para sí misma al recordar a su padre sentado en el butacón, con un libro en la mano, la pipa en la boca y la música grave y sin depurar que salía de aquel antiguo tocadiscos.

—Te he preparado un Martini —dijo su madre a sus espaldas.

Olivia se giró y la vio allí parada, con la mirada decidida y una copa en la mano.

—¿Un Martini a estas horas, madre?

—Tómatelo —dijo ella con severidad ofreciéndole la bebida—, lo vas a necesitar.

Amenaza velada. «La cosa no pinta bien», pensó Olivia armándose de paciencia. Desde luego, no estaba siendo el mejor día de su vida. Primero, Castro y ahora, ella.

—¿Cenamos?

Olivia tenía hambre y estaba cansada. Había sido un día largo e intenso, y el estrés emocional era una carga añadida que no hubiera necesitado.

—No. Primero hablaremos. —Estaba claro que doña Elena iba a llevar la voz cantante. Se dirigió al sofá y se sentó, indicándole a su hija con la mano que hiciera lo mismo. Sacó un posavasos que colocó sobre la mesa de cristal. Ni en los momentos de crisis perdía sus manías de pulcritud—. Cuando esté todo claro, cenaremos.

Olivia se sentó a su lado y dejó la copa de Martini sobre el posavasos. Su madre abrió una caja de madera que descansaba en la mesa y sacó la pipa de madera de su padre. Sin prisas, como si se tratara de algún tipo de ritual, rellenó de tabaco el hornillo, lo sujetó con mucho cuidado, la encendió y chupó por la boquilla soltando luego el humo, aromático y dulce. Era el mismo aroma, el mismo tabaco que Paolo Marassa compraba en el estanco una vez al mes.

—Madre, ¿desde cuándo fumas?

Olivia no daba crédito. Su madre se había convertido, de repente, en una desconocida. Salía a bailar, andaba con hombres, fumaba... «¿Qué será lo próximo? ¿Esnifar coca?», se dijo escandalizada.

—Cuando murió tu padre —respondió con tranquilidad reclinándose en el sofá—, decidí continuar con su costumbre de perfumar la casa. No me gusta el humo, pero sí cómo huele.

—No lo sabía.

—Hay muchas cosas que no sabes, Olivia, aunque tienes la costumbre de pensar que lo sabes todo. Es paradójico que, siendo periodista, no hagas nada por informarte correctamente.

Segunda pullita. Y aún quedaba la cena.

—Me parece que no estás siendo justa, madre.

—Soy demasiado justa —replicó—. Te voy a dar una explicación, aunque no tengo por qué hacerlo. Soy dueña de mi vida, no al revés. —Doña Helena volvió a llevarse la pipa a la boca—. Y ahora escúchame bien. —Fue una exigencia, y en su mirada Olivia leyó que no iba a admitir réplicas—. Cuando murió tu padre, hace quince años, una parte de mí murió con él. —A Doña Elena se le humedecieron los ojos.

—Lo sé, lo viví contigo, aquí, ¿recuerdas?

A la periodista, su propia pulla le sonó débil e infantil.

—No me interrumpas, Olivia —advirtió doña Elena con seriedad —. Durante quince años he sobrellevado que la vida continuara sin tu padre. Y me conformé. Te tenía a ti, aunque solo fuera un día a la semana y a regañadientes... —Tercera Pullita. Olivia resopló—. Tenía su recuerdo, sus recetas, sus discos, su pipa —acarició la madera del hornillo con suavidad—, a mis amigas y el parchís. Pero conformarse con vivir no es vida, Olivia.

«Esta no es mi madre. Definitivamente, ha esnifado algo», se dijo Olivia. Doña Elena era el paradigma de la mujer de su casa, feliz con sus limpiezas generales, sus paseítos de media hora por el centro de Oviedo y sus partidas de parchís, amante del hogar, de la cotidianeidad y de las rutinas. Pero la persona que en ese momento tenía sentada enfrente, fumando en pipa, estaba confesando que vivía a medias, que se aburría.

—Sí, empecé a salir a bailar —espetó con determinación—. Y me gustó. Y sí, conocí a Enrique en uno de esos bailes. Y me gustó más aún.

Doña Elena sonrió; fue una sonrisa bobalicona, cargada de ilusión.

Olivia enrojeció. Definitivamente, no podía tener aquella

conversación con ella. Y menos con el olor de aquel tabaco envolviéndolas a ambas. A Olivia le pareció obsceno, poco menos que un sacrilegio, una traición.

—Nadie podrá sustituir nunca a tu padre, Olivia. Nadie —enfatizó —. Tu padre es y será el amor de mi vida. Y lo extraño cada día. Lo tengo aquí. —Se señaló el pecho—. Y aquí. —Subió el dedo hasta la cabeza—. Pero soy joven y quiero empezar a vivir. Y necesito hacer un poco de hueco aquí —volvió a señalarse el pecho y la cabeza— para mí misma. Con Enrique me siento viva, me hace reír, me hace pensar en algo más que en ti y en estas cuatro paredes, me entiende y nos acoplamos bien. Me aporta compañía e ilusión.

—De verdad, madre... —quiso intervenir ella, incómoda por el rumbo de la conversación, cambiando de posición en el sofá.

Doña Elena la frenó con un gesto de la mano.

—De manera que, tanto si te gusta como si no —añadió—, mi relación con Enrique va a continuar. Al menos, mientras ambos así lo deseemos. Y no te estoy pidiendo permiso. Preferiría poder disfrutar de esta relación contigo a mi lado, pero si no es así, tendrás que adaptarte a la nueva situación.

—¿Sabe Enrique lo que aún sientes por papá? —preguntó con inquina y cierta sorna.

—No somos quinceañeros, Olivia. —Lo dijo como si en vez de a una mujer de cuarenta años, tuviera enfrente a una niña muy pequeña a la que hubiera que explicarle el color de las nubes—. Ambos tenemos un pasado. Por supuesto que lo sabe. Igual que yo sé que Laura, su mujer, era el amor de su vida. No es una competición entre esposos fallecidos, ¿sabes? —Olivia bebió media copa de Martini en un par de tragos—. Te dije que lo ibas a necesitar —señaló doña Elena con sorna.

—No te interesa mi opinión, ¿no?

—No —rechazó—. Aunque si quieres expresarla en voz alta, te escucharé.

Olivia no se detuvo a pensar. La opinión le quemaba. Y por supuesto que la iba a escuchar. No había ido hasta allí solo para comer lasaña.

—No eres una adolescente, madre —espetó Olivia con la lengua caliente por la situación y por el Martini—. Y es ridículo que trates de

parecerlo. Igual que es ridículo que dejes entrar a ese... ese... ese ligón de desguace en nuestras vidas.

—No lo de dejo entrar en nuestras vidas, hija. Lo dejo entrar en la mía —replicó doña Elena con calma sin tratar de corregir el calificativo empleado por su hija.

—¡Me da igual! —exclamó Olivia apurando la copa de un trago—. Tu vida es la nuestra, madre. La tuya y la mía. ¡Es la misma! —exclamó ella subiendo el tono de voz—. Desde ya, te digo que no voy a aguantar las manitas por debajo de la mesa de mi madre con... con... con nadie. —A Olivia le costaba encontrar las palabras con las que expresarse—. Ni voy a asumir que ese hombre invada el espacio de papá. No lo acepto y no voy a tolerarlo. —Doña Elena se metió la boquilla de la pipa en la boca y aspiró—. ¿No vas a decir nada? —preguntó una incrédula Olivia.

—Sí. ¡Cenemos! —sugirió Doña Elena levantándose del sofá.

—¿Y ya? —insistió Olivia desconcertada.

—Dije que escucharía tu opinión, no que fuera a discutirla contigo —sentenció desapareciendo en el interior de la cocina.

Olivia se quedó sentada en el sofá, confundida y descolocada ante la actitud de su madre.

—¡A cenar, amor! —anunció doña Elena apareciendo con una fuente de cristal con la lasaña.

Cenaron en silencio. No, Olivia cenó en silencio. Doña Elena se extendió en detalles sobre el club al que iba a bailar, sobre la excursión que habían realizado al oriente asturiano el fin de semana —Enrique tenía carnet y un «Mercedes clásico descapotable preciosooo»—, sobre los últimos cotilleos de su pandilla de amigas y sobre el crucero que planeaba hacer en verano con su adorado y recién estrenado novio.

Olivia dejó pasar la velada con estoicismo. La verborrea de su madre no parecía tener fin. La lasaña estaba muy buena. Como antaño. Y el vino blanco, un Marqués de Cáceres que doña Elena había comprado para la ocasión, excelente. Pero Olivia no disfrutó. Seguía sintiéndose fuera de la nueva ecuación.

Eran las doce cuando la periodista se despidió de su madre. Se puso el abrigo y se anudó la bufanda alrededor del cuello. Doña Elena le enderezó el nudo con cariño y le pasó una mano por el rostro.

—Olivia, no hay nada ni nadie capaz de apartarme de ti —susurró —. Ni ahora ni nunca, cariño.

Olivia condujo con el piloto automático puesto hasta Pola de Siero. Llegó a su casa sin saber cómo lo había hecho. En su cabeza bailaban las imágenes de su madre, de su padre y de Castro. Esa noche durmió inquieta y soñó que un monstruo de dos cabezas, una de ellas con el rostro de Matías Adaro, la desmembraba lentamente.

66

Miércoles, 7 de marzo de 2018

España se despertó el 7 de marzo con el Real Madrid metido en cuartos de final de la Champions tras vencer al París Saint-Germain por un gol de diferencia, con los preparativos de la manifestación feminista del 8M y con la investigación de Hacienda de pagos del Govern a empresas afines al *procés*. Asturias amaneció con un premio de la Bonoloto de cincuenta y tres mil euros que había recaído en El Franco, con la relación establecida entre los crímenes de Elsa Canteli y de Rosa Colomina, con las declaraciones de mujeres asturianas de renombre sobre lo que harían al día siguiente, durante el 8M, y con una nueva víctima de violencia de género: el crimen machista —así lo calificaban los periódicos— ocurrido la tarde anterior, por el que un hombre había asesinado a su mujer y había tratado de hacer lo mismo con una de sus hijas antes de intentar suicidarse.

Olivia Marassa abrió los ojos a ese 7 de marzo con la cabeza como un torbellino. No se quitaba a su madre de la cabeza y tampoco era capaz de desconectar de Castro. Sintió el cuerpo calentito de Pancho pegado a ella y el frío de la sabana del lado vacío de la cama, que le recordó que había dormido sola y triste. Cerró los ojos. Por la ventana entraba una luz grisácea que prometía otro día de invierno

típicamente norteño. No tenía ningunas ganas de levantarse de la cama. Y no lo hubiera hecho o, al menos, no tan temprano si Mario no hubiera aporreado su puerta aquella mañana.

Entró sofocado. Sin saludar siquiera, arrojó *El Diario* sobre la mesa.

—Ve a la página veintitrés —pidió.

Olivia, aún con legañas en los ojos, obedeció. La noticia hablaba sobre el asesinato de una mujer a manos de su marido en Oviedo la noche anterior. También había tratado de asesinar a sus dos hijas y después se había intentado suicidar. Una de las niñas estaba en estado grave y el homicida también. La noticia no daba muchos más detalles ni tampoco los nombres del agresor o de las víctimas. Tan solo sus iniciales. De momento, pues a lo largo de la jornada eso cambiaría. El nombre de las menores no, por protección, pero el del hombre y el de la mujer muerta saldrían en los informativos del día.

—¿Qué pasa con esta noticia? —quiso saber Olivia sin entender el estado de agitación de su compañero.

—Mira tú móvil —pidió él.

Olivia cogió el teléfono, que aún descansaba encima de la mesita de noche. Lo tenía en silencio. La noche anterior había decidido quitarle el volumen para desconectar del mundo o lo que, en el caso de Olivia, era lo mismo, de Castro.

Desbloqueó la pantalla y vio que tenía quince llamadas perdidas. Diez de Serafín y cinco de Mario.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Mario.

—Que hemos encontrado a Alicia, Olivia. Es la niña que está grave.

—¿Cómo que hemos encontrado a Alicia? —Olivia fue al salón y releyó la noticia—. ¿De qué hablas?

—Llama a Serafín.

Olivia marcó el número de su otro compañero en aquel caso.

—Menos mal que te localizo —exclamó con alivio Serafín. Olivia notó que exhalaba un suspiro de desahogo—. ¿Has visto el periódico?

—Sí, me lo ha traído Mario.

—Lo siento, Olivia —se disculpó él medio atribulado—. Al no localizarte, lo llamé a él.

—No importa. ¿Me explicas qué está pasando?

Olivia se preparó un café mientras Serafín se explayaba, atropellando las palabras.

—El homicidio e intento de filicidio de anoche —comenzó— lo está cubriendo Laura Postigo.

—He visto su firma encabezando la noticia —atajó Olivia con impaciencia, con el café a medio camino entre su mano y la boca—. Al grano, Sera.

—Una de las niñas se llama Alicia Peña. La que está grave. Y... —hizo una pausa teatral que a Olivia le permitió beber media taza de café sin atragantarse— es alumna del instituto Manuel Machado.

—¡La leche! —exclamó Olivia dejando la taza sobre la mesa del comedor. Se arrimó a la ventana. Fuera, el día estaba gris, triste y con amenaza de lluvia, una visión que había acompañado a su estado de ánimo hasta la llamada de Serafín—. Alicia —repitió en voz alta—. ¿La misma Alicia por la que se preocupaba Rosa Colomina?

—Eso parece. Tiene todas las papeletas de ser la misma —confirmó él—. Además, tu inspector lleva la investigación. Es una evidencia más de que la niña podría estar relacionada con el caso de Elsa Canteli.

La mención a Castro como «tu inspector» de boca de alguien que le empezaba a caer bien, pero al que apenas conocía, fue recibida por la periodista como una bofetada.

—Sera, no tenemos tanta confianza como para que te dirijas a mí en esos términos —advirtió ella con sequedad—. Imagino que has querido decir que el inspector Agustín Castro, del grupo de Homicidios del CNP, lleva el caso.

—Eso... eso quería decir, Olivia —balbuceó el otro abochornado por el toque de atención.

—Podría ser. Son demasiadas coincidencias —dijo más para sí misma que para su interlocutor—. ¿Quién más sabe este detalle? —preguntó con urgencia.

—Nadie más —susurró Serafín—. Pero el caso de la niña sigue en manos de Laura.

—Avisa a Adaro de que en media hora estoy ahí. ¡Y no digas ni mu!

—Tú mandas —respondió resuelto Serafín antes de colgar.

—¿Y bien? —quiso saber Mario con expectación.

—Nos vamos a Gijón. Pero antes quiero confirmar que estamos en lo cierto.

—Le vas a provocar una úlcera a Alberto Granados —replicó con sorna el fotógrafo.

Olivia sonrió con cierta malicia. Mario la conocía como si la hubiera parido. Y era lo que más le gustaba de aquella relación.

67

Teresa Villa estaba deshecha. Tenía el pelo revuelto y la ropa desaliñada. Y olía mal. Al menos, esa era su impresión. Aun así, no le importaba nada. Estaba sudorosa por momentos y con escalofríos segundos después; sentía cómo sus tripas protestaban después de horas sin meter bocado en el cuerpo.

Se había pasado la noche en la sala de espera del HUCA, aguardando noticias sobre Alicia Peña, que había ingresado muy grave tras entrar en parada cardiorrespiratoria de camino al hospital. La habían recuperado y en ese momento estaba en quirófano luchando por su vida.

Jorge Gutiérrez no se había despegado de ella: le llevaba cafés de la máquina que ella mantenía en la mano hasta que se quedaban fríos; le pasaba su abrigo por los hombros cuando veía que tenía el frío en el cuerpo de puro miedo por la niña; intentaba entablar conversación con ella, en un baldío intento por distraerla de lo que ocurría en el quirófano, pocos metros más allá.

El subinspector era su sombra, una sombra tenue y cálida al mismo tiempo que ella agradecía en silencio. De vez en cuando, lo miraba de soslayo. En toda la noche no intercambiaron más de tres palabras. Pero no hacía falta. Su sola presencia la reconfortaba hasta un punto que no se atrevía a analizar.

Cuando el cirujano salió para darles noticias sobre la niña, Teresa

se relajó y el cansancio acumulado, tras veinticuatro horas sin pegar ojo, hizo que sintiera un leve mareo.

—Tienes que descansar —le sugirió Gutiérrez con tacto, obligándola a sentarse.

—No puedo, Jorge. No hasta que no sepamos por qué.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué Rosa Colomina? ¿Por qué Elsa Canteli? ¿Por qué sus propias hijas? —En sus ojos había súplica y angustia—. ¿Por qué no se tiró por esa ventana antes de hacer... de hacer todo lo que ha hecho? —espetó con rabia la inspectora de la UFAM.

—Agotada no ayudas a la investigación, Teresa —replicó Gutiérrez—. Te necesito descansada y tranquila.

—Y yo necesito hablar con ese hijo de puta, si sale de esta. No puedo irme a casa a descansar mientras esa niña está en la UCI peleando por sobrevivir.

—Está bien —claudicó Gutiérrez—. Pero con una condición.

Teresa lo miró sin curiosidad. Sus ojos, normalmente vivaces, carecían de brillo, y las ojeras que presentaba no ayudaban a mejorar su aspecto.

—Nos vamos a desayunar y después a jefatura. No podemos permanecer en el hospital todo el día. Así no ayudamos a nadie.

Teresa asintió con la cabeza y agarró por el brazo a Gutiérrez.

—Esto es culpa nuestra, Jorge. No tendríamos que habernos conformado con dejarla marchar solo por el hecho de que no quisiera presentar una denuncia contra su marido —dijo con amargura—. Había suficientes evidencias para haber actuado de oficio. Fuimos laxos, cómodos...

—No, Teresa —objetó él obligándola a mirarlo a los ojos—. Somos policías, no legisladores ni jueces. Cumplimos la ley. Y la ley dice que si no hay denuncia y la persona agredida desmiente las evidencias, no podemos hacer nada más que dejarlo pasar. Es el sistema el que falla en todo caso. Y tú lo sabes mejor que nadie.

—Ella pedía ayuda a gritos —insistió—. Se lo vi en los ojos.

—El problema es que los ojos no valen nada si la boca no habla —sentenció el subinspector—. No le des más vueltas. Hay mujeres que denuncian en falso solo por joder a su pareja y, aun sabiendo que es falso, solo porque hay una denuncia de por medio, hay que meter al

hombre en el calabozo. Y mujeres que, aun estando en riesgo evidente, como era el caso de Ana Sánchez, no tienen el arrojo o la fuerza necesarios para denunciar y pasar por un proceso judicial. Y ahí no podemos hacer nada.

—El sistema es una mierda —se lamentó Teresa con los ojos humedecidos—. Todo es una mierda.

—Eso mismo dije yo ayer, ¿recuerdas? —Ella sonrió tímida y sin alegría, pero ya era algo—. Y tú me contestaste que éramos los basureros de lo peor del ser humano.

—No dije eso exactamente.

—Me dijiste que gracias a nosotros cada vez había menos basura en la calle. —Ella bajó los ojos—. Pues vamos a barrer un poco. Vamos a armar el caso de manera que la escoria que está en ese quirófano no vuelva a ver la luz del día. ¿Te parece?

68

—En quince minutos empieza la reunión de control —informó Rioseco impaciente desde la pizarra. Tenía ojeras y cara de haber dormido menos de lo necesario—. Como siempre, llegamos tarde. ¿Alguien sabe cómo está la niña?

—Ha salido de quirófano. Está en la UCI. Le han tenido que extirpar el bazo y controlar la hemorragia interna. Entró en el hospital con un traumatismo craneoencefálico severo y un neumotórax causado por una costilla rota que penetró en el pulmón —informó el inspector Castro, que tampoco había pasado aún por casa—. Ha llamado Gutiérrez desde el hospital.

Rioseco pareció darse cuenta, de repente, de que faltaban el subinspector de Homicidios y la inspectora de la UFAM.

—¿Dónde están, si puede saberse? —preguntó iracundo.

—Él y la inspectora Villa vienen para acá. Han pasado la noche en el hospital.

—¿No había agentes allí?

—Sí, señor —respondió Pascual—. Seis. Cuatro custodiando al padre y dos a la niña.

—Entonces, ¿por qué coño Gutiérrez y Villa no están aquí ya?

Como si hubieran escuchado el tono imperioso del comisario, la puerta se abrió y ambos agentes entraron en la sala de reuniones.

—¡Ya era hora! —increpó Rioseco—. ¿Y el padre? ¿Sabemos cómo

está?

—Mejor de lo que merece. —Fue Carrasco quien habló sin importarle lo más mínimo provocar al comisario.

—Tiene las dos piernas rotas. Le han operado, y a lo largo de la mañana lo pasarán a planta —respondió Gutiérrez.

—¿Cuándo saldrá la niña de la UCI? —quiso saber Rioseco—. Es imperativo que hablemos con ella.

—No nos han dicho nada, señor. Su estado es crítico.

—Pues de momento nos conformaremos con Iván Peña. Quiero su declaración encima de mi mesa antes de la hora de comer —ordenó—. Y cuando digo declaración me refiero a una confesión de todos los crímenes.

—Hemos recogido muestras de su ADN. Las estamos analizando para cotejarlas con el encontrado en los dos casos.

Montoro estaba consternado por lo ocurrido. Eso, sumado al cansancio de toda la noche al pie de cañón, confería a su rostro un aspecto macilento y fofo y a su voz, un tono apagado. Miranda parecía más relajado, y en su expresión no había ni una señal que mostrara que no había pegado ojo.

—¡Este caso tiene prioridad absoluta! ¡Y quiero a los medios de comunicación a un kilómetro de distancia! ¡Aún no han relacionado este crimen con el de Rosa Colomina y Elsa Canteli, y quiero que siga siendo así!

El comisario no miró a nadie en concreto, cosa que Castro agradeció, aunque, en el fondo, sabía que conseguir que los medios en general y una periodista en particular se mantuvieran alejados y no llegaran a atar cabos era tan difícil como pretender subir el Everest en bicicleta, si bien se guardó su opinión. Rioseco estaba más alterado que de costumbre, y eso quería decir que estaba al borde de un ataque de ansiedad. Ataque que no tendría él, pero que sí provocaría en los demás de no obtener resultados a lo largo del día.

—Os quiero a todos trabajando en el caso. Nada de distracciones ni pérdidas de tiempo. Nadie, y cuando digo nadie, es nadie —puntualizó—, se irá a casa hasta que podamos aclarar los detalles que nos faltan. Es decir, hasta que podamos relacionar sin ningún género de duda a este sujeto con las muertes de Elsa Canteli y de Rosa Colomina. En el caso de su mujer, por desgracia, está bastante claro.

—Hizo una pausa—. Pascual, encárgate de distribuir el trabajo. Señores —añadió—, mandemos a Iván Peña a pudrirse en la cárcel.

69

Olivia tenía la confirmación que necesitaba. Alicia Peña era la Alicia de la que le había hablado Carlos Expósito. La Alicia por la que había mostrado preocupación Rosa Colomina antes de morir. Y ahora la niña estaba en el hospital, víctima del delito que Colomina sospechaba se estaba cometiendo contra ella.

La periodista había telefoneado a Alberto Granados y este, entre susurros, quejas, protestas y la promesa por parte de la periodista de que aquella conversación era *off the record*,[6] le había confirmado que Alicia Peña aparecía en un expediente de denuncias de malos tratos junto a su madre y su hermana pequeña. Denuncias contra el padre que no habían llegado a ningún puerto por la negativa de la madre a corroborar las agresiones. También le había confirmado el dato de que la niña era alumna del instituto Manuel Machado y de que, pocas horas antes del crimen, se había relacionado su nombre con el de Rosa Colomina.

Aquella mañana, Olivia conducía con temeridad por la Y.[7]

—Te va a pillar un radar —la avisó Mario—. Eso si no nos matamos antes.

Ella levantó el pie del acelerador durante cinco minutos. Nada más. Cuando llegaron a la redacción de *El Diario*, Olivia le hizo una seña a Serafín desde la puerta para que se uniera a ellos y los tres irrumpieron en el despacho de Matías Adaro, que seguía con atención

el informativo de la TPA en la televisión que tenía a su espalda. En ese momento, una reportera, aterida de frío, informaba desde la puerta del HUCA sobre el estado de Iván Peña y de su hija según el último parte médico, que, dicho fuera de paso, era poco menos que telegráfico.

Matías Adaro se giró en cuanto se dio cuenta de que no estaba solo en el despacho.

—¿Qué es esto? —preguntó bajando el volumen de la televisión—. ¿Una manifestación?

—Matías, tienes que pasarnos el caso del crimen de anoche —soltó Olivia.

—¿No tienes bastante con los de Elsa Canteli y Rosa Colomina? —Fue una pregunta retórica, pues el tono del director del rotativo no dejaba lugar a dudas sobre su opinión—. No. Lo lleva Laura y lo seguirá llevando ella.

Olivia se adelantó y se apoyó en la mesa.

—Es que el crimen de ayer está relacionado con los otros, Matías.

—¿Y cómo es eso? —preguntó con curiosidad creciente.

Olivia le resumió la entrevista con Carlos Expósito y la preocupación de Rosa Colomina por la alumna del instituto Manuel Machado.

—¿Y por qué me estoy enterando de esto ahora?

La pregunta no iba dirigida a Olivia. Desvió la mirada hacia Serafín, que, detrás de la periodista, bajó la cabeza y no respondió.

—Porque ayer no sabíamos quién era Alicia —se defendió Olivia.

—Me refiero —replicó Adaro volviendo a mirar a la periodista— al hecho de que tuvierais el nombre de una niña, compañera de instituto de Elsa Canteli y relacionada a su vez con Rosa Colomina. —Hizo una pausa deliberada—. Me refiero a la asociación que establecisteis entre Rosa Colomina y ese instituto.

—Era una información que nos guardábamos para hoy —se justificó ella—. Ayer teníamos suficiente para llenar las dos páginas y no queríamos dar pistas a la competencia. Se supone que hoy teníamos que localizar a Alicia y, gracias a ella, establecer una conexión entre Elsa y Rosa.

—¿Estás segura de que la niña que está en el hospital es quien dices?

—Sí, totalmente segura —confirmó.

Adaro exhaló un suspiro de resignación y llamó por línea interna a Laura Postigo.

Cuando la redactora entró en el despacho, si se sorprendió de ver aquella reunión, no dio muestras de ello.

—Pásale el tema de Iván Peña a Olivia —pidió sin dar explicaciones—. Comparte con ella lo que tengas y habla con Espín para que te asigne tema.

Entonces Laura Postigo sí se sorprendió. Miró a Adaro y a Olivia, frunció el entrecejo y torció la comisura de los labios en un gesto de contrariedad. No había cosa que fastidiara más a un periodista, aparte de que la competencia le pisara la noticia, que le quitaran un tema en el que ya había empezado a trabajar.

—¿Por qué? —protestó con vehemencia—. El tema es mío.

—Porque yo lo digo —espetó Adaro—. Ahora el tema es de Olivia.

Aunque la orden había salido del director, Olivia supo que acababa de ganarse una enemiga nueva en la redacción. Se encogió de hombros en señal de disculpa. Laura le devolvió una mirada cargada de inquina.

—Espero que no hagas que me arrepienta de haberle quitado esto a Laura, Olivia —advirtió cuando volvieron a quedarse solos.

—No lo harás —respondió ella contenta como unas castañuelas.

—Y otra cosa —añadió el director con severidad antes de que salieran por la puerta—, debo estar informado de todos los detalles, al margen de que se publiquen o se queden en la recámara para otro día. No quiero sorpresas.

—La única sorpresa se la llevará la competencia cuando nos lea mañana —respondió ella saliendo del despacho.

70

Sonia Balbín no había dormido. Le daba vueltas y vueltas al hecho de que Martín los hubiera obligado a mentir respecto a dónde estaban a la hora en la que habían matado a Elsa. A Sonia no le importaba que su compañera de clase estuviera fría encima de una mesa del depósito de cadáveres. No sentía pena por ella, ni siquiera un poco de lástima. Quizá contrariedad, porque eso había provocado que estuviera castigada. Sus padres habían sido categóricos: fuera móvil, fuera tablet, fuera ordenador —salvo para hacer los deberes— y nada de ir y volver sola del instituto. Por su culpa, habían descubierto los vídeos y desde ese momento sus padres la miraban raro, como si fuera un monstruo.

Elsa no era como ella. Elsa era despiadada y sádica. Tenía un no sé qué en su interior que la hacía inhumana, como si para ella las personas no fueran más que dianas, gatitos con los que experimentar. Tenía un olfato especial para identificar a los más débiles. Y disfrutaba haciendo daño. Sonia se lo veía en los ojos cada vez que acorralaban a cualquiera de aquellos *pringaos*. Además, tenía una imaginación poderosa para idear nuevas formas de tortura, tanto físicas como psicológicas. No, ella no era como los demás.

Sonia se divertía viendo el acojone de los pardillos, sus caras de miedo cuando la veían por los pasillos. Se sentía intocable, y esa sensación sí le gustaba, pero no disfrutaba de lo que hacía. Se dejaba

llevar porque le encantaba sentirse importante. Y a ojos de sus compañeros de instituto lo era, además de temible. Prefería estar en el bando de los leones que en el de los ciervos. Prefería cazar —aunque eso a veces la obligara a cerrar los ojos— a que la cazaran.

Pero Elsa lo sabía. Había leído en sus ojos que ella, en realidad, era tan débil como los chicos con los que se metían. Martín también sabía que era cuestión de tiempo que Elsa le quitara el liderazgo. Ella era mucho más fuerte que él. Y más cruel. Mucho más cruel. Martín se había percatado de que Elsa, en los últimos tiempos, era la que llevaba la voz cantante, la que decidía a quién, cómo, cuándo y dónde. Pero Martín no era de los que se dejaban amilanar ni de los que cedían el poder sin patalear primero. Por eso Sonia no había hecho más que girar sobre sí misma en la cama durante toda la noche, oyendo el tictac del reloj de cuerda que le habían regalado sus abuelos hacía dos Navidades.

Tenía miedo. Miedo de Martín. Era pendenciero y descarado. No sentía ningún respeto por nadie. Solo por sí mismo. Y Sonia lo veía capaz de cualquier cosa con tal de quitarse de en medio a la competencia.

Sonó el despertador y, de mala gana, se levantó. Estaba asustada. Primero, por la amenaza velada de Martín al obligarlos a decir que estaban con él aquel día. Y segundo porque empezaba a sospechar que quizá estuviera encubriendo al culpable de la muerte de Elsa.

Entró en la cocina, donde su madre estaba preparando el desayuno. Su «buenos días», normalmente alegre y vivaracho, sonó seco, vacío. Ni siquiera la miró cuando ella ocupó su sitio en la mesa para desayunar.

Cuando su madre se sentó junto a ella, Sonia observó que tampoco parecía haber dormido mucho.

—¿Y papá?

—Papá ya se ha ido a trabajar.

—¿Tan temprano? —se sorprendió.

Su padre siempre desayunaba con ellas, aunque eso supusiera que luego tuviera que irse corriendo para no llegar tarde al trabajo.

Su madre no contestó. Se limitó a agarrar la taza de café con las dos manos, como si la abrazara, tratando de calentarse.

—Mamá, tengo que contarte algo —se decidió al fin. No quería

seguir cargando con aquel peso. No podía arriesgarse a proteger a un asesino—. Martín mintió. Y me obligó a hacer lo mismo.

La madre de Sonia Balbín soltó la taza como si le quemara en las manos y miró a su hija como si aquella niña de cara dulce y rasgos perfectos fuera una extraña a la que no conocía.

71

La puerta principal del área de hospitalización del HUCA no estaba concurrida de pacientes o de visitas, pero sí de medios de comunicación que parecían avispas alrededor de una fruta madura.

Olivia identificó a todos y cada uno. En el gremio, y más en una provincia pequeña como Asturias, todos se conocían por haber coincidido alguna vez en algún acto.

La periodista y Mario saludaron con la cabeza a algunos e intercambiaron unas palabras con otros. Palabras de cortesía e inocuas, pues todos estaban allí para lo mismo: conseguir información fresca y darla los primeros.

Entraron en el edificio decididos a enterarse de todos los detalles. Y a hacerlo antes que nadie.

La estrategia era separarse y buscar, planta por planta, uniformes azules. Donde hubiera un policía, allí estaría Iván Peña. Había nueve plantas. Olivia cubriría las impares y Mario las pares.

Estaban esperando el ascensor en la planta baja cuando vieron acercarse a una pareja vestida de paisano. Uno de los rostros les resultó conocido. El otro era el de una mujer joven y muy atractiva, pero con pinta de acabar de salir de un *after hour*.

—¡Jorge! —gritó Olivia para llamar la atención del policía.

Gutiérrez y la mujer que iba con él se acercaron a ellos.

—No vienes a consulta, ¿verdad? —bromeó él dándole dos besos a

la periodista y la mano a Mario.

—Sabes de sobra que no —rio Olivia—. ¿Estás tú con este caso? —quiso saber, extrañada al no ver a Castro con él.

—Estamos todos con él, Olivia. Esta es Teresa, inspectora de la UFAM —presentó.

La mujer cabeceó en señal de saludo y Olivia volvió a centrar su atención en Gutiérrez.

—¿Cómo está Alicia Peña?

—Sabes que no puedo hablar contigo.

—Vamos, Jorge. Dame algo —rogó ella.

Teresa carraspeó con impaciencia.

—Habla con Prensa —sugirió Gutiérrez pulsando el botón de bajada del ascensor.

—De sobra sabes que Prensa no suelta prenda.

—Pues si ellos no lo hacen, que son los únicos autorizados para hablar con vosotros —recalcó la palabra «vosotros» como si estuviera hablando de un bichejo—, menos lo voy a hacer yo.

—Dime al menos si el padre ya está en planta.

—No hay comentarios, Olivia.

—¿Y Castro? —cambió ella de tercio.

—En jefatura —respondió Gutiérrez de forma escueta.

Le gustaba chinchar a la periodista, a pesar de que le caía muy bien.

—Ayer no supe nada de él —dijo Olivia.

No quería hacer una pregunta directa, y mucho menos delante de aquella extraña que la miraba con el ceño fruncido.

—Anoche, como te podrás imaginar, tuvimos una jornada de las que no terminan nunca —aclaró el policía—. Aún no hemos pasado por casa ni para cambiarnos de ropa —reconoció el subinspector.

Así que por eso no había dado señales de vida. No porque estuviera enfadado —que lo estaría—, sino por exigencias del guion.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y los dos policías entraron.

—Esperad al siguiente —pidió el subinspector impidiéndoles la entrada.

Olivia pudo ver una sonrisilla sarcástica en los labios de Gutiérrez justo antes de que se cerraran las puertas.

—¿Quién es? —preguntó Teresa cuando estuvieron solos en el ascensor.

—Un grano en el culo —replicó Gutiérrez con una sonrisa—. Y la novia de Castro.

—Lo que nos faltaba —se quejó ella resoplando.

—No es para tanto. Es obstinada, pero es buena. Nos ha ayudado en la resolución de un par de casos —explicó—. Y, aunque no te lo creas, tiene ética profesional.

—No me imagino a Castro con una periodista.

—Tampoco me imaginaba yo que le iba a pedir una cita a una compañera. —Gutiérrez miró con intención y un poco de picardía a Teresa, que le devolvió la sonrisa.

Mientras, en la planta baja, Olivia y Mario no perdían de vista el panel numérico del ascensor, esperando para ver en qué piso se detenía. Lo hizo en la cuarta planta, la de Traumatología.

—Ya sabemos dónde está Iván Peña. —A Olivia le brillaban los ojos.

72

—No sé qué pintamos aquí —dijo con sorna uno de los agentes que custodiaban a Iván Peña en su habitación—. Si el tipo no se va a marchar corriendo a ningún lado...

Estaban apoyados contra la pared mirando al hombre que yacía en la cama adormilado, enchufado a un gotero del que colgaban dos bolsas con un líquido transparente y con las dos piernas cubiertas por un aparatoso vendaje del que sobresalían dos sujeciones externas de titanio. Tenía las piernas apoyadas en una especie de cabestrillos que, a su vez, se suspendían de unas poleas. Javier Peña estaba esposado por la mano libre de vías a las barras laterales de la cama.

Se abrió la puerta de la habitación y entraron Teresa y Gutiérrez.

—¿Ha recobrado la consciencia? —quiso saber Teresa.

—No, señora —contestó uno de ellos—. Ha abierto los ojos en dos ocasiones, pero se ha vuelto a quedar dormido casi inmediatamente.

En ese momento, entró en la habitación el médico de Traumatología.

—¿Tardará mucho en recobrar la consciencia? —preguntó Gutiérrez.

—Se le ha administrado bastante sedación —respondió acercándose al enfermo y comprobando la vía del brazo—. No debería tardar mucho más, pero estará aturdido por la medicación.

—No queremos que permitan el acceso a esta habitación a nadie

que no lleve una placa —recordó Teresa al facultativo, que la miró con cara de suficiencia.

—Las enfermeras ya lo saben —puntualizó con aspereza. Estaba claro que la presencia policial le incomodaba sobremanera—. Y ahora, si me disculpan, he de continuar con la ronda.

—Avisadnos si hay novedades —ordenó Gutiérrez a los dos agentes.

En el pasillo, franqueando la puerta, había otros dos que saludaron con un movimiento de cabeza a los dos oficiales.

—Vamos a la séptima —sugirió Teresa.

—¿A Pediatría?

—Sí. Quiero saber cómo está el bebé.

Una vez arriba, les atendió la pediatra que estaba tratando a Lucía Peña.

—Está bien. Ahora duerme. Afortunadamente, no tiene lesiones —informó con alivio—. Pero a la niña trataron de ahogarla.

—¿También a ella? —se le escapó a Teresa, aunque no era de extrañar.

Lo raro era que Iván Peña la hubiese dejado con vida.

—Tenía petequias en los ojos y un hematoma en la nariz —explicó la doctora—. Probablemente, presionaron algo sobre su rostro. Tuvo mucha suerte —señaló.

—¿Y qué hay de su hermana?

—Continúa en la UCI. Y por la gravedad de las lesiones internas que presentaba —indicó por no decir «si sale de esta»—, no creo que suba a planta en los próximos días.

—¿Está muy grave?

La pediatra asintió con la cabeza.

—Una mujer de Servicios Sociales ha venido preguntando por las niñas —añadió.

—¿Sigue aquí? —se interesó Gutiérrez.

—Estaba en la sala de espera —respondió la doctora antes de continuar con las visitas al resto de los pacientes.

Encontraron a la trabajadora social revisando su teléfono móvil en la sala de espera que, a aquella hora, estaba vacía. Levantó la cabeza en cuanto oyó entrar a los policías. Le enseñaron la placa y ella se presentó.

—¡Menuda situación! —opinó sin pelos en la lengua.

Era joven y tenía pinta de novata.

—¿Qué va a pasar con las niñas? —preguntó Teresa con preocupación.

No podía quitarse de la cabeza que aquellas dos hermanas se habían quedado sin padres de un día para otro.

—Estarán bajo nuestra tutela, de momento.

—¿Han localizado a sus familiares más cercanos?

—Es una situación realmente traumática —explicó la trabajadora social—. Parientes vivos, tienen una tía que vive en Cantabria. Ya la hemos avisado. Estará al llegar.

—¿Abuelos?

La joven negó con la cabeza.

—Ni abuelos, ni más tíos, ni primos —corroboró comprobando unas hojas que tenía en la mano.

—Se han quedado solas —murmuró Teresa.

—Solas no —corrigió Gutiérrez—. Tienen una tía que ya viene para acá.

—Y un padre que las ha dejado huérfanas de madre —apostilló ella pesarosa, saliendo de la sala de espera y dejando a la trabajadora de Servicios Sociales con ganas de seguir conversando.

73

Carlota Domínguez entró en su despacho de la Asociación de Mujeres Maltratadas de Asturias como una exhalación ante la mirada atónita de la recepcionista, para quien no tuvo ni su habitual «buenos días». El día anterior no había podido quitarse de la cabeza a la mujer que había acudido a pedir ayuda y que se había marchado sin ni siquiera escuchar las opciones que le podía ofrecer la asociación. Carlota había estado todo el día con una idea rondándole, una idea a la que no le podía poner forma, pero que le escocía, como si aquella visita no hubiera sido lo que parecía. Algo se le había escapado. Como psicóloga de la asociación, estaba acostumbrada a tratar con mujeres aterrorizadas, hundidas física y anímicamente, psicológicamente deshechas. Aquella mujer estaba muerta de miedo, pero había algo más. Algo que no era solo miedo a su marido.

Esa mañana se había levantado inquieta, y la inquietud se había convertido en un jarro de agua fría en cuanto encendió la televisión y sintonizó el canal de la TPA. Estaban informando sobre un nuevo crimen de violencia de género ocurrido la pasada noche en Oviedo. La víctima se llamaba Ana Sánchez. Intentó en vano recordar el nombre de la mujer que había estado en su despacho. No se paró ni a desayunar. Se vistió y salió hacia la asociación con un mal presentimiento.

Ya en su despacho, con la libreta de notas abierta por el 6 de

marzo, leyó el nombre de las mujeres a las que había atendido el día anterior, y allí estaba el de aquella mujer, seguido de su teléfono. Carlota Domínguez soltó el bolso en el suelo y se dejó caer pesadamente en la silla. La invadió una sensación de desasosiego y fracaso que hizo que se le empañaran los ojos y sintiera un nudo en el estómago. Se pasó la mano por la melena encrespada, pues apenas se había cepillado el cabello al salir de casa.

Se levantó, cogió el bolso y salió de la asociación con la misma rapidez con la que había entrado hacía apenas unos minutos. Tenía que hablar con quienes llevaban la investigación.

La recepcionista la miró con extrañeza y trató de llamar su atención.

—Tu primera visita llega en cinco minutos, Carlota —la avisó elevando el tono de voz.

La psicóloga dio media vuelta, miró el reloj y puso cara de contrariedad. Exhaló un suspiro y regresó a su despacho. La policía tendría que esperar. Como solía decirse a sí misma y a sus pacientes, lo urgente no siempre es lo importante. Y a Ana ya no podía ayudarla.

74

Mientras Teresa y Gutiérrez entraban en la habitación de Iván Peña en el HUCA; Carrasco y Queipo trataban de localizar a las compañeras de Rosa Colomina en El Cometa Rojo; Olivia y Mario intentaban en vano colarse en la unidad de Pediatría del hospital; el equipo de Delitos Tecnológicos, con Daniel Cárdenas marcando directrices sin parar, seguía revisando las imágenes de las cámaras próximas a la pasarela donde había muerto Elsa Canteli (ahora sabían a quién buscar, a un hombre, una imagen, aunque fuera borrosa, de Iván Peña); Alejandro Montoro y Gabriel Miranda procuraban agilizar los resultados de ADN de Iván Peña para cotejarlos con los encontrados en los casos de Elsa Canteli y Rosa Colomina, además de procesar las evidencias recogidas durante toda la noche en el domicilio del agresor; Castro y Argüelles regresaban a la escena del crimen, la vivienda en la que Ana Sánchez había encontrado la muerte. Necesitaban hacerse una composición de lugar sin tanto agente con mono blanco por el medio.

Entraron en la vivienda, para lo cual tuvieron que romper el precinto policial, y Castro se detuvo en el salón. Estaba tal cual lo había dejado Iván Peña antes de tirar a su hija al vacío y saltar él después. Una silla volcada, un vaso de cristal roto en el suelo, la ventana abierta y polvo negro de la exploración lofoscópica por todas partes: en los muebles, en la ventana, en los marcos de las puertas, incluso en la principal... Ya habían retirado las cuadrículas y los

marcadores de los elementos probatorios. Pasaron a la cocina. La sangre del suelo empezaba a secarse, dejando una mancha negruzca y opaca. Argüelles centró la atención en el cajón de los cubiertos, que continuaba abierto. Tal cual lo había dejado el asesino antes de acuchillar a su mujer.

Salieron al pasillo y caminaron hacia las habitaciones. La primera, una estancia pequeña, era un despacho, seguramente desde donde teletrabajaba Iván Peña. Faltaba el ordenador, en manos ahora de Delitos Tecnológicos. La mesa estaba limpia de papeles. Castro se fijó en la única estantería, en donde se apilaban libros sobre ciberseguridad, programación avanzada y, lo que más llamó la atención del inspector, sobre psicología forense y piscología infantil; incluso había un par de ejemplares para padres primerizos.

Salieron de allí y se dirigieron a la siguiente habitación.

—Esto es demencial —musitó Argüelles fijándose en el candado que colgaba de una argolla clavada en el marco.

Castro no hizo comentario alguno. Era el cuarto del bebé. Estaba pintado de rosa. Arrimada a la pared, una cuna de barrotes de madera con protectores acolchados blancos con estrellas amarillas. Faltaban la sábana y la almohada que, en aquellos momentos, estarían metidas en una bolsa de plástico para procesarlas. A un lado de la cuna había un cambiador con pañales, colonia de bebé y más de una docena de bodis cuidadosamente doblados; al otro, una mesita con un vigilabebés con cámara.

—¿Dónde está el receptor? —preguntó Argüelles encaminándose al salón—. Lo encontré —exclamó desde allí. Castro lo oyó cruzar otra vez el pasillo—. Y aquí hay otro.

El inspector salió de la habitación del bebé y se dirigió hacia donde sonaba la voz de su compañero. Era la habitación de Iván Peña y Ana Sánchez. Sobre una de las mesitas descansaba un receptor con pantalla. Argüelles tenía el aparato en la mano.

—Es una pena que este chisme no sea de los que graba —se lamentó volviendo a dejar el dispositivo en su sitio.

Echaron un vistazo a la habitación principal. Era amplia y luminosa si no fuera por la dramática historia que había ocurrido entre aquellas paredes.

—Fíjate en el cerrojo —reparó Argüelles señalando un pestillo

atornillado a la puerta—. Este tío está enfermo de verdad —espetó con desprecio en la voz.

Castro se limitaba a observar, tratando de visualizar la cronología de los hechos.

La última habitación en la que entraron fue en la de Alicia Peña. También tenía un candado en la puerta y estaba tan cuidadosamente decorada como la de su hermana pequeña, aunque era más espartana: un escritorio, una cama y un armario. Castro se fijó en que no había libros, fotos ni nada que pudiera hablar por la niña. Sobre el escritorio, un paquete de folios en blanco, un par de lapiceros y dos rotuladores en un bote con la imagen de Mafalda. Entonces se percató de las marcas en la puerta. La niña parecía haberla forzado para salir.

—Esto me pone enfermo, Castro. —Argüelles pensaba en su propia hija, lo más sagrado que tenía, a la que protegería incluso por encima de su propia vida. No era capaz de entender, a pesar de llevar muchos años en el Cuerpo, cómo un padre era capaz de hacer daño a su propia sangre de forma deliberada y con premeditación—. Esta niña tuvo que vivir un infierno.

—Toda la familia, subinspector. Toda la familia —replicó con voz lúgubre Castro, sin dejar de mirar las marcas en la puerta.

En ese momento, sonó el teléfono del inspector. Era Gutiérrez. Fue una conversación de dos minutos tras la cual Castro hizo señas a Argüelles para volver a la habitación del bebé.

—Jorge y Teresa han hablado con la pediatra. Alicia sigue en la UCI en estado grave. La pequeña Lucía está bien, pero muestra signos de que intentaron ahogarla.

—El hijo de puta quiso llevarse por delante a toda la familia.

—Sí —corroboró Castro de forma pensativa—. ¿Y por qué no acabó con la pequeña?

—Está claro. Se lo impidió la madre y eso le costó la vida.

—Pero ¿por qué, una vez muerta la madre, no volvió para rematar a la niña?

—Quizá pensó que ya estaba muerta.

—Quizá —murmuró el inspector—. Quizá.

75

Todos los esfuerzos por intentar conseguir información sobre Iván Peña y sus hijas habían sido infructuosos. La habitación del padre estaba custodiada por dos agentes de policía, y en la planta de Pediatría no habían podido poner ni un pie. En cuanto asomaron la cabeza, una enfermera, con la ayuda de un celador y la mirada amenazante de dos policías vestidos de uniforme, les impidieron el paso.

El día no empezaba bien. Había que cambiar de estrategia. En el hospital no iban a conseguir ningún dato, a menos que Serafín tuviera algún contacto allí dentro. Dicha posibilidad se esfumó con la misma rapidez con que los habían echado de la planta de Pediatría.

—Lo siento, Olivia —se disculpó Serafín—. Si fuera el hospital de Cabueñes, podría conocer a alguien, pero en el HUCA no tengo ningún contacto.

La periodista decidió, entonces, acercarse al lugar de los hechos. Hablaría con los vecinos. Siempre era un recurso del que tirar cuando se tenía poca cosa, aunque fuera para rellenar.

El problema es que era un recurso empleado por todos los periodistas.

Llegaron a la calle Gozón en el momento en que Castro y Argüelles salían del edificio. Olivia vio al inspector y detuvo el coche.

—Apárcalo tú, Mario —pidió saliendo apresuradamente para ir a

encontrarse con él.

Cuando Castro la vio, se giró hacia Argüelles:

—Dame un minuto.

—Te espero en el coche —contestó el otro dejándolo solo con la periodista.

—Hola, inspector —dijo ella con sarcasmo, recalcando la graduación de Castro con toda la intención.

—Oye, Olivia, ayer me pasé contigo —empezó a disculparse él con el rostro atribulado—. Me obcequé y...

—Calla —le atajó ella poniéndole un dedo en los labios—. Nuestro problema es de empatía.

—¿Empatía? —repitió él extrañado.

—Esta noche te lo explico —sonrió ella. Se puso de puntillas y le dio un beso al policía en los labios que él sintió como una vuelta al hogar—. Y ahora tengo que trabajar y me imagino, por el jaleo que se ha montado, que tú también.

—Esta noche nos vemos. Pero me temo que solo tendré ganas de dormir —avisó él con una sonrisa triste.

—Pues dormiremos, pero juntos, que se duerme mejor.

—¿Los tortolitos ya vuelven a estar bien? —preguntó con sorna Mario cuando Castro se hubo ido.

Olivia le dio un manotazo cariñoso en el brazo y comenzaron a tocar a los timbres. Cuando consiguieron entrar en el portal, Olivia hizo una foto de los buzones con el móvil subieron por la escalera para empezar a llamar a las puertas.

La primera vecina con la que consiguieron hablar no fue otra que María del Pilar Fuentes de la Hoz, Pili para los amigos y la familia. Al sonido del timbre, respondió el ladrido agudo y molesto de un perro pequeño. Cuando la mujer abrió la puerta, comprobaron que el autor de aquel escándalo era una especie de chihuahua con pelo que se colocó al lado de su dueña enseñando los dientes.

—Cuchi, ¡quieto! —ordenó la mujer, tan flaca como el animal.

Cuando Olivia se presentó y le explicó lo que quería y vio la cámara colgada al cuello de Mario, la mujer se atusó el pelo y se mostró encantada de hablar con ellos.

—¡Una desgracia!¡Una desgracia! —exclamó con voz aguda—. Se lo dije a la policía y no me hizo caso.

—¿Ya ha hablado con la policía? —preguntó Olivia.

—Tres veces —confirmó ella—. Cuando puse la denuncia, ayer mismo y hace un rato.

—¿Puso una denuncia a Iván Peña?

Pili asintió con la cabeza y se acercó a la periodista. Bajó el tono de voz hasta convertirla en un susurro, aunque en aquel descansillo no había nadie más.

—Ese hombre le partió la cara a su mujer. Pero ella, la muy tonta, y que Dios me perdone porque no está bien hablar mal de los muertos, negó que él le hubiera puesto la mano encima. ¡Querría que vieran cómo le dejó la cara! —A su lado, Cuchi había pasado de ladrar de forma histérica a gemir con un aullido lastimero e igual de taladrante. La mujer se agachó y lo cogió con mimo. Lo sujetó debajo del brazo y el perro pareció calmarse—. La denuncia solo me sirvió para que, en cuanto lo soltaron, o sea, tres días después, me encontrara la puerta llena de escupitajos. Y dos días más tarde, el muy... el muy... —La mujer no encontraba la palabra adecuada para describir la maldad de Iván Peña. Tembló de rabia antes de continuar—. Él trató de matar a mi Cuchi. —Al decir esto, arrimó su cara a la del perro y lo llenó de besos, a los que el animalito peludo correspondió con una batería de lametazos—. Me dejó en el felpudo una bola de carne llena de alfileres.

—¡Vaya! —fue lo único que acertó a decir Olivia.

—Casi se la come. —Se estremeció la mujer—. Así que ahora, hasta que no estamos en la calle, Cuchi no se baja de mis brazos. ¡Pobre, mi chiquitín! —Más besos y lametazos.

—Es terrible —enfatizó Olivia pensando en la forma de conducir la conversación hacia la noche anterior.

—Así que ¿Iván Peña estuvo encarcelado? —retomó el hilo Mario.

—Lo tuvieron en la comisaría dos días —confirmó Pili—. No tendrían que haberlo soltado. Pero yo no volví a meterme. Mi hijo me dijo que me mantuviera al margen. «Cada perro que se rasque sus propias pulgas», eso dijo. Y eso hice —sentenció.

—¿Sabe si los malos tratos eran continuos?

—Jaleo había cada poco tiempo. Pero no me metí más. Me da pena por las niñas. ¡Qué desgracia! —repitió, aunque su cara no demostró pena—. Lo raro —continuó haciendo un mohín con la boca

— es que llevaba unos días muy tranquilo.

—¿En qué sentido?

—Sin golpes ni porrazos, ni voces de la madre.

—¿Y anoche?

—Anoche fue horrible —dijo negando con la cabeza. Llevaba tanta laca en aquel elaborado peinado que el movimiento no afectó a la posición del cabello—. Ya se lo dije a la policía. Primero oí cómo se rompía un plato o un vaso, no sé... algo de cristal. Luego, muchas carreras por el pasillo, gritos, la madre chillando como una posesa y el bebé llorando. Después nada. Solo el bebé llorando. En ese orden —matizó Pili apretando a Cuchi bajo su brazo

—¿Fue usted quien llamó a la policía? —quiso saber Mario.

—¡No! —dijo escandalizada—. Cerré la puerta con doble vuelta de llave y subí la televisión. ¡No quería más líos! —repitió con vehemencia—. Y como dijo mi hijo...

—... «Que cada perro se rasque sus propias pulgas» —terminó Olivia la frase.

Aún estuvieron una hora hablando con los vecinos del edificio. Nadie llamó a la policía. Todos coincidían en el carácter reservado de la familia, especialmente del padre, que trabajaba desde casa y al que apenas veían. La mayoría de ellos sospechaban que en aquella casa se estaban cometiendo malos tratos —habían oído gritos y golpes en más de una ocasión y habían visto las marcas de la madre— y escucharon la pelea que desembocó en el trágico final para la madre y para una de las niñas. Pero nadie hizo nada. Un vecino se había justificado diciendo: «¿Quién es el valiente que le pone el cascabel al gato? Si su mujer no hace nada, ¿quién soy yo para meterme?».

A Olivia le vino a la cabeza un valiente, Jesús Neira, aquel profesor universitario que no dudó en defender a una mujer de su maltratador hacía diez años. Aquello casi le costó la vida, por las lesiones que le causó el agresor. Luego pensó en aquellos vecinos que llevaban años conviviendo con un maltratador, escuchando los gritos y mirando para otro lado.

«A veces debería darnos vergüenza la raza humana», pensó con tristeza.

76

Ver a Olivia y que esta reaccionara como lo hizo había mejorado el humor del inspector Castro, aunque siguiera con el semblante sombrío. No dejaba de pensar en Ana Sánchez, en Rosa Colomina y en Elsa Canteli. Tres mujeres muertas, dos de ellas aún unas niñas. Y en Alicia Peña, reventada en el hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte. No podía evitar preguntarse por qué la vida a veces era tan injusta. El causante de tanto dolor estaba en el hospital con dos piernas rotas, cuando en realidad debería ser él quien estuviera sobre la mesa del forense abierto en canal.

Entró en la jefatura con Argüelles a su lado, que mostraba el mismo aspecto lúgubre.

Cuando llegaron a Homicidios, un agente se acercó a ellos.

—Una mujer y una niña le esperan —dijo señalando a dos figuras sentadas frente a su mesa.

Castro reconoció a ambas. La niña era una de las amigas de Elsa Canteli, una de las agresoras.

Se dirigió a ellas y saludó a la madre.

—Mi hija tiene algo que contarles —señaló yendo directa al grano —. Ayer no fue del todo sincera. —Su rostro reflejaba decepción y enfado al mismo tiempo.

Su hija, Sonia Balbín, tenía la cabeza baja y no miró a los policías. Parecía avergonzada.

Castro se sentó delante de ella. Argüelles permaneció de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y bien? —dijo el inspector.

La niña buscó la mirada de su madre. Esta se la devolvió, pero cargada de severidad.

—Cuéntales lo que me has dicho a mí —ordenó.

Sonia Balbín cogió aire y se encogió un poco más en la silla. Se sentía acorralada.

—Martín Gayo no estuvo conmigo y con Rodrigo el día que mataron a Elsa —confesó a regañadientes.

Los dos policías se miraron. «Justo lo que sospechábamos», se dijeron sin abrir la boca.

—¿Por qué mentiste? —preguntó Argüelles.

La niña levantó la cabeza.

—Porque nos lo pidió. Es nuestro amigo. Y de los amigos no nos chivamos.

—En cambio, hoy estás aquí cambiando tu declaración. ¿Por qué?

Sonia volvió a buscar la mirada de su madre, que con una palmada en la pierna la animó a que continuara.

—Porque tengo miedo —respondió con un hilo de voz.

—¿Miedo de Martín? —Fue Castro quien habló.

—Creo que le hizo algo a Elsa.

—¿Y por qué crees eso? —insistió el inspector.

—Porque no se llevaba bien con ella. Siempre se estaban peleando por ser quien mandaba en el grupo. Y Elsa era más fuerte. Era peor que Martín.

—Pelearse no implica matar, Sonia.

—Ayer no quiso decirnos dónde había estado. Dijo que si nos lo decía, tendría que matarnos.

Castro se inclinó hacia adelante con interés.

—Dijo —continuó la niña atropelladamente— que Elsa se había metido con quien no debía. Creo que Martín le hizo algo a Elsa —insistió—. No quiero que me pase lo mismo que a ella.

—¿Y lo otro? —forzó la madre.

—La monitora... —comenzó a decir Sonia.

—¿Rosa Colomina? —Argüelles dio un paso al frente y se sentó sobre la mesa. La niña pareció intimidada y asintió con la cabeza.

—¿Qué pasa con ella?

—Martín dio a entender que también le había hecho algo a ella.

—Entonces, ¿la conocíais? —El tono de Castro era grave.

Sonia volvió a asentir con la cabeza antes de continuar hablando.

—Nos pilló molestando a un niño en un campamento que organizó el instituto a principios de diciembre. —Miró a su madre con súplica—. Amenazó con chivarse a la directora y a la policía.

—¿Y crees que Martín le hizo algo para acallarla?

—Martín se alegró de que muriera.

Cuando madre e hija se hubieron ido, Castro cogió el teléfono y dio una orden.

—Localizad al padre de Martín Gayo y citadlo aquí con su hijo. ¡Es urgente! —ordenó a quien estuviera al otro lado del teléfono.

—¿Piensas que el chico tuvo algo que ver? —preguntó con escepticismo Argüelles—. ¿Qué hay de Iván Peña? Conocía a Rosa Colomina y probablemente a Elsa.

—También Martín —replicó Castro—. Y nos ha mentido a la cara. Aún no podemos descartar nada, Raúl. El problema es que Elsa, para la poca edad que tenía, se había creado demasiados enemigos.

77

Teresa y Gutiérrez habían regresado al hospital. A aquella hora ya se notaba más movimiento de visitantes en el edificio principal.

Subieron a la planta de Traumatología y enseñaron la placa a los dos agentes que custodiaban la habitación de Iván Peña. Cuando entraron, el hombre estaba despierto. Pidieron a sus compañeros de Seguridad Ciudadana que los dejaran a solas con el paciente.

Se pusieron a los pies de la cama y el hombre desvió la vista hacia el gran ventanal de la habitación.

—Al final, casi consigues tu propósito —espetó Teresa con inquina —. Pero tus hijas están vivas.

El hombre torció el gesto en una mueca que le afeó el rostro. Negó con la cabeza, como si aquella idea le incomodara hasta lo insoportable.

—Sí... siguen vivas —insistió ella con provocación—. Tu mujer no sobrevivió a las heridas que le causaste, pero las niñas siguen vivas, ¿me oyes?

Gutiérrez le tocó el hombro a la mujer tratando de tranquilizarla. La notó tensa como una cuerda de funambulista.

—¿Por qué? —preguntó Teresa.

Iván Peña giró la cabeza con lentitud y clavó la mirada en la inspectora de la UFAM.

—La avisé. Le dije que no cometiera errores. Y los cometió. —

Tenía la voz pastosa y hablaba con lentitud, fruto de la sedación.

Teresa tragó saliva e hizo ademán de acercarse al hombre. Gutiérrez la sujetó con fuerza por el brazo sin permitir que se moviera.

—¿Tus hijas también cometieron errores? ¿Por eso trataste de matarlas? —preguntó el subinspector.

Iván Peña volvió a centrar su atención en el paisaje urbanístico que se veía más allá del cristal e ignoró a los dos policías.

—¿No quieres hablar? —atacó Teresa—. No importa —dijo con desprecio—. Las pruebas hablarán por ti y te pudrirás en la cárcel. ¡Yo me encargaré de ello!

En ese momento, uno de los agentes entró en la habitación, se acercó a Gutiérrez y le susurró algo al oído. Al subinspector se le tornó sombrío el semblante y se acercó al paciente. Se puso delante de su rostro, obligándole a que lo mirara.

—Enhorabuena, señor Peña —dijo Gutiérrez—. Ahora ya tiene otra muerte sobre su conciencia. Su hija Alicia acaba de fallecer.

Teresa ahogó un sollozo y salió de la habitación.

Iván Peña miró al policía, exhaló un suspiro y después cerró los ojos.

Gutiérrez creyó vislumbrar satisfacción en su semblante.

78

—Alicia Peña ha muerto —informó Castro a Rioseco llevándose las manos a los ojos.

En cinco días, tres muertes. Parecían haber entrado en un bucle en donde todo estaba mezclado, como un batiburrillo con poco sentido.

—¡Hijo de puta! —estalló Argüelles dando un golpe a la pared.

—Serénate, inspector —reconvino Rioseco—. Tu actitud no ayuda. Id a ver a Montoro a ver si ya tiene algo. Y después hablad con el forense.

Los dos policías subieron a la planta que ocupaba la Científica y se dirigieron directamente al despacho de los dos inspectores. No estaban dentro. Salieron al pasillo y vieron a Montoro acercarse a ellos. Llevaba unos papeles en la mano y caminaba con ligereza, casi con prisa.

—Alejandro, necesitamos algo —espetó Castro—. La niña ha muerto.

El inspector de la Científica chasqueó la lengua y meneó la cabeza. La pesadumbre se instaló en su semblante.

—Vamos al despacho —sugirió—. Estaba a punto de llamaros.

Una vez dentro, Alejandro Montoro no se anduvo con rodeos.

—Hemos cotejado las muestras que recogimos ayer de Iván Peña. Coinciden con las epiteliales que había bajo las uñas de Rosa Colomina.

Los dos policías se quedaron estupefactos. Tardaron unos segundos en procesar la información. Esa era la conexión que necesitaban.

—¡Por fin! —exclamó Argüelles—. Tenemos algo más que una corazonada. Una prueba tangible.

—Aún tenemos que situarlo en la escena del crimen el día de autos —corrigió Castro.

—¿Sus epiteliales no son suficiente relación? —rebatió Argüelles.

—Sus epiteliales nos dicen que estuvo con ella, incluso que peleó con ella. Pero no que la matara.

—¿Y el polvo de talco? —insistió el subinspector sin darse por vencido.

—La composición del polvo de talco que encontramos en la habitación del bebé es la misma que la que hallamos en la herida de Rosa Colomina.

Argüelles extendió las manos en señal de que la cosa no podía estar más clara.

—Ahí lo tienes, inspector. Solo el asesino pudo dejar ese rastro —machacó con tozudez—. ¡El polvo estaba en la misma herida!

Castro reconoció que en eso tenía razón. Tenían al asesino de Rosa Colomina. Por fin, después de tantos meses, iban a poder mirar a los padres de aquella chica a la cara y decirles: «Lo tenemos». Solo les faltaba averiguar el motivo, el porqué.

—¿Y respecto a Elsa Canteli? —preguntó—. ¿Ya habéis comparado la segunda muestra de sangre del palo? ¿Y las epiteliales?

—Estamos en ello, inspector —respondió Montoro frotándose los ojos. Se le veía agotado, abotargado—. No hemos parado desde ayer. De momento, nos estamos centrando en las evidencias recogidas en el piso de la familia.

—¿Y?

—La ropa de Iván Peña estaba manchada con la sangre de su mujer. Y la de su hija, Alicia, también.

—¿Una trasferencia?

—Probablemente —respondió el inspector de la Científica—. Estamos tratando de aislar y analizar las manchas que dejó en la ropa. Pero te puedo decir que la niña estaba muy cerca de la madre cuando fue acuchillada.

—¿Y del cuchillo? ¿Qué nos puedes decir?

—Sangre de la madre y del padre. Y en el mango huellas de los tres: del padre, de la madre y de la niña.

—La hija trató de defender a su madre... por eso la mató —concluyó Argüelles.

—En el hospital aseguran que el bebé mostraba signos de que alguien había intentado asfixiarlo.

—No hemos analizado aún la ropa de cama de la pequeña. Te repito que estamos con una cincuentena de evidencias de tres casos distintos bajo el microscopio y que los análisis llevan un proceso que no se puede abreviar.

—Te ruego que lo agilices. Podemos relacionar a Iván Peña con Rosa Colomina y con el crimen de ayer —evidenció Castro—. Pero aún no hemos podido establecer la relación con el de Elsa Canteli. Tan solo tenemos una relación casual de su hija mayor con la víctima.

—Daré prioridad a ese caso —prometió Montoro.

—Te lo agradezco, Alejandro. Y avísanos si das con algo —pidió.

Cuando salieron de la Científica, antes de dirigirse al Instituto de Medicina Legal de Asturias, Castro fue a buscar a Daniel Cárdenas en Delitos Tecnológicos. Le puso al corriente del último hallazgo.

—Necesito que volváis a comprobar las imágenes de las cámaras del día de la muerte de Rosa Colomina y de Elsa Canteli. Hay que buscar a Iván Peña en esas imágenes.

—Ya estamos haciendo un primer visionado de las cámaras más próximas a la pasarela en busca del sujeto.

—¿Y hay forma de comprobar si los días de autos no estaba en casa trabajando, como él asegura?

—Se puede comprobar si hubo actividad en su ordenador a la hora de las muertes —aclaró Cárdenas—. Nos trajimos su CPU. Pero no podemos saber si era él quien estaba sentado frente a la pantalla.

—Intentadlo y llamad a la empresa para la que trabaja. Lo que está claro es que miente y, en vista de las pruebas encontradas en Rosa Colomina, no estaba en casa.

79

—¿A dónde se supone que vamos? —preguntó Mario con curiosidad.

Estaban tratando de aparcar en el centro de Oviedo y eso, un día entre semana, era casi tarea imposible. Llevaban más de quince minutos buscando una zona de aparcamiento libre, sin ningún éxito.

—Volvemos a El Cometa Rojo —aclaró Olivia empezando a perder la paciencia.

—¿Otra vez? ¿A qué?

—Quiero hablar con las compañeras de Rosa Colomina.

—¿Para qué? —preguntó confundido.

—Para relleno, Mario —dijo ella resignada—. Al menos podremos llenar la noticia por abajo o con un par de columnas. Hay que seguir tirando de esa relación entre Rosa Colomina y Elsa Canteli.

—Pero aún no tenemos nada del tema del día —dijo Mario contrariado—. Y el tema del día no es ese.

—Tenemos lo mismo que todo el mundo —rebatió la periodista—. No siempre vamos a sacar exclusivas. ¡Te tengo muy mal acostumbrado! —bromeó ella.

—Lo que tú digas, pichón —se resignó el fotógrafo.

Por fin estaban aparcando cuando sonó el teléfono de Olivia.

—Olivia. —Era Serafín, y su voz no sonaba bien—. La niña ha muerto.

—¿Cómo que la niña ha muerto? —Mario centró su atención en la periodista.

—Alicia Peña. Ha muerto esta mañana. Me lo acaba de confirmar mi contacto en la policía.

—¡Mierda! —maldijo Olivia—. Avisa a Adaro. Que lo meta ya en el digital. Esta información no puede reservarse para más tarde. Se sabrá dentro de nada, si no se sabe ya.

—Ahora mismo.

—Y consigue un contacto en el HUCA, Serafín —urgió ella—. Tira de los que tengas en el hospital de Cabueñes. Entre ellos se conocen. Quizá tus contactos del hospital de Gijón conozcan a alguien en el de Oviedo.

Cuando la periodista colgó el teléfono, Mario aún la interrogaba con la mirada. Le contó lo que acababa de oír de boca del joven.

—¿Y ahora?

—Ahora seguimos con lo nuestro —confirmó Olivia tras pensárselo un momento—. Está claro que la relación entre Rosa, Elsa y Alicia es el padre de Alicia. Pero ¿por qué? ¿Cómo? En realidad, nada tiene sentido.

—Así, *a priori*, no, no la tiene —confirmó Mario sin mucho ímpetu.

—Vamos —alentó ella saliendo del coche—. Si hay novedades, Serafín nos avisará. Cuando hayamos hablado con las compañeras de Rosa, quiero volver a La Florida y entrevistar a Trini, la única vecina con la que no hemos hablado del edificio que hay frente a la pasarela. La que estaba de vacaciones.

—Me siento como un perro dando vueltas para echarse —bromeó el fotógrafo.

—Pero, incluso después de muchas vueltas, el perro acaba tumbándose —sentenció ella.

80

En aquella camilla se la veía tan pequeña y tan frágil que Teresa se estremeció. A pesar de que su trabajo la enfrentaba a diario a circunstancias demenciales y de una brutalidad física y mental extremas, nunca se acostumbraba a ellas, y mucho menos a la muerte de una niña.

Alicia Peña aún llevaba las vías en el brazo. Tenía la cara hinchada y amoratada y el pelo, en vida brillante y lustroso, lucía ahora apagado y pegado a la frente, como si lo tuviera mojado. Parte de la entubación aún permanecía sujeta con esparadrapo a la boca, y un hilillo de saliva se había deslizado por su barbilla para detenerse en mitad del mentón.

Tenía los ojos cerrados. Parecía estar dormida.

Teresa le cogió una mano. Seguía tibia, con la muñeca flexible. El *rigor mortis* tardaría unas horas en aparecer. Le pasó un dedo por un pequeño rasguño que tenía en la palma. Estaba rugoso, y a Teresa le resultó chocante aquel tacto en comparación con la suavidad del resto de la mano.

—Tenemos que irnos, Teresa.

Gutiérrez estaba a su espalda, esperando a que ella se despidiera de la niña antes de que se la llevaran a la morgue. Acababa de hablar con Castro, quien le había informado de la coincidencia de las epiteliales encontradas bajo las uñas de Rosa Colomina con el ADN de

Iván Peña. Teresa no contestó. Estaba concentrada en aquel cuerpo inerte.

—Parece más pequeña de lo que es —musitó—. No tuvo ninguna oportunidad.

La inspectora de la UFAM se apartó para dejar que el celador se llevara la camilla.

—Tenemos que volver a jefatura, Teresa —repitió Gutiérrez en un susurro—. Hacemos más falta allí.

—¿Para qué? —respondió ella ofuscada. Tenía la mirada vacía y el rictus amargo—. El cabrón del padre sigue vivo. No merece la cárcel —espetó con desprecio.

—Tampoco quedar impune por los crímenes de Elsa Canteli y Rosa Colomina —replicó Gutiérrez intentando devolverla a la realidad —. También ellas merecen justicia y aún queda mucho por hacer.

El subinspector resumió la conversación con el inspector de Homicidios.

—Déjame media hora a solas con Iván Peña —pidió ella con la rabia contenida—. Ya me encargo yo de hacer justicia por todas. Le obligaré a cantar hasta *La traviata*.

Jorge se acercó a ella, que respiraba con agitación. Reparó en que su compañera no hablaba en broma. Estaba convencido de que, si él accediera a aquella petición, Iván Peña no saldría indemne del interrogatorio. Quería hacerle daño. Lo vio en sus ojos. Y no hacía nada para ocultar sus violentos sentimientos.

—Las cosas no suceden así, Teresa —replicó él con calma.

—Las cosas suceden porque la gente lo permite. —Gutiérrez no supo distinguir si se refería a su intención de rendir cuentas con Iván Peña, a la muerte de la niña o a la de Rosa Colomina—. Las cosas pasan como nosotros queremos que pasen —siseó.

—Hay un camino —insistió el subinspector agarrando a su compañera por el brazo— y no permitiré que te salgas de él. Aunque seas mi superiora —advirtió tirando de ella con fuerza hacia el pasillo principal.

Teresa se dejó llevar, aunque en su interior hubiera deseado dejar aquel camino para saltar por encima de la sebe.

81

Eran tres. Las tres morenas y de ojos vivos. Las tres vestidas prácticamente igual, con los mismos vaqueros rotos y el mismo jersey de alegres colores, muy *vintage*. Las tres con pequeños tatuajes en los dedos de las manos y alguno en la muñeca. Y las tres estudiantes de Educación Infantil, como la que fuera su amiga, Rosa Colomina. Dos de ellas eran de la misma edad que su compañera muerta y la tercera, que lucía un mechón de pelo azul, un par de años mayor. Estaban en la anodina cafetería de la facultad Padre Ossó, sentadas alrededor de una mesa, respondiendo a las preguntas, de nuevo, de aquellos policías. No disimulaban el malestar que les provocaba tener que saltarse una clase para repetir al inspector Carrasco y al subinspector Queipo las mismas respuestas que ya habían dado hacía unos meses.

No, Rosa no tenía enemigos.

No, no estaba metida en líos.

No, no tomaba drogas, que ellas supieran.

No, no sabían por qué el día de su muerte había faltado a las dos últimas clases.

No, no sabían qué hacía en aquella parte de la ciudad.

Sí, era encantadora, amable y comprometida con lo que hacía.

Sí, le gustaba su trabajo como monitora en El Cometa Rojo.

—¿Cuántas veces vamos a tener que responderles a esto? —protestó la mayor.

—Las veces que hagan falta. No tengo que recordaros que alguien mató a vuestra amiga —dijo con contundencia Carrasco—. Y nosotros queremos encontrar al culpable.

—¿Y lo van a hacer preguntando siempre lo mismo? —preguntó con impertinencia una de las amigas más jóvenes.

—Ahí va una cuestión nueva —replicó Carrasco—. ¿En alguna ocasión os mencionó a Iván Peña?

—¿A quién? —preguntó con cara de desagrado la otra morenita.

—A Iván Peña —repitió Carrasco.

—No sé quién es ese —corroboró.

Lo mismo dijo su compañera.

—Conozco a una Alicia Peña —dijo de pronto la del mechón de pelo azul, como si acabara de darse cuenta de algo importante—. Es una niña del instituto Manuel Machado.

Los policías repararon en el uso del tiempo presente y sintieron algo parecido a un escalofrío, pues Alicia Peña era pasado desde hacía media hora. No corrigieron a la joven.

—¿La conoces? —quiso asegurarse el inspector.

—Sí. Ha ido a un par de campamentos organizados por el instituto.

—¿Sabes si Rosa Colomina tenía una relación especial con ella?

—¿Especial? —La chica del mechón azul parpadeó confundida.

—Diferente. Más cercana que con el resto.

Las dos morenitas la miraron con expectación.

—Rosa me habló de ella en alguna ocasión. —La joven hizo un esfuerzo por recordar algún detalle—. Me preguntó si conocía a la cría y si había visto a sus padres. Ahora que lo pienso, insistió bastante en ese tema. —Se encogió de hombros—. Yo ya llevo tres años colaborando con El Cometa Rojo, ¿saben? Rosa debió de pensar que por eso la conocería más que al resto. Pero Alicia era nueva en el instituto. No la conocía de nada. Y así se lo dije a Rosa. —Bajó la voz —. A mí, particularmente, esa niña me daba un poco de pena.

—¿Por qué? —quiso saber Queipo.

—Era muy seria y muy retraída. Le gustaba estar sola. No participaba apenas de las actividades ni de los juegos que organizábamos —reflexionó, intentando encontrar la palabra adecuada para describir a Alicia Peña—. Le gustaba más mirar que

jugar.

—¿Era conflictiva?

—Al contrario —objetó ella haciendo un gesto de rechazo con la mano—. Era muy tranquila. Te olvidabas de que estaba allí. ¿Tiene algo que ver con la muerte de Rosa?

—Es lo que tratamos de averiguar —respondió Queipo—. Y a sus padres ¿los conoces?

—No. No sería capaz ni de ponerles cara. ¿Ese Iván Peña es su padre?

—Sí —confirmó Queipo.

—¿Y qué tiene que ver con Rosa? —preguntó con timidez una de las dos morenitas.

—Es lo que intentamos averiguar —respondió Carrasco con frustración.

Sabían, porque Castro les había avisado, que el padre de Alicia tenía algo que ver con la muerte de Rosa Colomina, pero eran incapaces de establecer una relación más allá de aquellas epiteliales encontradas bajo las uñas de la estudiante, y un motivo que obedeciera al deseo de matar a la universitaria.

Al menos, de momento.

82

A Olivia no le resultó complicado que el engominado gerente de El Cometa Rojo le facilitara los nombres de las compañeras de Rosa Colomina. Había apelado a su propia ética profesional al respetar el anonimato de la empresa y había reafirmado su intención de continuar manteniendo la discreción sobre su persona y sobre el negocio de actividades infantiles.

Carlos Expósito les había dado los nombres y les había indicado dónde encontrarlas a aquella hora: en la facultad.

Así, Olivia y Mario se dirigieron al centro universitario y, una vez allí, preguntaron a varios alumnos por ellas. Nadie les supo dar referencias hasta que un chico que corría por los pasillos —llegaba tarde a clase— les dijo que estaban en la cafetería.

Cuando entraron en la cantina de la facultad, solo había una mesa ocupada por tres jovencitas —Olivia supuso que eran las compañeras de Rosa Colomina— y dos hombres, uno de ellos de la edad de Castro y rostro serio y el otro mucho más joven, pero igual de adusto que el primero. Vestían de paisano y Olivia no los conocía, pero olían a policía a distancia.

Olivia y Mario se acercaron a la barra y pidieron café. En cuanto el camarero se lo puso, fueron a sentarse a una mesa muy próxima a la que ocupaban las chicas y los policías.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Mario.

—Lo que mejor se nos da.

—¿Y eso es...?

—Escuchar —replicó Olivia con contundencia.

Durante veinte minutos, los dos agentes preguntaron a las chicas por Rosa y por Alicia. Ellas contaron más o menos lo que Olivia ya sabía, que Rosa se había interesado por Alicia y por sus padres, pero desconocían si había habido más relación entre la monitora y la niña.

Cuando los policías se fueron, ellas aún se quedaron unos minutos sentadas a la mesa, comentando lo que le había ocurrido a Colomina.

Olivia se acercó a ellas y se presentó.

Las tres la miraron con gesto de hastío e hicieron amago de abandonar la cafetería, dejando muy claro que no iban a hablar con ella.

—Solo quería deciros algo —dijo Olivia—. Anoche el padre de Alicia Peña asesinó a su mujer e intentó matar a su hija —espetó ella omitiendo a propósito el hecho de que la niña hubiera muerto—. Ha salido en todos los periódicos.

Las tres soltaron una exclamación y se llevaron la mano a la boca. Volvieron a sentarse muy lentamente. La mayor, la del mechón de pelo azul, miró con enojo a Olivia antes de preguntar:

—¿Y por qué nos lo cuentas?

—Porque Rosa habló contigo. Te habló de esa niña.

—Pero no me dijo nada. Na-da —recalcó con impaciencia.

—¿Estás segura? Rosa sospechaba que Alicia Peña estaba sufriendo malos tratos. ¿No te lo comentó?

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Mi obligación es saberlo todo —replicó Olivia dándose importancia—. Y sé que quería tratar de arreglar la situación. No me creo que se quedara en un simple comentario. Estoy convencida de que si te preguntó por Alicia, también te comentó su preocupación y, quizá, sus intenciones.

La joven del pelo azul bajó la cabeza y se puso colorada. Se volvió hacia las dos estudiantes de primero, que en ese momento murmuraban entre ellas y soltaban hipidos y exclamaciones ahogadas. Les pidió que volvieran a clase y ellas obedecieron, aliviadas por poder alejarse de allí. Querían recuperar la normalidad, lejos del sombrío recuerdo de la muerte de su amiga.

Mario se levantó y fue a ocupar una de las sillas que habían quedado vacías.

—Es Mario —presentó Olivia—. Mi compañero.

A pesar de que la chica saludó con timidez, Olivia pudo ver un brillo de admiración en sus ojos cuando miró a Mario. «Cincuentón y aún es capaz de provocar chiribitas en los ojos de las veinteañeras», pensó ella divertida.

La joven adelantó la cabeza y bajó la voz.

—No puede salir de aquí lo que te voy a contar. Me puedo meter en un lío —advirtió.

—No saldrá de aquí.

—Rosa me pidió que le consiguiera la dirección de Alicia Peña. Quería hablar con sus padres.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. Todos los alumnos que participan en los campamentos han de cumplimentar unas fichas con sus datos personales y los de sus padres. Fotocopié la de Alicia Peña en un despiste de Carlos. Carlos es el dueño de El Cometa Rojo.

—Lo sé. Hemos hablado con él. ¿Y le llegaste a dar esos datos a Rosa?

—Sí, pero no lo debe saber nadie. Lo que hice es ilegal. Vulnera la protección de datos de una menor. Es una infracción grave. Me puede costar el empleo en El Cometa Rojo y me gusta trabajar allí.

—¿Sabes si hizo algo con esos datos? —continuó Olivia sin dar tregua a la muchacha.

—Eso ya no lo sé. Apareció muerta días después.

83

El Instituto de Medicina Legal de Asturias estaba ubicado en el barrio ovetense de La Corredoria. El edificio de nueva construcción de cinco plantas era un centro multidisciplinar en el que no solo había salas de autopsias, sino también de identificación, de testigos y de rayos X, laboratorios, despachos de Patología, de Medicina Forense y de Psiquiatría, e incluso salas de conferencias. Era un edificio moderno y vanguardista, aunque en su interior se contaran las peores historias.

El inspector Castro y el subinspector Raúl Argüelles fueron en busca del doctor Flores, que aún estaba practicándole la autopsia a Ana Sánchez. En cuanto le comunicaron que los policías esperaban por él, se quitó la bata y el gorro y salió de la sala de autopsias para encontrarse con ellos.

—¿Cómo vas con la autopsia? —preguntó con urgencia Castro.

—Acabando. Pero aún tengo para una hora —confirmó el médico —. Ya me ha dicho que nos traen otro cadáver.

—El de la niña —confirmó Argüelles.

—Llevamos unos días de *overbooking* —trató de frivolizar Flores.

Ninguno de los dos policías se lo tuvo en cuenta. Imaginaron que aquel humor negro era la forma que tenía el forense de lidiar con su trabajo.

—¿Te encargarás tú también de Alicia Peña?

—Imagino que lo hará Igor Manzano.

—¿El nuevo? —El tono de Castro no dejaba lugar a dudas de la opinión que le merecía Manzano.

—Hay que darle tiempo —defendió Flores—. Es un poco especial, pero no es mal forense.

Castro se reservó su parecer, que estaba muy lejos de la condescendencia del doctor. Para el inspector, Manzano era presuntuoso, indolente y frío, por no decir que encima de la mesa de autopsias, donde todos deberían ser iguales, tenía un código moral bastante laxo.

—¿Nos puedes contar algo?

—Poca cosa. Murió en torno a las nueve de la noche por un trauma abdominal grave causado por un instrumento incisopunzante con el que le hicieron una hendidura de diez centímetros que produjo una evisceración intestinal —informó con impaciencia. Quería volver a la mesa de autopsias en donde una mujer abierta en canal le esperaba para contarle su historia—. La agresión le seccionó la arteria epigástrica, lo que provocó una exanguinación, que fue lo que la mató.

—¿Coinciden las heridas con el filo del cuchillo que encontramos manchado de sangre? —quiso saber Argüelles.

—Sí, coinciden. Con total seguridad es el cuchillo con el que la apuñalaron.

Argüelles torció el gesto recordando la enorme mancha oscura que se extendía por el suelo de la cocina de la vivienda.

—Se defendió, eso sí —aclaró el forense—. Tiene cortes en las palmas de las manos y en varios dedos. Trató de evitar que la acuchillaran. Y epiteliales bajo las uñas.

—¿Has mandado las muestras a la Científica?

—Aún no —respondió Flores—. Hasta que no termine con ella —se giró e indicó con la cabeza a la sala de autopsias—, no enviaré todas las muestras.

—Date prisa, Flores. Vamos con el tiempo pegado al culo —dijo Castro.

—Hacer una autopsia no es lo mismo que trinchar un pollo —espetó el médico con severidad—. Y si no dejáis de interrumpirme, no acabaré hasta mañana.

El médico dio media vuelta y entró en la sala de autopsias dejando a los policías con las mismas dudas con las que habían llegado.

Aunque ya tenían al asesino esposado a una cama del hospital, les urgía saber cómo y, sobre todo, por qué. Responder a esas preguntas sin ningún género de dudas, y siempre basándose en evidencias físicas, era crucial para pasarle al juez el caso perfectamente construido.

84

Carlota Domínguez pudo escaparse a jefatura a media mañana. Había estado poco concentrada en el trabajo. Recibió a dos mujeres en su consulta y tuvo que trabajar con ambas los mismos sentimientos. El sentir de una mujer maltratada siempre era igual: negación, baja autoestima, autoinculpación, responsabilidad de los malos tratos, miedo, vulnerabilidad, sentimiento de traición por verbalizar lo que ocurría con su pareja, desesperación por no ver salida y, finalmente, cuando se daban cuenta de que no estaban solas y de que más allá de su pareja había vida, una mejor, alivio y determinación. Pero para llegar a esto último se necesitaban muchas horas de terapia.

Pero aquella mañana Carlota estaba distraída y su mente se evadía con facilidad al acordarse de Ana Sánchez y de su conversación en aquel mismo despacho. A ella no había podido ayudarla en vida, pero podía intentar que se hiciera justicia con su muerte.

Llegó a jefatura y pidió hablar con quien llevara el caso de la mujer. Le indicaron que subiera a la primera planta y que preguntara por el inspector Castro.

Cuando entró en la unidad de Homicidios, vio una actividad frenética. Preguntó por el policía y cinco minutos después estaba sentada frente a él.

—Usted dirá, señora...

—Carlota Domínguez. Soy psicóloga en la Asociación de Mujeres

Maltratadas de Asturias. He venido por Ana Sánchez, la mujer asesinada anoche por su marido.

—¿Tiene alguna información que pueda ser útil?

La mujer asintió con la cabeza y tragó saliva. En realidad, una de las excepciones para romper el secreto profesional entre terapeuta y paciente era el abuso físico o sexual. En su caso, el maltrato físico había terminado con la vida de su paciente, de manera que se veía legitimada para apelar a su ética personal por encima de la profesional.

—Ana Sánchez estuvo ayer en mi consulta de la asociación —dijo con pesadumbre—. Era evidente que vivía en un ambiente hostil.

—¿Denunció malos tratos por parte de su marido?

La mujer pensó cuidadosamente en la conversación que había mantenido con ella. Al repasar sus notas, reparó en que eso lo había deducido ella, pero la verdad era que Ana Sánchez no lo había verbalizado.

—Eso supuse —reconoció Carlota con cautela—. Manifestó temor y preocupación, más lo segundo que lo primero, porque su marido se enterara de que estaba pidiendo ayuda en la asociación. Esa inquietud suele ser a consecuencia del miedo. Es un sentimiento normal en mujeres maltratadas. —Carlota hizo una pausa en la que pareció reflexionar sobre lo que acababa de decir—. Pero, para ser sincera, ella no lo expresó así. Dio a entender que su marido maltrataba también al bebé.

—¿Y qué le dijo exactamente?

—Que tenía que proteger a su hija —indicó con seguridad—. Y, tras unos segundos, cambió de opinión y se lamentó de estar en la asociación. Antes de marcharse, dejó muy claro que había sido una mala idea y que no podía exponer a su hija a aquella situación.

—¿Exactamente le dijo eso? —Castro estaba confundido.

—Sí. Y eso es lo raro —recalcó la psicóloga arrugando el ceño, con gesto de contrariedad.

—¿El qué es raro?

—He visto en los informativos que tenía dos hijas. Ella en todo momento habló de su hija, en singular —puntualizó—. En vista de lo ocurrido, ahora no sabría decir a cuál de las dos se refería cuando habló de protección.

85

Olivia y Mario continuaban en la cafetería de la facultad Padre Ossó. Tras hablar con las amigas de Rosa Colomina, la periodista empezó a plantearse por dónde tirar. La noticia del día era la muerte de la niña, y esa sería la apertura. Pero, más allá de aquel dato, no tenía nada.

—Estoy bloqueada, Mario —confesó tratando de encontrar en su memoria algo que aún no hubieran publicado.

—Eso sí que es raro en ti.

—Necesito recapitular todo lo que tenemos —decidió—. Aunque eso signifique perder una hora.

—Lo que tú digas, pichón —accedió el fotógrafo.

—¿Qué tal si empezamos por orden cronológico? —sugirió ella.

—¿Quieres decir por orden de aparición de los cadáveres?

—Qué mal suena dicho así, Mario —bufó ella sacando su libreta de notas—. Pero básicamente sí.

—Pues hay que empezar por Rosa Colomina.

La periodista abrió el cuaderno por una hoja en blanco y la encabezó con el nombre de la universitaria.

—Sabemos —comenzó en voz alta— que a Rosa la mataron en diciembre, sobre las dos de la tarde, aunque su cuerpo fue encontrado dos horas después en un descampado en La Florida, muy cerca del puente donde mataron a Elsa Canteli. ¿Coincidencia? —Conforme hablaba, iba anotando los datos de forma telegráfica—. Murió de un

golpe en la cabeza. No hubo violación. La misma piedra con la que mataron a Rosa Colomina fue empleada para asesinar a Elsa Canteli. Otra coincidencia.

—Eso más que una coincidencia es un patrón, Livi. La misma persona que mató a una, mató a la otra —objetó el fotógrafo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué relación había entre Elsa y Rosa? —Olivia se devanaba los sesos dándole vueltas al motivo que había condenado a ambas y no se le ocurría nada.

—Sigamos con Rosa. Luego ya pasaremos a Elsa. A ver, estudiaba en esta facultad —añadió Mario extendiendo las manos— y ese día faltó a las dos últimas clases. De manera que podemos deducir que no fue a La Florida porque sí, fue expresamente hasta ese barrio por algún motivo.

—Yo creo que el motivo fue Alicia Peña. Su compañera le había facilitado la dirección de la niña días antes.

—¿Crees que fue a hablar con los padres?

—Al menos creo que lo intentó —apuntó ella—. Quiso comprobar si sus sospechas respecto a Alicia eran ciertas.

—¿Y la mataron por eso?

—Es una posibilidad, Mario. Quizá se encaró con el padre, y ahora que sabemos fehacientemente de lo que es capaz, seguro que este no encajó bien que una universitaria se entrometiera. Y decidió quitarse el problema de delante. Recuerda lo que nos contó la vecina, cómo se vengó de ella por denunciarlo.

—Vale... Respecto a Rosa, podría ser una opción más que razonable. Pero ¿qué me dices de Elsa?

—Elsa aparece muerta el viernes, de noche, bajo una pasarela que está a trescientos metros de donde falleció Rosa. —Olivia encabezó otra página en blanco con el nombre de la niña—. La matan más o menos a la misma hora que a Rosa. Con poco margen de diferencia. Le destrozan la cara con la misma piedra y la agreden sexualmente con un palo.

—De Elsa Canteli sabemos que era un mal bicho —dijo Mario—, que acosaba a otros niños y que el colegio tapaba los abusos.

—¿Dónde encaja el padre de Alicia aquí? —Olivia abrió un interrogante en la página—. Nos faltan datos, Mario. ¿Alicia podría ser una de sus víctimas? ¿Su padre se enteró y quiso vengarse?

—No encaja en el perfil —señaló Mario—. El padre de Alicia es un maltratador, maltrataba a su propia familia. ¿Crees que le hubiera importado si a su hija la acosaban en clase?

—Entonces, ¿cabe la posibilidad de que Elsa se enterara de lo que hacía el hombre y se atreviera a extorsionarlo?

—Tenía trece años, Livi. No era Al Capone.

—Tengo mis dudas. Ya viste en los vídeos de lo que era capaz la niñita de trece años.

—No sé... me parece un poco rebuscado. Hasta para ti —bromeó el fotógrafo—. ¿Sabes en qué ha acabado la detención del pedófilo?

—¿De Vasco Soto? Ni idea. Sigue detenido en jefatura a la espera de pasar a disposición judicial. Pero hasta ahora la única relación establecida es con Elsa Canteli. Y no nos olvidemos de que, según nos contó Nuria, Elsa parecía conocer a su agresor. Al menos, no le temía, pues estuvo hablando con él.

—Eso si damos por bueno que la persona que estuvo con ella en aquel momento era el agresor.

—Tuvo que serlo, Mario. La hora a la que murió coincide.

—¿Y qué hay de la madre de Jimena Feito? —recordó Mario—. Parecía bastante resentida con Elsa. Y a ella sí la veo vengándose por su hija.

—Puedes tener razón. Debería comentárselo a Castro. Pero no tiene relación aparente con Rosa.

—Que sepamos —corrigió Mario—. Y en cuanto a Alicia...

—Su muerte está clara: fue el padre. Historial de malos tratos, denuncias continuas, testimonios vecinales que lo corroboran y la puntilla final de anoche.

—Establezcamos relaciones entre los casos—sugirió Mario.

—Entre los de Rosa Colomina y Elsa Canteli está claro: las mataron con la misma piedra. Aunque no consigo encontrar un nexo más allá de la sangre de ambas en el arma.

—La relación entre Rosa y Alicia pasa por el instituto donde la universitaria trabajaba como monitora y por los malos tratos que sufría Alicia, de los que Rosa era conocedora y por los que se interesó.

—Sí. Y apostaría mi sueldo a que llegó a hablar con Iván Peña —aventuró Olivia.

—Y la relación entre Elsa y Alicia vuelve a ser el instituto, pues

ambas eran alumnas; podría ser también el *bullying*. Probablemente, Elsa acosara a Alicia.

—Probablemente —repitió Olivia distraída—. Y tenemos forma de averiguarlo.

La periodista cogió su teléfono móvil y miró la hora. Sonrió. Era el momento del recreo. Marcó el número de Matilda, una de las niñas con las que había hablado el día anterior. Contestó enseguida.

—Matilda, soy Olivia.

—Lo sé. Te tengo fichada —contestó con voz cantarina.

—Necesito un favor y pensé que quizá podrías ayudarme.

—Dispara —dijo la niña al otro lado.

De fondo se oía el murmullo del patio del instituto.

—¿Habéis oído lo que le ha ocurrido a una compañera vuestra?

—Sí —respondió con tristeza Matilda—. Está en el hospital. Nos han dicho que tuvo un accidente.

—Sí, tuvo un accidente. —Olivia no quiso refutar aquella mentira piadosa—. ¿La conocías?

—Sí. Está en primero, pero en otra aula.

—¿Sabes si Elsa se metía con ella?

Matilda no contestó inmediatamente. Estaba pensando o tratando de recordar si Alicia Peña era una de las víctimas de Elsa.

—Al menos, lo intentó.

—¿Lo intentó? —Olivia no comprendía aquella respuesta—. ¿Qué quieres decir?

—Elsa se metió con ella, pero Alicia le plantó cara. Y eso a Elsa no le gustó. De hecho, no le gustó ni un poco.

—¿Y qué pasó? ¿La tomó con ella?

—Sí, empezó a acecharla y a correr la voz de que su padre hacía cosas con ella. Asqueroso, la verdad. Pero a Alicia le daba igual mientras no la tocaran.

Cuando colgó el teléfono, Olivia trazó una línea de la página dedicada a Elsa a la dedicada a Alicia.

—Pues ya tenemos nueva relación: Elsa acosaba a Alicia —hizo una pausa para terminar de escribir—, conocía la situación de malos tratos y la pregonó por el instituto.

—Eso sí pudo cabrear al papá Peña —indicó Mario.

En ese momento sonó el teléfono de Olivia. Era Serafín.

—Olivia, me he enterado de un par de cosas que te pueden venir bien para el tema de hoy.

—Dale, Sera.

—Tengo un amigo que es celador en el hospital de Cabueñes, que a su vez tiene una amiga con derecho a roce que es enfermera en el HUCA...

—Al grano, Sera —pidió Olivia.

—Vale... El caso es que la niña pequeña, el bebé, está en Pediatría.

—Eso ya lo sabíamos —se quejó Olivia.

—Pero lo que no sabes es que el padre trató de matarla a ella también. Ingresó con síntomas de asfixia. Le puso algo en el rostro.

—No sé si eso podremos publicarlo —se lamentó ella. Ese dato tendría que valorarlo Adaro. Al tratarse de un dato médico de una menor de edad, andar de puntillas era casi obligado—. ¿Sabes algo del padre?

—¿Estás sentada?

—Desde hace un buen rato —respondió ella con paciencia.

—Han encontrado una coincidencia en el caso de Rosa Colomina: las epiteliales que tenía bajo las uñas coinciden con el ADN de Iván Peña —soltó Serafín con la voz temblando por la emoción.

—Eso no te lo habrá dicho el celador cuya novia es enfermera en el HUCA —bromeó Olivia.

—Eso me lo ha dicho mi fuente en la policía. Y no me tires de la lengua —protestó el periodista al otro lado del teléfono.

—Buen trabajo, Sera —se despidió ella.

—¿Y ahora qué quieres hacer?

—Tengo que hablar con Castro —decidió Olivia—. Hay detalles que conocemos que él debería saber.

—¿A jefatura entonces?

—Más bien a la boca del lobo —dijo ella con sorna—. Porque con el cariño que nos tienen... No, no vamos a ir a jefatura. A Castro prefiero llamarlo. Además, tenemos que hablar con Trini.

—¿La vecina que estaba de vacaciones?

—La misma.

Mario se levantó con pesadez. Estaba cansado de dar vueltas. Pero, con Olivia, no hacerlo hubiera sido peor síntoma.

86

Daniel Cárdenas se sentía desmoralizado. Parte de su equipo estaba revisando las cámaras de las calles de acceso a la zona donde había aparecido el cuerpo de Rosa Colomina, incluidas las del supermercado, la gasolinera y las de los accesos a la pasarela. El resto revisaba el ordenador de Iván Peña y comprobaba su coartada para el día de los asesinatos de la universitaria y de la niña.

Hasta ese momento, no habían encontrado nada que situara al sospechoso en ninguna de las dos escenas del crimen. No aparecía en las imágenes de las cámaras, su ordenador mostraba actividad en las horas a las que habían matado a Rosa y a Elsa y la empresa para la que trabajaba Iván Peña había confirmado una reunión vía Skype el día y a la hora en que habían asesinado a Rosa Colomina y una ponencia sobre ciberseguridad impartida por el propio Peña vía FaceTime a la hora en la que había muerto Elsa Canteli.

Iván Peña no había podido estar en dos sitios a la vez. Eso era irrefutable.

Pero también lo era el hecho de que Rosa Colomina tenía epiteliales del hombre bajo las uñas, de manera que en algún momento habían estado juntos. Ordenó un visionado de las cámaras próximas al domicilio del sospechoso. Quizá la universitaria había estado en casa de la familia Peña antes de encontrar la muerte. Por intentarlo no se perdía más que un poco de tiempo.

Mientras, Cárdenas se sentó a su mesa y miró los fotogramas que había extraído de los vídeos donde unos niños acosaban y maltrataban a otros. Estaba acostumbrado a ese tipo de imágenes, incluso a otras peores. Su trabajo lo obligaba a bajar al inframundo de la condición humana, en donde los adultos, en vez de respetar y proteger a los niños, abusaban de ellos por un placer enfermizo, o traficaban con ellos a cambio de dinero. Había personas para las cuales el prójimo solo era una moneda de cambio. El *bullying* era algo brutal, aún más por la cotidianidad del hecho, por tenerlo a la puerta del colegio, delante de los ojos, a la vista, y porque lo ejercían niños en apariencia normales.

Pasó las imágenes. Una y otra vez. De repente, se le encendió una bombilla en el cerebro. Estaban dando por buena una realidad que se acomodaba al pensamiento racional y coherente, a lo que debería ser. No a lo que podría ser.

Cárdenas apartó las fotos y conectó su terminal. Comenzó el rastreo que sus hombres habían hecho ya docenas de veces, pero con otra mirada. Una mirada sin prejuicios ni filtros.

87

—Iván Peña tiene una coartada confirmada para los dos crímenes: estaba en casa, trabajando, y hay pruebas de ello en el ordenador, además de unos cuantos testigos con los que estaba en red —anunció Castro a los presentes en la sala de reuniones. Teresa Villa, Jorge Gutiérrez, Raúl Argüelles, Queipo y Carrasco lo miraban con gesto cansado. Llevaban más de veinticuatro horas sin parar y la fatiga empezaba a hacer mella en ellos—. Además, no se ha encontrado una sola imagen suya en ninguno de los vídeos que han revisado los de Delitos Tecnológicos.

—¡Pero eso es imposible! —protestó Teresa Villa—. ¿Y qué hay de los restos de piel bajo las uñas de Rosa Colomina?

—Son de Iván Peña. Eso está confirmado —corroboró el inspector de Homicidios—. Probablemente estuvo con ella, pero no en la escena del crimen.

—¿Dónde? —El subinspector Gutiérrez estaba confuso.

—He pedido a Cárdenas que revise las imágenes de las cámaras más próximas al domicilio de Iván Peña —informó Castro.

—¿Crees que Rosa Colomina fue a casa de Peña a encararse con él? —inquirió Teresa.

Castro asintió con la cabeza.

—También hay otra coincidencia que no sabemos explicar —intervino Argüelles—. Los polvos de talco que Rosa tenía en la herida

de la cabeza coinciden con los utilizados en esa casa para el aseo del bebé.

—Si la estudiante estuvo en esa casa, ¿puede tratarse de una transferencia? —quiso saber Gutiérrez.

—No es probable —confirmó Castro—. El talco estaba dentro de la herida. Y el ataque a Rosa Colomina tuvo lugar donde se encontró el cuerpo, no en casa de nadie.

—Así que estamos como al principio. —La voz de Queipo sonó desfondada.

—Como al principio no. Ahora tenemos dos cadáveres más —replicó Teresa con acritud.

El comentario no fue bien recibido por Queipo, que la atravesó con la mirada.

—¡Calma! Estamos cansados y no es momento de discutir. Necesito que pongáis en común lo que tenemos de nuevo —pidió Castro tratando de amansar los ánimos—. De momento, podemos confirmar que Ana Sánchez murió por apuñalamiento en el abdomen; Alicia Peña falleció esta mañana como consecuencia de las heridas internas causadas por el impacto contra el suelo, y Lucía Peña, el bebé, está bien y estable en el hospital, pero tiene signos asfícticos o lo que es lo mismo, de asfixia mecánica.

Alguien chasqueó la lengua.

—Tanto la ropa de Iván Peña como la de Alicia estaba manchada con la sangre de Ana Sánchez —continuó Raúl Argüelles—. El cuchillo con el que atacaron a la mujer tenía las huellas de los tres y en el filo había sangre de la víctima y de su marido.

—La mujer tenía cortes en una mano, señal de que intentó defenderse, y epiteliales bajo las uñas —añadió Castro.

—¿Por qué dejó viva a la pequeña? —preguntó Teresa más para sí misma que para el resto.

—Quizá pensó que estaba muerta —aventuró Gutiérrez.

—Sabía que estaba viva —aseguró Castro—. Todos los vecinos coinciden en que oyeron llorar al bebé antes de que Iván Peña se precipitara al vacío.

—¿Y no es raro? —insistió Teresa—. Quiero decir, su intención era llevarse a la familia por delante. ¿Por qué dejar al bebé, y más siendo la persona más vulnerable de esa casa?

—¿Habéis tratado de hablar con él? —quiso saber Castro.

—Sí, pero se niega a declarar —informó Gutiérrez—. Solo reaccionó cuando se enteró de la muerte de su hija. Y me dio la impresión de que el cabrón... se alegraba.

—Tenéis que volver a intentarlo —pidió Castro.

Teresa torció los labios en un gesto de desprecio y Gutiérrez respiró hondo. No le apetecía volver a aquella habitación de hospital, y menos sabiendo que Iván Peña no tenía ninguna intención de colaborar.

—Podemos aprovechar el viaje al HUCA para hablar con la hermana de Ana Sánchez. Venía desde Santander a por la niña, e imagino que a esta hora ya habrá llegado —sugirió Gutiérrez mirando a Teresa—. Quizá ella pueda contarnos algo más sobre la familia.

—Me parece bien —accedió Castro—. Nosotros hemos citado a Martín Gayo y a su padre. Queipo y Carrasco, ¿queréis hacer los honores con la exploración?

Ambos agentes asintieron en silencio. Carrasco enseñó una sonrisa de medio lado que imprimió a su rostro un rictus sibilino.

—¿Podemos meterlo en una sala de interrogatorios? —preguntó con intención.

Le tenía ganas a aquel mierdecilla que no había hecho más que dar por saco desde su privilegiada posición amparada por la Ley del Menor.

—Menos ponerle la mano encima, podéis hacer lo que queráis con él para que nos cuente la verdad —espetó Castro.

Ambos policías se miraron y el entendimiento entre ellos fue más allá que cualquier palabra.

—Argüelles y yo estaremos en contacto con la Científica y con el forense —resumió el inspector de Homicidios—. Se han comprometido a facilitarnos los resultados a lo largo del día, tanto del caso de Elsa Canteli como del de ayer. Cualquier novedad, avisad de forma inmediata.

Cuando la reunión se hubo disuelto, Castro recibió una llamada de Olivia. La periodista le confirmó lo que ya sospechaba: Rosa Colomina había conseguido la dirección de la familia Peña, de manera que la posibilidad de que la universitaria hubiera ido a esa casa el día de su muerte aumentaba de forma exponencial.

Castro llamó a Cárdenas y lo puso al corriente de la nueva información.

—Hay tres cámaras que cubren la calle y que tienen un buen ángulo del portal. Si la chica estuvo allí, lo averiguaremos en breve.

88

Trinidad Noriega —la Trini para sus vecinos— estaba sentada, como cada día, en su butacón de cretona junto a la ventana, observando la vida pasar. Era su mejor pasatiempo. ¿Quién necesitaba internet o un libro teniendo aquel escaparate al mundo? A través de la ventana veía siempre casi a las mismas personas, vecinos del barrio, y escudriñaba su comportamiento creyéndose estos libres de miradas. Trinidad Noriega no era cotilla, pues no se dedicaba a hablar de unos o de otros aquí o allá. Era curiosa, y cuanto aprendía observando y, si tenía la ventana abierta, escuchando conversaciones ajenas, lo atesoraba para ella misma. La información es poder, aunque nunca lo ejerciera. Ella sabía perfectamente quién era cada vecino, de qué pie cojeaba cada uno, quiénes tenían un tonteo fuera del matrimonio y qué pareja se odiaba, aunque tratara de disimularlo en público. Era como ver un documental del National Geographic, pero con animales de dos piernas.

Se lamentó de no haber estado en casa durante el fin de semana. La zona se había convertido en un circo y ella en el pueblo, cortando malas hierbas. Chasqueó la lengua contrariada. Tenía que suceder justo el único fin de semana que ella se había ido. «Si llego a imaginar lo que le iba a ocurrir a la niña...», se dijo.

El sonido del timbre de la puerta la sacó de sus pensamientos. Ojeó la hora. La una y media. No era momento de visitas. Se levantó y

miró por la mirilla. No conocía a la mujer ni al hombre que estaban al otro lado. Preguntó quiénes eran sin abrir, con la boca pegada a la puerta, y los dos desconocidos se identificaron como periodistas. Se tomó unos segundos para decidir si abría o los mandaba a paseo. Pero la palabra «periodistas» y la cantidad de información que tendrían inclinó la balanza a favor de abrir.

Le gustó la mujer. Le pareció vivaz y lista. El hombre llevaba una cámara de fotos colgada al cuello y parecía más taciturno que ella. Les invitó a pasar y los acomodó en el sofá a juego con el butacón, cerca de la ventana. Aunque les adelantó que no sabía nada sobre la muerte de la niña, pues había pasado el fin de semana en el pueblo, la periodista parecía decidida a hablar con ella.

—Tiene usted unas vistas impresionantes desde aquí —observó Olivia, reparando en que desde aquella ventana se veía en primer plano la pasarela bajo la que se había cometido el crimen de Elsa Canteli.

—Sí, no me puedo quejar —respondió Trinidad con orgullo.

—Imagino que los botellones que se hacen en la zona no le harán gracia —apuntó Olivia para romper el hielo.

—Son bastante molestos —reconoció Trinidad haciendo un mohín de disgusto con los labios—. Eso y las peleas. Vienen a pelearse ahí delante. —La mujer señaló el puente con la mano—. Montan unos cirios de cuidado. ¡Y son mocosos! —exclamó.

—Hemos visto las denuncias vecinales —señaló Olivia.

—No sirven para nada. Da igual denunciar o no. Siempre vuelven.

—Sabemos que ha estado fuera el fin de semana —continuó la periodista intentando ir al grano—, pero nos han dicho que se marchó el viernes por la tarde.

—Sí, después de comer —reconoció Trinidad—. Una pena. Me perdí el folclore que se montó aquí delante. —Lo dijo sin afectación. Lamentaba sinceramente no haber estado sentada en primera fila, contemplando el espectáculo desde su butaca—. Me han dicho que cerraron la zona y que hubo policías durante todo el fin de semana.

—Sí, hubo mucho movimiento. Es lo que pasa cuando aparece el cadáver de una niña. —Fue Mario quien habló con tono seco.

Trinidad apretó los labios y lo miró por primera vez desde que entrara en su salón. Y lo hizo como si hubiera dicho una blasfemia.

—El caso es que a la niña la mataron sobre las dos de la tarde, antes de que usted se fuera. ¿Cabe la posibilidad de que viera algo? —intervino Olivia hablando con mucho tacto.

Trinidad se tironeó de la falda y se irguió en la butaca. Mario la había incomodado y se había puesto tensa.

—Lo único que vi fue un milagro —anunció girando el cuerpo hacia Olivia.

Olivia parpadeó confusa.

—¿Un milagro? ¿A qué se refiere?

—A que podían haber sido dos niñas muertas en vez de una —espetó la mujer elevando la barbilla y mirando de soslayo al fotógrafo.

—¿Cómo que dos niñas muertas? —inquirió Olivia poniéndose alerta—. ¿Vio a dos niñas?

—Vi a dos niñas meterse bajo el puente. Primero, una y, a los diez minutos, la otra. Estuvieron allí veinte minutos.

—¿Las pudo ver? —Olivia estaba a punto de saltar del sofá. Notaba un cosquilleo.

—Las vi entrar —corroboró Trinidad—. Lo que hicieron bajo el puente desde aquí no se ve. Y luego vi salir a una de ellas.

—¿Solo a una? —insistió Olivia.

—Sí, solo a una. Vi salir a la que llegó primero. —Cruzó las manos encima del regazo. Estaba empezando a aburrirse. No solo no había obtenido información de aquella periodista, sino que encima estaba consiguiendo que hablara más de la cuenta—. Por eso digo que esa chica se libró por los pelos. Estoy segura de que ni siquiera sabe lo cerca que estuvo de acabar como su amiga. Un milagro, ¿no le parece? —repitió.

—¿Vio a alguien más acercarse al puente?

—No vi a nadie. Pero tampoco me paso la vida pegada a la ventana —recalcó ofendida—. Ya le digo que lo único que vi fue salir a aquella niña e irse en dirección al supermercado. Y eso tuvo que ser poco antes de que mataran a la otra.

89

—¡Había otra niña en el puente, Agustín! —exclamó Olivia con impaciencia—. Y ha venido conmigo la testigo que la vio.

Olivia llegó a jefatura acompañada de Trinidad Noriega. Había logrado convencerla de que la información que obraba en su poder era crucial para la investigación en curso. La mujer, a regañadientes, pues era la hora de comer, se avino a acudir con la periodista a jefatura, aunque seguía sin comprender qué importancia podía tener haber visto a dos niñas en vez de a una. Si al menos hubiera podido ver al asesino... No era nada relevante. Pero aquella periodista creía todo lo contrario. De manera que en ese momento, con reticencia y hambre, esperaba a que aquel policía que ya peinaba canas hablara con ella.

Agustín estaba totalmente confundido con lo que la periodista le había contado. Revisó en el atestado la declaración de todos los vecinos del edificio y no vio ninguna de Trinidad Noriega. ¿Cómo se les había pasado hablar con aquella vecina?

—No busques —sugirió Olivia como si le hubiera leído el pensamiento—. Estuvo todo el fin de semana fuera de Oviedo. Por eso no tenéis su declaración. Regresó el lunes por la tarde. Y ella no es consciente de la importancia de lo que vio.

—Quédate aquí —pidió con tono severo el inspector.

Hizo un gesto a Argüelles para que lo acompañara y pasaron a la mujer a la sala de reuniones.

Trinidad Noriega se fijó en la pizarra y se detuvo unos segundos a mirar las fotos pegadas sobre la misma. Se sentó con lentitud sin dejar de observarla. Fue Castro quien tomó la palabra.

—Señora Noriega, imagino que sabe que el viernes mataron a una niña debajo del puente que hay frente al edificio donde vive.

—Sí, lo sé. Ya se lo dije a la periodista. No vi nada —protestó con vehemencia—. Estuve en el pueblo todo el fin de semana.

—¿Me puede contar lo que le dijo a esa periodista? —pidió con paciencia el inspector.

—Vi a dos niñas meterse bajo la pasarela.

Castro y Argüelles se miraron. No cuadraba en absoluto con ninguna de las pruebas que tenían. Y, desde luego, desbarataba las hipótesis con las que estaban trabajando.

—Estuvieron un rato allí abajo y luego una de ellas salió y se fue —continuó la mujer—. Ya le dije a la periodista que fue un milagro que no estuviera allí cuando atacaron a la otra, porque en vez de una niña muerta tendrían a dos —apostilló ella con complacencia.

—¿Se acordaría de esas niñas si viera una foto?

—Una de ellas es la niña que murió. He visto su foto en los informativos.

—¿Y la otra? —insistió Argüelles.

La mujer se giró hacia la pizarra y se levantó. Caminó hacia ella y puso el dedo índice sobre una fotografía. La imagen había sido extraída de uno de los vídeos del teléfono de Elsa Canteli, en donde se veía a la propia Elsa abusar de otra estudiante. La fotografía era un primer plano de la niña acosada.

—Esta era —confirmó.

—¿Está segura? —reiteró Castro. «Tiene que tratarse de un error», pensó.

—Muy segura. Esta es la niña que se libró —porfió Trinidad—. Salió de allí vivita y coleando.

Agustín Castro y Raúl Argüelles estaban paralizados.

Esa declaración lo cambiaba todo. Absolutamente todo. Y si se demostraba la terrorífica idea que empezaba a crearse en sus mentes, habían estado ciegos todo el tiempo.

90

En el mismo momento en que Agustín Castro y Raúl Argüelles tomaban declaración a Trinidad Noriega, el inspector Antonio Carrasco y el subinspector Pablo Queipo trataban de borrar a Martín Gayo aquella sonrisa de suficiencia del rostro. Sin éxito.

Hacía quince minutos que lo habían pasado a la sala de interrogatorios. Estaba acompañado de su padre, que se conducía con la comodidad de alguien acostumbrado a aquellos escenarios. El abogado estaba tranquilo y su hijo, con gesto de aburrimiento.

El cuarto de hora a solas en la sala no había hecho mella en su ánimo.

Los dos policías entraron en la sala y se sentaron frente a ellos.

—Mi hijo ya declaró ayer. No entiendo qué hacemos aquí —se quejó el padre del chico—. Esto es claramente acoso a un menor.

—Su hijo mintió —espetó Carrasco—. Y podemos demostrarlo.

Martín Gayo se enderezó en la silla como si le hubieran pinchado. Se puso tenso y en alerta. Su padre lo miró y le pidió una explicación con la mirada. El abogado se mostró contrariado, pero aun así exigió ver las pruebas que demostraran la mentira, fuera cual fuera, de su hijo.

El subinspector Queipo colocó su teléfono móvil sobre la mesa y le dio al *play* de un vídeo. En él se veía una zona del aparcamiento de un supermercado y parte de la calle. Vieron pasar a Elsa Canteli.

Seguidamente apareció otra niña a la que Martín reconoció enseguida. Era Nuria Arias. Cinco minutos después salía Martín Gayo.

—Este vídeo es del día en que Elsa Canteli fue asesinada. ¿Ves la hora? Está grabado poco antes de que la mataran —dijo Queipo con sonrisa de tiburón—. A la misma hora en la que nos dijiste que estabas con tus amigos. ¿Eres omnipresente?

—Ese tono sobra, inspector —recriminó el padre mostrando nerviosismo por primera vez desde que llegaran a jefatura. Se giró hacia su hijo—. ¿Martín?

El chico bajó la cabeza y no contestó.

—El dueño del bar donde se supone que estuviste tomando algo con tus amigos ha negado que estuvieras allí —añadió Carrasco—. Pero eso tú ya lo sabes.

—Mira, la cosa es seria —intervino Queipo—. Ya no se trata de acoso, ni de *bullying*. Se trata de un asesinato, y ahora mismo tú eres sospechoso.

—¿Sospechoso? —saltó el padre crispado—. ¿Qué pruebas tienen? ¿Un vídeo en el que se ve a mi hijo por la calle? ¿Y qué? ¿Qué demuestra eso?

—Señor Gayo, nadie que no tenga algo que ocultar se inventa una coartada —atajó Carrasco mostrando más paciencia de la que sentía —. ¿Qué tienes que ocultar, Martín?

Martín Gayo miró a su padre y, durante unos segundos, pareció reflexionar sobre la conveniencia o no de contarlo. Finalmente, habló y lo hizo con prudencia, pero con determinación.

—Seguí a Elsa. Estaba empezando a actuar por su cuenta —dijo—. Se había obcecado con una cría de primero. Decía que había que ponerla en su sitio. Pero a mí no me parecía bien que fuera a su puto rollo.

—¿Se tendrá en cuenta su declaración para que lo saquen del expediente de protección que han abierto contra él? —intentó negociar el padre.

—Me temo que eso no nos compete a nosotros, señor Gayo — templó Carrasco.

—Continúa —ordenó Queipo.

—Ese día discutí con ella a la salida de clase —reconoció el chico. Carrasco y Queipo habían visto las fotografías de Vasco Soto y en una

de ellas aparecía Martín Gayo discutiendo con Elsa Canteli. De momento, estaba diciendo la verdad—. Pero pasó de mí de mala manera. Así que la seguí.

El chico hizo una pausa. Cogió aire y lo soltó con lentitud.

—La vi meterse bajo el puente y después de casi media hora vi salir a la persona con la que había quedado. —Martín estaba desfondado. Tenía las manos sobre el regazo y los hombros hundidos, lo que hacía que su postura pareciera encorvada—. Esperé un rato y Elsa no salía. Me fui a casa y al día siguiente me enteré por las noticias de que estaba muerta.

—¿No estuviste bajo el puente en ningún momento?

—No, ni de coña.

—Y esa persona que viste...

—Esa persona fue la que mató a Elsa —corroboró el chico con mucha seguridad.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque esa persona era la cría a la que Elsa quería poner en su sitio.

91

—Necesito que te quedes al margen, Olivia.

Era una orden, expeditiva y contundente, pero la periodista leyó un ruego en ella. El inspector Castro estaba alterado. La declaración de Trinidad Noriega lo había descolocado, pero su confusión inicial se había empezado a convertir en certeza cuando Queipo y Carrasco le habían puesto al día de la confesión de Martín Gayo. Olivia no había escuchado la conversación con sus compañeros de Homicidios, pero el lenguaje corporal del inspector —su forma de llevarse las manos a la cabeza y de balancear el cuerpo, con inquietud — le indicó que estaba pasando algo gordo.

—Tenéis que marcharos. Ahora —le pidió a ella y a Mario.

La periodista no objetó ni opuso resistencia. En lo que a ella se refería, con la muerte de Alicia Peña ya tenía cubierta la página. Y como le había dicho a Mario, no todos los días iban a sacar exclusivas. Por primera vez, Olivia recogía velas.

Cuando la periodista se hubo ido, Castro llamó a Delitos Tecnológicos. Atendió la llamada Cárdenas, y antes de que el inspector pudiera abrir la boca, le exhortó a que subiera la planta que los separaba.

—¿Has encontrado algo? —quiso saber Castro.

—Sí, pero quiero que lo veas tú.

Castro subió a la segunda planta por las escaleras, de dos en dos

escalones. Cárdenas lo esperaba en su despacho. Se le veía inquieto.

—Creo que hemos enfocado el caso de forma equivocada —anunció invitando al inspector a sentarse.

—Opino lo mismo —apoyó Castro, quien puso al día a su homólogo de Delitos Tecnológicos de las últimas novedades: la confesión de Martín Gayo y la declaración de Trinidad Noriega—. ¿Tiene relación con lo que has encontrado?

Daniel Cárdenas asintió con la cabeza y conectó el primer vídeo.

—Este es el vídeo grabado por la cámara del supermercado el día que mataron a Rosa Colomina, poco antes de su muerte —explicó—. Fíjate bien.

Durante dos minutos, en la pantalla del ordenador solo se veía la actividad típica de un aparcamiento de supermercado: un par de clientes cargando la compra en sus vehículos, una mujer cruzando la explanada con un carrito y un hombre que cerraba el coche y se dirigía hacia el edificio. De repente, Rosa Colomina apareció en la pantalla. Caminaba deprisa hacia la parte trasera del supermercado. Iba sola. El ángulo de la cámara no permitía ver a la universitaria saltar el muro hacia el descampado, pero en esa dirección era la única posibilidad para acceder a él. Cárdenas puso la imagen a cámara rápida y aceleró el vídeo cuatro minutos. Entonces volvió a activar la imagen a tiempo real.

—*Voilà!* —exclamó Cárdenas señalando con el dedo la figura menuda de una niña que atravesaba el aparcamiento por el extremo opuesto al de Colomina, pero también en dirección a la parte trasera del estacionamiento—. Ahí la tienes.

Castro reconoció en aquel cuerpo infantil a la misma estudiante del Manuel Machado con la que Elsa se había metido y que había sido identificada por Trinidad Noriega y por Martín Gayo.

—Y ahora fíjate —continuó Cárdenas al tiempo que cerraba ese vídeo y abría otro—. Esta grabación es del día que mataron a Elsa Canteli.

A diferencia del anterior, Elsa Canteli no entraba en el aparcamiento, sino que se la veía bajar la calle, pasar por delante del supermercado y rodear la gasolinera sin dejar la acera. El vídeo marcaba las dos y ocho minutos. Inmediatamente después, Nuria Arias hacía lo mismo, pero con paso más apresurado. Cinco minutos más

tarde era Martín Gayo el que bajaba la calle en dirección al puente mirando a todos lados, como si temiera estar siendo vigilado por alguien. Luego, nada que mereciera atención. Castro se giró hacia Cárdenas, que continuaba de pie, y lo interrogó con la mirada.

—En esta ocasión, la chiquilla fue más lista y se adelantó a su víctima —explicó rebobinando el vídeo hasta siete minutos antes de la aparición de Elsa Canteli—. Y ahí la tienes de nuevo.

La niña, con el mismo chaquetón azul oscuro, la misma mochila y la misma determinación invadió la pantalla del ordenador. Corría como alma que lleva el diablo. Su imagen salió del ángulo de la cámara en cuanto giró la esquina en dirección a la pasarela.

Castro se frotó los ojos.

—¿Cómo se nos ha podido pasar esto? —preguntó sin ánimo de reproche, aunque sonó como tal.

—Porque nunca buscamos a una niña —se defendió Cárdenas—. Y en el caso de Elsa hay un lapso de siete minutos entre la chiquilla y la víctima. No hemos establecido conexión entre ambas imágenes hasta ahora.

—No me refería a vosotros —aclaró Castro—. Me refiero a todos en general. Si se confirma esta hipótesis, lo hemos tenido delante todo el tiempo y no hemos sabido verlo.

Cárdenas chasqueó la lengua y asintió con la cabeza.

—Ni siquiera nosotros estamos libres de tener la mirada de los ciegos, Castro —replicó el inspector de Delitos Tecnológicos—. Pero eso no nos hace peores. Nos recuerda que somos humanos.

92

Flores estaba en su despacho revisando la autopsia de Ana Sánchez cuando tocaron a la puerta. Antes de que pudiera decir «adelante», esta se abrió y asomó la cabeza su colega, Igor Manzano.

—He terminado la autopsia de la niña. Me voy a poner con el informe.

—¿Qué tal? —preguntó más por cortesía que por verdadero interés.

La de Alicia Peña era una autopsia sencilla en cuanto a que no había dudas sobre la hora o causa de la muerte. Se trataba de un puro trámite, dado que había fallecido en el hospital.

—Lo normal en alguien que cae de un segundo piso —respondió Manzano entrando en el despacho y cerrando la puerta. Tomó asiento frente a Flores, que lamentó haber preguntado nada—. Estaba reventada: le habían extirpado el bazo, los pulmones estaban perforados y el cerebro parecía una gelatina de vainilla.

—¿Algo inusual?

—Si se le puede llamar inusual al hecho de que externamente no presentar ni una sola herida, a excepción de un rasguño en un brazo y un corte antiguo en la palma de la mano derecha...

—¿Un rasguño en el brazo? ¿Fruto de la caída?

—Puede ser, aunque parece más un arañazo que un corte.

—Anótalo en el informe —pidió Flores—. E informa a Castro.

Igor Manzano arrugó el entrecejo. El inspector Castro no era un hombre de trato fácil. Al menos con él. No habían tenido buena conexión, y en el único caso en el que habían tenido que trabajar juntos, su comunicación había sido de todo menos fluida. El policía era crítico con él, y el forense pensaba que no tenía una buena opinión sobre su trabajo. Y eso era algo que le costaba asumir.

—Aparca eso que te está rondando por la cabeza —murmuró Flores sin levantar la vista del informe de la autopsia de Ana Sánchez —. Estáis condenados a entenderos, Igor. Él es inspector de Homicidios y tú, forense. Cuanto antes lo comprendas, antes empezarás a llevarte bien con él.

Igor Manzano iba a protestar, pero cambió de opinión al ver el gesto preocupado de su colega.

—¿Te preocupa algo? —se interesó.

Flores lo miró.

—En realidad, sí. Hay algo que no cuadra. —Se levantó de la silla y rodeó la mesa—. Ponte de pie, Igor.

Manzano obedeció con gesto perplejo.

—Somos de la misma estatura, de manera que hay que solucionarlo —dijo acercándose a la estantería y cogiendo cuatro volúmenes de medicina.

Los dejó en el suelo y se subió encima. Ahora estaba unos veinte centímetros por encima de Manzano.

—Yo seré Iván Peña, que mide unos veinte centímetros más que su mujer, y tú serás Ana Sánchez —explicó—. Ahora te voy a apuñalar tal y como se supone que lo hizo él.

El forense, con un bolígrafo en la mano, hizo el movimiento a cámara lenta de apuñalar a Manzano en el abdomen.

—¿Te has fijado? —quiso saber Flores. Manzano no contestó. No entendía a dónde quería ir a parar su colega—. El ángulo de entrada del cuchillo queda justo debajo de las costillas y tiene una trayectoria descendente, de arriba abajo.

—Sí, me he dado cuenta.

—Pues ese es el problema. ¡No encaja! —exclamó Flores—. Así debería ser, pero no es así.

—No te sigo.

—El cadáver de Ana Sánchez presentaba una herida inciso,

punzante con entrada por encima del ombligo, y la trayectoria es ascendente.

Cogió a Manzano por los hombros y le indicó que se subiera encima del montón de libros.

—Tú sigues siendo Ana Sánchez —indicó Flores y, a continuación, repitió el movimiento con el bolígrafo, como si estuviera apuñalándolo—. ¿Lo ves?

—Sí —reconoció Manzano—, efectivamente, varía mucho la trayectoria. ¿Quién se supone que eras tú ahora?

Flores no contestó. Se agachó y recogió los libros, que devolvió a la estantería. Luego rodeó la mesa y volvió a ocupar su asiento. Manzano insistió, pues ahora le había picado la curiosidad y se resistía a marcharse sin una respuesta. Llevaba poco tiempo en el Instituto de Medicina Legal de Asturias y aún no había tenido una autopsia comprometida o que revelara datos contradictorios con la historia supuesta.

—¿Piensas que Javier Peña estaba agachado cuando apuñaló a su mujer? —inquirió con expectación.

—No —reconoció al fin Flores con semblante adusto—. En realidad, creo que existe la posibilidad de que Javier Peña no apuñalara a nadie.

93

—A veces cometemos errores, inspector.

Argüelles aún estaba procesando la nueva hipótesis de investigación. Habían estado muy errados, cegados por la posibilidad más verosímil, la socialmente más aceptable. A las pruebas facilitadas por Delitos Tecnológicos y a los testimonios de Trinidad Noriega y Martín Gayo se sumaba el informe forense de Ana Sánchez. Flores había sido expeditivo con el examen realizado al cadáver de la mujer: «Incisión por arma blanca de diez centímetros en ángulo de entrada y trayectoria ascendente». Su trabajo no consistía en interpretar las pruebas, sino en contar lo que le decía el cuerpo. Y el cuerpo de Ana Sánchez hablaba de un atacante de un metro cincuenta de estatura como mucho.

Era la segunda vez que el inspector Castro revisaba aquel informe, que encajaba a la perfección con las nuevas pruebas.

—Ese es un lujo que no nos podemos permitir, Argüelles. Un error nuestro puede acabar con la vida de un inocente en la cárcel —replicó Castro pesaroso.

—Necesitamos evidencias físicas —razonó el inspector de la UFAM sin querer entrar en discusión. Lo importante era armar la instrucción para que no hubiera ningún tipo de duda—. Lo que tenemos tan solo la sitúa en las escenas de los crímenes, pero no demuestra que fuera ella quien acabó con las vidas de Rosa Colomina y Elsa Canteli.

Hubo una pausa muy larga antes de que Castro respondiera. Estaba ensimismado leyendo el informe forense de Alicia Peña. Se fijó en una anotación, casi secundaria aunque documentada con una fotografía, hecha por Igor Manzano. La niña presentaba un arañazo reciente en un brazo y un corte, más antiguo, en la palma de una mano. Rememorando lo que sabían hasta ahora, Castro casi pudo imaginar el origen de aquellas dos heridas. Ladeó la cabeza con abatimiento. «¿Cómo hemos estado tan ciegos?», se dijo.

—El único que puede darnos respuestas es Montoro.

El inspector se levantó y animó a Argüelles a que lo siguiera. Fueron directamente a la segunda planta y, cuando vieron a Montoro, no se anduvieron con rodeos.

—Alejandro —abordó Castro—, necesitamos los resultados de la segunda muestra de sangre encontrada en el palo utilizado para agredir a Elsa Canteli.

—Vamos al despacho —pidió un atribulado Montoro—. Iba a llamarte porque hay algo raro en la sangre encontrada en la ropa que llevaba Alicia Peña.

El inspector de la Científica tenía el pelo alborotado y los cristales de las gafas llenos de huellas. Se sentó delante del ordenador y los dos policías lo hicieron justo enfrente.

—Ya sabíamos que era sangre de su madre —dijo Castro con impaciencia.

—Sí, pero la ropa de la niña tiene proyecciones de sangre. En cambio, la de su padre no. En la ropa del padre había manchas hemáticas —reveló con confusión.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Argüelles con la misma impaciencia mostrada por Castro.

—Las proyecciones son salpicaduras y gotas por salida brusca de la sangre —explicó Montoro gesticulando con las manos—. Las manchas, en cambio, se producen por contacto con la herida, por escurrimiento del órgano sangrante. Si Iván Peña hubiera apuñalado a su mujer, las proyecciones estarían en su ropa, no en la de su hija.

— Verás, creemos que hemos planteado mal el caso desde el principio —aclaró Castro.

—¿A qué te refieres? —inquirió con desconcierto.

—¿Qué me dices de la piel que había bajo las uñas de la madre?

No era el momento de dar explicaciones, sino de obtener respuestas, de manera que Castro obvió la pregunta del inspector de la Científica.

—Coincide con la de su hija —confirmó Montoro—. Dimos por sentado que la mujer y la chiquilla trataron de defenderse y en el fragor de la batalla...

El inspector no acabó la frase. Abrió mucho los ojos y Castro casi pudo ver cómo se le dilataban las pupilas. En su mente comenzó a formarse una historia bien distinta a la que se había imaginado, una que hacía que las evidencias del escenario del crimen de Ana Sánchez encajaran de forma milimétrica.

No obstante, el inspector de Homicidios, para quien la muerte de Ana Sánchez estaba clara, y mucho más después de las averiguaciones de Montoro, tenía más interés en atar bien el caso de Elsa Canteli, porque quien hubiera asesinado a la niña también había acabado con la vida de Rosa Colomina, pues se había empleado la misma arma.

—Montoro —insistió Castro—, necesitamos ya los resultados de la segunda muestra de sangre encontrada en el palo utilizado para agredir a Elsa Canteli.

El inspector de la Científica entró en el sistema. Tecleó y movió el ratón durante unos segundos. Argüelles movía una pierna con nerviosismo y Castro se mantenía impertérrito, con la calma tensa de quien espera una sentencia.

—Aún no están en el sistema —se lamentó el de la Científica.

—Los necesitamos ya —exigió el inspector sin cambiar de postura.

No estaba dispuesto a salir de allí sin aquel dato.

Montoro cogió el teléfono y llamó a alguien. Exigió de forma urgente los resultados solicitados por Castro. Tras un minuto al aparato, a Montoro se le demudó el rostro. Se pasó un pañuelo por la frente y se llevó la mano a las gafas en dos ocasiones, dejando los cristales más opacos de lo que ya estaban. Insistió dos veces en la fiabilidad de lo que le estaban contando al otro lado del teléfono. Al principio, había incredulidad en su voz. Después, espanto por lo que estaba escuchando. Cuando colgó, se dejó caer hacia atrás en la silla. Miró a Castro y, con voz monocorde, le trasladó el resultado que había pedido. La coincidencia de la segunda muestra de sangre encontrada en el palo, así como de las epiteliales, había dejado a Montoro sin

fondo, vacío y con la seguridad de que estaba ante el caso más atroz de toda su carrera.

Diez minutos después, el inspector Castro y el subinspector Argüelles salían como dos balas en dirección al HUCA.

94

Iván Peña estaba más espabilado que hacía unas horas. Seguía con la mirada perdida en algún lugar más allá de la ventana de su habitación, con la mente despejada pero anclada en el recuerdo de su mujer y de su hija pequeña. Ahora, por fin tendría algo de paz. Todos la tendrían.

Teresa y Gutiérrez entraron en la habitación y pidieron a los dos agentes que lo custodiaban que salieran.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Gutiérrez a uno de los agentes.

—Nada. No ha dicho ni esta boca es mía.

—¿Ha tenido visitas?

—Ninguna.

Cuando estuvieron solos con el sospechoso, este ni siquiera les dedicó una mirada. Su actitud era serena, rayando incluso en la indolencia. Teresa se fijó en un corte que tenía en la mano derecha. El cuchillo con el que había apuñalado a su mujer, además de sus huellas, tenía su sangre. Se acercó a él y se interpuso entre su mirada y lo que fuera que estuviera viendo por la ventana. Iván Peña cerró los ojos. No estaba dispuesto a colaborar.

—Cuéntanos qué pasó anoche, Iván —pidió Teresa controlando el tono de voz.

Lo tuteó adrede, ya que quería sonar cercana, no como una figura amenazante.

Gutiérrez se mantuvo a los pies de la cama. Estaba alerta a cualquier cambio en la actitud conciliadora de su compañera, pues sabía que en aquel tono apacible había contención, y veía a Teresa capaz de volver a romperle las piernas a Peña al más mínimo gesto despectivo por su parte. Aun así, se mantuvo al margen, sin intervenir de ningún modo.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —advirtió ella sin cambiar el registro—. Y yo tengo mucha paciencia.

Iván Peña mantuvo los ojos cerrados. Notaba la respiración de la agente sobre su rostro. Le dolía el cuerpo, sobre todo las piernas. Los sedantes que le metían por vena mitigaban el dolor físico, pero el del alma no había sedación que lo aplacara. «Tanto esfuerzo, tanto sufrimiento para nada —pensaba—. Y me hablan de paciencia, de tiempo. ¿Qué me importa a mí el tiempo ahora?».

—No vamos a movernos de aquí —insistió Teresa machacona. Cogió una silla y la acercó a la cama. Se sentó y repitió con obstinación—. ¿Qué pasó anoche?

El hombre abrió los ojos y los clavó en Teresa.

—Anoche maté a mi hija —dijo Iván Peña con voz bronca—. Fin de la historia.

Teresa sintió cómo el vello de los brazos se le erizaba.

—¿Y tu mujer? ¿Y tu otra hija? —porfió la inspectora—. ¿Por qué?

Iván Peña volvió a cerrarse como una concha. Giró la cabeza hacia el lado contrario al que se encontraba Teresa y endureció el rictus. Su lenguaje corporal volvía a ceñirse al mutismo. Ni siquiera se percató de la presencia de Gutiérrez, que asistía a la escena en silencio, medio oculto por las piernas en cabestrillo del hombre.

Se escuchó un murmullo de voces fuera de la habitación. De repente, uno de los agentes que montaban guardia asomó la cabeza al interior. Su voz sonó alterada.

—Aquí fuera hay una mujer que exige entrar a ver a Iván Peña. Está bastante afectada —explicó el policía—. Le hemos dicho que no es posible, pero insiste en entrar —se disculpó.

—¿Quién es? —se interesó Gutiérrez acercándose al agente.

—Dice que es su cuñada —respondió el policía señalando con la cabeza al paciente.

—Déjala pasar —ordenó Teresa poniéndose en pie.

—No es buena idea, Teresa —objetó Gutiérrez—. Vamos a tener una escena.

—Que pase —machacó ella, pues su intención, precisamente, era que se produjera una escena.

Quizá, si se veía enfrentado a la hermana de la mujer a la que había asesinado, comenzara a cantar.

Gutiérrez hizo un gesto con la cabeza en señal de asentimiento y el policía abrió la puerta para dejar entrar a una mujer de mediana edad, rolliza y con los mismos ojos que Ana Sánchez.

—Soy María Sánchez, hermana de Ana Sánchez —se presentó dejando que los policías comprobaran su DNI—. ¿Puedo hablar con mi cuñado?

—Todo lo que hablen tendrá que ser en nuestra presencia —explicó Teresa, que había percibido un cambio de actitud en el hombre al escuchar la voz de su cuñada.

La primera reacción de Iván Peña había sido un intento fallido de incorporarse en la cama. Su mirada había cambiado de la apatía al interés y de este a la tristeza más absoluta. Le temblaba la barbilla y el semblante era el vivo reflejo de la aflicción.

María Sánchez no hizo amago de acercarse al enfermo en un primer momento, pero cuando vio la agitación de la que era presa, fue a sentarse en la silla que Teresa había dejado libre. Lo miró y le cogió la mano esposada. Con ternura. Teresa y Gutiérrez no daban crédito a la escena. Hubieran jurado que iban a tener que intervenir para evitar que la mujer atacara al asesino de su hermana y de su sobrina. En cambio, allí estaba, tratando con delicadeza de apaciguar el ánimo de Iván Peña. Este comenzó a llorar con desconsuelo. Temblaba de los pies a la cabeza. Por fin se había desmoronado. Teresa y Gutiérrez asistían a la escena confundidos, pero sin intervenir.

—Lo siento... no pude evitarlo, María... no pude —farfullaba entre hipidos—. Lo intenté todo... y no pude evitarlo.

María Sánchez le acariciaba la mano y lo dejaba hablar. Durante más de diez minutos, él dio rienda suelta a su desdicha, abandonándose a la oscuridad que tenía en su interior, como si de repente se hubiera abierto la compuerta de una presa. Cuando el hombre pareció tranquilizarse, habló la mujer.

—Fue ella, ¿verdad? —musitó.

El hombre cerró los ojos y asintió despacio con la cabeza, como si aquel asentimiento le costara la vida.

—Iván, ya es hora de que cuentes la verdad —sugirió María con dulzura—. No puedes seguir cargando tú solo con esto. Es hora de que ellos —dijo señalando a los dos policías— conozcan el infierno en el que estabais viviendo para que comprendan por qué Alicia está muerta.

En ese momento, se abrió la puerta de la habitación y fueron Castro y Argüelles quienes irrumpieron en la estancia. Iván Peña se giró hacia el inspector, y con aquel cruce de miradas comprendió que ya no tenía que seguir mintiendo.

95

En la habitación en la que Iván Peña se recuperaba de su intento de suicidio se oía circular el aire. La escena parecía un fotograma a cámara lenta. Teresa y Gutiérrez estaban apoyados en el alféizar de la ventana con cara de no comprender nada. María Sánchez continuaba sentada junto al enfermo y aún le sostenía la mano. Castro y Argüelles estaban de pie junto a ella e Iván Peña sollozaba mientras escuchaba cómo el inspector exponía los últimos hallazgos.

—Tenemos epiteliales de su hija, Alicia Peña, bajo las uñas de su madre —estaba diciendo Castro con desaliento— y el informe forense apoya la teoría de que la herida abdominal de su mujer no pudo hacérsela usted, salvo que estuviera arrodillado. No encajan el ángulo ni la trayectoria de la incisión.

Iván Peña continuaba llorando, cada vez con más intensidad.

—¿Mató usted a su mujer? —preguntó Castro a pesar de conocer la respuesta.

María Sánchez miró al hombre con súplica y, con un leve movimiento de cabeza, le animó a contestar.

—No —respondió con un hilo de voz.

—¿Trató de asfixiar a su hija pequeña?

—No —reiteró Iván Peña.

—¿Mató usted a su hija mayor, Alicia Peña?

—Sí —respondió con vehemencia—. A ella la maté yo, y lo

volvería a hacer. Alguien tenía que pararla.

—También se han hallado restos de sangre y piel de su hija en el palo con el que agredieron a Elsa Canteli, sin exceptuar que hay dos testigos que la sitúan bajo la pasarela a la hora a la que mataron a Canteli.

María Sánchez apretó la mano de Iván Peña en un acto reflejo y se llevó la otra mano a la boca.

—Alicia mató a esa niña —confesó Iván ahogando un sollozo.

—¿Y a Rosa Colomina?

—Rosa Colomina fue la primera —murmuró el hombre.

—¿Ustedes lo sabían? —El tono de Castro sonó acusador.

—No lo sabíamos. —Iván Peña se pasó la mano que tenía libre por el rostro—. Nos enteramos el sábado de todo. Mi mujer encontró unos pañuelos ensangrentados en uno de los bolsillos de su chaquetón. Le pedimos explicaciones y nos lo contó. Nos contó lo que había hecho y trató de quitarle importancia diciéndonos que ya había matado antes y que no había... que no había pasado nada. Que era fácil hacerlo y difícil que la pillaran porque ella era más lista. Hablaba sin pasión, sin ni siquiera miedo. Nos lo dijo como si eliminar a las personas que te contrarían fuera lo más normal del mundo. Era como si nos estuviera contando una película que hubiera visto en el cine.

María Sánchez ahogó un suspiro.

—¿Y no se les ocurrió denunciarlo? —acusó Argüelles con dureza.

—¡Era nuestra hija! —se defendió Peña como si ese hecho fuera suficiente justificación—. Nos horrorizamos, pero de mano solo se nos ocurrió protegerla. No pensamos en las consecuencias. Nos inventamos que estaba enferma. La encerramos en casa, en su habitación. Necesitábamos tiempo para pensar qué hacer con ella, cómo gestionar la situación.

—¿Por qué las mató? —quiso saber Argüelles, que estaba atónito con el giro que había dado la investigación.

—Rosa Colomina creyó que yo maltrataba a Alicia. Consiguió nuestra dirección y vino a casa a encararse conmigo. La eché. —Iván Peña dudó—. La eché de malas maneras.

—De ahí que encontráramos piel suya en las uñas de la chica —aclaró Castro.

—La agarré por el brazo y ella me arañó para soltarse —confirmó

Iván—. El problema es que, en vez de dejarlo estar, fue a buscar a Alicia al instituto con la intención de convencerla para ir a la policía. —Exhaló con fuerza—. Y ese fue su error, porque Alicia lo entendió como una amenaza, y a ella no le gustaba sentirse amenazada.

—¿Y a Elsa?

—Ustedes ya vieron quién era Elsa Canteli y lo que hacía. —El hombre torció los labios en un gesto de dolor. Los efectos de la sedación estaban pasando y empezaba a sentir punzadas como cuchillos en las piernas—. Se metió con Alicia, y no iba a dejarla en paz. De manera que Alicia eliminó el problema.

A Teresa le vino a la cabeza la sonrisa de complacencia de Alicia y sus palabras al referirse a Elsa la mañana en que hablaron con ella: «Era mala, pero era tonta».

—Lo dice como si fuera algo normal. Ahora es usted el que parece estar contando una película —criticó Castro, a quien martilleaba en la cabeza la frase de Martín Gayo: «Se metió con quien no debía».

—En mi hija sí era normal, inspector —se defendió el hombre sin apasionamiento ni ganas de convencer a los policías de lo contrario—. Llevamos sufriendo el trastorno de mi hija casi desde que nació. En casa, la teníamos controlada. O eso creíamos.

—Ya hemos visto los candados en las puertas —replicó Castro.

—Y también habrán visto los informes médicos de todas las veces que envió a mi mujer, a su propia madre, y a su hermana a Urgencias —apuntó—. Yo mismo pasé dos noches en un calabozo por su culpa.

—Si no les cuentas la historia desde el principio, no lo van a entender, Iván —aconsejó María Sánchez, cuyo rostro era una máscara de sufrimiento.

Iván Peña cogió aire y se tomó unos segundos para responder. Alguien tosió. Argüelles apoyó las manos en las barras de la cama y Castro creyó percibir que Teresa y Gutiérrez cuchicheaban algo entre sí, pero no les prestó atención.

«Nosotros tratando de protegerla del monstruo de su padre y resulta que el monstruo era ella», fue lo que murmuró Gutiérrez al oído de Teresa con estupefacción.

—Vivíamos en Santander cuando nació Alicia —comenzó a explicar Iván Peña—. Fue un bebé llorón. —Dejó asomar una risa amarga—. Conforme fue cumpliendo años, comprobamos que tenía un

carácter agresivo. Cuando tenía una pataleta, a su madre le llenaba las piernas de moratones. Yo culpaba a Ana del carácter de la niña. Pensaba que la estaba malcriando, que la estaba convirtiendo en una caprichosa.

Iván Peña hizo una pausa para beber un sorbo de agua.

—Cuando cumplió los cuatro años, le regalamos un gatito. —El hombre cerró los ojos, como si así pudiera recordar mejor aquel episodio del pasado de su hija—. Una tarde, jugando, el gatito le arañó. Ella se subió a una silla, abrió la ventana y tiró al animal. Un año más tarde, un niño de su clase le quitó la plastilina y Alicia le clavó un lapicero en la mano.

—Fue entonces cuando mi hermana y mi cuñado decidieron mudarse —intervino María—, creyendo que un cambio de aires, de vida, podría mejorar las cosas con Alicia.

—Y durante un tiempo mejoraron. Luego Alicia volvió a ser exigente, absorbente, egocéntrica y... —el hombre trataba de escoger las palabras— mala. Era un ángel en un momento y el demonio al siguiente. Las cosas empeoraron cuando nació Lucía. Para Alicia, su hermana era un estorbo, alguien que le restaba atención.

—Y la tomó con la pequeña —interrumpió María—. Empezó a maltratar al bebé.

—No solo la tomó con ella —puntualizó Iván Sánchez—. Estaba fuera de control. Intentó matar al perro de nuestra vecina porque decía que era una entrometida. En cuanto a Lucía, tratamos de protegerla encerrando bajo llave a Alicia, manteniendo una vigilancia extrema. Yo dejé mi empleo y comencé a trabajar desde casa. —Iván Peña estaba fatigado, y el dolor de las extremidades le demudaba el rostro—. No podíamos bajar la guardia. Ni un segundo.

—¿Y eso fue lo que pasó anoche? —quiso saber Argüelles—. ¿Bajaron la guardia?

—Mi mujer no estaba de acuerdo con encerrar a Alicia. Creía que razonando con ella... —Ahogó un sollozo—. No lo veía humano, ni decente, y sentía pena por ella. Nuestro matrimonio empezó a resentirse. Discutíamos mucho. Ana consideraba que yo era innecesariamente duro. Cruel, incluso. Ayer Ana decidió hacer las cosas a su manera. —Lo dijo con rabia en la voz—. Le advertí que no podía cometer errores y cometió el peor de ellos: confiar en Alicia. Se

relajó. Se descuidó y la sorprendió intentando asfixiar al bebé con la almohada.

—¿Fue la niña quien mató a su madre? —Teresa habló desde el fondo de la habitación con la voz trémula por la impresión.

Todos se giraron hacia ella. La incredulidad estaba pintada en sus ojos.

—Alicia se revolvió contra su madre. Se puso como loca. Yo me quedé con el bebé mientras Ana seguía a Alicia a la cocina. —Comenzó a sollozar. Se cubrió el rostro con la mano y parecía que no podría seguir hablando—. A pesar de la barbaridad que había evitado, aún esperaba que Alicia reaccionase, que le diera una explicación de por qué quería ver muerta a su hermana pequeña. Mi mujer no tuvo ninguna oportunidad. Alicia le clavó un cuchillo en cuanto Ana pisó la cocina, sin titubeos, sin ningún tipo de vacilación —explicó entre hipidos—. Traté de sacárselo. Creo que se lo saqué. No lo sé. Había tanta sangre.

—Se lo extrajo y se cortó en el intento —aclaró Castro.

Iván Peña se miró la mano. Escudriñó el corte como si lo viera por primera vez.

—Decidí terminar con la pesadilla —concluyó con la mirada perdida—. La única forma de pararla era acabar con ella. Y eso hice. A mí tampoco me tembló la mano.

En la habitación hacía calor, y el silencio que sucedió al relato de Iván atrapó a cuantos habían escuchado la historia. Poco más se podía decir. Aquel hombre había elegido proteger a la hija pequeña destruyendo a la mayor. Destruyéndose a sí mismo. Y ahora aquel bebé era huérfano, pues el hombre iba a pasar una larga temporada en la cárcel. ¿Se podían presentar atenuantes? Probablemente, sí. ¿Servirían para minimizar la condena? Probablemente, también. Aunque la condena de Iván Peña no serían los barrotes de una celda, sino sus propios recuerdos.

Epílogo

Sábado, 10 de marzo de 2018

—¿A dónde me llevas? —preguntó Castro con curiosidad.

—Es una sorpresa —respondió Olivia sin perder de vista la carretera.

—Me suena más a encerrona —replicó Castro tratando de que no se le notara mucho la inquietud.

No le gustaban las sorpresas.

—Oye, ¿qué hay de Jorge? —cambió de tercio Olivia—. ¿Tiene algo con esa poli con la que ha trabajado esta semana?

—Hasta donde sé, de momento solo tiene una cita con ella —respondió Castro con despreocupación.

—Se empieza por una cita y ya sabes cómo se acaba —se jactó la periodista, palmeando la rodilla del inspector.

Iban camino de Oviedo a comer, pero la periodista no había querido decirle a dónde ni con quién. El olfato del inspector ya tenía callo para saber que no estarían solos, pero no había querido insistir. Después de una semana intensa de trabajo y cargada de emociones, le apetecía dejarse llevar. Qué más daba a dónde fueran o con quién mientras estuvieran juntos.

—¿Piensas en el caso? —preguntó la periodista decelerando para entrar en la ciudad.

—En realidad, pensaba en nosotros.

—Ah, ¿sí? —inquirió ella con voz picarona—. ¿Y qué, si se puede saber?

—Pensaba en lo bien que estamos cuando estamos juntos —reconoció él sin dejar de mirar por la ventana.

—¿En serio no estás enfermo? —preguntó ella con sorna.

—De vez en cuando también me sale la vena sentimental. Pero que no sirva de precedente —bromeó Castro.

—Yo sí he pensado en el caso —confesó Olivia, quien aún no había digerido que una niña de doce años fuera la causante de tanta desgracia—. De hecho, no soy capaz de pensar en otra cosa.

—Tienes que aprender a desconectar, Olivia.

—Tú estás acostumbrado a ver atrocidades. Yo no. Y el hecho de que una niña albergue tanta maldad en su interior es algo que cuesta comprender.

—La maldad no es exclusiva de las personas adultas —replicó Castro con tranquilidad. Estaba habituado a ver barbaridades, pero uno nunca se acostumbraba a ello. Aun así, era capaz de compartimentar las diferentes facetas de su vida. Era la única manera de proteger su salud mental y anímica cuando salía de jefatura—. Hay personas que se vuelven malas por el entorno social, por las circunstancias o por sus propias vivencias. Y luego hay otras que nacen así. Y ese fue el caso de Alicia Peña: nació mala o, para ser más exacto, con una alteración de la personalidad que los psiquiatras denominan psicopatía. Alicia Peña era una psicópata de libro: narcisista, egocéntrica, sin empatía por el prójimo, ni siquiera por su familia. Se movía según sus necesidades y eliminaba aquello que le molestaba, como quien mata a una mosca que está incordiando. Los psicópatas no sienten pena, culpa o remordimiento por el daño que hacen, Livi. Por eso son peligrosos, por la ausencia de conciencia. No tienen freno moral, al menos el que tenemos los demás. Ven el asesinato como algo necesario. No ven a las víctimas como personas, sino como obstáculos, impedimentos para conseguir sus objetivos.

—Como una piedra en el zapato.

—Más o menos.

—¡Pero era una niña! —Le costaba racionalizar que una niña hubiera hecho tanto daño—. Resulta estremecedor y bastante

inquietante.

—Es en la niñez cuando se empiezan a manifestar los primeros síntomas, con episodios violentos como los que relató Iván Peña —argumentó Castro—. Conforme un niño crece y se desarrolla físicamente, también lo hace su moral. Aprenden lo que está bien y lo que está mal y comienzan a actuar en consonancia. En el caso de los psicópatas, ese desarrollo moral no se produce. Pueden pasar por personas normales porque aprenden a imitar comportamientos, a fingir los sentimientos que la sociedad espera de ellos en determinadas situaciones. Pero solo imitan, no sienten.

—No puedo imaginar el infierno que tuvieron que pasar esos padres.

—El gran problema de Alicia fueron ellos, sus padres —sentenció Castro con rotundidad.

—No digas eso. Resulta cruel, Agustín —recriminó ella—. Hicieron de todo, hasta mudarse, para protegerla.

—Y ahí está el error. No era Alicia la que necesitaba protección, sino el resto del mundo. Sus padres tendrían que haber pedido ayuda —opinó—. Pero en lugar de eso decidieron lidiar ellos solos con el problema en la creencia de que, controlando a la niña, controlarían el problema.

—Y lo único que consiguieron fue alimentar al monstruo.

—En cierta manera, sí. Lo alimentaron.

—¿Estamos criando monstruos? —preguntó ella de repente.

—¿Por qué lo dices? —Castro la miró confuso.

—Por los chiquillos que hacen *bullying*. ¿Qué estamos haciendo mal para que haya críos que disfruten haciendo sufrir a otros? ¿Qué está haciendo esta sociedad que lo consiente? —Había pesar en su tono de voz.

—Hoy en día los críos crecen con una tablet pegada al culo; es más cómodo y así dan menos lata. Se desarrollan en un aislamiento social brutal y con un exceso de información para cuyo correcto entendimiento aún no tienen suficientes herramientas, porque tampoco se las damos.

—¿Lo justificas? —atacó ella.

—No. Lo que digo es que si a esas carencias les sumas la falta de valores, un escaso o nulo desarrollo moral y el abandono emocional

por parte de su entorno, tienes como resultado un auténtico bicho que, tarde o temprano, será carne de cañón. Proteger a un hijo no consiste en darle todo cuanto pide, Livi, sino en saber decir que no; pasar tiempo de calidad con él; enseñarle que el mundo de fuera es una zona de guerra, un hijo puta que niega más que consiente, que no va a permitir que cojas lo que quieras cuando quieras y como quieras y que no entiende de mimos y frulerías.

—En realidad, no te falta razón —admitió Olivia—. Si lo piensas fríamente, vivimos en una sociedad individualista, ególatra y excesivamente competitiva en donde el "todo vale" está a la orden del día.

—A tu pregunta de si estamos criando monstruos, la respuesta es que, quizá sí. Quizá son el fruto de una sociedad que también adolece de cierta psicopatía.

Entraron en un aparcamiento cerca de la calle Gascona.

—Ahora que hemos llegado, ¿me vas a decir a dónde vamos? —preguntó él cambiando de tema.

—El otro día me invitaron a comer en un restaurante y, en el último momento, decliné la invitación —dijo Olivia cuando salieron del coche. Abandonaron el subterráneo y, ya en la calle, la periodista cogió de la mano al policía—. Se llama La Marimorena, y me apetece conocer el sitio.

—Vale. ¿Y quiénes van a ser nuestros compañeros de mesa?

Castro tenía claro que no iban a comer solos. Olivia lo miró de reojo y bajó la cabeza. Se detuvo a la puerta del restaurante.

—Mi madre y su novio —contestó con timidez.

Temía la reacción de su pareja, máxime conociendo el ritmo pausado que Castro le quería dar a la relación.

Castro suspiró. Lo que él pensaba: una encerrona. Miró a la periodista primero y hacia el interior del local después. Olivia estaba inquieta y notó cómo le sudaba la mano.

—Si no te apetece... —comenzó a decir de forma apresurada.

—Me parece perfecto —atajó él sonriendo—. Ya va siendo hora de conocer formalmente a mi suegra. Vamos.

Olivia relajó el semblante y se puso de puntillas para darle un beso en los labios. Él la cogió por la cintura y la estrechó contra él. En aquel momento, sintió que ella era su refugio, su hogar. Su cordura.

Noreña,
6 de julio de 2020 - 18 de septiembre de 2020

Agradecimientos

A menudo me preguntan de dónde saco las ideas para mis libros. Siempre respondo lo mismo: de la vida misma. Por desgracia, es una fuente inagotable de historias crueles, desconcertantes y malvadas. De hecho, la idea de *Maldad* nace de dos historias aparecidas en prensa que me hicieron reflexionar sobre lo retorcida —e insondable— que puede llegar a ser la mente humana, incluso la infantil.

En el viaje que supone dar vida a una historia no he estado sola. Mi familia me acompaña con sus ánimos, su ilusión y su apoyo incondicional. Y eso hace que cada palabra escrita tenga mucho más valor.

Por ello, esta novela se la dedico a mi tía Marichu y a mi tío Ignacio, espíritus blancos, maravillosas personas que allá donde estén siguen obrando su magia.

También se la quiero dedicar a mi madrina Titi y a su marido Miguel, mis segundos padres, por su fortaleza ante la adversidad y por su humanidad, un don que, por desgracia, escasea. Sois grandes y una inspiración.

A mis padres, María Jesús y Miguel, porque nunca se han conformado con la ausencia de sus hijas. Gracias por no tirar nunca la toalla a pesar de las decepciones. Padres con mayúscula.

A mi hija Sofía. Nunca me rendiré contigo. Eres mi luz. Eres mi vida.

A mi marido, Mayer, mi otra mitad, y parafraseando a Lorenzo Silva, mi jaima en el desierto. Gracias por tu paciencia en las numerosas lecturas del manuscrito y por tus críticas y sugerencias, que siempre consiguen mejorar la obra. Gracias por no soltarme nunca de la mano. Gracias por ser como eres y, sobre todo, por formar parte de mi mundo. Tú haces que quiera ser mejor persona.

A mi hermana Mara y a su marido Joaquín. Gracias por ser y estar siempre. Sois imprescindibles.

A mi sobrina Noa, que ya apunta maneras de artista. En breve ya podrás leer las novelas de tu tía.

A Isabel, Josefina y Ana, amigas, hermanas. Sois hermosas, por dentro y por fuera, y yo muy afortunada de teneros en mi vida. Os quiero.

Esta ha sido una novela complicada de escribir por el tema de fondo, pero he contado con mucha ayuda de familiares, amigos y profesionales que, sin conocerme, se han volcado en el arduo trabajo de investigación. No obstante, antes de dar las gracias, quiero aclarar que me he permitido licencias para mantener la cadencia, los tiempos y la estructura de la novela. Si estas libertades han podido dar lugar a errores, la responsabilidad es solo mía.

Así, en primer lugar, quiero darle las gracias a Alberto Quidiello, agente retirado del Cuerpo Nacional de Policía, y a Luis Almena Macho, agente de Seguridad Ciudadana del CNP en Asturias, por contestar a mis preguntas y aclarar mis dudas sobre el procedimiento policial.

A Raúl Olivares, subinspector de Delitos Tecnológicos del Cuerpo Nacional de Policía y al inspector del CNP Aarón González Sánchez. Gracias por vuestras indicaciones y sugerencias, pues me han permitido dotar de una mayor veracidad a esta historia.

A mi primo, Ángel Sierra. Gracias por tu entusiasmo con este proyecto y por presentarme a Aarón González.

Al funcionario de prisiones Francisco R. Parra. Gracias por dibujarme un retrato tan detallado y exhaustivo sobre el sistema penitenciario en España. Al final, fue una valiosa documentación que no he tenido que utilizar, pero que queda cuidadosamente guardada en un cajón de mi mente... De momento.

A mi amigo Jaime López. Gracias, una vez más, por destripar

conmigo el terrorífico mundo de las nuevas tecnologías y las redes sociales y hacerme ver lo fácil que es que una herramienta tan aparentemente inofensiva se vuelva contra uno.

Mi eterno agradecimiento a Ana María Pérez Cuesta, lectora apasionada, que no dudó en acercarse a mí en una presentación para ponerme en contacto con su hijo, Javier, quien, sin conocerme de nada y asumiendo con paciencia y resignación la encerrona materna, me prestó su inestimable ayuda para mejorar ciertos aspectos del manuscrito.

En esta historia he sido una gran privilegiada al contar con la ayuda de tres profesionales de la medicina: mi hermana Gema Sierra Dorado, microbióloga; María del Mar Marcilla Escotet, doctora en medicina general; y Javier Fernández Pérez, hijo de Ana y médico forense del Instituto de Medicina Legal de Ciudad Real. Gracias a vosotros, mis crímenes son veraces y rigurosos en anatomía forense.

A Aitor González Palacio. Gracias por prestarte a mis locos experimentos para saber «qué se siente si...».

A María Martínez Fernández. Gracias por mostrarme la otra cara de nuestro sistema educativo, las sombras y las luces tras los muros de los centros escolares, por orientarme sobre la legislación y los protocolos que debía consultar y por ayudarme a comprender la falta de protección que sufren hoy profesores y alumnos por parte de las instituciones. Tu ayuda ha sido crucial para desarrollar esta historia.

A mi prima, Rebeca Sánchez, por poner a mi disposición sus extensos conocimientos sobre farmacología.

A mi gran amigo y compañero de profesión Pablo Nosti, fotógrafo de *El Comercio*. Gracias por espolearme la memoria hacia aquellos maravillosos años en los que trabajamos juntos como periodistas de *caleya*.

A Mónica Carmona, de Carmona Literary Agency. Gracias por tu paciencia y por tus sugerencias sobre el manuscrito. Pero, sobre todo, gracias por enseñarme a ser autocrítica y convertirme en mi propio control de calidad.

A mi editora, Clara Rasero. ¿Te he dicho alguna vez que me encanta tu entusiasmo? Gracias por tratar con tanto cariño y meticulosidad cada texto mío que cae en tus manos.

Y, por último, a vosotros, lectores, gracias por darle a esta historia

el beneficio de la duda. Sin vosotros, los libros serían un mero objeto de adorno. Sois lo mejor, lo que hace que merezca la pena el esfuerzo que supone contar una historia. Disfrutadla, compartidla (sin spoiler, eso sí) y, os guste o no, contadme vuestra opinión. Solo hay una cosa que me gusta más que escribir: destripar la historia con mis lectores.

Leticia Sierra (Pola de Siero, 1972) se licenció en Periodismo por la Universidad Pontificia de Salamanca e inició su andadura profesional en el periódico semanal *Tribuna Universitaria de Salamanca*. También trabajó en *La Nueva España, La Voz de Asturias, El Comercio* y *Tribuna de Salamanca*. Colaboró con la COPE Salamanca y la Cadena SER en Madrid.

Animal fue su primera novela y con ella arrancó una serie protagonizada por la periodista Olivia Marassa. Su debut fue alabado tanto por la crítica como por los lectores.

[1] La TPA es la televisión del Principado de Asturias.

[2] Técnicamente, la toma de declaración a un menor se denomina «exploración».

[3] Sistema Integrado de Interceptación Telefónica (SITEL): programa informático utilizado por el CNP que permite acceder a la localización de teléfonos móviles.

[4] SIDENPOL: Sistema de Denuncias de la Policía, fichero donde quedan registradas todas las diligencias y atestados.

[5] Hospital Universitario Central de Asturias.

[6] En periodismo, hace referencia a aquella información que se ha obtenido de fuentes confidenciales que desean permanecer en el anonimato y que está sujeta a reserva total por parte del periodista. La información obtenida bajo el principio *off the record* no puede ser publicada ni sus fuentes mencionadas.

[7] Y: nombre con el que popularmente se conoce en Asturias a la autopista A-66, que une Oviedo con Gijón y Avilés.

Índice

Sobre este libro
Maldad
Dedicatoria
Advertencia

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76

Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Epílogo

Agradecimientos
Sobre Leticia Sierra
Notas
Índice
Créditos

Edición en formato digital: abril de 2022

© 2022, Leticia Sierra
Autora representada por Carmona Literary Agency
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Pino Sartorio
Fotografía de portada: © Richard Tuschman / Millennium Images, UK

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-66672-30-6

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguincrimen
Twitter: penguincrimen
Instagram: edicionesb_es